



De la autora de  
*"Un sinfín de secretos inconfesables"*

# BAJO EL HECHIZO DEL LÍDER

KAREN WELLS





De la autora de  
*"Un sinfín de secretos inconfesables"*

# BAJO EL HECHIZO DEL LÍDER

KAREN WELLS

BAJO EL  
HECHIZO DEL  
LÍDER

KAREN WELLS

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Bajo el hechizo del líder.

©Karen Wells, 2020.

Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)

Maquetación: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

# Índice

## Introducción

1. Victoria
2. El reencuentro
3. La comuna
4. La rutina lejos de casa
5. Distanciamiento
6. La otra casa
7. Las cosas vuelven a su cauce
8. Una nueva oportunidad
9. No hay vuelta atrás
10. Gloria
11. Aceptar la realidad
12. Encontrarse a sí misma
13. Último viaje
14. Una bonita lluvia de estrellas
15. Amoldarse a una nueva vida
16. Despertar a una dura realidad
17. Dani
18. Sí que es posible cambiar
19. Siguen sin pruebas
20. La reforma
21. Acercamiento
22. Volvemos a coincidir, una vez más
23. Cena de parejas
24. Ataque de ansiedad
25. El padre de Dani
26. Visita familiar
27. El hombre de la cicatriz
28. ¡Vaya con la Pija!
29. Cara a cara
30. ¿Quién tiene más dotes de liderazgo?
31. Atando cabos

- 32. [La verdad sale a la luz](#)
- 33. [Suceso inesperado](#)
- 34. [Los medios de comunicación](#)
- 35. [Estamos contigo](#)
- 36. [El enfrentamiento](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

*Esta dedicatoria es para  
vosotros, lectores,  
pues habéis conseguido  
que mi sueño  
se haga realidad.*

# Sinopsis

**Victoria** es una joven que siempre ha vivido en un pequeño pueblo arropada por los suyos. Es sensible, buena estudiante, preciosa, con prioridades muy definidas y grandes planes de futuro.

**Tomás** destaca por su aspecto bohemio y carácter extrovertido. Se vende como un hombre hecho a sí mismo, amante de la vida sencilla y anti capitalista que vive en una comuna junto a otros jóvenes que, al igual que él, se dedican a ir por las ferias y mercados ofreciendo su mercancía artesanal. Sabe que es un líder nato y se aprovecha de ello manipulando a la gente a su antojo.

A pesar de ser completamente diferentes, la atracción entre ambos es inmediata. Victoria siente que ha encontrado al hombre con el que quiere compartir el resto de su vida y no escuchará a nadie que quiera convencerla de lo contrario. Juntos huirán para vivir su gran amor.

Cuando Victoria se dé cuenta de que nada es lo que parece y que Tomás no es el hombre sensible y enamorado que ella creía, ya será tarde para escapar de sus redes. Aun así, intentará recomponer los pedazos rotos de su vida y ser feliz junto a Dani, su hijo, quien luchará con todas sus fuerzas para evitar ser como su progenitor, aunque la genética y dotes de liderazgo sean contrarios a sus propósitos.

Un **thriller-romántico** en el que, a través de dos generaciones, te deja claro que el poder de liderar es un «don» que no todo el mundo se merece.



# Introducción

*5 de agosto del 2003*

A sus treinta y cuatro años seguía siendo preciosa, aún podía vislumbrarse esa belleza nórdica que la había acompañado desde su niñez: la piel tersa y pálida, los ojos claros y la melena rubia. Aunque en esos instantes destacase más su pelo enmarañado, la mirada perdida y el camisón que, pese a ser largo y holgado, se le pegaba al cuerpo.

Levantó el brazo hasta que su mano entró en contacto con el pomo de la puerta de la habitación de Tomás. Las risas jocosas que oyó en su interior, le indicaron que sí estaba sucediendo allí dentro lo que le acababan de confesar y no se atrevió a abrir. Sus pasos, irregulares y temblorosos, la llevaron hasta las escaleras. Su mano se posó en la barandilla para darse seguridad. Los escalones se movían; no obstante, esta situación no era graciosa, pues al final de estos escalones se encontraba un abismo del que intuía, no escaparía jamás; no en las condiciones en las que su mente parecía escapar de la realidad. Ella quería aferrarse a la visión de su hijo, pero esta empezaba a desdibujarse.

Tenía miedo, mucho miedo de que el precipicio se la tragase. No podía distinguir entre lo real o lo que formaba parte de una alucinación. Era consciente de que esa infusión que había tomado era algo más que un tranquilizante, ya la había probado con anterioridad hacía muchos años..., toda una vida.

La puerta de la casa debía estar abierta, ya que los guijarros del camino de tierra se le clavaron en los pies produciéndole múltiples laceraciones, a pesar de ello, Victoria, no fue consciente. Trastabilló de nuevo y, sin poder impedirlo, sus manos se apoyaron en el suelo para evitar caer de bruces mientras un pequeño grito rompía la calma de la noche. Se quedó mirando sus muñecas, pues, al igual que en los tobillos, una delgada marca perduraba en la piel.

A duras penas consiguió levantarse y siguió andando hacia el bosque.

Como si fuese una tabla de salvación dejó que su cuerpo se deslizase hasta terminar sentada en la base de un árbol cuyo tronco comenzó a ceder debido a la presión que Victoria ejercía con su cuerpo. Ya no era ese tronco

recto y fuerte que prometió no dejar que se doblase nunca por influencias externas. Era un mal augurio; sin embargo, ella ya no era dueña de sus actos.

En sus manos apareció una cuchilla, no sabía de dónde había salido; si bien, tampoco le importó. Cuando quiso darse cuenta, la punta afilada desgarraba su carne mientras la hundía en su muñeca, justo por encima de la marca dejada por las ligaduras. Las gotas de sangre se deslizaron hasta el suelo mezclándose con la tierra, dándole el aspecto de barro. No daban aprensión, no eran gotas rojas y brillantes de sangre que pudiesen hacer asomar un atisbo de miedo al enfrentarse a lo que estaba sucediendo.

Con un suspiro entrecortado, levantó la vista al cielo. «Dani, siéntate aquí, a mi lado. Disfrutemos juntos de este amanecer», susurró mientras entraba en un sopor del que no despertaría.

## Primera parte

# 1. Victoria

*Junio de 1989*

Victoria bajó las escaleras con rapidez, consciente de que llegaba tarde a la cita que tenía con sus amigas. El sol le dio de lleno en el rostro cuando abrió la puerta de la calle, deslumbrándola durante una fracción de segundo y, con la mano en forma de visera, siguió andando apresurada hasta que sus ojos se acostumbraron al cambio de luz.

El sol derramaba destellos sobre su rubia, larga y ondulada melena. Su vestido, con un bonito estampado veraniego se ajustaba a la perfección a sus bien delineadas curvas. Su cutis era suave, sin ninguna mancha, peca o imperfección; era preciosa, aunque a ella poco le importase, pues era una chica hogareña, soñadora y sencilla.

Le habían sugerido participar en alguna pasarela de moda debido a su porte y gracia natural. Ella siempre decía que se lo pensaría, y aunque el dinero le vendría bien para ir a la universidad, sabía que eso de ser el centro de atención no iba con ella; además, ese era un mundo que no le atraía en absoluto. Se cuidaba lo justo, porque, como solía decir; tenía buena genética.

Aprovechando que eran las fiestas patronales y no había clase, sus padres la acompañaron a ultimar el contrato de alquiler del piso que ocuparía, junto a un par de chicas, a partir de septiembre cuando comenzase a estudiar en la Facultad de Medicina.

Iba sumida en sus pensamientos y se sorprendió al ver el bullicio que se había formado a su alrededor. Al fijarse un poco más, se dio cuenta de que se hallaba en la entrada de un mercadillo artesanal. Había todo tipo de paradas en las que se podían observar utensilios hechos con madera, cuero, plástico, semillas...

Cogió un cuadro, cuyo marco estaba realizado con madera oscura; en su interior se podía observar un pelicano rosa con el pico y las patas marrones y, sobre él, unas nubes azules moteadas de blanco. Cuando la dependienta le dijo el precio, volvió a dejarlo en su sitio tras darle las gracias. Luego se detuvo en una parada de bisutería donde le llamaron la atención unos pendientes. Al levantar la mirada para preguntar el precio, se encontró con

unos ojos claros en los que vio reflejado el mar. Se perdió en sus profundidades, incapaz de reaccionar, mientras su mundo daba un giro de ciento ochenta grados. Cuando él sonrió, Victoria sintió un cosquilleo que surgió desde muy adentro hasta erizar cada poro de su piel, convirtiéndose en un escalofrío que la estremeció por entero sin que hubiese el más mínimo contacto entre ellos, solo esos ojos insondables y esa sonrisa que le quitaba el aliento.

Al fin, él pareció salir del aturdimiento en el que también aparentaba estar sumido y, rodeando el expositor, se acercó a ella con una gran sonrisa.

—Muy buena elección, esos pendientes son preciosos —dijo mientras le tocaba con suavidad el lóbulo de su oreja y se los colocaba. Luego cogió un pequeño espejo para que ella pudiese vérselos—. Te sientan de maravilla. Por cierto, me llamo Tomás.

—Yo, Victoria. —Ambos se acercaron hasta rozar sus mejillas, mientras él la cogía de ambas manos y con el índice rozaba su palma. Ella pudo sentir cómo su piel subía de temperatura y un intenso sonrojo se extendía por su rostro. Incómoda, al ser consciente de su reacción infantil, pagó con rapidez y se marchó sin volver la vista atrás.

Esa noche, sola en la cama, cerró los ojos, deleitándose en el recuerdo de ese dedo juguetón en el interior de su palma y el suave roce de los labios masculinos sobre su mejilla.

Sintió sus largas rastas sobre los hombros desnudos y un placentero cosquilleo que provocó que todo su cuerpo se estremeciera, perdiéndose en sus ensoñaciones en las cuales imaginaba ese cuerpo bronceado, musculoso y de rasgos perfectos acercándose a ella en busca de esas caricias prohibidas.

A la mañana siguiente, la ropa esparcida sobre su cama reflejaba el nerviosismo que se había adueñado de su persona, pues quería volver a verlo y causarle buena impresión. Se había percatado de que Tomás no era ningún adolescente, era todo un hombre, y ella quería arreglarse para él, que le dedicase una de esas sonrisas que la hacían estremecer y que la mirase con deseo. Esta vez sí que se maquilló con esmero para parecer más mayor, pero también para evitar sonrojarse. Salió de la casa esperando que él mirara más allá de su apenas estrenada adolescencia.



Tomás salió de detrás del mostrador para saludarla en cuanto la vio acercarse, dedicándole una de esas sonrisas que conseguían que su piel se viese sacudida por una descarga de sensaciones desconocidas hasta entonces.

—Hola, Victoria. Estaba deseando que aparecieses —le susurró junto al oído después de darle dos besos y tras cogerla de la mano la acercó a la vitrina—. Este es mi amigo Alberto.

El hombre le dedicó una gran sonrisa antes de salir a saludarla con los dos besos reglamentarios.

—Alberto, aún es pronto para que se llene, ¿te quedas un rato solo mientras voy a tomarme un café?

—Por supuesto.

—Victoria, ¿me acompañas? —La vio dudar e intentó convencerla—. Vente conmigo, no puedes imaginar lo aburrido que es tomarse un café sin poder hablar con nadie.

Cuando le regaló otra de esas sonrisas, Victoria se envalentonó, diciéndose a sí misma que eso era lo que había ido a buscar, un rato a solas en el que demostrarle que no era la niña infantil e insegura que había visto el día anterior; para eso se había arreglado, para que él la mirase de nuevo, así que le dedicó su mejor sonrisa aceptando la invitación.

Se sentaron en una mesa situada en una esquina de la cafetería y mantuvieron una conversación fluida. El tiempo pasaba con rapidez, Victoria le habló de sus planes de futuro: ser médico e irse con una ONG a algún país donde poder prestar sus servicios, pues ese había sido su sueño desde que era una niña y con los años se había ido fortaleciendo. Tomás le contó que él llevaba un modo de vida poco convencional, puesto que vivía junto a otros jóvenes que estaban en contra de la globalización, la tecnología y todo tipo de normas. ¡Una vida genial! Cuando le sugirió volver a verse, ella aceptó encantada y se intercambiaron los números de teléfono. Tomás le advirtió que en la casa donde vivía no había cobertura, por lo tanto, lo más probable era que le saltase el buzón de voz; debía dejar un mensaje y él ya se pondría en contacto cuando lo recibiera. Al ver que le miraba asombrada, él le explicó que aunque al principio costase de asimilar que estaban incomunicados, a la larga, daba mucha paz no tener que estar pendiente de las nuevas tecnologías que poco a poco, iban tomando más fuerza.

Al final de la tarde, a Victoria le costó un mundo no volver por el mercadillo para verlo una última vez. Decidió que así se hacía la interesante y no le daba lugar a pensar que estaba coladita por él.

Los días pasaban con una lentitud pasmosa. Al ser verano y no tener una rutina, solo deseaba tener el valor suficiente para dar el primer paso y ponerse en contacto con Tomás, ya que, en su mente, era el único pensamiento que volvía a ella una y otra vez. A mediados de semana, sus amigas la convencieron para que le llamase y así, tal vez, él le propondría verse. Pero no hubo suerte, ya que le saltó el buzón de voz en el que dejó un sencillo mensaje preguntándole por cómo iba todo y poco más, con el consiguiente arrepentimiento por no haber esperado a que fuese él quien diese ese primer paso.

Al cabo de unos días, Tomás le devolvió la llamada. Victoria sintió un cosquilleo al ver su nombre en la pantalla, no estaba preparada para hablar con él, tenía miedo de no saber qué decir, de que se produjese un largo y aparatoso silencio entre ellos. La euforia de esos primeros días no había desaparecido ya que estaba deseando verle, escuchar su voz, cerrar los ojos e imaginar que estaba junto a ella, pero...

—¿Tomás? —preguntó Victoria descolgando en un último momento de lucidez, porque si la llamada se cortaba tendría que llamarle ella y aún sería peor.

—Hola, Victoria. No había visto tu mensaje hasta ahora. Llevo varios días sin salir de la casa. ¿Cómo va todo? —preguntó tras una pequeña pausa.

—Bien. Bueno, un poco aburrida. Durante el invierno estoy acostumbrada a llevar una rutina en los estudios y demás. Ahora dispongo de mucho tiempo libre y no estoy acostumbrada.

Cuando él rio, se dio de cabezazos interiormente por parecer tan desesperada; esperaba poder darle una conversación adulta y empezaba quejándose.

—Nosotros hemos estado haciendo mermelada para vender. La fruta está madura, entre eso y los mercadillos a los que tenemos pensado ir, no damos abasto.

—Parece interesante, si necesitáis ayuda avisadme —afirmó Victoria—. Yo, de esas cosas, no sé nada; sin embargo, puedo hacer lo que me mandéis.

—Pues no te extrañe verme aparecer y secuestrarte. —El tono de voz que usó para hacer esa afirmación le produjo un cosquilleo que la llenó de emoción—. Ahora en serio, pensaba llamarte, dentro de dos semanas tenemos que ir por ahí, podríamos quedar y tomarnos algo. Estaré todo el fin de semana. Tendré que trabajar durante el día, pero me encantaría que cenásemos juntos. ¿Qué me dices? ¿Te apetece?

—Sí, claro. ¿Viernes o sábado?

—Llegaré el viernes con mis compañeros. Por eso, casi mejor, nos vemos el sábado, ¿vale?

—Estupendo.

—Y si te aburres, el viernes te puedes pasar por allí; me escapo un rato y nos tomamos un café.

—Me encantaría.

—Victoria...

—¿Sí? —preguntó al ver que él no seguía.

—Me ha encantado que me llamas, estaba deseando escuchar tu voz.

—Yo también.

—Nos vemos en un par de semanas.

—Sí, adiós.

—Hasta pronto.

Victoria se quedó mirando el móvil que emitía un suave zumbido; él ya no estaba al otro lado del teléfono. La comisura de su boca fue alargándose al tiempo que sus ojos se iluminaban llenos de emoción y anhelo. Cuando se dio la vuelta, ruborizada, observó que sus amigas la miraban con una sonrisa en el rostro, pues todas habían sido testigos de esa llamada y compartían el entusiasmo por la cita.

A pesar de sus dieciocho años, al vivir en un pequeño pueblo que tenía de todo lo necesario para abastecerse y complimentar los estudios básicos, no estaban acostumbradas a alternar ni a conocer a gente nueva. Era el pueblo de siempre, con los habitantes de siempre y las conversaciones y sueños de siempre. Que, de repente, una de ellas tuviese una cita con un chico mayor, guapo y bohemio, era toda una novedad que había que compartir con el resto del grupo y vivir entre todas esa nueva y excitante experiencia.

Consciente de que el sábado necesitaba que sus amigas le diesen una coartada, el viernes no fue a verlo, pues dos días seguidos de coger el

autobús y desplazarse a otro pueblo levantaría habladurías y no le apetecía tener que dar explicaciones a nadie ni ser el centro de atención. Pero sí que llamó a Tomás para recordarle la cita del día siguiente.

El sábado, las cuatro chicas cogieron el autobús para ir a las fiestas de un pueblo cercano. Llevaban los bocadillos para el pícnic; habían quedado en que cenarían allí y el padre de una de ellas iría a recogerlas. Aunque solo Victoria tenía la cita, fueron todas juntas y volverían de igual forma.

El corazón le martilleaba por la emoción. No era la primera vez que salía con un chico, de hecho, todo el invierno había tenido novio, no obstante, al terminar el curso le había dicho que era una estrecha y no quería estar atado a ella durante el verano y perderse la oportunidad de conocer a otras chicas y conseguir lo que ella le había negado. Los días posteriores a la ruptura lo había pasado fatal. Su madre le había dicho que si de verdad la hubiese querido, habría esperado todo el tiempo que hubiera hecho falta, si no había sido así era porque no la merecía. Le aseguró que era joven y que ya encontraría al hombre de su vida.

## 2. El reencuentro

Victoria enseguida dio con él. Lo observó durante unos segundos, embelesándose con su presencia y siguiendo el movimiento de sus labios y manos al enseñar la mercancía. Supo en el momento exacto en el que la vio por la magnífica sonrisa y el guiño que le dedicó. Victoria se acercó con rapidez y al llegar a su altura Tomás salió para saludarla, abrazándola con fuerza.

—Hola, Victoria. Te he echado de menos. —Tras separarse, buscó su mirada y la cogió de ambas manos, volviendo a acercarse para darle dos besos.

—Yo también. —Esta vez fue ella quien no pudo evitarlo y se echó en sus brazos, consiguiendo que él se riese por el arrebató y no dejando que se separase durante unos segundos, pues la mantenía sujeta sin darle opción a que sus cuerpos perdiesen ese contacto.

—¿Me presentas a tus amigas? —preguntó con una sonrisa tras soltarla y observar a tres chicas que los miraban boquiabiertas.

—Sí, claro. Ellas son Estela, Bea y Alicia.

Tomás le dio dos besos a cada una sin soltar la mano de Victoria.

—Es un placer conoceros. Me encantaría poder escaparme un rato para tomarme un café, pero es hora punta. ¿Me permitiréis que esta noche secuestre a Victoria y la invite a cenar? No sé cuándo podré volver a verte.

—Terminó con un apretón de su mano—. Ahora no puedo entretenerme. ¿Por qué no os pasáis esta tarde a ver si esto está más tranquilo?

—Muy bien. Vamos a dar una vuelta y a comer por ahí.

—Estupendo. Nos vemos.

Cuando volvieron a media tarde, Tomás les propuso ir a tomar un refrigerio. Las amigas de Victoria declinaron la invitación para darles intimidad, aunque Tomás insistió, puesto que iban a cenar solos y como Victoria se había ofrecido a ayudar en caso necesario, al volver, Alberto se iría y ella podría quedarse para hacerle compañía. Esta asintió encantada; el que contara con ella la llenó de satisfacción.

La tarde fue muy amena, durante el café con sus amigas, Tomás se mostró tal cual era, extrovertido, dicharachero y un gran conversador. Todas



le comentaron a Victoria la suerte que había tenido al encontrar un hombre como él, a quien se le notaba enamorado hasta las trancas.

Ya a solas y juntos en la parada de bisutería, le pidió que estuviese pendiente de que nadie se llevase nada sin pagar; también, si él estaba atendiendo y se acercaba alguien, que le enseñase los artículos para que se los probase y le informo de que el precio estaba apuntado en cada bandeja. Durante la tarde, varias veces, la agarró por la cintura para coger alguna pieza que estaba junto a ella, pero en ningún momento se sobrepasó, cosa que Victoria echó de menos, ya que añoraba esos sutiles acercamientos y deseaba sentir sus labios contra su boca, que la invadiese con su lengua y la trasportase a ese mundo donde ella se perdía con tanta facilidad en sus fantasías. Quería saber qué sentiría cuando él le pusiese las manos y los labios sobre su cuerpo de verdad y no solo en sus sueños.

—¿Te gustan las *pizzas*? Ayer estuvimos cenando en una pizzería que hay aquí cerca y estaban muy buenas.

—Me encanta.

—Pues vamos. —Tomás la cogió por el hombro acercándola hasta rozar su mejilla con los labios. Victoria sonrió para sí misma, aunque fue incapaz de decir ningún comentario.

Cuando el camarero se acercó, ambos pidieron una *pizza* cada uno y Tomás añadió que también quería una ensalada con salsa rosa y una botella de vino tinto.

—Para mí una Coca-Cola, por favor.

El camarero asintió y se marchó, dejándoles solos.

—¿No te gusta el vino? —inquirió Tomás, alzando una ceja.

—No estoy acostumbrada a beber y prefiero tener la cabeza despejada.

—¿No te fías de mí? —preguntó con malicia—. ¡Joder! Dime que no eres menor de edad y por eso no puedes beber.

—Tengo dieciocho años y no quiero beber porque no me apetece.

—Dieciocho —constató—. ¿Sabes cuántos tengo yo?

—Unos cuantos más —afirmó Victoria con seguridad.

—Sí. Así seguro que aciertas. ¿Cuántos me pones? Casi puedo ser tu padre.

—No exageres. ¿Qué tienes? ¿Treinta y pocos?

—Treinta y dos.

Poco después llegó el camarero con la ensalada, las bebidas y las *pizzas*, por lo que ambos detuvieron la conversación.

—Me comentaste que llevabas una vida sana y natural, alimentándote de lo que daba el huerto. Perdona que te contradiga, pero esto no es muy saludable —observó mientras, con el tenedor en una mano y el cuchillo en la otra, hacía un gesto señalando la comida que había sobre la mesa. Tomás le hizo un guiño y le pegó un gran mordisco a la porción de *pizza* que en esos momentos tenía en la mano.

—No suelo comer *pizza*, solo en raras ocasiones y me encanta. Tampoco suelo cenar con niñas.

—¿Te arrepientes de haber quedado conmigo? —preguntó dubitativa.

—No. La primera vez que te vi, me pareciste preciosa y con un cuerpo de infarto. Cuando fuimos a tomarnos un café ese mismo día, me gustaron, también, tu interior y tus principios. No, no me arrepiento de haber quedado contigo. Solo hay un problema, soy de los que se dejan llevar y quieren disfrutar del momento, sin normas ni explicaciones, sin remordimientos. Contigo tengo que ir despacio y no sé cómo hacerlo.

—De momento lo estás haciendo muy bien.

Tomás la buscó con la mirada, y cuando sus ojos se encontraron, los achicó y una sonrisa fue acentuándose en su rostro. Estiró su mano hasta apoderarse de la de Victoria y con un suave movimiento la fue acercando hasta que sus caras quedaron muy cerca.

—Ya. Pero lo que en realidad me apetece es sacarte de aquí a rastras y llevarte a algún lugar tranquilo y apartado donde poder enseñarte cuatro cosas.

Victoria sintió cómo su piel ardía, un escalofrío la recorrió entera, sus manos seguían unidas y tuvo pavor a que, a través de esa unión, él pudiese percibir la emoción que se había apoderado de su cuerpo. Esa idea que la estaba mortificando provocó que le diese la risa, porque estaba segura de que él sabía lo que estaba pensando, esa mirada divertida lo decía todo.

—Igual te llevas una sorpresa y esas cuatro cosas que pretendes enseñarme... ya me las sé.

—Me juego lo que quieras a que no. Si las supieses... no te sonrojarías de esa forma solo con mirarme. Y mejor cambiamos de tema que me estás poniendo nervioso... entre otras cosas. Así que vas a estudiar medicina, ¿cómo funciona eso? ¿En qué curso empiezan las prácticas?

—Vaya, eso sí que es un cambio radical de conversación.

—Victoria, no me tientes que no sabes dónde te estás metiendo.

Al finalizar la cena, Victoria miró el reloj de pulsera y torció el gesto.

—¿Qué sucede? ¿A qué hora debes volver a casa?

—A las dos, viene el padre de una amiga a recogernos.

—¿No te puedes quedar un rato más y luego te llevo yo?

—Mejor no. Tendría que dar muchas explicaciones.

Tomás asintió y le hizo una señal al camarero, que apareció con la cuenta y se negó a que ella pagase su parte, pues había surgido de él la idea y le había dicho que la invitaba.

—Así, como me debes una, tendremos que volver a vernos.

En cuanto salieron del local, Tomás la cogió de la mano y juntos se dirigieron hacia donde sonaba la música. Antes de llegar, la instó a tomar una bocacalle donde no se veían transeúntes y la luz era muy tenue. El corazón de Victoria martilleaba con fuerza al imaginar por qué deseaba meterla en ese callejón. Sus emociones estaban a flor de piel.

Tomás se detuvo y sin soltar su mano, puso la otra sobre su mejilla, acariciándola con mucha suavidad. La obligó a levantar la cabeza para, a continuación, tentar sus labios con suaves aproximaciones, pero sin llegar a posarse sobre ellos. La necesidad que sentía Victoria por saborearlos estaba acabando con sus nervios. Un momento después los entreabrió al sentir el roce de la boca masculina sobre ellos. Fue como una liberación. El cúmulo de sensaciones que había ido apoderándose de su cuerpo estalló en miles de fragmentos mientras ella entreabría la boca para darle cabida a su lengua, dejando que la invadiese por completo. Sintió cómo sus dedos se enredaban en su rubia melena, obligándola a ladear la cabeza en busca de un contacto aún mayor.

—Dios, qué ganas tenía de hacer esto —afirmó Tomás tras separarse, sin darle tiempo a añadir nada, pues de nuevo volvió a lanzarse sobre ella. Su boca era exigente, igual le mordía el labio inferior como lo succionaba o la invadía con su lengua buscando la reacción de ella, que se sentía como en trance. Quería seguirle el ritmo; sin embargo, solo podía dejarse hacer y amoldar su cuerpo al de él, que se restregaba sin ningún control. Aturdida y con la respiración acelerada, apenas podía mantenerse en pie cuando se separaron.

—Joder, Victoria. Cómo nos hemos puesto con un simple beso, casi entramos en combustión espontánea. Será mejor que vayamos con tus amigas antes de que haga algo de lo que después ambos nos arrepintamos.

Llegaron a la plaza del pueblo donde un grupo de música estaba tocando y la fiesta estaba en su máximo apogeo. Allí encontraron tanto a los amigos de él como a las amigas de ella, y cada uno se unió a su grupo.

Las amigas de Victoria lo miraban de reojo mientras ella les contaba su magnífica tarde ayudando con las ventas y cómo se sentía cada vez que él tocaba su cintura o rozaba sus manos. También les habló de la cena con la conversación sutil sobre sexo y, para rematar, cuando la había llevado al callejón y la había besado con esa necesidad primitiva y dominante, consiguiendo que ella casi perdiese el norte. Antes de que se diera cuenta, las muchachas estaban hablando al mismo tiempo, levantando el volumen para hacerse oír y aconsejándole que debía volver a quedar con él y contarles toda clase de detalles. Oyeron unas ostentosas risas a sus espaldas, eran los amigos de Tomás. No estaban lo suficientemente cerca para haberlas oído; no obstante, los gestos debían haberlas delatado, o simplemente, esas risas no tenían nada que ver con ellas.

Al cabo de un momento sintió cómo rodeaban su cuello y depositaban un suave beso en su mejilla.

—Hola —le susurró Tomás en el oído.

—Hola —contestó ella del mismo modo, dándole un rápido beso en los labios.

—Mis amigos han propuesto ir a tomar algo a un *pub* que han visto cuando venían hacia aquí. ¿Venís?

Las amigas de Victoria aceptaron enseguida, conscientes de que ella quería estar con él, si bien, no se atrevería a ir sola con todos ellos. Tomás los presentó a todos y juntos emprendieron el camino, mezclándose entre ellos y charlando amigablemente.

—Victoria, me alegro de volver a verte, ¿te acuerdas de mí? Soy Alberto, estaba el día que os conocisteis.

—Sí, claro que me acuerdo. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Desde hace un par de semanas, Tomás no habla de otra cosa que no fuese que iba a volver a verte. No sé qué le has hecho, pero está desconocido, nunca lo había visto así por una tía.

Victoria sonrió; ella tampoco conseguía quitárselo de la cabeza.

—Oye, ¿qué haces con mi chica? —exclamó Tomás con una gran sonrisa, acercándose y cogiendo su cintura, Alberto siguió caminando y ellos se detuvieron. Tomás aprovechó que no había nadie tras ellos para acercarla de nuevo y perderse dentro de su boca.

—Pequeña, ¿hay algún problema si te beso delante de tus amigas o prefieres que no lo haga? —Sus manos recorrían su mandíbula mientras hablaba sin dejar de mirar sus labios—. Podemos quedarnos aquí fuera si lo prefieres; te necesito. No sé cuándo volveré por aquí, la casa está a un par de horas de camino, pero me gustaría seguir en contacto contigo, ¿te parece bien?

—Perfecto. —Victoria se lanzó sobre su boca, aprendiendo y regalándole sus avances entre mordiscos y lametones.

—Joder, Victoria, cómo me pones. Será mejor que entremos en el local o no respondo de mis actos —confesó, dándole una palmada en el trasero, aunque no quitó la mano, sino que lo estrujó entre sus dedos, volviendo a amoldar sus cuerpos. Al cabo de unos segundos, fue él quien la separó y la obligó a caminar hacia el *pub*. Cuando se besaron de nuevo en su interior, se oyeron gritos de ánimos.

—Esta noche me los cargo por aguafiestas —le susurró Tomás entre risas.

—Mis amigas me están haciendo señas de que es la hora. Tengo que irme. ¿Me llamarás?

—Eso tenlo por seguro. No sé cuándo volveré por aquí, las próximas semanas estamos muy atareados, pero en cuanto baje la faena, vendré a verte. ¿Me esperarás? —le preguntó mientras uno de sus dedos recorría su mejilla.

—Sabes que sí. —Y con un último beso, Victoria salió sin despedirse de nadie ni mirar atrás.

Pasaron los días, las semanas, Tomás la llamaba cuando podía, que no era todo lo a menudo que a ella le hubiese gustado. Aun así, cada vez que lo hacía, Victoria se llenaba de alegría e ilusión, de ensoñaciones y esperanzas.



### 3. La comuna

Cuando Tomás le dijo que el próximo sábado estaba libre y que reservase todo el día para estar con él, una sensación de alegría la hizo estremecerse, consciente de que volvería a ver su rostro, a perderse en la textura de sus rastas que le daban ese aspecto bohemio e interesante, a sentir el calor de su mano al entrelazar sus dedos, a notar su aliento mezclarse con el suyo en uno de esos besos arrebatadores que la hacían perder el sentido común y la incitaban a dejarse llevar.

Tomás quedó en recogerla a la entrada del pueblo. Una pícaro sonrisa adornó su rostro al abrirla la puerta del coche. Victoria subió mientras un cosquilleo le erizaba la piel, consciente de lo que pasaría o lo que estaba deseando que pasase en esos momentos. Tomás no la defraudó, en cuanto la puerta se cerró y ella le dio los buenos días, él, con la respuesta en sus labios, se la dio sobre su boca, con un sutil y suave beso, que se intensificó al rodearle Victoria el cuello con sus manos y entreabrir los labios.

—Guau, qué recibimiento, me dan ganas de venir más a menudo —rio Tomás.

—Tenía muchas ganas de verte —replicó ella.

Tomás le dijo que quería enseñarle el sitio donde vivía y del cual se sentía tan orgulloso. El trayecto fue largo. Cuando llegaron y Victoria bajó del auto, vio una gran casa rodeada de huertos, donde varios hombres estaban cultivando algún tipo de semillas. Al aproximarse, reconoció a un par de ellos, que se acercaron a saludarla. Siguieron caminando hasta que llegaron a un cercado, en el cual varios animales pastaban con tranquilidad.

—¿Qué te parece todo lo que hemos conseguido? Aquí todo es natural. Nosotros cultivamos nuestras propias frutas y verduras, tenemos cabras para obtener leche, gallinas... Con todo ello confeccionamos quesos, mermeladas, miel. Y hacemos complementos de bisutería... Vivimos de lo que sacamos con las ventas de todo ello. ¿Ves aquellos toneles? Allí hacemos el abono y aprovechamos el agua de la lluvia.

Victoria seguía sus explicaciones emocionada, consciente en todo momento del movimiento de sus labios, entendiendo entonces el porqué de

su bronceado y sus músculos, que había decidido, con toda seguridad, no eran producto de horas de gimnasio, sino de una vida saludable bajo el sol.

Caminaban muy cerca el uno del otro con los dedos entrelazados. El pulso de Victoria se disparó mientras un cosquilleo se expandía por todo su ser al ver que se dirigían al bosque que se encontraba justo donde terminaban los huertos de cultivo. Cuando Victoria quiso darse cuenta ya estaban en su interior, alejados del resto de la gente y de miradas indiscretas.

—¿Te gusta la naturaleza? —preguntó Tomás.

—Me encanta.

—Cierra los ojos —le pidió. Lo cual ella hizo al momento—. Escucha el trinar de los pájaros, el murmullo del viento al colarse entre las hojas de los árboles, la paz que se respira aquí dentro.

Tomás soltó su mano y Victoria sintió una gran desilusión; sin embargo, al momento, unos dedos le tocaron la mejilla con suavidad. Pudo percibir la sonrisa de Tomás aun teniendo los ojos cerrados. Esos dedos delinearon sus labios antes de sentir un suave roce sobre ellos que la hizo estremecer de pies a cabeza, adelantándose a lo que sucedería después. Dudaba de que Tomás, esta vez, se conformase con un simple beso, pues a ella también le apetecía acariciar su cuerpo, notar bajo sus manos esos músculos que la tenían hechizada mientras los recorría con calma. Era consciente de que Tomás, con la experiencia que debía tener con las mujeres, necesitaría más que unos simples besos, y ella estaba dispuesta a ir un poco más allá.

Cuando quiso darse cuenta, Tomás, de un solo movimiento, la había separado del suelo, poniendo una mano bajo las rodillas y la otra en la cintura. Victoria rio, cogiéndose de su cuello para no caer, metiendo la cabeza en el recodo de este, a la vez que su nariz jugueteaba con él, olía tan bien. A unos pocos metros de donde se encontraban la tumbó sobre el suelo y, sin apartar la vista de la de ella, comenzó a desabrocharle los botones de la camisa. Victoria, con la respiración entrecortada y aturdida por lo que sentía en esos momentos, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los veía y se dejó hacer. Le permitió que le quitase el sujetador, exponiendo sus pechos tersos y juveniles ante sus ojos, Tomás le dedicó una gran sonrisa antes de abarcar uno con la mano y amasarlo con suavidad, mientras contemplaba el rubor que se expandía por su rostro y la entrecortada respiración. Tras un pequeño guiño, bajó la cabeza y con su lengua rodeó el

pezón antes de hacerlo desaparecer en el interior de su boca; la sensación de placer se acrecentaba por momentos.

Victoria no se dio cuenta de sus intenciones hasta que sintió unos dedos que atravesaban la tela de su ropa interior y buscaban el vello ensortijado. Sus ojos se abrieron asustados, mientras mantenía una lucha interna; no quería perderle al comportarse como una mojigata, apenas se habían visto un par de veces, a pesar de ello, Victoria sabía que Tomás era el hombre de su vida. Aun así, su subconsciente tomó la decisión por ella mientras apartaba a la mano invasora de su intimidad y entre murmullos intentaba explicarse:

—Lo siento. Yo... no quiero ir tan rápido... Siempre he pensado que cuando me acostase con alguien sería porque realmente estaba preparada para ello y tenía una relación estable. Yo... no puedo.

—¡Shhh! Tranquila, no pasa nada. Te deseo tanto —afirmó besándola con suavidad y tanteando su pecho de nuevo a ver si ella se relajaba, o al menos le consentía ese pequeño deleite—. No te preocupes, iremos a tu ritmo, esperaré lo que sea necesario.

Esas palabras le llegaron al corazón, sobre todo al percatarse de que él mantenía su palabra, pues no intentó ir más allá de lo que Victoria le permitía. Empezaba a anochecer cuando de nuevo cogió el coche y la llevó de vuelta a su casa.

Continuaron viéndose cuando Tomás podía escaparse y acercarse por su zona, aunque eso era pocas veces, ya que muchos fines de semana él debía trabajar en alguna feria.

En una ocasión la llevó al mercadillo con él. Mientras ellos atendían al público, un par de chavales confeccionaban aquellas piezas que tenían un mayor éxito. No recordaba sus nombres y le pareció violento preguntar después de llevar un buen rato juntos. Observó varias sonrisas a sus espaldas y miradas de aprecio a su cuerpo; no obstante, cuando Tomás se dio cuenta de su incomodidad, con una mirada y un frunce del entrecejo, los puso en su sitio. Al finalizar, mientras los jóvenes terminaban de desmontar, Tomás cogió el coche para llevarla a casa.

Al llegar a su pueblo detuvo el vehículo en un callejón oscuro y recostó su asiento, luego la cogió de la nuca y la acercó a su boca.

—Victoria, eres preciosa, me vas a volver loco.

Durante todo el día habían surgido suaves roces al pasar Tomás por detrás de ella para coger algún complemento que quería enseñar. Unas veces la había cogido de la cintura; otras, se había arrimado más de la cuenta rozando el trasero con su miembro. También se habían besado en más de una ocasión cuando no tenían ningún cliente. Recostó el asiento del copiloto para poder moverse con mayor comodidad y tiró de ella hasta ponerla a horcajadas encima de él.

—¿Estás cómoda? —le preguntó con una sonrisa ladeada.

—Sí. ¿Y tú? —preguntó a su vez Victoria.

—De maravilla. —Puso las manos sobre sus caderas guiando los movimientos sobre su miembro que comenzaba a emerger desafiante. Observó cómo Victoria, que momentos antes estaba dispuesta a seguir por ese camino, se tensaba al percibir su dureza—. Vamos, pequeña, no te detengas, me gusta sentirte así. No iremos más lejos si no quieres, pero déjame oír tus jadeos, quiero sentir tu humedad, que nuestros sexos se rocen a través de la ropa, que entres en combustión solo al pensar en mí en tu interior. Solo eso, cierra los ojos y déjate llevar.

Sus manos la guiaban. Al ver que ella aceptaba el juego, metió la mano entre sus cuerpos para desabrocharse el botón del pantalón y bajar la cremallera, luego dejó libre su miembro. Victoria, con los ojos cerrados, se movía por pura voluntad. Cuando sus jadeos se hicieron más apremiantes, Tomás la acercó a su boca para besarla con desesperación mientras sus manos abarcaban los pechos y pellizcaba los pezones. Victoria se dejó caer sobre sus manos para ponerle a Tomás los senos al alcance de su boca. Este, enseguida, los cogió y los hizo desaparecer. Los gemidos de ambos se fundían en la noche, fuera todo era silencio y oscuridad mientras dos cuerpos anhelantes y sudorosos llegaban juntos al clímax.

El tiempo iba pasando, Tomás y Victoria se veían poco y a escondidas, pues ambos eran conscientes de que los padres de ella no aprobarían su relación, debido a la diferencia de edad. A pesar de ello, los rumores se extendieron y fue inevitable que estos se enterasen. Tras las primeras reticencias, y viendo que su hija no iba a dejar la relación, decidieron invitarlo a comer para así conocerlo y hacerse una idea de la clase de hombre que era. Tuvieron que admitir que Tomás tenía una personalidad arrolladora, con ideas muy claras y perspectivas de futuro muy definidas. No era el tipo de novio que les hubiese gustado para su hija, pues ellos

habrían deseado que conociese a alguien en la universidad; un estudiante de su edad cuyo futuro hubiese sido más afín, o un adolescente cuyo pasado fuera más común y su futuro estuviese ligado a sacarse la carrera y establecerse, tener hijos y una estabilidad económica, no deambular por las ferias y vivir en una comuna. Esperaban que con el paso del tiempo su hija reaccionase y viese esas diferencias, de las cuales ellos se habían percatado desde el primer momento. Sin embargo, Tomás y Victoria parecían estar de lo más enamorados, y tuvieron miedo de meter cizaña y con ello arriesgarse a perder a su hija. Pensaron que con el tiempo las cosas se verían de otra forma. Esperaban que esa atracción que parecían sentir no bastase para plantearse tener un futuro en común.

Victoria estaba radiante, esperaba sus visitas con ansia. Había conocido a varios de los chicos que vivían con él y se sorprendió de que todos fuesen hombres. Al comentárselo, Tomás le dijo que también había un par de mujeres viviendo con ellos, y quedaron en que la próxima vez que fuese a la casa le presentaría a todos los que en ella habitaban.

Victoria sí que solía ir a las ferias con Tomás cuando él se lo pedía, así disponían de más tiempo para estar juntos. Uno de esos días, observó una sonrisa extraña y un cruce de miradas entre Tomás y Alberto. Tuvo una extraña sensación, aunque no se atrevió a preguntar ni entrometerse; no obstante, la impresión de que se había perdido algo perduró en su mente.

A media tarde, Tomás le aseguró que le tenía preparada una sorpresa y que se iban ya. Los otros muchachos se encargaron de cerrar las cuentas y desmontar la parada. La cogió de la cintura y juntos abandonaron el mercado.

—¿Dónde me llevas? —preguntó Victoria al ver que no iban de camino al coche, sino que se metían en una calle paralela.

—Un amigo me ha dejado las llaves de su casa.

La atrajo con decisión, buscando su boca y mordiendo su labio antes de introducir la lengua en esa cavidad que le volvía loco, sobre todo al ver cómo reaccionaba ella ante sus caricias.

La casa estaba limpia, aunque el olor a cerrado perduraba en el ambiente. Abrió todas las ventanas esperando a que se ventilase y se sentaron en el sofá.

—Tomás, sabes que esto es una encerrona, ¿verdad?



—Victoria, solo quiero tenerte entre mis brazos en un sitio tranquilo y cómodo donde no nos pueda ver ni oír nadie. ¿No confías en mí?

—Claro que sí. Yo también quiero estar contigo.

—Subamos a la habitación entonces.

Le ofreció la mano con una gran sonrisa y juntos se adentraron en la habitación. Tomás se quitó con rapidez los zapatos, pantalón y jersey, quedando solo en calzoncillos y se dejó caer sobre la cama. Luego le tendió la mano con una cálida sonrisa.

Victoria se quitó el vestido quedándose en ropa interior. Al mirarlo de frente, vio los ojos de Tomás brillantes de deseo y se acostó junto a él.

Tomás le colocó la mano en la pierna, acariciándola con movimientos suaves y circulares. Luego cogió su mano y la puso sobre su miembro que estaba tenso bajo el *slip*. Ella retiró la mano sobresaltada, no era la primera vez que sentía su dureza, ni que se restregaba sobre ella como el chico le indicaba; sin embargo, sí era la primera en la que ella tenía que tomar la iniciativa y eso la había cogido desprevenida.

—Vamos, Victoria, te dije que iríamos a tu ritmo, pero llevamos juntos desde principios del verano. No es justo que me excites de esa manera y luego me dejes a medias; y que conste que no estoy hablando de follar, simplemente... pues eso, tócala un poco y deja que me corra como el otro día.

—Tomás, yo... —Victoria se sentía incómoda, desde el primer momento sabía que ese momento llegaría y temía no estar preparada.

—¡Joder, Victoria! Lo siento, no quería decir eso o al menos no de esa forma. Tengo treinta y dos años y necesito algo más que simples besos. Tengo «amigas», quienes, estoy seguro, aceptarían encantadas un buen revolcón, pero... te quiero a ti y quiero hacerlo contigo. No quiero recurrir a ninguna otra, pero me dejas con unos calentones que no veas. Solo haremos como el otro día, pero, esta vez, quiero tus manos aquí —le dijo al tiempo que colocaba su mano sobre el *slip*. Victoria lo percibió tenso y expectante. Cuando lo escuchó contener el aliento, sonrió buscando su mirada. La encontró enseguida, pues él no apartaba la vista de sus ojos. Envalentonada por su reacción metió la mano bajo el tejido para acariciar suavemente la piel y dejar el miembro en libertad. Tomás, entre jadeos, la apremiaba con susurros sugerentes.

—¡Dios mío, Victoria! No pares, acarícialo, juega con él. Así, pequeña; observa cómo crece, está duro por ti. Es increíble cómo me pones con tus

caricias.

Era la primera vez que veía un pene y que lo sentía entre sus manos. Lo recorría con suavidad, observándolo y rodeándolo con los dedos. La respiración de Tomás se aceleró, sus gemidos se intensificaron y comenzó a elevar las caderas hasta dejarse llevar por completo, derramando su esencia. Cuando la vio sonreír, la atrajo a sus brazos, besándola con pasión y, antes de que ella se diese cuenta de lo que estaba pasando, sus dedos se habían introducido en el interior de las braguitas y se perdían entre los rizos dorados.

## 4. La rutina lejos de casa

Victoria se trasladó a Madrid cuando empezaron las clases. Allí tenían más libertad para verse, pues nadie controlaba sus idas y venidas.

Un día, a mediados de semana, el rostro de Victoria se iluminó con una gran sonrisa y un grito de júbilo se escapó de su boca mientras echaba a correr y se lanzaba en los brazos de Tomás. Lo había echado tanto de menos que no se atrevía a decírselo con palabras, ese gesto era toda una demostración involuntaria de sentimientos.

—No te esperaba. Me lo tenías que haber dicho.

—Y estropear la sorpresa.

Victoria buscó su boca. Estaban delante de la facultad y varias jóvenes los miraban sin ningún tipo de disimulo, aun así, a ellos poco les importaba.

—Cuando te llamé ayer para preguntarte qué planes tenías y a qué hora salías de la facultad era para asegurarme de que estuvieses disponible y no quedarme colgado. Así que enseguida reservé una habitación en un hotel. Estoy a tu entera disposición hasta mañana.

—¿Te quedas a pasar la noche? —preguntó Victoria con una sugerente sonrisa.

—Sí. En un hotel con piscina. —Cada palabra iba acompañada por un pequeño beso en los labios—. *Jacuzzi, spa*. ¿Tienes bañador? —preguntó de pronto.

—No pensé que me fuese a hacer falta.

—¡Ale pues! Vamos a algún centro comercial a comprarte uno.

Victoria dejó la mochila con los libros en el coche de Tomás y luego fueron a comer. A continuación, se metieron en un establecimiento donde compraron un bikini y unas chanclas. Tomás insistió en meterse con ella en el vestuario, a lo que Victoria se negó enérgicamente, así que la cogió por la nuca y aplastó su boca contra sus labios para luego, con un cachete en las nalgas, apremiarla a meterse en el probador, advirtiéndole que antes de quitarse el bañador, se lo quería ver puesto, pues deseaba ver como la tela se amoldaba a sus curvas.

Al llegar al hotel, subieron a la habitación a cambiarse y bajaron de nuevo para meterse en la piscina climatizada, en la cual ya había varias

personas.

—Vamos al *jacuzzi* —sugirió Tomás al cabo de un momento, cogiendo su mano.

—Es raro que no haya nadie. ¿No estará roto?

—Yo diría que todos hemos pensado lo mismo y por eso está vacío. Vayamos a ver.

En efecto, en cuanto entraron y apretaron el botón, suaves burbujas comenzaron a emerger subiendo la cantidad y fuerza al cabo de un momento, impidiendo ver el fondo por todas las que se iban almacenando.

—¡Qué bien siento esto! —afirmó Victoria con los ojos cerrados y las facciones relajadas.

—Sí que es verdad, pero te quiero relajada sobre mí. Ven y siéntate sobre mis piernas. —Ella lo hizo sin dilación.

—Tomás, así no me relajo —afirmó Victoria suspirando al sentir las manos de Tomás acariciándola por debajo del agua.

—Pues deberías —contestó entre risas—. Ya va siendo hora de que te relajes en mi presencia, o a que dejes de darle tanta importancia a cómo te hago sentir y lo disfrutes. Venga, no me digas que no te gusta estar sentada así y sentir mi cuerpo debajo de ti.

—Sí que me gusta, demasiado.

Tomás sonrió con malicia buscando su boca con ansia y desesperación. Cambiando la posición para ponerla a horcajadas.

—¡Estate quieto!, ¡qué nos pueden ver!

—Está bien. Vuelve a poner las piernas como las tenías antes y tendré que conformarme con que me beses.

—Eso sí que puedo hacerlo, besarte. —Pequeños roces en sus labios iban dejando un surco sobre su rostro, tiró de sus rastas con decisión para obligarlo a levantar la cabeza y dejar su garganta al descubierto. Victoria sonrió mientras bajaba la boca y mordía con suavidad, para luego abrir los labios y succionar con fuerza.

—Joder, pequeña. Vamos a la habitación, pero ya.

Se pusieron el albornoz y las chanclas que acababan de comprar y cogieron el ascensor. Con gestos desesperados, Tomás se lo desabrochó, abriéndolo y admirando sus curvas con una mirada lasciva. Sin soltar los bordes de la prenda, la atrajo con decisión hacia su boca, metiendo la mano bajo el bikini y amasándole el trasero a su antojo.

En cuanto entraron en la habitación, Tomás se dirigió a la nevera y sacó una pequeña botella de *whisky*.

—¿Qué te apetece? —preguntó levantando la mirada.

—Nada, gracias. —Tomás la levantó y la puso sentada sobre el escritorio situado encima de la pequeña nevera.

—Vamos, Victoria. No me gusta beber solo. Pruébalo. —Levantó la mano y la urgió a beber el *whisky*, riendo a continuación al ver la cara de asco que ponía—. Vale, nada de *whisky*. Prueba esta.

Cuando quisieron darse cuenta, sobre el mueble se hallaban esparcidas y vacías todas las botellitas. Tomás se lanzó sobre su boca. Su aliento olía a alcohol, igual que el de ella. Con las manos abarcó su trasero y de un brusco movimiento la acopló a su dureza. Sus manos y bocas se reconocían con desesperación. El sujetador del bikini había desaparecido entre bruscos movimientos. Tomás cogió ambos pechos, estrujándolos a su antojo para luego meterse uno dentro de la boca y succionar con ansiedad. Al oír los gemidos de Victoria y notar cómo le apretaba la cabeza con fuerza, se sintió morir. La cogió de las nalgas y se dirigió hacia la cama, lanzándola sobre esta.

—Victoria, ¿estás segura? Es una decisión de los dos.

—Tomás, te quiero y también me apetece muchísimo; no estoy borracha, pero he de reconocer que me siento *sexy* y achispada. Te haré olvidar a todas esas amigas que están dispuestas a darte un buen revolcón, te haré disfrutar como nunca antes nadie lo ha hecho.

Victoria en un momento de lucidez llegó a pensar que todo estaba yendo demasiado rápido, aunque, en realidad se conocían desde hacía casi seis meses, apenas se habían visto durante ese tiempo y al no haber cobertura en la casa tampoco es que hablasen mucho entre semana; sin embargo, esos pensamientos fueron erradicados de su mente con las primeras caricias.

Tomás la contempló durante unos segundos, era tan joven, tan bella e inexperta, de eso no le cabía duda, tampoco de que al fin había llegado el momento. Siempre había sabido que valdría la pena esperar. Él sería quien la introduciría en ese mundo de placer y sensualidad, quien la llevaría a explorar nuevas cosas, la iniciaría en ese universo que tanto ofrecía.

Victoria sintió que Tomás le abría las piernas con sus rodillas y se colocaba sobre ella antes de sentir que algo duro y grueso intentaba abrirse paso por su entrepierna. Un grito escapó de su boca antes de que pudiese

retenerlo, estaba más que preparada, pero nadie le había advertido que sería tan doloroso, cerró los ojos mientras una mueca escapaba de sus labios

—Tranquila pequeña, pronto se te pasará y disfrutaremos juntos lo que queda de noche.

—Te quiero —afirmó Victoria abriendo los ojos de nuevo y moviendo las caderas para hacerle ver que ya estaba preparada.

—Así me gusta, vamos Victoria, quiero verte gemir, escucharte cuando jadeas sin control y que me regales esa mirada de felicidad mientras me pierdo en tu interior.

Victoria lo hizo porque él se lo pedía, no guardó silencio ni se contuvo; le hizo ver cómo disfrutaba, le regaló sus gritos y jadeos carentes de palabras que llenaron la habitación, mientras, sudorosos y excitados, llegaron al éxtasis. Una gran sonrisa iluminó sus rostros cuando sus miradas se cruzaron; luego, abrazados, se quedaron dormidos.

Victoria se despertó sobresaltada y cogió el móvil.

—¿Qué sucede? —preguntó Tomás medio dormido.

—Me tengo que ir, tengo un examen por la mañana y tengo que darme una ducha y cambiarme de ropa.

Tomás la cogió entre sus brazos y la besó.

—Mi futura doctora —afirmó con una gran sonrisa—. ¿Cómo van los exámenes?

—Todo aprobado de momento. Pero si no nos damos prisa llegaré tarde.

—Voy —Tomás se levantó con desgana y se metió en el baño. Victoria observó a su alrededor, ni siquiera tenía ropa interior para cambiarse. Había ido con la idea de pasar la tarde con él, no se le ocurrió que se quedaría a dormir. Se corrigió a sí misma, Tomás había ido a propósito a verla, era de suponer que pasarían la noche juntos, lo que no había previsto era perder la virginidad con tanta rapidez, aunque tenía que reconocer que había disfrutado como nunca y, si cabía la posibilidad, estaba mucho más enamorada que el día anterior; se sentía plena y más madura.

Cuando Tomás salió de la ducha, ella aún seguía con la sonrisa en la boca. Tras despedirse en la puerta del piso de alquiler que compartía con otras estudiantes, Tomás se marchó, pues ganó el sentido común y la constancia de Victoria, que insistió en ir a clase y asegurar que se le hacía tarde.

Durante los días siguientes, Tomás la llamó varias veces para decirle lo especial que había sido todo y lo mucho que la echaba de menos. Pasaron varios fines de semana sin verse, pues él no podía acercarse a Madrid porque estaba ocupado y Victoria también lo prefería así, porque esas semanas tenía exámenes.

Cuando terminó el primer trimestre y le dieron las notas, estaba exultante; había aprobado todo. Sus padres la invitaron a cenar para celebrarlo, y ella les dijo que se lo comentaría a Tomás para ver si estaba disponible, estos enseguida aceptaron, se habían dado cuenta de que no era una mala influencia para su hija, pues, aunque sus notas habían bajado, era normal debido al cambio del instituto a la universidad, ya que tenía que haber un periodo de adaptación.

Tomás no pudo ir a cenar, puesto que no se encontraba por la zona; no obstante, la felicitó y le aseguró que la visitaría en cuanto pudiese. Victoria aprovechó esos días para reunirse con sus amigas y ponerse al tanto de las novedades. Todas habían comenzado a ir a la universidad y un nuevo mundo se abría ante ellas; relacionarse con gente nueva, salir de fiesta sin tener que dar explicaciones de con quién iban y a qué hora regresaban; tener que sobrevivir por ellas mismas y tontear con el sexo opuesto, pero claro, solo Victoria había hecho verdaderos progresos en ese primer trimestre. Todas escuchaban con ilusión el relato de cuando la sorprendió a la salida de la facultad invitándola a pasar la noche en un hotel de lujo y cómo la cosa se fue calentando hasta terminar entregándose a él y después todas esas llamadas recordándole lo maravilloso que había sido. Solo había un pequeño problema, y era que desde entonces no se habían vuelto a ver.

Las Navidades pasaron y ella regresó a la capital. Las visitas de Tomás se hicieron mucho más frecuentes. Cuando se presentaba, se quedaban en el hotel, pues no les pareció buena idea que se alojara en el piso, ya que ninguna de las compañeras con las que lo compartía había llevado nunca a ningún chico.

La primera vez que faltó a clase, fue porque se quedó dormida, ya que, sin darse cuenta, Tomás debió apagar el despertador y se levantaron a media mañana. En otra ocasión, el chico la llevó a una feria y se hizo tarde para regresar el domingo por la noche, luego el coche se estropeó. Hubiese podido coger el tren y regresar ese mismo lunes. No obstante, se quedó esperando a que lo arreglasen. Los días fueron pasando, pero, como la

compañía era buena, tampoco le dio mucha importancia. El problema surgió al reanudar las clases a mediados de semana, se hallaba completamente perdida y necesitó muchas horas de estudio para ponerse al día y la ayuda de sus compañeras. Se prometió a sí misma que no volvería a suceder, los estudios debían ser lo primero.

A principios de febrero llegó su cumpleaños. Tomás llevaba unas semanas diciéndole que le tenía reservada una gran sorpresa. Cuando aparcó el coche delante del restaurante, Victoria quedó asombrada, se veía pequeño y selecto. Había pocas mesas, todas ellas para dos personas. En la entrada el metre les preguntó si habían reservado mesa. Tomás dio su nombre y enseguida les condujeron a una de ellas, cubierta con un mantel de un blanco immaculado. Sobre este había varias copas, cubiertos y platos. En el centro, unas velas encendidas rodeaban un jarrón alto con tulipanes. Victoria se sentía como una princesa de cuento de hadas.

Cuando terminaron de cenar, Tomás le entregó su regalo: un sobre de una agencia de viajes. Al abrirlo lo miró sorprendida; se trataba de un viaje con todo incluido a Tenerife, una semana entera. Al estar fuera de temporada alta, el precio era muy bueno. Sin embargo, cuando miró la fecha se quedó consternada, pues en esos días tenía clase. Aun así, Tomás la convenció de que ella era muy lista y podía con todo; además, le hacía mucha ilusión hacer ese viaje los dos solos, como si fuese una luna de miel. Viendo la ilusión que reflejaba el rostro del hombre, no se atrevió a contradecirlo ni a expresarle sus dudas. Intentó hacerse a la idea de que «total, solo iba a fallar una semana», sería como si hubiese cogido un resfriado y no pudiese ir a clase. La diferencia era que, con un resfriado, las compañeras le hubiesen podido pasar los apuntes cada día y no hubiese ido rezagada, así... decidió no darle más vueltas y disfrutar del regalo.

Al fin llegó el día, Tenerife era precioso. Victoria se había acostumbrado a maquillarse cuando estaba con Tomás, consciente de la diferencia de edad. Él acostumbraba a cogerla de la mano y cuando menos lo esperaba la acercaba a su cuerpo para besarla., Victoria estaba radiante.

Fueron de excursión a ver el Teide. Al subir en el teleférico se acomodaron al final del cubículo, dispuestos a contemplar el paisaje. Tomás se puso detrás de ella y le rodeó la cintura con ambas manos tras besarle la mejilla. Victoria llevaba una cazadora negra, y cuando quiso darse cuenta,



una de las manos de Tomás estaba bajo ella y ascendía hasta apoderarse de su pecho que ahuecó con suavidad. Luego tanteó el pezón con la yema de sus dedos y comenzó a estimularlo, ella estuvo a punto de quitarle la mano de esa zona y volver a ponerla sobre su cintura en un inofensivo abrazo; pero al observar a su alrededor y darse cuenta de que nadie los miraba, decidió dejarlo hacer, ya que le gustaba ese morbo que se estaba adueñando de su conciencia y hacía que su cuerpo reaccionase de una manera asombrosa. Cuando llegaron a la cúspide, las manos de Tomás abandonaron su cuerpo y la cogió de la suya para salir juntos.

Las vistas eran espectaculares. Al estar el cielo despejado se podían contemplar varias islas a lo lejos y muchos barcos y lanchas que dejaban curiosas estelas sobre el mar que, en calma, les ofrecía una estampa preciosa. Cuando decidieron bajar, Tomás le dijo que en cuanto parase el vehículo entrase y se pusiera en primera fila para que nadie les tapase las vistas. Así lo hizo y se colocaron en una esquina. Aún no se había puesto en marcha el teleférico cuando sintió los dedos de Tomás abriéndose paso a través de la cinturilla de sus vaqueros. Enseguida entendió qué pretendía y separó las piernas para facilitarle la tarea. Bajó la mirada abochornada, por vergüenza a lo que estaban a punto de hacer, pero, sobre todo, al ser consciente de que en realidad le apetecía hacer «eso» en ese momento. Nunca creyó que el morbo estuviese en su naturaleza, pues ella era una chica de pueblo, tradicional y recatada. El año anterior, su relación se había ido a pique por no querer ir más allá de besos y algún que otro toqueteo. Y, apenas unos meses después, se encontraba dejando que un hombre la masturbase en un sitio repleto de gente. Se apoyó en la barandilla al tiempo que contenía la respiración, evitando que quienes los rodeaban se percatasen de nada.

—Mi pequeña morbosa —susurró Tomás en su oído al tiempo que quitaba la mano de ese sitio—. Esto está a punto de detenerse. Entraremos en la primera cafetería que veamos y dejarás que te folle—. Victoria solo pudo asentir tras encontrar su mirada a través del cristal.

Victoria se asomó al balcón de la habitación del hotel y en silencio observó el cielo. Su mente vagó por la conversación que esa misma tarde había tenido con Tomás. Su relación se estaba consolidando por momentos. Su novio le había comentado que a él le gustaba el tipo de existencia que llevaba; era feliz en aquella gran casa con los otros jóvenes; sin lujos, pero

con una vida plena y dedicada a aquello que le gustaba. Le había preguntado si ella podría ser feliz así. «¡Por supuesto!», había respondido ella echándose en sus brazos; si era con él, podría vivir en cualquier lugar.

Las prioridades de Victoria habían cambiado de la noche a la mañana, pues ya no tenía sentido seguir estudiando si su futuro era estar con Tomás, recorrer España yendo a los mercadillos y conocer lugares recónditos y maravillosos.

La sombra de la duda que empezaba a tomar forma en su subconsciente por el cambio radical que se le presentaba en su vida, quedó aplacada al escuchar a Tomás abrir la puerta y colocarse a su espalda, abrazándola con fuerza y haciéndola apoyar la cabeza sobre su pecho. Tras elevársela le dio un suave beso en los labios.

—Pequeña, ¿estás segura de que es eso lo que quieres? —preguntó Tomás después de haber profundizado en el beso, dejándola en ese estado de anhelo que solo él había logrado despertar en ella.

—Sí. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. No tiene sentido que siga estudiando Medicina si aún me quedan un montón de años para sacarme la carrera y después ¿qué? Estudiar oposiciones, deambular por distintas ciudades hasta conseguir una plaza definitiva, mientras tú vas de un lado a otro. No sé lo que me depara el futuro, pero de lo que sí estoy segura es de que quiero que sea a tu lado.

—Pequeña, estoy deseando que te vengas a vivir conmigo. —El abrazo de Tomás se hizo mucho más potente. Victoria estuvo a punto de decirle que dejase de hacer tanta presión, porque le costaba respirar, pero, de súbito, el agarre se aflojó—. Verás como todo será genial. Aunque aún nos falta la parte más complicada, ¿no?

—Sí. A mis padres no les va a hacer ninguna gracia —afirmó Victoria asimilando esa realidad. Seguía teniendo dudas; no obstante, era consciente de cada palabra que había pronunciado. Tomás no iba a esperarla durante siete u ocho años a que ella terminase la carrera y se estableciese en su profesión, y ella no estaba dispuesta a arriesgarse y perderle o a que su relación se viese enturbiada por largas ausencias por parte de ambos: ella por los exámenes y él por estar en algún mercadillo en la otra punta de España. Y también sabía que después de esa semana sin asistir a clase ni interesarse por la materia que habían dado le costaría mucho ponerse al día en sus estudios, más aún porque no tenía la cabeza despejada y su futuro estudiantil estaba en un profundo bache, del cual *a priori* no iba a salir.

—Ya lo hemos hablado —le recordó Tomás, sacándola de sus cavilaciones—. Debes de ser tú quien se lo diga. Yo estaré a tu lado para apoyarte, aunque tiene que quedar claro que es una decisión tuya, o conjunta, pero no he sido yo quien te ha metido esa idea en la cabeza.

—Claro. Se lo diremos la próxima vez que vaya a verlos.

—¡Esta es mi chica! —Tomás la abrazó al sentir como sus dudas seguían ahí, ofreciéndole su apoyo y optimismo—. Tranquila, todo irá bien.

## 5. Distanciamiento

Los padres de Victoria la miraron estupefactos e intentaron convencerla de que no lo hiciese; era muy joven y tenía toda una vida por delante. Le imploraron que continuase con los estudios y con la relación con Tomás, pero, como un simple noviazgo, puesto que apenas se conocían. Podían esperar un poco más antes de tomar una decisión tan drástica; la vida daba muchas vueltas y nunca se sabía qué sucedería el día de mañana. Los estudios le darían cierta estabilidad. Además, al fin y al cabo, siempre había querido ser doctora.

—Tomás, ¡por Dios, dile que no lo haga! —gritó Víctor, el padre de Victoria—. Ambos sabemos que es un capricho. Ella no es más que una cría, guapísima, elegante, simpática. Alguien de quién fardar al llevarla de la mano y presentarla a tus amigos. Pero lo vuestro terminará en algún momento; sois muy diferentes y ella se quedará sola y sin futuro. ¡Os hemos dado toda clase de libertad para que os vieseis!

—Papá, mamá —dijo Victoria entre lágrimas—. No lo hagáis más duro de lo que ya es. Sé que no es el futuro que os habíais imaginado, pero... solo se vive una vez y yo quiero hacerlo junto a él. El ambiente se caldeó; Tomás apenas habló en toda la velada. Al final, ambos subieron a la habitación a hacer las maletas, mientras Víctor le gritaba que, si se iba, tenía terminantemente prohibido volver a poner los pies en esa casa. Su madre, histérica, le suplicaba que recapacitase.

Subió al coche de Tomás sin despedirse de ellos. Al girar la cabeza, vio cómo se abrazaban e intuyó las lágrimas que en esos momentos estarían surcando por el rostro de sus padres, al igual que lo hacían por el de ella, lágrimas por un desenlace que nadie habría previsto. Tomás cogió su mano y la besó para luego mirarla con pesar.

—Victoria, siento que las cosas hayan acabado así. Con el tiempo se les pasará y todo volverá a la normalidad. Confía en mí.

Ella le sonrió con debilidad, consciente de que si estaban juntos, nada podía salir mal.

Al llegar a la casa, todos salieron a saludarla y reconfortarla. Tomás les dio las gracias por las muestras de cariño; sin embargo les pidió que les

dejaran solos; había sido una cena cargada de tensión y Victoria necesitaba descansar.

La llevó a la cocina y le preparó una infusión que a la joven le sentó muy bien. Ella misma se dio cuenta del efecto que estaba produciendo en su cuerpo y mente; se notaba como si se viese desde fuera, como si su consciencia gravitase a otro nivel y sus huesos fuesen de gelatina.

—¿Qué es? —preguntó enseñándole el vaso a Tomás.

—Se llama ayahuasca, es la planta que toman los chamanes para entrar en trance. Conseguimos unas semillas y hemos logrado que germinen. Te produce un efecto curioso, ¿lo notas ya? —Ella asintió antes de coger su mano y dirigirse a la habitación.

En cuanto entraron, Tomás dejó la maleta encima de la cama. Abrió el armario y puso todas las perchas con su ropa a un lado para dejarle sitio. Victoria observó a su alrededor, había estado varias veces en esa habitación, era austera, solo una cama de matrimonio con su cabecero, dos mesitas, una cómoda, una silla y un armario empotrado. No era cálida ni invitaba a permanecer en ella, pero, desde luego, el somier era cómodo, pensó para sí misma, recordando la de veces que se había acostado en esa cama. Nada estaba fuera de lugar, no había polvo sobre los pocos muebles existentes, observó mientras pasaba el dedo por encima de la superficie. Los zapatos se encontraban alineados por pares, tampoco había ropa esparcida por encima de la cama. Abrió la maleta, cogió varios jerséis básicos de diferentes colores y se dirigió a guardarlos en la cómoda, pues en esos momentos prefería mantenerse ocupada. Al acercarse a ella, un trozo de folio pulcramente doblado y medio escondido debajo de un frasco de perfume llamó su atención. No le hubiese extrañado ver alguna factura o ticket de la compra por allí olvidado, mas, ese papel le dio mala espina, antes de ser consciente de lo que estaba haciendo, ya lo tenía en sus manos. Lo leyó entornando los ojos y sin entender el mensaje allí escrito. Su mente intentaba acceder a la información que creyó era relevante, pero todo escapaba a su comprensión; ese había sido el propósito de la infusión, permanecer ausente por un rato, luego, cuando se le pasase el efecto, ya tendría que enfrentarse a lo que había sucedido; un hombre había entrado en su vida volviéndola patas arriba y cambiando todo lo que hasta esos momentos había resultado esencial, su familia y sus estudios.

—Tomás, ¿quién es Katy? —preguntó con la mirada fija en el trozo de papel.

—¿Qué?

Tomás se acercó con rapidez y se lo quitó de las manos. Sus ojos denotaban una furia apenas contenida hasta que, al leer la carta, sonrió relajando las facciones de su rostro.

—Es la chica de Alberto. No sabía que se habían ido —respondió tras dejar la carta sobre la cama—. Está un poco loca —afirmó, dándole un suave beso en los labios y abrazándola de nuevo—. ¿Estás mejor?

Victoria no las tenía todas consigo; sin embargo, su mente se negaba a admitir más incertidumbre. Solo Tomás le ofrecía estabilidad en esos momentos y no quería que también ese sentimiento se enturbiara, por lo cual, simplemente, se encogió de hombros. El aire entraba a trompicones en su cuerpo mientras ella intentaba contener esas lágrimas que pugnaban por salir de su confinamiento.

—Tomás, no me encuentro bien, tumbate en la cama conmigo y abrázame. Necesito sentirte.

—Eso está hecho, pequeña.

Ella asintió mientras se tumbaba en la cama y estiraba los brazos para que él la arropara con su cuerpo. Pero no solo se conformaron con un largo abrazo. Como siempre que Tomás ponía las manos sobre ella o le sonreía, Victoria se derretía y esta vez no fue diferente. Necesitaba sentirse amada y, eso, Tomás sabía de sobra cómo conseguirlo. La infusión hizo que todo resultase placentero y carente de inhibiciones. Antes de quedarse dormida entre sus brazos el último pensamiento fue el contenido de esa nota que descansaba sobre las baldosas del suelo:

*Tomasín, Tomasín.*

*A ver si la convences pronto y puedo volver, me gusta más esta casa que la otra.*

*Un montón de «muaaakis» donde más te gusten.*

*Katy.*

Los días iban pasando con rapidez y la rutina se instauró en su vida. Había dos chicas más con las que Victoria enseguida entabló amistad; ambas eran jóvenes, guapas y muy tranquilas. Una de ellas, Vanesa, llevaba allí varios meses. La relación con su novio no iba demasiado bien en esos

momentos y se desahogaba con ellas, les decía que se sentía como si fuese la criada de todos ellos; además, ella preferiría cuidar de los animales y revisar el huerto antes que fregar. No obstante, las otras chicas hacían oídos sordos a sus quejas, pues alguien tenía que limpiar y eso era una cuestión de mujeres, por lo que si una se escaqueaba, las otras dos tenían que hacer su faena y eso les molestaba.

Durante la mañana arreglaban la casa, cada uno se ocupaba de su habitación, puesto que, aunque no tuviesen cerrojo, había un acuerdo no escrito en el que prevalecía un poco de intimidad dentro del cubículo. Nunca había faltado ningún objeto personal ni habían tenido peleas ni malentendidos por ello. En cuanto al resto de la casa, eran las mujeres las que se ocupaban de limpiar la cocina, baños, barrer..., todo lo necesario para conseguir que la casa estuviese limpia y decentada, mientras los chicos se ocupaban del huerto, los animales e ir a las ferias.

Las tardes eran increíbles, ella y Tomás daban largos paseos alrededor de la finca, perdiéndose en el bosque, donde mantenían largas y profundas charlas. Había aprendido mucho de su filosofía de la vida. Solo con escucharle hablar, ella se perdía en ensoñaciones y todo lo que decía el chico le sabía a gloria y sabiduría.

Cuando tenía que ausentarse más de una noche, se la llevaba con él, motivo por el que Victoria se encontraba como en una perpetua luna de miel, envuelta de felicidad. El sexo también era maravilloso, con un simple roce en su piel, se estremecía. Igual lo hacían esas miradas que le dedicaba desde la otra punta de la parada cargadas de pasión y lascivia, esos simples roces en la cintura al pasar por detrás de ella, o cuando se le apretaba sin ningún tipo de disimulo para que notase su dureza y le susurraba alguna palabra o frase lujuriosa. Luego, sin decir nada a nadie, se iban cogidos de la mano y Tomás la acorralaba fuera de la vista de los demás, ofreciéndole un polvo rápido y salvaje. Tras uno de estos, mientras ella se colocaba la ropa, Tomás le preguntó si tenía confianza absoluta en él.

—Por supuesto. ¿Por qué lo preguntas?

—Me apetece meter a una tercera persona en nuestros juegos. Ya sé que la primera vez te resultará un tanto raro, pero verás cómo disfrutas un montón. —Tomás la miró a los ojos para transmitirle la confianza que sabía que necesitaba para acceder a algo así—. No hace falta que me contestes

ahora, pero piénsalo. Había pensado en Alberto, estoy seguro de que él aceptará.

—No lo dices en serio, ¿verdad?

—Victoria, ¿te ha gustado todo lo que hemos estado haciendo? Solo te pido que no te cierres sin ni siquiera pensarlo. No voy a forzarte a nada, pero es algo que he hecho otras veces y se me ha pasado por la cabeza. Si no quieres, no pasa nada.

Con un suave beso en la mejilla y tras cogerla de la mano, volvieron de nuevo al mercadillo donde Victoria pasó el resto de la tarde sumida en sus pensamientos. Por un momento intentó imaginar las manos de Alberto sobre su piel, no le vino ninguna sensación a su mente, ni buena ni mala, ni de rechazo ni de agrado, era como si su cabeza se negase a asimilar tal posibilidad y no le daba ningún tipo de señal.

Cuando volvieron de uno de esos viajes, descubrió que Vanesa se había ido tras una fuerte discusión con su novio. La otra chica la recibió con los brazos abiertos, pues necesitaba ayuda con la casa y una presencia femenina con quien hablar de sus cosas. En el siguiente viaje Victoria se quedó en casa, pues debían ausentarse cinco días y Tomás le explicó que prefería que se quedase con Lucía y recogiesen la fruta madura para hacer la mermelada, ya que todos los chicos se iban a los diferentes mercados y la casa no podía quedarse sola con todos los animales sin supervisión y cuidados.

Era la primera vez que estaba tanto tiempo sin su compañía. Ella y Lucía pasaron unos días muy entretenidos, porque tenían la casa para ellas solas y el trabajo tampoco les quitaba tanto tiempo. Lucía le contó que había conocido a su actual pareja en un mal momento, acababa de enterarse de que su novio estaba con otra y sus padres no entendían que ella estuviese todo el día decaída y llorando. Cuando lo daba todo por perdido, conoció a Tomás y sin saber muy bien por qué, se había sincerado con él. Tomás le había dicho que ningún chico se merecía sus lágrimas y que él conocía a alguien que le haría olvidar a ese «cabrón». Lo suyo con Diego había sido amor a primera vista; desde el primer día se habían mudado a vivir juntos y no se arrepentía. Él era una gran persona y ella se encontraba muy a gusto a su lado en esa casa.



Tras el regreso de Tomás, todo siguió igual entre ellos, largas charlas, sexo maravilloso y desinhibido; si bien, los dos solos, ya que el comentario de añadir a una tercera persona no volvió a colarse en sus conversaciones.

Ya llevaba tres meses en su nuevo hogar y seguía sin saber nada de sus padres. Le había comentado a Tomás la posibilidad de llamarlos; sin embargo, él le pedía que esperase un poco más, así les daría tiempo a coger consciencia de que era muy capaz de vivir sin ellos y tendrían que acatar sus decisiones. Una noche, Victoria se levantó de la cama con rapidez y se fue al baño al sentir cómo una náusea le subía por el estómago y tener ganas de vomitar. Creyó que la cena le había sentado mal y, tras lavarse los dientes, volvió de nuevo a la cama junto a Tomás.

A la mañana siguiente, se levantó con la misma sensación. Las arcadas volvían a repetirse y sin ser consciente de lo que hacía, se llevó las manos a los pechos, porque le molestaba el roce de la tela del sujetador. Por un momento se le paró la respiración, al caer en la cuenta de los síntomas que tenía, aunque pensó que no era posible, pues al empezar a verse con Tomás con mayor regularidad, él había insistido en que fuese a planificación familiar y que le pusiesen el DIU para así no tener que gastar más preservativos, pues no le gustaba la sensación de ese plástico evitando el contacto directo con su piel. Decidió no darle más vueltas al asunto; no obstante, en cuanto llegaron al pueblo donde se celebraban las fiestas, se escabulló un momento para ir a la farmacia y comprar una prueba de embarazo, seguidamente entró a una cafetería y se fue al baño para sacarse las dudas de encima.

El resto del fin de semana, Victoria estuvo ausente en cuerpo y alma, solo contestaba con monosílabos cuando alguien se dirigía a ella para preguntarle algo e intentó mantenerse en segundo plano, arreglando las estanterías y ocupándose de reabastecer el género lejos de la clientela, porque no se sentía con fuerzas para mantener la sonrisa en el rostro. Sus dudas habían sido confirmadas, un pequeño ser humano se estaba formando en su interior, una pequeña cosita que era fruto del amor que Tomás y ella se profesaban y se sentía culpable por no haberlo hecho partícipe desde el primer momento, por no compartir esa inquietud y esas dudas. Debieron observar juntos esa prueba de embarazo, hasta que ambas líneas tomaran el mismo color. Ahora ya era tarde, sabía que estaba embarazada y solo quería esperar a llegar a su hogar, llevarlo a la habitación y darle la noticia

en la intimidad. Tras el primer sobresalto al ver el resultado de la prueba, Victoria estaba llena de ilusión. Sabía que ambos serían buenos padres, no habían hablado de niños de una manera directa, solo algún que otro comentario de que algún día aumentarían la familia. Ese hecho se veía como algo lejano, pues ella aún era muy joven y a él le gustaba esa existencia nómada; tener hijos implicaba cambiar mucho su estilo de vida.

Solos en la habitación, Victoria le dio la noticia. La reacción de Tomás fue de perplejidad; un rictus de enfado se dibujó en su boca. Tras ese primer momento de aturdimiento, la miró frunciendo las cejas y con ojos insondables en los que no se podía vislumbrar ningún sentimiento.

—Tomás, por favor, di algo —suplicó Victoria con un nudo en la garganta.

—¿De cuánto estás? —preguntó suspicaz.

—De muy poco, lo intuí porque noté los pechos más llenos y me levanto con náuseas.

—Vale, no te preocupes, yo me encargaré de todo. Acércate, quiero ver esos pechos.

Victoria se aproximó a él con lentitud y se bajó el tirante del jersey, luego, el del sujetador siguió el mismo camino. Tomás se sentó en la cama y los senos quedaron a la altura de sus ojos, los sopesó ahuecando la mano y acogiéndolos en su interior.

—Tienes razón, están más llenos —confirmó antes de meterse uno en la boca y chupar con suavidad.

Victoria estaba emocionada, Tomás se lo había tomado muy bien, o al menos esa era la sensación que tenía. A decir verdad, no había vuelto a hacer ningún comentario al respecto y de eso hacía ya cuatro días. Ella imaginaba a su bebé sorbiendo de esos pechos que a Tomás tanto le gustaban. Sonrió al pensar que cuando naciese el pequeño debería privarse de esa parte de su cuerpo, a no ser que pretendiese quitarle parte de la ración de comida a su hijo. Una pequeña risa escapó de su boca antes de que pudiese evitarlo, encantada con su futura maternidad.

Un par de semanas después de haberse enterado de la noticia, Tomás esperó a que Victoria regresase de su pequeña excursión con Lucía para decirle que se diese una ducha y se cambiase de ropa, pues se iban fuera y

tardarían en volver. Con ese último comentario dejó claro a Lucía que no estarían a la hora de la cena.

Victoria subió a la habitación y sacó del armario un bonito vestido estampado, unas sandalias, ropa interior y se dirigió al baño para darse una ducha, luego se planchó el pelo y se puso un poco de maquillaje. Cuando bajó las escaleras, observó que Tomás continuaba con la ropa de antes y la miraba de una forma extraña, pero no le dijo nada. Ella pensó que igual se había arreglado demasiado para la ocasión; al fin y al cabo, no le había dicho a dónde pensaba llevarla.

Cogieron el coche y tras poner la primera marcha, salieron por el camino de tierra. Al llegar al pueblo más cercano, que se encontraba a unos ocho kilómetros de distancia, Victoria siguió con la vista el rótulo del restaurante italiano al que Tomás la había llevado en más de una ocasión; había dado por sentado que irían ahí. Pensó que quizás quería hacer algunas compras en el centro comercial. Pero este tampoco era su destino, ya que no tomó el cruce donde estaba la señal de desvío.

El pueblo quedó atrás, el centro comercial aún se podía observar a sus espaldas, aunque se iba perdiendo en la lejanía mientras ella intentaba adivinar su destino; si bien, no le venía a la cabeza ninguna tienda o restaurante al que Tomás la hubiese llevado con anterioridad por esa carretera. Aún quedó más desconcertada cuando cogió un desvío con el nombre de un pequeño pueblo, del que ella jamás había oído hablar. Supuso que debido a lo pequeño del emplazamiento y al reducido número de personas que vivían en él. A Victoria se le pasó por la cabeza que a lo mejor habían ido allí a comprar algún tipo de semillas para plantar o miel, ya que había descubierto que algunas de las cosas que vendían como caseras y propias, no lo eran.

—¿Dónde vamos? —quiso saber ella.

—Estuve buscando algo en las inmediaciones, pero no encontré nada que me terminase de convencer. Me han hablado muy bien del lugar al que nos dirigimos. Me han asegurado que son profesionales, muy escrupulosos y que nunca han tenido ningún problema con ninguno de sus trabajos. Tranquila, pequeña; todo saldrá bien.

—Tomás, ¿dónde me llevas? —preguntó Victoria sin entender nada.

—A que se deshagan de este pequeño problema que se nos ha venido encima sin esperarlo.

Afirmó con gran seguridad adentrándose en el pueblo y deteniendo el coche delante de un local sin ningún tipo de distintivo que anunciase lo que allí se hacía.

Victoria lo observó atónita. Pues, aunque sabía a qué se refería, estaba segura de que había un error, un malentendido entre ambos que debían solucionar con la mayor brevedad posible. Ella, en ningún momento, había pensado en deshacerse del bebé que se estaba fraguando en su interior y esperaba su llegada al mundo con gran ilusión.

—¿De qué estás hablando? —preguntó con un nudo en la garganta que apenas le dejaba pronunciar palabra.

—Ya te dije que yo me iba a encargar de todo. Creí que lo habías entendido, no quiero ser padre. No ahora. Dentro de unos años compraremos una pequeña casita y formaremos una familia, pero ahora no es el momento.

—Tomás, por favor, sé que no lo habíamos planeado, pero ha sucedido. Lo podemos criar en la casa, yo me ocuparé de él. Si tú no quieres no tienes por qué implicarte en nada. Entre Lucía y yo nos encargaremos del bebé.

—Victoria, se hace tarde —exigió con un rictus muy marcado de su boca mientras observaba como ella, cabizbaja y temerosa, miraba a su alrededor en busca de una ayuda que estaba convencido, no iba a encontrar.

Se apearon y tras llamar, una mujer de mediana edad abrió la puerta y le preguntó si era Victoria. A Tomás lo hicieron esperar en la antesala y a ella la invitaron a pasar a la sala del fondo.

El olor a desinfectante impactó en su nariz en cuanto penetró en aquella habitación y agradeció ese tufo, pues le indicaba que tenían unas mínimas normas de higiene. Al levantar la vista para observar aquello que la rodeaba, se fijó que en medio de la habitación había un potro con una sábana verde por encima. Poseía unos agujeros en cuanto terminaba aquella superficie lisa en los cuales ella debía apoyar los pies para ofrecerle a la persona que habría sentada entre sus piernas una perspectiva completa de su vulva, donde hurgarían a traición, deshaciendo ese pequeño ser que ya crecía en sus entrañas. Un sollozo escapó sin que ella lo pudiese evitar, pues cuando se tapó la boca ya era tarde. El hombre que se encontraba de espaldas a ella preparando el instrumental se giró y se la quedó mirando.

—Hola, Victoria. ¿Estás segura de que es esto lo que deseas? —le preguntó el hombre de mediana edad ataviado con una bata verde mientras se colocaba los guantes y cogía una mascarilla.

Victoria asintió sin sostenerle la mirada y se acercó al potro. El instrumental estaba limpio, la sábana también, al igual que la gran lámpara que alumbraría sus partes íntimas mientras ese hombre hacía su trabajo. Solo pequeños descorches en la pared y un poco de óxido en las estanterías le daban la seguridad de que eso no pasaba normas sanitarias.

—Vamos pues, quítate la ropa de cintura para abajo.

Victoria se quedó estática, mientras las lágrimas pugnaban por salir de esos ojos que evitaban todo contacto con la camilla, como si esta fuese la culpable de todo lo que estaba sucediendo. Giró la cabeza en un último intento desesperado por huir; no obstante, los pies se negaban a obedecer, seguramente al tomar consciencia de que, si salía de allí en esos momentos, no tendría a dónde ir.

—Espera, siéntate.

El hombre señaló la camilla y cogió la silla que estaba a los pies de esta para quedar frente a ella.

—Soy ginecólogo de profesión y trabajo en un hospital. Traer niños al mundo es lo que realmente me gusta. Ver cómo se transforma el rostro de las madres de la desesperación más absoluta, por el dolor que sienten en el parto, a esa cara de plena satisfacción en cuanto ven al niño entre sus brazos. Así que te volveré a preguntar. Victoria, aún estás a tiempo de pensártelo. ¿Estás segura de que es esto lo que quieres?

—Y usted, si tanto le gusta traer niños al mundo, ¿por qué hace esto? —quiso saber ella mientras las lágrimas comenzaban a resbalar por su rostro.

—Hace un par de años, un amigo me pidió que le practicase un aborto a su hija. Le contesté que no podía hacer eso, era ilegal y además no tenía el material necesario. Dos semanas después, la chica en cuestión entró por urgencias con una hemorragia interna y una infección. Pude salvarle la vida, pero no podrá tener hijos. Por eso lo hago, para que las mujeres que quieran deshacerse de los fetos lo hagan con garantías. Pero, Victoria, tú no quieres eso, ¿verdad? —Victoria movió la cabeza a ambos lados—. Hay otras salidas, puedes ir a centros en los cuales hay otras chicas igual que tú y donde podrás pasar el embarazo sin que tus padres se enteren y luego puedes dar al bebé en adopción. Tendrá un buen futuro y le darás una

alegría a una pareja que desean a ese bebé y por medios naturales no pueden tenerlo.

—El problema no son mis padres.

—¿Tu pareja? —Ella asintió—. Sigue con el embarazo y si al final decidís que no lo queréis, lo dais en adopción.

Victoria, sin saber muy bien por qué, se levantó y se echó en sus brazos mientras le daba las gracias, consciente de que si se hubiese deshecho del bebé nunca se lo hubiese perdonado. Ahora disponía de algunos meses por delante para convencer a Tomás de quedarse con él.

Cuando Tomás la vio salir con el rostro húmedo por las lágrimas, enseguida se levantó y la rodeó con sus brazos besándola en la cabeza con suavidad.

—Tranquila, pequeña. Ahora todo está bien.

—No he podido hacerlo.

—¿Qué dices?

Tomás quedó perplejo cuando la recepcionista le devolvió parte del dinero porque no se había llevado a término el trabajo encomendado. Subieron al vehículo en silencio y no intercambiaron ni una palabra en todo el viaje. Victoria, por primera vez, tuvo miedo de Tomás. Tal vez fuera por esa mirada de odio que le dirigió, o quizás el rictus de maldad que se dibujó en sus labios. Nunca supo qué fue lo que la previno que debía mantenerse alejada de él, al menos unos días, hasta que se le pasase el enfado y volviese a ser el de antes.

Esa noche durmió sola, pues Tomás no se acercó a la habitación para nada. Al día siguiente tampoco lo vio. Se lo tuvo que contar a Lucía, la única mujer y amiga con la que contaba dentro de esa casa.

Había pasado poco más de una semana cuando al entrar en la habitación se encontró a Tomás haciendo la maleta.

—Tomás, ¿qué sucede? —preguntó temerosa, con los nervios a flor de piel.

—Aurora, la esposa de Alberto dirige una especie de residencia para la tercera edad. He pensado que estarás más tranquila en ella. En cuanto a mí, ya sabes que estoy muchos días fuera; igual me da venir aquí que allí. —La voz de Tomás era desapasionada, no había rastro de cariño, ternura o afecto; solo la más absoluta indiferencia.

### *Quince años antes*

Alberto, un joven de veintitrés años, moreno, alto y musculoso, se encontraba bebiendo en un garito de mala reputación. Hacía unos días que lo habían expulsado de un curso de economía por culpa de una denuncia por acoso a una compañera. La cosa había quedado ahí, desde la dirección lo habían invitado de manera muy cortés a que renunciase a su plaza, a cambio de no delatarlo ante las autoridades. Él había aceptado inmediatamente y no había vuelto a acercarse por el edificio, pero esa misma tarde, había seguido a la joven acorralándola en su portal. La amenazó con una navaja y la forzó. Luego, cuando ella creía que todo había terminado, la había golpeado con contundencia, asegurándole que si lo delataba, volvería a ocurrir lo mismo. Siempre era así, Alberto, necesitaba oler el miedo en las mujeres, degradarlas u obligarlas para poder disfrutar. Un par de días después, se lo contó a Tomás, a quién había visto varias veces en ese mismo local. Este solo se quedó con la información referente a los estudios y le propuso irse a vivir a la comuna que poseía junto a su padre. Su progenitor le había comentado en alguna ocasión que les vendría bien alguien que supiera de números y les llevase todos los negocios. Tras la muerte del padre de Tomás, Alberto se había convertido en el segundo al mando, llevaba las cuentas y obedecía en todo. Como parte del pago podía beneficiarse a todas las mujeres que pasaban por las manos de Tomás, pocas veces accedían gustosas, y cuando lo hacían, los requerimientos aumentaban hasta que ellas no lo soportaban más. Solo Katy accedía de buen grado. Cuando Alberto le habló de Aurora, Tomás le insistió para que se casase con ella y montase una residencia para ancianos acaudalados y sin familia. Al fin y al cabo, tampoco iba a cambiar nada en su vida, tan solo debía mantener las apariencias delante de su mujer cuando fuese a visitarla. La jugada fue perfecta. Esos viejos tenían dinero en efectivo y propiedades que él y Tomás manejaban a su antojo; o bien las alquilaban, vendían cuando fallecían o, si poseían terrenos, plantaban marihuana, que un par de chicos de la comuna se encargaban de mantener en condiciones y compradores, nunca faltaban.

## 6. La otra casa

La residencia, al igual que la casa donde habían vivido hasta esos momentos, estaba situada en medio del campo. En cuanto se apearon del vehículo, una mujer salió a su encuentro. Tenía una bonita sonrisa, pero solo eso destacaba de ella, su aspecto era anodino. Vestía una anticuada falda de color beige que le llegaba por debajo de las rodillas y una camisa blanca. Su pelo, liso y oscuro, le caía por encima de los hombros y le sobraban unos cuantos kilos. A Victoria, en ningún momento se le pasó por la cabeza que esa mujer fuese la esposa de Alberto, pues no encajaba con lo que esperaba de la persona que elegiría este para compartir el resto de su vida.

—Buenos días, Tomás. Mi marido me ha avisado de vuestra llegada. Es un placer verte de nuevo, aunque sea en estas circunstancias.

La mujer se acercó a Tomás y le dio dos besos.

—Hola, Aurora. Yo también me alegro de verte. Ella es Victoria. Como ya te habrá comentado Alberto, está embarazada y se quedará aquí al menos hasta que dé a luz.

—Dios te bendiga, criatura. —Aurora se acercó a Victoria y le dio dos besos—. Esto es un castigo de Dios por haber fornicado sin tener el beneplácito del matrimonio, pero esta es la juventud de hoy en día, ¡qué se le va a hacer!

Victoria la miró anonadada, esa mujer no encajaba por ningún lado con el estilo de vida que llevaba su marido y los otros habitantes de la casa. Un nuevo pensamiento se coló en su cabeza sin previo aviso: «Tomasín, Tomasín, a ver si la convences...» ¿No había dicho Tomás que Katy era la pareja de Alberto? Consternada, se dio cuenta del papel que ambas mujeres jugaban en la vida de Alberto; mientras Aurora se encargaba de la residencia y poco más, Katy era la amante, la que le satisfacía en la cama y a la que lucía delante de los amigos. Por la carta que encontró y la familiaridad que en ella se demostraba, era la que se prestaba a los juegos que Tomás y Alberto se llevaban entre manos. La forma en la que había sugerido meter a Alberto como esa tercera persona en sus juegos, dejaba claro que no era la primera vez que lo hacían. Un mal presentimiento se apoderó de ella al ser consciente de que cuando se quedase en la residencia,



también Tomás tenía el camino libre para hacer lo que quisiese. El cambio de Tomás había sido muy visible, y no al saber la noticia del embarazo, no, su cambio se hizo evidente al negarse ella a que le practicasen el aborto. Hasta esos momentos, todo había ido bien entre ellos. Esa frialdad, desapego e indiferencia hacia su persona, había surgido después de llevarle ella la contraria y desatender sus deseos.

Aurora les acompañó hasta una habitación rudimentaria compuesta por lo básico: una cama con una mesita de noche y un armario.

—Nos gusta que nuestros huéspedes terminen de arreglar la habitación a su gusto para que se sientan cómodos y les resulte acogedora. Si quieres mañana podemos bajar al pueblo y elegir las cortinas, cuadros, espejos y algún que otro complemento, si Dios nos da sus bendiciones, claro está.

En cuanto estuvo instalada, Tomás le dijo que volvería en unos días y sin más explicaciones la dejó con Aurora y se fue.

Además de la encargada, había cuatro matrimonios que estaban bastante bien de salud. Las esposas arreglaban sus cuartos y ayudaban a hacer la comida, más que una residencia parecía una casa donde se alquilaban habitaciones. Todos eran muy religiosos y esperaban con ansia que llegase el domingo para ir a la iglesia y después comentaban el sermón. Antes de las comidas todos se daban la mano para bendecir la mesa y pedían por Victoria, para que se le perdonase ese desliz que los demonios habían puesto en su camino en forma de lujuria y como castigo le había dado un hijo para que fuese visible su pecado, y rogaban para que Dios la acogiese en su seno. Victoria escuchaba cabizbaja, incapaz de decir nada ni defenderse. Muchas veces la veían llorar, aunque ni ella misma sabía si era por ese sentimiento de culpabilidad del que le hablaban los ancianos, por la ausencia de Tomás —quien no daba señales de vida—, o porque sus hormonas estaban revolucionadas. Solo era consciente de que los días pasaban y su futuro y el de su hijo era incierto, pues el padre de la criatura no parecía querer saber nada de ninguno de los dos y eso la estaba matando.

Se llevaba bien con Aurora y con todos en general, ya que pronto se habían dado cuenta de que no era más que una jovencita a la que le habían roto el corazón. Les daba conversación, limpiaba, jugaba a cartas con ellos o los entretenía como si de una trabajadora más se tratase, consciente de que ella no estaba pagándose la manutención y no sabía si Tomás se estaba

ocupando de ello. Todos los domingos bajaban al pueblo y participaba de la eucaristía.

Estaba ayudando a Aurora a coser unas cortinas cuando se infundió valor para ahondar en un tema muy personal, que no estaba muy segura de a dónde la llevaría. Aunque necesitaba saberlo por curiosidad, también porque deseaba averiguar más sobre la gente con la que había compartido su vida durante esos últimos meses. Al fin se animó a preguntar:

—¿Cómo conociste a Alberto?

—Lo conozco desde siempre, vivíamos en la misma calle de un pequeño pueblo. Sus padres murieron en un accidente cuando él tendría unos dieciséis años. Aconsejados por el reverendo, mi familia le propuso venirse a vivir con nosotros, pero él desechó la idea desde el principio. Mi madre siempre se ocupó de que no le faltase nada; le hacía la comida, le compraba ropa y lo que precisase. Al cabo de un par de años nos dijo que se iba a vivir con un amigo. Mis padres insistieron en conocerlo, Tomás vino a cenar a casa y se marcharon juntos. Mis padres murieron hace cinco años. Después de estar más de diez años sin verlo, apareció el día del entierro y se encargó de todo; pagó el funeral y estuvo a mi lado. Yo estaba hecha polvo, sin mis padres no sabía qué hacer. Alberto se mudó a su antigua casa para estar cerca de mí y me habló de este proyecto: montar un hogar donde los ancianos que no tienen familias se sintiesen arropados hasta el último momento. —Aurora se detuvo y Victoria pudo apreciar el fervor en su mirada, era feliz—. Pero, claro, yo no podía irme con un hombre sin estar casada; él no lo dudó ni un momento y me pidió matrimonio. —Orgullosa, le enseñó el anillo.

—Una historia muy bonita —le confirmó Victoria—, pero no lo veo mucho por aquí, ¿No vivís juntos?

—Él trabaja en las ferias con Tomás y pasa mucho tiempo fuera. Antes de casarnos me lo advirtió.

—¿No te preocupa lo que pueda hacer cuando no estás con él?

—¿Por qué habría de preocuparme? Confío en él. Viene bastante a menudo. El que no suele venir mucho es Tomás. Él solo viene cuando hay algún problema con la casa o los ancianos.

Victoria pensó que ella había sido igual de confiada, todo en su vida había sido perfecto, había tenido que quedarse embarazada para abrir los ojos y enfrentarse a la realidad.

—Aurora, tú sabes quién es el padre de mi hijo, ¿verdad?

—Es Tomás, ¿no? —preguntó dubitativa.

—Sí. Yo también confiaba en él, pero ya ves, me ha dejado embarazada y no se ha molestado en venir a verme ni he tenido una sola llamada suya.

—Victoria se llevó el antebrazo a la altura de los ojos para secarse las lágrimas.

—¿Quieres que le diga a Alberto que hable con él? —sugirió Aurora.

—No. He pensado en volver a casa. Estoy segura de que mis padres me aceptarían de nuevo y no tiene sentido alargar esta situación. Por mucho que duela, he de reconocer que me equivoqué. Incluso me he planteado la posibilidad de seguir con los estudios en cuanto nazca el pequeño y que mi madre cuide de él. ¿Quién me lo hubiese dicho? Me voy de casa por un hombre y un año después, vuelvo embarazada y sin él.

—Seguro que es una señal de Dios para que no lances tu futuro por la borda.

—Sí, eso será.

Ambas mujeres se abrazaron. Victoria volvía a llorar desconsolada; seguía enamorada de Tomás, de eso no le cabía la menor duda, aunque sabía que hacía bien en volver con los suyos. Ellos la apoyarían siempre y le perdonarían ese error, aún no era tarde, podría volver a encauzar su vida. Solo había perdido un año, su sueño de siempre no tenía por qué desaparecer. Sería médico y se aseguraría un futuro para ambos, para ella y su hijo. Tal vez Aurora tenía razón y la criatura que esperaba era la prueba que necesitaba para no echar su vida y su futuro por la borda. Había hecho falta ese pequeño bebé para abrirle los ojos ante un futuro que no le correspondía. Debía plantearse las cosas con calma, aún estaba a tiempo. En cuanto naciese el bebé, si su madre estaba de acuerdo, se matricularía en la universidad y esta vez, estaba decidida a que nadie la desviase de su objetivo. Se sacaría la carrera y le daría un buen futuro a su hijo.

Un par de días después lo vio bajar del auto en compañía de Alberto. Por un momento, se creyó desfallecer. Las lágrimas surcaban su rostro sin que ella pudiese detenerlas y se avergonzaba de ello. Tras varias semanas sin saber nada de él, no quería darle el gusto de que la viera así de deshecha, de que supiese que lo había añorado cada minuto y que necesitaba sentirlo cerca, saber que la seguía amando, pero, sobre todo, quería ver sus ojos y darse cuenta de que había sido una pesadilla, que no se habían distanciado y

su relación seguía tan perfecta como el primer día. Sin embargo, algo en su interior le decía que no era así.

Subió a su habitación sin decir nada a nadie para lavarse la cara y adecentarse un poco antes de enfrentarse a él. Su mayor temor era que aun teniéndolo claro, algo la había retenido y no había efectuado esa llamada a sus padres.

Oyó abrirse la puerta de su habitación y vio el reflejo de Tomás en el espejo. Cuando sus ojos se encontraron a través del cristal, observó esa sonrisa que la desarmaba, el brillo de su mirada estaba ahí de nuevo. Victoria consiguió a duras penas deshacerse del hechizo que la mantenía unida a sus ojos y logró desviar la mirada. Los sentimientos, aunque a flor de piel, surgían por el bienestar de ella y de su hijo; no quería que Tomás la desequilibrase con su mirada e insensibilidad. No obstante, él seguía allí, en la puerta, sin moverse, con los brazos cruzando por delante de su pecho en una postura relajada y una sonrisa bailando en su rostro, como si supiese de la lucha interior que en esos momentos se estaba desarrollando entre su corazón y su mente. Victoria abrió un cajón y cambió un jersey de lugar, simplemente por mantenerse ocupada. Sin embargo, la presencia de Tomás llenaba toda la estancia haciendo que se sintiese un ser débil e insignificante y eso no estaba dispuesta a consentirlo.

—¿Qué haces aquí? —le espetó furiosa antes de que la situación se hiciese insostenible.

—Hola, pequeña. Ya veo que estás enfadada. —Tomás abandonó el resquicio de la puerta y se acercó a ella con lentitud—. Te he echado de menos —le dijo mientras le cogía la mano para que se diese la vuelta y lo mirase de frente.

—Seguro —manifestó ella, soltándose de su agarre.

—¿No me crees? —continuó Tomás con suavidad.

—Tomás, desde que me dejaste aquí, no he sabido nada de ti. Ni un mensaje ni una simple llamada. ¿Qué esperabas? ¿Qué me echase en tus brazos en cuanto te dignases a aparecer? Por cierto, ¿a qué has venido? —preguntó colérica, asombrada al ver cómo era capaz de enfrentarse a él. Cosa que hasta esos momentos no hubiese creído posible.

—He tenido un par de meses muy liados en los que he intentado olvidarme de ti y seguir con mi vida. Pero... —De un solo movimiento la

sentó sobre la cómoda y se puso entre sus piernas mientras con lentitud y fijando la mirada en sus manos le subía el jersey y besaba su barriga

—¡Déjame en paz y sigue con tu vida como has estado haciendo estos últimos meses! —exclamó mientras volvía a colocar los pies en el suelo y se acomodaba el jersey alejándose de él.

Tomás volvió a cogerle la mano, si bien, esta vez se aseguró de que ella no pudiese escapar hasta que él le dijese todo lo que tenía en mente, pues estaba dispuesto a usar todas las armas a su alcance para convencerla de que seguía siendo el mismo.

—Vamos, Victoria. Mi pequeña va a darme un hijo al que quiero ver crecer. No ha sido fácil llegar a esa conclusión. He necesitado un tiempo para ser consciente de cuánto te echaba de menos. —Su semblante serio y compungido pudo más que el enojo de Victoria, que se derrumbó entre sus brazos mientras las lágrimas se abrían paso por su rostro—. No llores, pequeña. Estoy aquí, yo me ocuparé de los dos.

—Te he echado de menos —afirmó Victoria entre sollozos—. No me vuelvas a hacer algo así nunca más. No vuelvas a dejarme sola.

—Claro que no.

Tomás la abrazó y esperó paciente a que ella respondiese a ese contacto, cuando al fin lo hizo, le besó la coronilla mientras le susurraba palabras de consuelo. Tomás aguardó a que levantara la cabeza para buscar su boca y ella se la ofreció con reticencia, pequeños roces que Tomás sabía que terminarían desarmándola, dejándola rendida a sus pies. Poco después, Victoria entreabrió los labios, Tomás profundizó el beso, metiendo la lengua en la boca femenina y jugando con la de ella, como sabía que le gustaba. Cuando las manos empezaron a moverse frenéticas por el cuerpo de ambos, la cogió en brazos y la tumbó sobre la cama con movimientos bruscos y desesperados. Victoria se le ofreció con total abandono para demostrarle que seguía siendo la misma de siempre, a pesar de su embarazo. Que podía complacerlo sin ningún tipo de remilgo y que él no necesitaba recurrir a ninguna otra. Fue un pensamiento personal gritado desde lo más profundo de su alma, a pesar de no transmitirlo con palabras.

Cuando terminaron, siguieron acostados y desnudos. Tomás le acarició la tripa con suavidad antes de preguntarle:

—¿Cuándo te toca la próxima revisión?

—El próximo jueves.

—Faltan seis días. Espera, voy a hacer una llamada —informó, sentándose en la cama y buscando el móvil en el bolsillo de sus vaqueros.

—¿Alberto? Escucha, habla con Aurora, a ver si puedes conseguirme las llaves de la casa de los López para ir a pasar unos días con Victoria. Sí, llévate a alguno de los chicos a Barcelona; yo me quedaré hasta el viernes y luego nos vamos juntos a Sevilla.

Victoria y Tomás les dieron las gracias a los López y, cogidos de la mano, abandonaron la residencia. Tomás le había comentado a Victoria que, a pesar de caerle bien todos los ancianos, tanto puritanismo lo ponía nervioso. Además, estaba seguro de que habían adivinado que él era el padre de la criatura y no quería pasarse toda la noche escuchando reproches por no hacer lo que debía y formalizar la relación. Ella estuvo a punto de preguntarle que si tan claro tenía que quería ocuparse de ella y del bebé por qué no lo hacía; sin embargo, consciente de que en esos momentos su relación no estaba tan bien como ambos querían aparentar, se quedó callada.

Victoria se quedó asombrada al ver la casa de los López, pues era mucho más lujosa de lo que había esperado; los muebles y la decoración en general se veían de mucha calidad. Ya había notado en el ambiente de la residencia, que la gente que vivía allí tenía una buena posición social, no eran personas sin hogar que no tuvieran dónde ir y le extrañaba que estando bien de salud y teniendo esa vivienda, vivieran en la residencia, que, aunque no le faltaba ni un solo detalle, no era su hogar. El gran jardín se veía imaculado al igual que la barbacoa y la casa en general.

—Tomás, teniendo esta casa, ¿por qué viven en la residencia?

—Para no estar solos y tener compañía. Cuando quieren vienen a la casa y se ocupan del jardín y de tenerla en condiciones. Durante el verano también organizan alguna que otra barbacoa. Los Estuardo tienen un chalet con piscina, pero esos no suelen ir casi nunca. En un principio pensé en instalarme contigo allí estos días, pero los López son más escrupulosos. En el chalet, seguro que nos hubiese tocado limpiar antes de poder estar cómodos y, de todas formas, tampoco hubiésemos hecho uso de la piscina, aún refresca.

Victoria tenía más preguntas en la punta de la lengua, pero prefirió no adentrarse en lo que creyó podría traerle problemas, pues si los ancianos

tenían dinero y no tenían familia, ¿qué pasaría con esas viviendas cuando falleciesen?

## 7. Las cosas vuelven a su cauce

La matrona se extrañó al ver a Victoria entrar en la consulta cogida de la mano de un hombre, ambos con una gran sonrisa en el rostro, y aún más cuando este le mandó cambiar lo apuntado en la cartilla del embarazo y poner en ella que Victoria no era madre soltera. Con gran seguridad, Tomás sacó su cartera y le facilitó todos los datos para que constase como padre de la criatura. La matrona le dio la enhorabuena por la futura paternidad y a continuación le pidió a Victoria que se acostase en la camilla, le subió el jersey y le puso un gel sobre la barriga. Tomás no se perdía ninguno de los movimientos del aparato sobre el vientre de Victoria y sonrió cuando de repente comenzó a escucharse por toda la habitación un rapidísimo y regular sonido. Enseguida supo que se trataba del corazón de su hijo y le dio un emotivo beso a Victoria, a quien ya se le escapaban unas lágrimas al pensar que el Tomás de siempre había vuelto, ya no estaba sola. En cuanto salieron de la consulta, fueron a una cafetería donde Tomás la instigó a que sacase la cartilla del embarazo y la estudió sin que de su rostro se borrara la sonrisa, haciendo algún comentario o pregunta si encontraba algo que le llamaba la atención.

—Vaya, dentro de cinco semanas te toca hacerte una ecografía. ¿Es en la que te dicen el sexo del bebé?

—Sí. Es la de las veinte semanas, ¿vendrás conmigo?

—Por supuesto —le confirmó con un guiño.

Decidieron que Victoria se quedaría en la residencia durante todo el embarazo porque ya tenía matrona y ginecólogo asignados y le gustaba el trato que le dispensaban. Tomás la llamaba varias veces a la semana; sin embargo, solía estar trabajando e iba poco a verla. A Victoria, aunque le fastidiaba que siempre estuviese ausente, reconocía que se interesaba por ella y que cuando lo conoció, él ya le advirtió sobre su forma de vida y ese era uno de los motivos por el que le había pedido que abortase: le gustaba la vida nómada y durante unos años no estaba dispuesto a renunciar a esa libertad.

Victoria se sentía dichosa al haberlo recuperado y ver la ilusión que tenía por ser padre. Le había costado aceptarlo como ya le había explicado; sin



embargo, una vez que se había hecho a la idea, la ilusión era patente en sus conversaciones. Juntos eligieron el nombre del niño, porque sí, les habían asegurado que era un varón. En los papeles pondría Daniel, aun así, todo el mundo le llamaría Dani, un nombre que a ambos les gustaba y habían aceptado de mutuo acuerdo desde que Tomás lo pronunció por primera vez.

Todos los ancianos de la residencia esperaban ilusionados el nacimiento de Dani, pues lo consideraban el nieto que nunca tendrían. Tras unos días en la casa de los López, al volver a la residencia, Tomás la acompañó hasta su habitación y observó la cara de estupefacción de Victoria al ver una minicuna con un bonito carrusel, un armario y un cambiador de color blanco con unos motivos azulones; incluso la lámpara conjuntaba con el resto del mobiliario. Las paredes habían sido cambiadas de color, a un pálido y bonito color azul que siempre se había considerado de varón. Unas lágrimas resbalaron por el rostro de Victoria y se dio la vuelta para abrazar a Tomás.

—Mi pequeña. —Tomás le devolvió el abrazo—. Aurora le pidió a Alberto que en mi próxima visita no dejara que te acercases por la residencia en unos días porque te tenían preparada una sorpresa.

—Y menuda sorpresa. Pero... ¿Me quedo aquí cuando nazca Dani? Pensé que volvería a casa contigo.

—Victoria, no estoy más tiempo allí que aquí. Sabes que me gusta viajar con Alberto y los otros. Aquí tendrás más ayuda, ya que todos se volcarán con Dani. Nuestro hijo va a tener un montón de abuelos deseando hacerle carantoñas y darle de comer.

—Eso es verdad. —Su visión se nubló un momento y unas lágrimas amenazaron con escapar de su cárcel ante un pensamiento que se abrió paso a través de su subconsciente. El pequeño tenía abuelos reales, los cuales, estaba segura que, en otras circunstancias, también hubiesen estado encantados de hacerle carantoñas y consentirlo.

Dani vino al mundo un lluvioso día de septiembre de 1989, cuando Victoria contaba con tan solo veinte años. Fue un parto complicado en el que Tomás, no se alejó de su lado ni un solo segundo, inculcándole ánimos y no permitiendo que olvidara en ningún momento que estaban juntos en eso.

Tras el nacimiento, Tomás continuaba con su vida de siempre, aparecía cuando quería sin dar más explicaciones de que estaba muy ocupado con las ferias. Todo cambió cuando Dani comenzó a balbucear y a sostenerse de pie, entonces amainó el ritmo de trabajo y nunca estaba más de dos semanas sin aparecer por la residencia y se quedaba durante más tiempo, unas veces sin avisar y otras con una vuelta programada de antemano que ambos conocían. Mientras estaba en el pueblo, se iban a casa de los López donde habían instalado una cuna de viaje y una mesa de juegos; en otras ocasiones, dejaban al pequeño en la residencia bajo la supervisión de Aurora y ellos se iban a pasar la tarde solos en plan «pareja», pues también les hacía falta. Victoria, si sabía que iba pasar varias horas fuera, dejaba preparadas un par de tomas para el pequeño, dado que seguía dándole pecho, cosa que a veces parecía que Tomás olvidaba, lo que les producía enormes carcajadas cuando él terminaba con la boca llena de leche. Estuvo allí cuando Dani pronunció su primera palabra, también cuando lo dejaron apoyado en la pared y con ambas manos le animaron a acercarse a ellos, mirándose con cariño tras precipitarse Tomás hacia él y cogerlo en brazos antes de que se diese un porrazo contra el suelo.

En el momento en el que Dani empezó a andar de manera más fluida y a hablar, se dieron cuenta que era un niño muy inteligente y con las ideas muy claras. Si pedía una cosa, lo hacía con gran seguridad y nunca aceptaba un no por respuesta. Era un niño inquieto y suspicaz, pues sabía perfectamente a cuál de los ancianos tenía que dirigirse cuando su madre le negaba algo y siempre terminaba saliéndose con la suya.

Eso comenzó a crear conflictos entre Victoria y el resto de los habitantes de la casa, pues ella no quería que malcriasen a su hijo ni que tomaran decisiones distintas a las que ella había estipulado. Victoria se dio cuenta de que perdía terreno y tampoco se atrevía a plantar cara, porque seguía sin ingresos y ella era la forastera. Así que le comentó a Tomás que quería volver a la antigua casa; allí el niño estaría con gente más joven, aprendiendo otro tipo de cosas y no lo tendrían tan consentido.

La relación con Tomás estaba muy bien, pues él se mostraba cariñoso con ambos y sus visitas eran muy seguidas desde hacía unos meses.

—¿Cómo, que quieres volver a la casa grande? Pero si aquí estás de maravilla y a mí me pilla más cerca. Además, allí hay mucha gente joven

que no creo que les haga mucha gracia oír llorar a un niño por las noches ni tener que aguantar sus berrinches.

—Tomás, Dani es tu hijo. Nadie se opondrá a que esté allí si tú no das pie a ello. Además, Lucía y yo nos encargaremos de que no moleste.

—Hay más mujeres que podrán ayudarte —afirmó.

—¿Hay más mujeres en la casa? ¿Las conozco?

—No —respondió tajante sin dejar lugar a réplicas ni preguntas sobre el tema—. Prepararé tu regreso y en la próxima visita volvemos juntos.

—Está bien. —Algo cambió entre ellos con esa simple conversación. Victoria, en vez de eufórica por la vuelta a casa, se sentía intranquila. Intentó mentalizarse para enfrentarse a esas otras mujeres que se habían instalado en la casa principal y de las cuales Tomás no le había hablado. ¿Tanto habían cambiado las cosas en esos pocos años? Un malestar se fraguó en su vientre. Cabizbaja y deprimida sin saber con exactitud por qué, volvió con Tomás a la residencia en silencio.

Al cabo de unos días, Victoria se despidió de todos los ancianos prometiendo que no perdería el contacto. Seguiría llevándoles al niño para que lo viesen crecer y estuviesen al tanto de sus progresos, pero debía volver con Tomás a casa. Ellos lo entendieron y les montaron una pequeña fiesta de despedida, en la cual le regalaron un álbum de fotos que Victoria ojeó entre lágrimas. Tomás se presentó con una de las furgonetas que solían llevar cuando se iban por las ferias y, junto a Alberto, desmontaron la cuna, armario y todo lo que pertenecía a Dani y Victoria. Luego, ella y el niño subieron a la parte posterior del vehículo y emprendieron la marcha.

En cuanto llegó a la casa, Lucía, con un grito de entusiasmo, salió a recibirla, y se fundieron en un abrazo. Después, observó al niño, rubio y de ojos verdes, que la miraba suspicaz al lado de su madre. Cuando el pequeño sonrió, Lucía solo pudo pensar en la de corazones que rompería ese chaval cuando creciera, pues su sonrisa era pícara y sus ojos emitían un destello que conseguían que el sol perdiese su magnificencia.

—Pero vaya, ¿se puede saber quién eres tú? —le preguntó Lucía.

—Soy Dani, el hijo de Tomás y Victoria y he venido para vivir con vosotros.

Ambas mujeres rieron por el desparpajo que mostraba el crío que aún no levantaba dos palmos del suelo. Poco a poco, el resto de los habitantes de la

casa hicieron su aparición, saludando a Victoria y a Dani, que enseguida se los ganó a todos. Diego, el novio de Lucía le pidió permiso para cogerlo en brazos y meterlo en la casa para que ella se instalase con más tranquilidad, a lo que aceptó encantada, viendo cómo todos los hombres intentaban irse con el pequeño cuando oyó un grito a sus espaldas.

—¡Vosotros, haced el favor de venir a descargar! Diego, tú y Lucía, cuidad de mi hijo.

Victoria ayudó a organizar las cosas en la habitación, mientras dos de los chicos, enseguida, se pusieron a montar la cuna y el armario. Otro entró con el cambiador y lo dejó en una esquina, antes de irse comentó:

—Victoria, la sillita para comer y el parque lo he dejado en el comedor, ¿te parece bien? No tiene sentido subirlo a la habitación.

—El parque llévalo al sótano. Dani ya no lo usa.

—Perfecto.

Victoria estaba encantada con la bienvenida, sobre todo al ver que le comentaban las cosas y la trataban como a una igual después de tanto tiempo sin saber nada de ella.

Lucía le presentó a la nueva incorporación, una joven bohemia muy liberal que había aparecido en la casa con una mochila y acompañada de un gran perro. Llevaba un par de semanas con ellos y estaba descontenta, ese lugar no había resultado lo que ella esperaba, pues decía que al menos cuando estaba sola, lo que le daban para comer o el dinero le pertenecía. Allí reconocía que tenía un plato de comida caliente y una cama, que tenía que compartir con el primero que se lo pidiese o había represalias. No se consideraba una puta y les dijo con gran naturalidad que el precio a pagar por el alojamiento y manutención no le convenía, prefería acostarse con quien quisiese cuando le apeteciese. Esa chica desapareció al cabo de un rato sin despedirse de nadie ni dar explicaciones.

Ese mismo día por la tarde, Lucía y Victoria cogieron al niño y lo llevaron al bosque para que tomara el aire. Dani no quería saber nada del carro y ambas mujeres iban de cabeza detrás de él. Al cabo de un rato, Victoria le dio la merienda y él solo se sentó de nuevo en el cochecito y cerró los ojos, como Victoria había pronosticado.

—Esto, ¿es siempre así? —preguntó Lucía.

—Sí. Pero ahora se pasará un par de horas durmiendo. Cuéntame, ¿qué ha ocurrido en mi ausencia?

—Me alegré un montón cuando hace un par de semanas Tomás dijo que volvías y traías al niño. Todos lo miraron asombrados, pues nadie sabía que estabas embarazada cuando te fuiste; todos dieron por sentado que habíais roto.

—¿No preguntaste por mí?

—En una ocasión me aventuré a hacerlo. Tomás me dijo que estabas bien y no añadió nada más. Le conté a Diego lo de tu embarazo y me comentó que no tenía tanta confianza con Tomás como para preguntarle, pues eso era muy personal. Diego es un buen chico, le ha pedido varias veces a Tomás que me lleve con ellos a las ferias, pero este siempre le contesta que yo soy mucho más efectiva aquí. Ahora entiendo lo que decía Vanesa de sentirse como una criada.

—¿No habéis pensado en marcharos y vivir solos? —especuló Victoria.

—¿Con qué dinero? No tenemos ahorros, ya sabes que aquí se hace una lista de la compra semanal y apuntas lo que necesitas, nadie cuestiona nada e incluso puedes echar mano de la caja si necesitas algo en particular.

—Yo lo hice para comprarme la prueba de embarazo.

—Exacto. Yo, la ropa interior, zapatos y cualquier cosa que necesito, pero meter mano en la caja para guardar el dinero e ir ahorrando sería como robar.

—Te entiendo.

—Incluso para el aniversario, le pedimos a Tomás permiso para coger dinero y un coche para irnos a cenar y nos dijo que nos fuésemos a un hotel, no escatimó en gastos; aunque no nos atrevemos a decirle que queremos dinero para marcharnos de aquí.

—Lucía, ¿puedo preguntarte algo? —El rostro de la chica cambió, como si intuyera que iban a meterse en terreno peligroso.

—Por favor, Victoria, no quiero problemas. Si es lo que imagino, pregunta a Tomás... y estate preparada.

—Ya me has contestado —dijo Victoria con pesar— Sabía que Tomás no iba a vivir del aire, le encanta el sexo, pero esperaba que no la hubiese traído aquí, entonces, ¿era algo serio?

—¿De verdad quieres saberlo? —cuando Victoria asintió, Lucía miró a lo lejos, no quería ver la expresión de su cara; sabía que le dolería—. Al poco tiempo de irte tú, apareció con una chica, al principio intenté evitarla

porque me sentía incómoda, era como si te estuviese traicionando si me hacía su amiga, pero ya sabes que aquí no hay mucha gente con la que conversar... Era buena chica y enseguida me di cuenta que ella ignoraba todo lo que se refería a ti. Estaba muy enamorada de Tomás y la dejó hecha polvo cuando le dijo, de la noche a la mañana, que lo suyo había terminado y que la llevaba a su casa de vuelta. Ella le explicó que se había peleado con sus padres y le preguntó cómo iba a regresar con ellos. Tomás le aseguró que la perdonarían, solo habían pasado unos meses, que les dijese que había cometido un error y que se arrepentía.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace mucho tiempo. Vino al poco de irte tú y la historia duró unos meses.

—Tomás se desentendió de mí al principio, no supe nada de él en meses. Sería por aquel entonces —recapacito Victoria—. Luego volvió a interesarse y a acompañarme a las revisiones. Cuando nació Dani, volvió a desaparecer, aunque me llamaba mucho, estoy segura de que no aguantaba sin sexo entre una visita y otra. ¿No trajo a ninguna otra?

—No.

—Lucía, ¿conoces a Katy?

—Sí —contestó con cara de fastidio—. Se echó encima de Diego estando yo delante y se rio cuando él la evitó, dejando claro que se habían acostado juntos con anterioridad. Está un poco loca y se acuesta con todos.

—Yo creía que estaba con Alberto y Tomás.

—Bueno, ya veo que lo tienes asumido. Se acuesta con todos, tendrías que ver cómo babea siempre que viene por aquí. Y encima no es muy discreta que digamos. La primera vez que estuvo aquí, yo era nueva y compartía la habitación con Diego, pero no habíamos hecho nada, ya me entiendes... —cuando Victoria asintió, continuó—: Fue muy incómodo oírla hablar entre jadeos a ella y a los otros. Al cabo de un rato, Diego me propuso pasar la noche en el descampado ya que el cielo estaba precioso, entendí perfectamente por qué lo hacía. Esa noche nos enrollamos por primera vez. A la mañana siguiente, cuando entramos en nuestra habitación, la cama estaba revuelta. Me dieron arcadas; Diego envolvió las sábanas y las echó a la lavadora. Desde entonces, se ha convertido en un juego morboso, aunque prefiero dormir fuera y echar las sábanas a la lavadora que escuchar eso, si no, no podría mirar a nadie a la cara; me moriría de vergüenza.

—¿Has dicho que se acostó con Diego?

—Sí. Esa noche que dormimos en el descampado me dijo que cuando la vio por primera vez se le echó encima y no vio motivos para apartarla, pero que no se sintió cómodo, que ella era muy fogosa y quería hacer cosas que a él no le apetecían, no quiso entrar en detalles, pero me lo imagino, espero que tarde mucho en volver por aquí.

—Y la chica que trajo Tomás... ¿Sabes si ella accedió a participar en sus juegos? A mí me lo propuso antes de quedar embarazada.

—No lo sé. Nunca me comentó nada.

—¿Y a ti? —se le ocurrió de pronto.

—No. Diego y yo somos una pareja formal y estable. Él también estaba deseando que volvieses, por mí, pero también para poder disfrutar del niño.

Ambas se giraron para mirar a Dani que dormía con placidez.

—Pues va a tener ocasión de sobra para hacerlo. Cuando Tomás venía a vernos, le hacía todo tipo de carantoñas y arrumacos mientras Dani estaba disfrutando al ser el centro de atención, cuando se volvía intransigente o lloraba, me lo devolvía. Allí tenía a los abuelos para ayudarme, aquí solo cuento con vosotros.

—Tranquila, te ayudaremos encantados, a los dos nos gustan los niños, es una de las razones por las que queremos irnos, formar una familia.

Unos días después, Tomás y Alberto anunciaron que pasarían varios días fuera y dejaron a Diego encargado de la casa. Este se quedó anonadado por la noticia, pues no le hacía ninguna gracia tener que dar órdenes a los demás chicos, ni tener que organizar las salidas. Sin embargo, cuando lo habló con las mujeres, tuvo que admitir que era el más responsable y, con él al mando, la casa estaba en buenas manos.

Victoria sospechaba, que; igual que todos ignoraban la existencia de la residencia, también debían tener otra casa, sino, ¿dónde estaba Katy? Y lo que más la inquietaba: ¿dónde pasaban las noches Alberto y Tomás cuando insistían en que no hacía falta que nadie les acompañase? Ya que tardaban varios días en volver y los beneficios de las ventas no eran significativos.

Los meses iban pasando, Tomás continuaba de pueblo en pueblo, y Victoria se sentía desolada por su abandono; no recibía ninguna llamada ni mensaje. Parecía como si Tomás quisiese demostrarle que le había dicho la verdad: no estaba ahí más tiempo que en casa de los López. Cuando le

preguntó a Lucía si con anterioridad pasaba más tiempo con ellos, esta admitió que no. Tomás tenía una vida ambulante y no permanecía mucho tiempo en un mismo sitio. Cuando más lo había visto, fue los primeros meses tras llevarla a ella a esa casa, pero siempre lo dejaba todo muy bien organizado. El *planning* de trabajo era muy detallado, en él constaban los diferentes mercados y la gente destinada a cada uno de ellos y todos sabían que, si había algún problema, debían hacérselo saber. Esa casa era su base y, antes o después, acababa regresando a ella.

Cuando Tomás volvió a aparecer varios días después, Victoria lo tenía claro, allí, ella ya no pintaba nada y cuando Diego y Lucía se marchasen, se quedaría sola, así que pensó que no perdía nada por preguntar y darse otra oportunidad.

—¿Tomás?

—Dime, pequeña, desde que he vuelto aún no he visto a Dani. ¿Dónde está?

—En el bosque, como todos los días a media tarde —constató.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo poco que sabía Tomás de las costumbres y avances de su hijo. Al volver a la realidad, Victoria observó que él tenía una mirada extraña, como si le hubiese molestado esa aclaración. Decidió exponer sus ideas cuanto antes.

—Tomás, tú nunca estás en casa y me siento sola. ¡Este no es mi sitio si tú no estás en él! He pensado que podría ponerme en contacto con mis padres, creo que si les pido perdón y reconozco que me equivoqué, me aceptarán de nuevo. Podrás venir a ver a Dani siempre que quieras, incluso pasar unos días con nosotros, son buena gente y los echo de menos.

—Victoria, hay algo que debes saber. Tu madre falleció hace unos meses. Si ella continuase con vida, tal vez te aceptarían, pero tu padre te prohibió volver y estoy seguro de que te culpa de su muerte al no haber superado el dolor por el abandono, la mente puede llegar a ser muy retorcida.

Victoria se quedó consternada con la noticia y las palabras salieron de su boca antes de que pudiese retenerlas.

—¡Mientes! Lo dices para que no salga de esta casa y no me reúna con ellos.

—Dame un par de días y te lo demostraré. Victoria, siento que te enteres de esta forma —afirmó acercándose a ella para abrazarla.



Ella retrocedió y bajó las escaleras como alma que persigue el diablo. Corrió por el descampado hasta internarse en el bosque que había dejado un rato antes, justo al escuchar el motor del coche detenerse. Por muy retorcido que fuese Tomás, no lo creía capaz de mentir en algo así. Sí, su madre estaba muerta, tuvo que admitir.

Lucía y Diego levantaron la cabeza al escuchar unos sollozos desgarradores que se aproximaban a gran velocidad junto al crepitar de la maleza. Al ver el estado en el que se encontraba ambos se levantaron con rapidez. Diego se percató de que Dani hacía pucheros y fruncía los labios mientras miraba a su madre y lo cogió en brazos. Se alejó, internándose en el bosque mientras Lucía iba a su encuentro abriendo los brazos en los que Victoria se refugió. Victoria era consciente de que él, en ningún momento había querido hacerla partícipe de la noticia. Su alma estaba rota por no haber podido estar ahí para despedirla. Hubiese podido acercarse a su padre ese día y pedirle perdón, presentarle a ese nieto que le devolviera la ilusión por vivir. Ahora, después de todos esos meses él solo, superándolo o revoloteando en la miseria, se sentía demasiado culpable para intentar un acercamiento. Como le había dicho Tomás, su padre nunca la perdonaría, pues siempre pensaría que su mujer había muerto al no superar la pena por el abandono de su única hija.

Como cada tarde, Lucía y Victoria realizaban su excursión diaria cuando oyeron unos pasos a sus espaldas. Se dieron la vuelta unos segundos antes de que apareciese Diego con una pequeña maceta entre sus manos.

—Hola, os he traído un regalo de bienvenida —anunció al tiempo que miraba el carro donde Dani dormía—. Estaba en el mercado y, justo al lado, se ha puesto un hombre que vendía plantas. Al ver este pequeño árbol, no he podido resistirme; he pensado que a Dani le gustaría trasplantarlo y cuidarlo, ver cómo crece bajo su atenta mirada. —Dejó la pesada maceta en el suelo.

Como si supiese que estaban hablando de él, Dani abrió los ojos y estiró los brazos para salir del carro.

—Espera, Dani. Antes de que puedas bajar, tengo que desatarte —explicó Victoria a un Dani que, con los ojos abiertos de par en par, se peleaba con el cinturón para quitárselo.

—Mamá, enséñame. Quiero hacerlo yo solo —exigió Dani con una infantil y autoritaria voz.

—No. Ya te lo he explicado muchas veces. No quiero que cuando estemos por ahí te desates y saltes. Por eso hace unos meses cambiamos los enganches.

Victoria se acercó al carro y puso las manos de forma que le impidiese ver al niño cómo manipulaba el cierre. En cuanto se vio libre, Dani se estiró hasta que sus pies tocaron el suelo y fue directo a coger un palo que había en la tierra. Buscó otro entre la maleza y se lo pasó a su madre.

—Juguemos a espadas, mamá.

Dani le puso el palo entre las manos; no obstante, Victoria no parecía tener ganas de jugar, así que Diego le cogió la vara y se puso en posición de ataque, arrancándole a Dani una gran sonrisa. Al cabo de un rato, ya se había cansado de ese juego.

—Dani, te he traído una cosa —le dijo Diego antes de que se impacientase más—. A ver si la encuentras: está dentro de una maceta y tiene un tronco y unas ramas de color verde.

Dani, emocionado, empezó a correr sin rumbo hasta que al final su madre le señaló el recipiente que se encontraba junto a Lucía.

—Lo tengo —gritó feliz, levantándolo a duras penas y acercándose a Diego con pasos vacilantes, quien le salió al camino y lo cogió en el último momento, ya que Dani no había visto la raíz del gran árbol y se le había enganchado en el pie.

—¡Quiero ponerlo en el suelo!

—Perfecto. Vayamos a casa y traigamos una pala, así tendrá más espacio para crecer y se hará súper grande.

Ambos se fueron cogidos de la mano ante la atónita mirada de las mujeres. Cuando regresaron, Diego llevaba una gran pala cargada en el hombro.

—Mamá, Diego dice que lo plantemos tú y yo. Que es nuestro regalo.

Victoria, era consciente del entusiasmo de su hijo y no se hizo de rogar. Al sacar la primera palada de tierra y vislumbrar el agujero que estaba haciendo, una idea se formó en su mente; ese pequeño árbol iba a ser algo que sólo les pertenecería a ellos. Algo con identidad propia que les ayudaría a mantenerse unidos. Juntos lo regarían y cuidarían, lo abonarían y lo verían crecer día a día, como lo haría Dani, sin que nadie fuera de los que en esos momentos estaban ahí, le pusiese un dedo encima.

A los pocos días, Diego trajo unas pinturas y fueron al bosque a buscar piedras que luego el pequeño se empeñó en pintar él solo «porque ya era un

niño mayor», y no dejó que nadie se acercase a su árbol ni a sus pinturas. Se puso perdido, todo él era como un pequeño mosaico de mil y un colores, pero su euforia contagiaba a los allí presentes, que disfrutaban al ver la felicidad y entusiasmo del niño. Después insistió en que no necesitaba ayuda para colocarlas, por lo que el árbol quedó en medio de un montón de piedras de colores sin ningún orden aparente. Por último, repasó las grandes letras que casi quedaron irreconocibles por la falta de destreza.

«Este es el árbol de Dani y Victoria.

Prohibido tocar».

## 8. Una nueva oportunidad

En una ocasión Tomás le dijo que iba a pasar unos días fuera. Cuando eso pasaba y percibía esa mirada especuladora, Victoria siempre se quedaba intranquila, intuía que iba a ver a Katy, pero no se sentía con fuerzas para plantarle cara y eso la sumía en un continuo estado de ansiedad. Le pidió que la llevara a la residencia para ver a los ancianos; sabía que ellos se alegrarían, y ella y Dani se sentirían arropados y queridos. El día que tenía previsto volver, apareció Alberto por la residencia y regresaron juntos. Estuvieron hablando y bromeando sobre un montón de cosas y el viaje se hizo muy ameno. Al llegar a la casa, Tomás estaba allí y les dio una calurosa bienvenida. Luego, juntos se fueron al dormitorio donde Tomás se acostó en la cama con el niño en brazos y comenzaron a hablar de sus cosas. Después, Tomás comenzó a hacerle cosquillas a su hijo, el cual enseguida llamó a su madre pidiéndole ayuda. Al ver la estampa, ella no pudo negarse y se acercó para inmovilizar a Tomás mientras Dani lo manoseaba, aun siendo consciente de que no lo lograría a no ser que él se dejase. Para su deleite, Tomás se dejó hacer, riendo y moviéndose para evitar las manos de su hijo bajo sus axilas. Cuando Victoria quiso darse cuenta, las tornas habían cambiado y se vio arrastrada bajo el cuerpo de Tomás. Con un grito observó cómo su hijo ponía las manos sobre ella, que, con Tomás encima, no tenía ninguna posible escapatoria.

—¡Socorro, estaos quietos, los dos! —exclamó Victoria entre risas contorsionándose.

—Mamá, di la palabra mágica.

—Por favor, por favor, por favor.

Las manos de Dani se apartaron de su cuerpo y Tomás, que continuaba sobre ella, se la quedó mirando con pesar.

—Victoria, ¿qué nos ha pasado? Teníamos algo tan especial.

—Que al quedar embarazada no tuviste bastante conmigo y recurriste a otras. ¡Eso es lo que pasó! —afirmó Victoria intentando apartarlo de encima.

—Solo era sexo, Victoria. Nunca pretendí hacerte daño.

—Tomás, para mí nunca fue solo sexo. Me ha dolido siempre la idea de imaginarte con otras, sabiendo que yo te podía dar lo mismo que ellas.

Siempre he intentado complacerte y, si no fingías, creo que siempre lo conseguí. ¿Por qué me has despreciado? ¿Qué es lo que buscas cuando estás con ellas?

—Nada, Victoria. Se me hace difícil recurrir a ti. Desde el embarazo me rehúyes, y sí, es verdad, me desahogo con otras, pero no quiero hacerlo, te quiero a ti. Y referente a lo que has dicho antes, yo nunca fingí estando contigo; nadie me ha hecho sentir como lo haces tú.

—Tomás, ahora es tarde —sentenció Victoria saliendo de debajo de él, mientras se secaba las lágrimas que corrían libres por su rostro.

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Qué pasa? Venga, daos un beso y haced las paces.

Tomás se echó a reír por la salida que había tenido el niño y, sobre todo, al ser consciente de que ambos se habían olvidado de que Dani seguía allí mientras ellos hablaban.

—Victoria, dame otra oportunidad, te prometo que no te defraudaré.

—No te la voy a dar. Si de verdad es lo que quieres, ¡gánatela! Quiero que estés conmigo cuando te necesite, ayudándome a criar a nuestro hijo. Pasa aquí más tiempo. Pero, sobre todo, no me impongas compartir la misma cama.

—¿Qué? —Su mirada la traspasó—. Victoria, no puedo irme a otra habitación, seré el hazme reír de todos.

—Mete otro colchón aquí dentro. Puedes decir que es para Dani, que duerme conmigo y al estar tú aquí, pues no quiere volver a la cuna.

—Está bien, eso sí que puedo hacerlo.

Esa noche durmieron los tres en la cama. Al día siguiente, Tomás le pidió a Victoria que lo acompañase y compraron un colchón, en el que se acostó sin mediar palabra esa noche.

«Conseguiré que vuelvas a deshacerte entre mis brazos, que seamos una verdadera familia», le pareció escuchar a Victoria en la oscuridad, abrazada a su hijo justo antes de dormirse.

Las semanas iban pasando y todo volvió a ser como al principio de su relación; iban juntos a los mercados con Diego y Lucía, y entre los cuatro se ocupaban del chiquillo. Poco a poco, volvieron los roces disimulados. La primera vez que Tomás, aprovechando que los otros se habían llevado a Dani, le puso las manos en la cintura para coger un colgante, ella le miró con fastidio, observando que no hacía falta acercarse tanto, pues había sitio de sobra para pasar sin rozarse. Él le hizo un guiño y ese día no lo volvió a

intentar; sin embargo, en la siguiente parada que montó se acercó por detrás de ella y le pasó el brazo por el cuello mientras apretándose a su cuerpo para que viese lo excitado que estaba le susurraba:

—Hoy no puedo pasar por detrás de ti sin rozarte. Esto está muy estrecho.

Luego siguió su camino sin esperar la réplica de ella, aunque, de repente, se detuvo y volvió sobre sus pasos.

—¡Mierda! Voy a abrir un poco los palos y dejar más espacio. Como a Dani le dé por revolotear por aquí tampoco cabe.

Victoria sonrió y lo siguió con la mirada, feliz al ver que había antepuesto las necesidades de su hijo a las propias, eso merecía una recompensa.

Aprovechando que Dani estaba durmiendo, Victoria comentó que le apetecía un café y ante la sorpresa de Tomás, le preguntó que si la acompañaba. Victoria era consciente de que durante ese mes Tomás apenas se había separado de ella, y se había comportado como un buen padre y compañero. Cuando fueron a pagar, ella dijo que necesitaba ir al baño, sabiendo que él aprovecharía para ir también.

Al llegar a los lavabos, Victoria lo cogió de la mano y lo introdujo dentro del cubículo de las mujeres.

—Oye, no te acostumbres, pero creo que lo necesitas —le dijo mientras introducía la mano dentro del *slip* de Tomás. Su miembro enseguida creció entre sus dedos, que lo adoraron en silencio, apoyándose en su pecho mientras con movimientos expertos lo recorría con suavidad, percibiendo cómo aumentaban los latidos del corazón del hombre.

—Dios mío, Victoria. No puedes imaginar cómo te necesito, pero no hagas que esto sea tan frío, necesito tus besos, tus caricias, quiero que disfrutemos ambos —dijo poniendo los dedos bajo la barbilla de Victoria para que levantase la cabeza y besarla con ternura. Se tantearon con calma y no dejaron que la pasión pasase al desenfreno, ese era un regalo para ambos. Cuando Victoria sacó el miembro de su prisión y siguió acariciándolo, Tomás aprovechó para meter la mano dentro de su pantalón y, con gran reverencia, la transportó a ese lugar en el que ambos se perdieron entre jadeos y miradas veladas. Tras la culminación, se abrazaron, conscientes de que pasaría mucho tiempo hasta que algo así volviese a suceder.

—Victoria, ¿por qué lo has hecho? No sé por qué el otro día no me dejaste ni siquiera rozar tu cintura y hoy me haces... esto.

—No necesitas saberlo, digamos simplemente que sé que lo necesitabas y hoy te lo merecías.

—Está bien, tendré que conformarme con esa respuesta.

Poco a poco volvieron caricias y los besos que a ella la dejaban temblorosa. Dani disfrutaba cuando iban a los mercados. Desde que un día le dejaron poner un colgante dentro de un sobre y cobrar, ya no quiso salir de detrás del mostrador para pasear o ir al parque. Le encantaba hacerse cargo de atender a los clientes y a estos también les gustaba ver el desparpajo del niño, que no les dejaba irse con las manos vacías. Les preguntaba el nombre a los clientes y así recibían un trato personalizado, en más de una ocasión, Tomás dijo que, con casi cinco años, ya se notaba que iba a ser un digno heredero de su padre.

Una tarde en la que todo estaba muy tranquilo, Tomás y Victoria vieron cómo Dani cogía unos colgantes y los cambiaba de sitio. Ambos lo siguieron con la mirada pensando qué tendría en mente el muchacho. Luego les dijo que quería que se diesen un beso para hacer las paces, pues esos colgantes no estaban en el orden que tocaba. Ambos siguieron estáticos sin entender nada; durante toda la tarde ellos habían estado más cariñosos de lo habitual, los roces y pequeños besos habían sido más de continuo y se notaba que, según pasaba el tiempo, el filin entre ellos era mayor. Tomás entre risas le dijo a Victoria que estaba enfadado con ella porque había cambiado los colgantes de sitio y simularon una discusión de lo más tonta.

—Ya has oído a Dani, tienes que darme un beso para hacer las paces —afirmó Tomás.

—Oye, yo no he puesto los colgantes ahí. No tengo por qué disculparme.

—Papá, dáselo tú.

Esta vez Tomás no se contuvo, la cogió por la cintura y amoldó su cuerpo al de Victoria, la obligó a abrir los labios y acoger su lengua, que ansiosa exploraba cada recodo de su boca. Sus manos pasaron de la cintura a las nalgas que apretó una y otra vez, con fuerza, clavándole los dedos en la carne y amasando su trasero con desesperación. Victoria le rodeó el cuello con los brazos, impidiendo que se separase y un jadeo escapó de la boca de ambos. Hacía años que no se dejaban llevar de esa forma, sus lenguas, húmedas y exigentes se buscaban sin descanso. Victoria lo cogió

de las rastas y separándose de su boca lo apremió a que recorriese su mandíbula como antaño, arañando con los dientes y succionando con frenesí cada trozo de carne que quedaba a su alcance. Unos aplausos y gritos infantiles les hicieron recordar que no estaban solos. Tomás, sin separarse de su garganta, pasó una mano contra la pared en busca del final de la tela negra hasta que consiguió que los cubriera a ambos, apoyados contra la pared, la alzó en vilo. Victoria le rodeó las caderas con las piernas y sintió su dureza, justo ahí, donde la unión de sus piernas lo reclamaba. Un llanto infantil los hizo volver a la realidad. Se separaron de inmediato mirándose con extrañeza y anhelo, ambos perdiéndose en sus cavilaciones. De pronto, Victoria se sobresaltó al recordar por qué se habían separado tan de súbito, pues Dani había dejado de llorar.

—¡Dani! —Victoria, tras salir del interior de la tela negra, se sintió culpable por haber asustado a su hijo de esa manera al dejarle solo. De repente, sus padres habían desaparecido delante de sus ojos.

—Tranquila, estábamos cerca cuando hemos oído llorar a Dani y hemos venido corriendo —. Diego tenía al niño en brazos mientras Lucía le hacía carantoñas.

—¿Y Tomás? —preguntó Diego, ante lo que Victoria con disimulo señaló la parte posterior de la tienda. Diego apenas pudo contener la risa al imaginar lo que había pasado ante el sonrojo de Victoria.

—Ahora vuelvo —informó antes de desaparecer de nuevo.

Tomás seguía apoyado en la pared con los ojos cerrados, al escuchar el frufrú de la tela, los abrió y el brillo de su mirada la desarmó. Tomás abrió los brazos y Victoria se acomodó entre ellos.

—Joder, pequeña. He estado a punto de... ya sabes.

Victoria le dio un suave beso en la mejilla y rodeó su cuello, apoyándose en su pecho de nuevo y cerró los ojos, luego susurró:

—Tomás, yo... también te necesito. No hagas que me arrepienta.

Esa noche, cuando Victoria entró en la habitación, un resplandor y una suave música la transportó a esos primeros meses de relación. Tomás, que la esperaba detrás de la puerta, le acarició los hombros con suavidad y le apartó el pelo para besar su nuca; luego la lamió, soplando a continuación como sabía que a ella le gustaba. Al ver que su piel se estremecía, presintió que su magia aún no había desaparecido y le susurró:



—Cuando esta tarde me has dicho que tú también me necesitabas, me he tomado la libertad de prepararte esta sorpresa. No te enfades conmigo, no es una trampa, ya no aguanto más y no quiero cometer ninguna estupidez.

—¿Y Dani?

—Les he pedido a Lucía y Diego que esta noche se queden con él. Está en la habitación de ahí al lado, así que contente, no quiero que mañana pregunte por qué gritaba mamá.

—¡Serás bruto! Yo no grito.

—Eso ya lo veremos —dijo al tiempo que hundía los dientes en el cuello de Victoria.

La cogió de la mano y juntos se acercaron a la cama. Luego la soltó para colocar las manos en la parte inferior del jersey y lo fue subiendo con delicadeza para después sacar los pechos del sujetador y adorarlos, al igual que el resto del cuerpo de Victoria. Se amaron con delicadeza al principio, si bien, esta dio paso al ansia y, al final, el desenfreno tomó el control. La música acalló sus jadeos, sus suspiros, sus murmullos, y los latigazos del placer en el cuerpo de ambos los acompañaron en esa danza tan antigua como devastadora.

## 9. No hay vuelta atrás

Dani ya tenía seis años y debía comenzar el colegio. Lo habían matriculado en la escuela del pueblo que tenían más cerca, situado a ocho kilómetros de la casa. Llevarlo hasta allí no iba a suponer ningún problema, pues siempre había un par de coches, además de las dos furgonetas que utilizaban para desplazarse a los mercadillos. La relación entre Tomás y Victoria iba viento en popa, continuaban siendo inseparables y el sexo era maravilloso, como en los viejos tiempos. Cualquier sitio con un mínimo de privacidad era bueno para la ocasión y les ofrecía el morbo que ambos buscaban, aun así, Victoria se preguntaba en qué momento terminaría esa luna de miel. Varias veces había pasado por ella y, aunque no quería ser gafe, sabía que esa felicidad se vería truncada en cualquier momento, y no se equivocó.

—Victoria, te comenté que me gustaba meter a más gente en las relaciones de pareja. Lo echo de menos y me apetece. Elige tú el sexo de esa tercera persona, si quieres un hombre: Alberto y si lo que prefieres es una mujer...

—¿Katy? —preguntó ante el silencio de Tomás.

—No creo que Katy sea la más indicada para una primera vez. No creo que estés preparada para participar con ella.

Estaban paseando por el bosque, los dos solos, con el sonido del aire de fondo. Victoria fijó su mirada en ese árbol que tenía a sus pies, le recordaba a su hijo, pues crecía fuerte y erguido; su tronco era macizo pero joven. Sabía que si se aplicaba la fuerza suficiente, podría magullarse, desquebrajarse; sus hojas frondosas y esplendorosas perderían su fulgor y se marchitaría. Con el tiempo podría volver a enderezarlo; no obstante, para eso necesitaría muchos cuidados y una constante vigilancia. No podía huir de la realidad y llevarse a ese pequeño ser vivo que pertenecía a ese lugar, le gustase o no.

—Entonces, ¿qué sugieres? ¿Que sea Alberto? —preguntó sin estar muy convencida.

—Pequeña, no te arrepentirás, verás cómo disfrutas.

—¿Tú estarás conmigo en todo momento?

—Claro que sí.

—Y si no me gusta, ¿os detendréis? —preguntó con desazón.

—Te lo prometo. Será esta noche, ¿de acuerdo? Es para que no le des más vueltas. Y, Victoria, sé que lo haces por mí. No puedes imaginarte cómo te lo agradezco.

—Tomás, lo hago por ti, para que no recurras a ninguna otra, ni a Katy. ¿Te queda claro?

—Clarísimo. Gracias.

Tomás la besó con delicadeza, abrazándola con fuerza, consciente del esfuerzo que para ella suponía participar en algo así.

Esa noche, Tomás le sugirió empezar ellos y Alberto se uniría después, en el momento en el que ella estuviese sobreexcitada. Cuando ella asintió, Tomás le ofreció una bebida que había sobre la mesita.

—¿Qué es?

—La planta que hay en el huerto, te sentirás mejor.

—¿Crees que necesito estar drogada para complaceros?

—Creo que necesitas relajarte. Acuérdate cuando llegaste aquí el primer día, te sentó muy bien. Simplemente, consigue que te evadas de lo que está pasando. Victoria, si no quieres no te la tomes.

Ella cogió el vaso, dándose cuenta que la infusión estaba fría. No sabía el tiempo que llevaría allí, lo que sí que tenía claro era que Tomás no había podido prepararla, pues no se había separado de ella. De un solo trago se la terminó, sabía amarga, no recordaba ese sabor, y supuso que la otra vez le pondrían azúcar.

Victoria levantó los brazos para facilitarle la labor en cuanto notó las manos de Tomás bajo su jersey. El pantalón también siguió el mismo camino, y se quedó desnuda frente a él. Reconoció ese sentimiento de letargo que se estaba apoderando de su ser, incluso la sensación de su espíritu fuera del cuerpo que la hacían sentirse como un ser etéreo, como si todo aquello le estuviese pasando a otra persona y ella fuese una mera espectadora.

Desde la distancia observaba a Tomás llevándose un pecho a la boca. Luego le pareció que ponía las manos ahí, en su vulva; sin embargo, apenas las sentía. El rostro de su novio comenzaba a desdibujarse y ella luchó para que eso no sucediese, quería centrarse en él, y en vez de llamarlo como era su intención, se encontró riendo. Ese sonido que escuchó no parecía propio

de ella. Frunció el entrecejo al sentir unas manos sobre su cuerpo, acariciándola con rudeza, pellizcando sus pezones con brusquedad y un pensamiento se abrió paso más allá de la neblina que la envolvía: no era Tomás. Esas manos callosas que amasaban su abdomen, no eran las de su hombre. Una lágrima se abrió paso sin pedir permiso, sintió la humedad abrirse paso por su lagrimal y formarse una pequeña gota. Sabía que se deslizaría por su rostro y la almohada la absorbería. Intentó abrir los ojos para ver qué estaba pasando, ¿dónde estaba Tomás? No podía ver nada, solo un inmenso vacío la rodeaba. Su mente ya no parecía que estuviese fuera de su cuerpo, ni que tuviese ojos como la vez anterior, no se sentía flotar, tampoco le daba por reír, no. Lo que quería era gritar, que esas manos, que estaba segura no pertenecían a Tomás, se detuviesen. La lágrima, ya formada, comenzó a resbalar por su rostro. Intentó cortar el camino, si bien, no podía mover las manos, ¿la mantenían prisionera? Sintió algo duro y grueso que intentaba abrirse camino por los pliegues de su feminidad. Eso no pertenecía a Tomás, estaba segura, tampoco la manera de hablar era la de Tomás. ¿Por qué no había oído antes esas voces? ¿Qué decían? Intentó concentrarse y escuchar, pero no podía, la neblina se intensificaba. Era como si el tiempo se hubiese detenido y la oscuridad intentase envolverla, tragársela, hacer que todo dejase de existir. Quería gritar, pedir ayuda, ¿lo estaba haciendo?

Sí, eso deseaba ella, que la dejaran en paz, dejar de sufrir y que esas manos extrañas se alejasen de su cuerpo. Sintió una lengua recorrer su mejilla, estaba demasiado húmeda para ser una sola lágrima. Comprobó que Tomás había vuelto, ese músculo que se restregaba contra su mejilla le pertenecía.

Quería sentir sus delicados besos pidiéndole perdón, sus manos borrando todo sufrimiento, sus palabras de consuelo, no esas frases inconexas que ella no entendía. No supo de dónde sacó fuerzas, tal vez fue la negrura en la que se vio envuelta, el abismo en el que se vio caer. El rostro desdibujado de Dani era lo único que la animaba a volver, intentó girar la cabeza de lado a lado, aunque no podía. Tenía miedo, mucho miedo, la oscuridad que la envolvía era fría como la muerte. «¡Tomás!», quiso gritar. No sabía si él la escucharía. De repente, se sintió libre, esas raíces que un rato antes intentaban atraparla y envolverla para llevársela al infierno habían desaparecido. El color volvió a brillar en su enfermiza mente mientras ella se daba la vuelta y se quedaba dormida entre pesadillas con un cuerpo

pequeño y cariñoso que le pedía que no se fuese, que se quedase con él para siempre.

Cuando despertó, el sol estaba muy alto, pasaba del medio día. Levantó la sábana con cuidado y constató que se hallaba desnuda. Todo lo que había sucedido la noche anterior eran retazos de un mal sueño, imágenes inconexas que no tenían relación unas con otras. Se encontraba sola y le dolía todo el cuerpo; sin saber por qué se encontró buscando restos de sangre, no los halló.

Se levantó con cuidado y tras coger ropa limpia, se dirigió a la ducha. La casa estaba en silencio, su mente se negaba a ofrecerle respuestas coherentes. Bajó a la cocina, estaba desierta, no había rastro de Lucía preparando la comida ni se oía a Dani por ninguna parte. En el exterior tampoco había ninguna presencia humana, todo estaba vacío y silencioso. Al dirigir la mirada hacia el cercado donde estaban las cabras, pudo distinguir a su hijo y a Tomás dándoles de comer y hacia allí se dirigió.

—Buenos días —dijo con cautela.

—Buenos días —respondió Tomás y tras un momento de duda, preguntó —: ¿Cómo te encuentras?

—Bien. ¿Dónde está todo el mundo?

—Por ahí. Hoy había faena y los he enviado a todos fuera. Quería hablar contigo a solas.

—¡Mamá! ¿Has visto la leche que hemos recogido mientras estabas dormida? —Dani se acercó a ellos corriendo con un cubo tambaleante donde se podía observar la leche que, a duras penas, se mantenía en el interior del recipiente, aun así ni Tomás ni Victoria hicieron nada por evitar que se derramase.

—Tomás, ¿qué sucedió anoche?

Este fijó la mirada en Dani, que ya estaba junto a ellos y, cogiendo al niño de la mano y a Victoria del hombro, se dirigió hacia la casa sin contestar.

La red telefónica y de internet era muy mala, por eso en la casa no había cobertura y tampoco se veía la televisión, lo que sí que tenían era un vídeo en el que después de cenar ponían alguna película. Esta vez, Tomás sacó una cinta y puso dibujos para que Dani estuviese entretenido.

Cuando dejó al niño instalado en la mecedora, le hizo un gesto a su mujer, y esta lo siguió a la cocina.

—Anoche las cosas se descontrolaron un poco, me parece que nos pasamos con la cantidad de hierba o tú estabas reacia a lo que íbamos a hacer. Me asustaste, te pusiste a gritar como si estuvieses poseída. Eché a Alberto de la habitación y estuve el resto de la noche contigo, creí que te perdíamos.

Tomás la abrazó muy fuerte, las costillas le dolían y él no parecía ser consciente de que la estaba magullando.

—¿Seguro que estás bien? —insistió Tomás.

—Anoche fue todo muy extraño, pero sí, ahora sí.

—¿Estarías dispuesta a volver a intentarlo sin drogas de por medio?

—Tomás, ¡por Dios! ¿Cómo puedes preguntarme eso en estos momentos? Acabas de decir que estuviste a punto de perderme, dame un respiro.

—Perdona, tienes razón.

El resto del día lo pasaron los tres juntos, fueron al bosque donde Tomás se empeñó en cambiar el cartel del árbol diciendo que era ilegible; no obstante, Dani lo tenía claro, ese árbol era suyo y de Victoria, les pertenecía solo a ellos y estaba prohibido acercarse a él. En un futuro, ese simple comentario sería el salvoconducto de Victoria y su paz mental; el único sitio donde se encontraría a salvo.

Victoria se dio cuenta de que algo no andaba bien. En la casa vivían unas doce personas y solían moverse por grupos. Como si hubiesen coincidido, llegaron todos juntos y la rehuían. Ella se preguntaba si el espectáculo habría sido tan fuerte cómo para tener que avergonzarse.

Al día siguiente, al organizar la faena, Tomás mandó a Diego a Asturias, pues uno de los jóvenes habituales para ese destino tenía fiebre y había comentado que prefería quedarse cerca de casa por si la cosa iba a más. Ese destino solía estar reservado a cuatro de los chicos que no tenían pareja y a quienes les gustaba viajar. Solían estar bastante tiempo fuera y la misma furgoneta, muchas veces, les servía para pernoctar. Nadie abrió la boca para sugerir que fuese otro y no Diego, pues este tenía pareja y estarían casi dos semanas sin verse.

En cuanto terminó de hablar Tomás, Lucía y Diego subieron a la habitación para hacer la maleta. Al despedirse, se abrazaron muy fuerte, conscientes del tiempo que pasaría antes de que volvieran a verse. Diego le susurró algo al oído y ella asintió.

Habían pasado un par de días desde el incidente y Tomás no se separaba de Victoria. En un principio, ella se sentía feliz, querida, como si con ese comportamiento, Tomás quisiese resarcirse del error de haberla obligado a participar en algo que sabía que la incomodaba, y que, al ver el desenlace y la situación a la que su cuerpo y mente habían llegado, hubiese sido consciente de que la había llevado hasta el límite. A pesar de ello, Victoria deseaba que le diese un respiro, un poco de intimidad para poder acercarse a Lucía y preguntarle cómo llevaba la ausencia de su chico y hacerle compañía. Dani también preguntaba por la pareja, ya que ambos eran muy cariñosos con él, y siempre estaban dispuestos a jugar. Para el niño, ellos eran sus compañeros de juego a falta de otros infantes con los que distraerse.

Tomás se comportaba como un niño grande, quería que Dani se entretuviese con lo que él se veía más capacitado, fútbol y no combate con palos, ir en bicicleta y no hacer caminos con ramas y piedras. Victoria estaba cansada de escucharlos. Con Diego y Lucía todo era más fácil.

Dani había aprendido el abecedario y los días de la semana mediante canciones. Los números los sabía por las historias que Diego le contaba. Todas las tardes se iban al bosque con una mochila repleta de lápices, colores, cuentos y una libreta. Allí, le daban clases sin que el niño fuese consciente de ello, era muy despierto y lo aprendía todo con mucha facilidad, sin embargo, había que saber llevarlo y tener mucha paciencia, y de eso Tomás no iba muy sobrado.

Aprovechando que Tomás estaba durmiendo la siesta, Victoria cogió a Dani en brazos y lo sacó de la habitación; luego fue en busca de Lucía, a quién encontró sentada delante del árbol de Dani, con las piernas flexionadas y la cabeza apoyada en ellas. Al escuchar los pasos, la levantó asustada buscando algo tras Victoria, al ver que solo estaba Dani, se relajó.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Victoria tomando asiento a su lado.

—Bien, pero echo de menos a Diego. ¿Y tú? ¿Te ha dejado Tomás acercarte a mí?

—¿A qué viene esa pregunta? Pues claro que me deja. Está más empalagoso que de costumbre, empieza a agobiarme.

—¿Dónde está ahora?

—¿Tomás? Durmiendo.

—Iba a llamar a Diego. ¿Me acompañas?

—Claro.

Victoria cogió el carro e intentó subir a Dani en él, pero este se enfadó, así que Lucía lo cogió de la mano y comenzaron a andar.

—Ayer cogí el coche para ir hasta dónde hay cobertura, pero hoy no me atrevo. Victoria, ¿puedo hacerte una pregunta muy personal?

—Sí, por supuesto.

—¿Qué pasó la otra noche? ¿Recuerdas algo?

—¡Ostras, pues sí que debió de ser fuerte el espectáculo! —respondió Victoria enrojeciendo y fijando su mirada en la inmensidad—. Tomás me propuso montar un trío con Alberto. No me hacía mucha gracia, pero no quiero que recurra a otras. Ya me ha contado que se pasaron con la infusión y me descontrolé.

—Esa es la versión de Tomás, ¿verdad? ¿Quieres que te cuente la mía? ¿Quieres saber por qué ha enviado a Diego a Asturias? Ya lo hemos decidido, en cuanto vuelva nos marchamos de aquí.

Lucía lo dijo sin dejar de andar, ni desviar la mirada, que había fijado en el rostro de Victoria.

—¿Cómo qué os vais? ¿No decías que no teníais dinero?

—Aquí ya no estamos cómodos. Sabes que llevamos tiempo pensándolo, esto solo adelanta los planes. Según mi chico, en el mercado hay temporeros que le han dicho que se gana bastante dinero durante la cosecha de la fruta. Probaremos a ver qué tal nos va; si no, algo encontraremos.

—¿Es por lo que sucedió la otra noche? Cuéntamelo.

—Ahora no —inquirió Lucía.

—Mamá, tú llorabas y gritabas. Y papá también, pero yo te abracé y te dormiste.

Victoria entrecerró los ojos con una pregunta en los labios.

—Después —replicó Lucía mirando de reojo a Dani, que no se había perdido detalle.

Diego se puso al teléfono enseguida y lo que debió decir a su chica le provocó una gran sonrisa. Victoria cogió a Dani de la mano y se alejaron para darles intimidad, aunque, al cabo de un momento, Lucía se acercó a ellos.

—Diego quiere hablar contigo —comentó mientras le daba el teléfono a Dani.

Ambas se alejaron un poco del chiquillo sin mediar palabra.



—Te contaré mi versión y por qué estoy asustada.

Victoria se sobresaltó al escuchar de la boca de Lucía esa palabra. Tras la declaración de que se irían en cuanto Diego volviese y el darse cuenta que no se relacionaba con nadie, le hizo tener un mal presentimiento. ¿Qué pasó esa noche? ¿Qué era eso que Tomás le había ocultado y Lucía temía tanto?

—Lucía, me estás asustando a mí también.

—Tomás no nos ha amenazado de una forma directa, pero... Diego está en Asturias y yo aquí sola.

—Lucía, por favor, cuéntamelo.

—Cuando Tomás nos dijo que nos quedásemos con Dani toda la noche, no le dimos importancia, no es la primera vez que nos los pedís y tú sabes que nos encanta estar con el chiquillo. En un principio solo se os oía a ti y a Tomás. Te reías de una forma rara, carcajadas muy escandalosas, antinaturales, era... ¿cómo te lo explico? Se te notaba que estabas drogada. Luego escuchamos la voz de Alberto y tú empezaste a gritar, le pedías ayuda a Tomás, le decías que no querías esas manos sobre ti, terminaste llorando, suplicándole a Tomás que se detuviese, pero ellos no querían parar. ¡¿Estás oyendo lo que te digo?! Tú luchabas histérica, se podían escuchar sollozos y súplicas por toda la casa y nadie hacía nada. ¿Quién va a encararse a Tomás? Todos te estábamos oyendo y ellos no pensaban parar. No voy a repetir lo que decían, era degradante la forma de tratarte y de hablarte. Dani se puso a llorar, quería saber qué les pasaba a papá y mamá, por qué gritabais. No había forma de que se callase. Yo también estaba llorando y no podía tranquilizarlo. Diego me cogió de la mano y me dijo que lo dejase llorar, así Tomás también lo escucharía y se detendría, pero no lo hizo.

»Al final, Diego salió de la habitación y aporreó la puerta con golpes contundentes, ya que los lloros de Dani no habían surtido efecto, entonces sí que se detuvieron maldiciendo. Al cabo de un momento, oímos abrirse la puerta, supongo que Alberto salió de la habitación. Dani te llamaba a gritos, entonces Diego le explicó en voz alta que mamá estaba bien, que en un rato te vería y así se convencería de que no había nada de qué preocuparse y todo había sido un mal entendido. Tomás llamó a la puerta de nuestra habitación y nos dijo que se llevaba a Dani contigo.

»Por la mañana, apareció como si nada hubiese pasado. Es lo mismo que hacen cuando están con Katy, pero a ella le gusta y les sigue el juego, tú no. Victoria, ¿quieres terminar como ella? Por lo que pude oír, es eso lo que le

gusta y si no quieres que recurra a otras, terminarás haciéndolo, te convencerá. Cuando apareció esa mañana con Dani en brazos, dijo que lo que habíamos oído no era lo que parecía, que estabas drogada y te descontrolaste. Pero Victoria, para mí fue como estar presente en una violación sin poder hacer nada. ¡No pude hacer nada! Solo abrazar a tu hijo y rezar.

Victoria se echó en sus brazos, deshecha. ¡Había dado tanto por esa relación! Cerrando los ojos a sus desplantes, escaqueos e intentando ver siempre la parte positiva, dándole una oportunidad tras otra, perdonando sus infidelidades y haciendo todo lo que estaba en su mano para que lo suyo funcionase, una y otra vez. «El amor todo lo puede», pensaba. El problema era que ese amor era unidireccional; se había engañado a sí misma, siempre creyendo que esta vez sería la última, que él se daría cuenta de la clase de mujer que tenía al lado y reaccionaría, si bien, esto no había sido así.

Se encontraron con Tomás cuando volvían a la casa, puesto que solo había un camino de tierra para llegar a la propiedad o atravesar el bosque, cosa nada fácil con un coche de bebé. Desde lejos vieron esa mirada dura y penetrante que no dejaba lugar a dudas de que su misión era intimidarlas.

—Lucía, por favor, ¿te puedes llevar a Dani? —preguntó Victoria cuando lo tuvo delante—. Necesito hablar con Tomás, a solas.

Esta asintió y cogiendo la mano del niño, se alejó.

Victoria no sabía por dónde empezar, le sudaban las manos y tenía un nudo en la garganta. Pero, por mucho que le doliese, sabía que su tiempo en esa casa estaba a punto de terminar. No quería volver a participar en ninguno de sus juegos, no quería más mentiras ni desplantes, pero, sobre todo, no lo quería cerca de su hijo. Tomás había hecho de la manipulación su forma de vida, sabía de los sueños e inseguridades de todos y se aprovechaba de ellos. Tejía su tela de araña a su alrededor, de manera que nadie viese lo que estaba pasando, y si lo hacían, ya era demasiado tarde para escapar de esa situación. Si Victoria estaba decidida a huir de ahí era por Dani, para que creciera con unos valores diferentes a los de su padre que, al fin y al cabo, lo poco que estaba con él, conseguía que a Victoria se le pusiese la piel de gallina: «Tienes madera de líder, serás un digno heredero de tu padre». Eso, Victoria nunca lo consentiría, se haría fuerte y lucharía por su hijo, por Dani.

—Tomás, Dani acaba de empezar la escuela. No es bueno para él crecer sin niños a su alrededor y lo nuestro hace mucho tiempo que no funciona. He intentado complacerte en todo, pero tú nunca tienes bastante, siempre quieres ir un poco más allá.

—¿Qué te ha contado Lucía?

—Nada que no imaginase, tenía pequeños recuerdos que se han entrelazado entre ellos. Tú quieres lo que te dan Katy y las otras; necesitas eso y a mí me duele imaginarte con ellas. No quiero estar aquí cuando eso ocurra.

—¿Y qué sugieres?

—¿No tenéis alguna propiedad Alberto o tú que no estéis utilizando dónde podamos trasladarnos?

Lo soltó a bocajarro, consciente de que tenía que decirlo para así dejar claro que sabía lo que se llevaban entre manos y no hablaría, ya que también se estaba beneficiando de ello.

—¿Me estás diciendo que quieres separarme de mi hijo?

—No, Tomás. Puedes venir a vernos cuando quieras. Así, los tres salimos ganando; Dani, tendrá una infancia más normal, tú podrás hacer lo que te venga en gana sin tener que esconderte y yo, Tomás, te quiero, pero ya no aguanto más. —Victoria se echó en sus brazos, llorando amargamente por los nervios acumulados y por decir adiós al hombre con quien pensó compartir el resto de su vida.

—Lo pensaré y ya te digo algo.

—Otra cosa. Lucía y Diego también quieren irse. Había pensado que podríamos vivir los cuatro juntos, Dani los adora y necesitaré ayuda si tengo que trabajar para pagar los gastos de la casa y comprar todo lo que necesite.

—Por eso no te preocupes, yo os mantendré a ti y a mi hijo. Pero si Lucía también se va, tendré que buscar mujeres que mantengan la casa limpia y cocinen. Lucía es muy trabajadora y fácil de llevar, no se queja nunca.

—Gracias, Tomás.

—De nada. ¿Sabes qué trámites hay que hacer para cambiar a Dani de colegio una vez empezado el curso?

—No habrá problema, yo me encargaré cuando llegue el momento. ¿Sabes al menos a dónde nos vamos?

—En Alcobendas hay una casa vacía. No es gran cosa, pero para ti y para Dani estará bien —confirmó tras un pequeño silencio.

—¿Cuándo nos vamos? —Victoria, enseguida, entendió que Lucía y Diego no eran bienvenidos a esa nueva propiedad y no sé atrevió a insistir.

—Pequeña, no tengas tanta prisa, primero tengo que encontraros sustitutas, a ambas. —La cogió de la cintura, sin darle tiempo a reaccionar, aplastando la boca contra la suya en un intento de demostrar que continuaba teniendo un control total sobre ella y sobre todo lo que estuviese a su alrededor. Luego se alejó con grandes zancadas sin añadir nada más ni despedirse de su hijo, a quien, por un momento, parecía haber olvidado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lucía con nerviosismo.

—Le he dicho que queremos irnos y no me ha puesto ningún problema, ha sido raro. Esperaba que me costase más convencerlo. Ha sido demasiado fácil y va a mantenernos a mí y a Dani, además de facilitarnos una vivienda.

—¿Le has dicho que nosotros también queremos irnos?

—Sí. Me ha pedido que esperemos a que nos encuentre sustitutas, alguien tiene que hacer la comida y limpiar. —«Y mantenerle la cama caliente», fue un pensamiento que le vino a la mente antes de que pudiese ahuyentarlo. Muy a su pesar, la tristeza se instauró en su corazón, unos pinchazos que no podía controlar. Al mismo tiempo las lágrimas hacían esfuerzo por formarse en sus ojos mientras ella luchaba por evitarlo.

Pasaron un par de semanas sin que supiesen nada de Tomás, parecía que hubiese desaparecido de la faz de la tierra. Una tarde, se acercó a ella Alberto con un simple mensaje, Tomás quería que preparase el traslado para el miércoles siguiente. Lucía y Diego tendrían que esperar unos días, pues ella tenía que enseñar a las otras chicas a desenvolverse en la casa y organizarse. El día en cuestión, Victoria tenía las maletas hechas y bajó las escaleras en cuanto escuchó el motor del coche. Su semblante mudó al ver cómo Tomás abría la puerta trasera, rodeaba los hombros de una chiquilla y le dedicaba una de esas sonrisas que siempre le habían hecho a Victoria perder la cabeza. Luego lo vio reírse por algo que decía la chica en cuestión, sin dedicarle a ella ni una sola mirada. Alberto salió de la casa y tras saludar a las invitadas, los cuatro se marcharon hacia los huertos, Victoria los siguió con la mirada, pues había tenido un *déjà vu*, ese mismo comportamiento lo tuvo con ella el primer día que la trajo a la casa. No le presentó a nadie ni entró en ella. ¿También habría habido una mujer

observando desde la entrada? Una lágrima resbaló por su mejilla, una de las tantas derramadas durante esos últimos años. ¿Dónde había ido a parar la joven entusiasta con un prometedor futuro? ¿En qué se había convertido?

Un rato después, Tomás entró en la habitación.

—¿Nos vamos? —preguntó como si nada.

—Tomás, ¿no podías esperar a traerlas mañana? ¿Era preciso que le pusiera rostro a la que va a ocupar mi lugar?

—Victoria, eres tú la que ha decidido marcharse. Y aún no va a ocupar tu lugar, primero tiene que tener claro que vivir aquí no sale gratis. Tiene que ocuparse de la limpieza y, según lo buena que sea en la cama, ocupará tu lugar o no. ¿Dónde está Dani? Se hace tarde.

El pueblo estaba a unas tres horas en coche, era pequeño y acogedor. Cuando pasaron por delante de un gran parque con columpios, Victoria sonrió al ver que Dani lo seguía con la mirada hasta que doblaron la esquina y desapareció de su vista. La casa era pequeña, solo poseía dos habitaciones y el olor a pintura aún perduraba en el ambiente.

—Esta casa pertenecía a una pareja de ancianos. Mandé que la arreglasen para poder entrar a vivir. Tiene lo básico, electrodomésticos, utensilios de cocina, sábanas y poco más. Te dejaré dinero y termina de arreglarla a tu gusto. No quiero que os falte de nada. Yo vendré a visitaros y si necesitas algo, me lo pides. A propósito, no quiero que Dani pierda el contacto con los habitantes y la casa donde ha estado viviendo; en los puentes y en verano quiero que se venga conmigo. Tú haz lo que te parezca oportuno.

—Vale, cuando llegue el momento ya te diré algo.

—Victoria, ¿no estarás tratando de separarme de mi hijo, verdad? Porque si lo intentas no lo volverás a ver, y eso es una promesa. ¿Entendido? Dani es mío y en un futuro lo quiero a mi lado.

La amenaza estaba ahí, directa, donde más dolía. La posibilidad de perder a su hijo si no actuaba como Tomás pretendía. Una amenaza tan clara como el agua, tanto ella como Dani estaban a su merced.

—¿Cuándo volverás? —se atrevió a preguntar.

—¿Tantas ganas tienes de que me vaya? Mi pequeña, esto no es el final, mañana iremos juntos a matricular a Dani y veremos cómo se integra, a ver cómo se adapta al cambio. Le gusta mandar y salirse con la suya. Quiero

ver cómo se comporta con los de su edad. Si saca sus dotes de líder, este niño va a ser un digno heredero de su padre.

Victoria se dio cuenta de que había ganado una batalla, pero estaba muy lejos de ganar la guerra, cosa que iba a ser difícil si no perdían todo rastro de contacto con Tomás.

## 10. Gloria

Como todos los días, Gloria esperaba a la salida del colegio para recoger a su hijo, Esteban, que sólo contaba con seis años. Era un niño extremadamente tímido y reservado, motivo por el que ella había hablado con los tutores, aunque estos siempre le decían lo mismo: al chico no le pasaba nada, simplemente era su carácter, no huía de la gente, ni tenía problemas graves de adaptación, solo era poco sociable. Ese día, Esteban salió con una gran sonrisa en el rostro, pues había hecho un nuevo amigo.

Gloria no cabía en sí de júbilo, era la primera vez que su hijo tomaba la iniciativa para contarle algo sin tener que sacárselo a base de monosílabos.

—¿Quién es? —preguntó mirando a su alrededor.

—Se llama Dani y sale más tarde, porque se queda a comer en el colegio.

Por un momento pensó si sería uno de esos amigos imaginarios de los que tanto oía hablar a las otras madres, aunque desechó la idea al momento. En el pueblo, hacía días que el tema de conversación eran los nuevos vecinos y el niño que traían con ellos. Cogió a su hijo y juntos se fueron a casa. Por la tarde, a la salida del colegio, tampoco lo vio. Los días fueron pasando, y Gloria ya tenía dos nombres, Dani y Victoria. Cuando le preguntó por el padre, Esteban dijo que se llamaba Tomás; no obstante, este no vivía con ellos, lo cual le extrañó; pues, según los rumores, eran un matrimonio con un niño que no había ido al colegio hasta los seis años porque vivía en una casa en la montaña, y los padres habían decidido que había llegado el momento de trasladarse a la civilización.

En el pueblo empezaron a oírse comentarios de todo tipo. Los más repetidos eran que ella era drogadicta, su extrema delgadez y la mirada huidiza así lo indicaban; además, no se relacionaba con nadie y no trabajaba, ¿de qué vivía? Habían visto a un hombre con un aspecto raro entrar en la casa y todos especulaban si sería su benefactor. En cuanto al niño, era de los que se salían siempre con la suya, muy inteligente, arrogante y decidido, con un fuerte temperamento y sabía de temas no demasiado comunes para su edad. Las madres le decían que aconsejaban a sus hijos que no se mezclasen con él.

Gloria, inquieta, se presentó en el colegio para hablar con la directora a quien conocía desde siempre. La mujer le dijo que no hiciese caso de las habladurías. Victoria se desvivía con el niño y era una buena chica; y ese hombre del que la gente hablaba era el padre del niño, habían ido los dos a cumplimentar la matrícula y él le había causado muy buena impresión. Por Tomás se había enterado de que era la primera vez que Dani iba al colegio, aunque su madre le había dado lecciones en casa; de hecho, estaba muy adelantado para su edad. En cuanto a Dani tenía un buen fondo y era muy inteligente. Además, él y Esteban habían creado un vínculo muy fuerte, pues el desparpajo de uno contrarrestaba con el mutismo del otro y Dani tenía algo que hacía que Esteban quisiese involucrarse más a fondo en las tareas de la clase y los juegos en el recreo. Era una buena influencia, aunque no les quitarían la vista de encima.

La primera vez que coincidieron Gloria y Victoria fue en un cumpleaños. Gloria llegó tarde y enseguida le hicieron un hueco entre las madres. En una de las esquinas vio a una desconocida que no abrió la boca en toda la tarde. Cuando se iban, Gloria se acercó a Dani y le dijo que era la mamá de Esteban, este le dedicó una sonrisa deslumbrante, que la llenó de ternura y a continuación le dio dos besos ante la sorpresa de Gloria, que no lo esperaba. Enseguida sintió una presencia a su espalda, Victoria se presentó a sí misma y, por primera vez, escuchó su voz.

Victoria llevaba una falda larga y un jersey holgado, con unos complementos muy llamativos, una palabra le sobrevino a la mente, «hippy». A los pocos segundos de estar a su lado notó cómo su semblante cambiaba sin motivo aparente, fue como si ya no se encontrase allí. La tensión en su cuerpo era palpable, Gloria se giró para ver qué era eso que la había alterado y observó que un hombre bastante mayor que ella, con el cabello castaño claro con rastas y una sonrisa deslumbrante se acercaba a ellas. Su parecido con Dani era asombroso, no le cupo lugar a duda de que se hallaba ante el padre del chiquillo. Al llegar junto a ellas, cogió a Victoria y la besó con ansia. Tras separarse, saludó a su mujer:

—Hola, Victoria. ¿Quién es tu amiga?

—Gloria, él es Tomás, el padre de Dani.

—Es un placer conocerte. ¿Eres la madre de Esteban? Dani me habla continuamente de tu hijo. Según tengo entendido es su mejor amigo.

A Gloria enseguida le cayó bien, se veía un hombre maduro y muy sociable. Tomás le pidió que fuesen a cenar a su casa esa noche. Gloria



agradeció la invitación, pero esa noche les era imposible acudir.

—Me voy mañana y no volveré hasta el puente de diciembre. Victoria, a ver si organizas una cena para mi próxima visita.

—Por supuesto.

—¡Papá! —Dani apareció corriendo y se lanzó en sus brazos. Este comenzó a rodar con él mientras ambos reían entusiasmados. Luego, con el niño de una mano y su mujer de la otra, les vio alejarse.

Esa noche Gloria le contó a su marido las novedades.

—Tú ves cómo no puedes fiarte de las habladurías. Ella es muy joven, tendrá sobre los veinticinco años y él unos cuarenta. A simple vista se nota que son *hippies*. Por eso la gente los ve raros, pero él es muy agradable.

—¿Y ella? —preguntó José.

—Ella es rara, muy introvertida, pero no parece mala persona. No viven juntos, debe de trabajar lejos y solo viene los puentes y vacaciones. No sé, es raro, yo creía que estaban separados y mantenían una relación cordial por el niño, pero se ve que no, se han besado, un beso de pareja y... ¡menudo beso! —recalcó—. Se notaba que se habían echado de menos.

Gloria y Victoria coincidieron varias veces en el parque y a la salida del entrenamiento, pues Dani también se había apuntado a clases de fútbol. A ella se la veía siempre deprimida y ausente. Gloria no creía que fuese por las drogas, aunque había algo que no encajaba. En el puente de diciembre, salieron a cenar los cuatro con los niños. Fue una cena realmente amena, Tomás era muy carismático y cuando hablaba, su entonación y modo de explicarse, hacía que deseases que no se detuviese, dado que tenía un montón de anécdotas que contar. Metió a Victoria varias veces en la conversación para que hiciese alguna aclaración o relatase algún suceso curioso, por primera vez desde que la conocía, Gloria pudo percibir un carácter juvenil y dinámico en ella. Aquello que a Tomás seguro que lo había deslumbrado. Cuando las mujeres fueron al baño, Gloria detectó que Victoria le buscaba la mirada a través del espejo, fue una sensación desconcertante.

Al empezar el nuevo trimestre, una mañana a mediados de semana, Gloria recibió una llamada de la directora para decirle que, ese día, en vez de recoger a Esteban en el patio lo hiciese en su despacho. Gloria no le dio mayor importancia. Se sorprendió cuando al llegar se encontró a un par de madres más, ella las saludó y preguntó qué había pasado.

—¿A ti también te han llamado? —preguntó una de ellas extrañada— Pero si Esteban nunca se mete en ningún lío. Eso son las malas compañías. Ya os lo decía yo, que ese niño iba a traernos problemas.

—Y su madre ni siquiera se ha presentado, menuda desfachatez —corroboró otra.

Todas guardaron silencio al abrirse la puerta y aparecer por ella Victoria, que saludó con un escueto: «Buenos días» y se sentó, agachando la cabeza y fijando la mirada en el suelo. Cuando se abrió la puerta, oyeron varias voces infantiles.

Hicieron entrar a las madres de los niños allí presentes, todos defendían a Dani. Él no los había obligado a hacer nada, era su líder y cada uno tenía que realizar una prueba para entrar en el club, esta consistía en levantar la falda a una chica y darle un beso. Todos la habían superado y estaban muy contentos. No entendían por qué la directora había llamado a sus madres. Gloria se aguantaba la risa al imaginar a su hijo haciendo eso, aunque entendía perfectamente el mal rato que les habían hecho pasar a esas muchachas. Tras el rapapolvo pertinente, los enviaron a casa, a todos menos a Victoria y Dani.

Gloria estaba a punto de irse cuando la llamó una de las profesoras perteneciente al mismo grupo de amigas. Como suele pasar en los pueblos pequeños, todos habían ido al mismo colegio y al ser pocos alumnos habían creado fuertes vínculos. No le dio tiempo de avisarla de que la directora estaba reunida. La imagen que se encontraron al abrir la puerta, hizo que ambas mujeres cruzaran una mirada de indecisión.

La directora intentaba tranquilizar a Victoria, que lloraba sin control.

—Vamos tranquilízate, no ha sido para tanto, son cosas de niños, pero no podía dejarlo pasar así, sin más.

Ella movía la cabeza a ambos lados con violencia. Los movimientos descompasados de su respiración no presagiaban nada bueno, mientras el color de su piel palidecía por momentos. Estaba a punto de entrar en *shock*, y la profesora le acercó un vaso de agua.

—Toma, bebe un poco, te sentará bien. ¿Quieres que llamemos a tu marido?

El vaso que sostenía entre sus manos cayó al suelo, produciendo un gran estruendo.

—¡No, por favor, no le digáis nada! —exigió con fuerzas renovadas, mientras con la mirada buscaba a su hijo y corría a abrazarlo. El niño

también comenzó a llorar, sin saber muy bien qué estaba pasando. Las otras tres personas que había en el despacho cruzaron una mirada de incertidumbre.

Al día siguiente, Gloria le preguntó a Dani si le gustaba la tarta de chocolate. Acababa de sacar una del horno y les invitaba a merendar. Este con una sonrisa deslumbrante dijo que sí y se fue a buscar a Esteban para darle la buena noticia. Victoria la observó con reticencia, aunque Gloria no le dio opción a negarse pues siempre había dicho tener buena intuición y con Victoria, si esta no le fallaba, percibía que escondía algo profundo que la hacía desdichada y el problema se agrandaba por momentos. Una vez en casa, Gloria sacó el tema al darse cuenta de que Victoria no decía nada.

—Si necesitas hablar, puedes contar conmigo. Sé que tienes problemas y que solos no se van a solucionar. ¿Qué es eso a lo que le tienes tanto miedo? Puedes confiar en mí.

Victoria parecía no haberla escuchado. Los niños jugaban fuera, en el jardín. El día anterior, al ver el estado en el que se encontraba, la directora había comentado la posibilidad de enviar a un asistente social a su casa para comprobar qué pasaba dentro de esas cuatro paredes. Con lo inestable que era Victoria demostraba que no podía hacerse cargo de un niño sin supervisión. Gloria les pidió que esperasen un par de días a ver si ella podía hacer algo, aunque, según parecía, no era así. Cuando ya no lo esperaba, Victoria habló:

—¿Qué te parece Tomás? —preguntó con un hilo de voz.

—Muy agradable y extrovertido. Me causó muy buena impresión.

—Ya.

—Pero en realidad no es así, ¿verdad?

—Lo es, al menos al principio. — Levantando la mirada, narró el comienzo de todo—. Yo tenía dieciocho años cuando le conocí, él treinta y dos. Fue amor a primera vista, o eso pensé yo. Eran las fiestas del pueblo y se había montado un mercado medieval. Él estaba en una parada de bisutería. Mi madre me previno para que tuviese cuidado, yo no era más que una niña y él un hombre de mundo. Tomás me dijo que no hiciese caso, él me quería y deseaba que estuviésemos juntos. Dejé los estudios y me fui a vivir con él. Los primeros meses fueron fantásticos hasta que descubrí que estaba embarazada. No habíamos hablado de niños, pero bueno, ahí estaba. No se lo tomó demasiado bien, pero un día de repente, pareció haberlo

asumido y se le veía de lo más ilusionado con el bebé. Me mandó a otra casa donde pasé el embarazo y los primeros años de vida de Dani. Tomás venía cuando podía, ya que estaba bastante lejos. Yo estaba muy susceptible, con los sentimientos a flor de piel, pero pensé que el problema era el embarazo y posteriormente el tener que cuidar de un recién nacido. No me di cuenta de nada.

—¿De qué no te diste cuenta? —preguntó Gloria al ver que esta se detenía.

Victoria se la quedó mirando, como si hubiese olvidado que estaba allí escuchando, se miró el reloj, dijo que era tarde y debía volver a casa.

## 11. Aceptar la realidad

Tras el puente de diciembre, acordaron que tanto Dani como ella pasarían las Navidades en la casa grande, pues si algo tenía claro Victoria era que el chiquillo nunca iría solo allí. Sabía que Lucía y Diego ya no vivían en ella, porque a los pocos días de su marcha la llamaron para decirle que estaban en Lleida, donde habían encontrado trabajo en la recolecta de fruta y compartían vivienda con más gente. De momento no les quedaba otra si querían ahorrar, pero estaban felices y no habían vuelto a saber nada de Tomás.

Llegó el día en el que Tomás iría a recogerles. Dani estaba radiante, tenía ganas de ver a su padre y volver a la casa con todos, por más que Victoria le explicó que Lucía y Diego no estaban allí, el niño decía que sabía que le estaba gastando una broma pues... ¿dónde iban a estar si no? Tomás, en cuanto bajó del coche, saludó a Dani con entusiasmo. Lo cogió en brazos y rodó con él, mientras este se cogía de su cuello riendo emocionado, luego lo dejó en el suelo y le dedicó a Victoria una de esas sonrisas con las cuales conseguían que se estremeciera mientras se acercaba con lentitud. Al llegar a su altura, le rodeó el cuello con los brazos y reclamó el interior de su boca, sumergiendo la lengua que enseguida se enredó con la de ella en una mutua danza de aceptación, ante la atenta mirada de Dani que los observaba alucinado.

—Pequeña, te he echado de menos —afirmó tras terminar el beso con una suave caricia en su mejilla.

—Sí, claro. Y encima pretendes que te crea.

—Es verdad, no estoy diciendo que no haya tenido... mis historias, pero tú siempre has sido muy especial en mi vida y no solo por darme a Dani.

—¿Eso significa que compartiremos habitación? —era un tema al que le había estado dando vueltas.

—Pues sí que me gustaría. Todas las Navidades estaré cerca y vendré a dormir a casa. Si queréis me podéis acompañar a los mercados. A Dani le gustaba mucho cuando era pequeño.

—Sí, mamá, yo quiero ir a los mercados y cobrar. Pero otra cosa, el cinco de enero tenemos que estar en el pueblo, hacen una cabalgata donde

los Reyes vienen en unos camellos y he quedado con mis amigos para ir a recoger caramelos.

—Dani, ya lo sé, me lo has dicho cada vez que hemos hablado por teléfono. Os llevaré el día tres para que os organicéis antes de empezar el cole de nuevo.

Cuando llegaron, todos recibieron a Dani entre besos y abrazos, preguntándole por su nueva vida, las notas, y si había hecho muchos amigos. Las preguntas eran interminables y Dani las contestaba por escrupuloso orden, unas detrás de otras, pidiéndoles que respetasen el turno y hablasen de uno en uno, porque si no, no podría contestarles a todos. Lo que provocó un montón de carcajadas y más besos y abrazos.

Tomás le presentó a las dos chicas que llegaron justo el día que ella se marchaba y luego la llevó a la habitación, donde la ayudó a instalarse.

Esa noche, a través de las paredes de la habitación que los tres compartían se oyeron los relatos de Dani y las voces apagadas de sus padres que le decían que no hablase tan fuerte que era muy tarde. Luego, cuando estos cesaron, fueron intercambiados por suspiros entrecortados.

Una semana después, apareció Alberto por la casa. La mente de Victoria retrocedió hasta su último encuentro, ambos se miraron incómodos. Fue Victoria quien reaccionó primero y se acercó para darle dos besos. No tenía sentido revolver la mierda del pasado, sobre todo, porque era consciente de que sus caminos volverían a cruzarse.

—Victoria, me alegro de verte. Aurora y el resto de los abuelos te mandan recuerdos. Me han dicho que les gustaría ver a Dani.

—Me vuelvo para casa dentro de tres días. Tomás, ¿Hay tiempo para ir a verlos?

—Es muy precipitado y tenemos mucho trabajo. De todas formas, está más lejos yendo desde aquí que desde tu casa, si quieres podemos ir cualquier fin de semana.

—Gracias. —Sin ser consciente de lo que hacía, le dio un beso a Tomás y ambos se sonrieron con cariño. Lo que Victoria no llegó a ver fue el cruce de miradas que hubo entre Tomás y Alberto, ni esa sonrisa cínica que acompañó el gesto.

Esa misma noche, en la cama, Dani les contaba lo bien que se lo había pasado en el mercado y el dinero que habían conseguido. El niño quería

monedas, pues le resultaban más pesadas y ostentosas que los billetes, que para él no eran más que trozos de papel. Tomás intentaba explicarle la diferencia entre las monedas y los billetes y, ante su asombro, el niño se levantó, cogió la cartera de su padre y metió todas las monedas en ella, luego se quedó mirando los billetes y cogió el que más valor tenía.

—Papá, ¿cojo uno o dos?

—Pero, tú ¿para qué quieres el dinero?

—Pues, para comprarme cosas.

—Uno, coge solo uno.

Cuando el niño se durmió, Tomás lo llevó al colchón que habían puesto en el suelo el primer día y en el que Dani se negaba a acostarse, por lo que todas las noches se tumbaba en medio de ellos y luego era su padre el que lo cambiaba de sitio en cuanto se dormía, cosa que sucedía siempre a los dos minutos de dejar de hablar.

—Victoria, estos días están siendo maravillosos; me gusta teneros aquí, conmigo. Disfrutar de las historias de Dani y de tu compañía, volver a los viejos tiempos cuando íbamos juntos por los mercados y nos lo montábamos en cualquier lado, lo echo de menos.

—Tomás, no lo estropees. Dani se ha integrado de maravilla en el pueblo y yo estoy adaptándome. No puedo ir contigo a los mercados, tengo obligaciones, he de llevar a Dani al colegio todos los días y recogerlo. Sabes que puedes venir a nuestra casa siempre que quieras. Y tal vez, podamos ir a algún mercadillo y montárnoslo, como acabas de decir. — Victoria rio por el comentario y cuando quiso darse cuenta, Tomás estaba sobre ella, quitándole con brusquedad la ropa interior. Ambos se perdían entre pellizcos y jadeos. Tomás la volteó, penetrándola con fuerza desde atrás y cogiendo sus manos para que no pudiese apoyarse y dependiese de él. Acercó la boca a su oreja y comenzó a susurrarle groserías. Victoria se retorció; esos comentarios, en vez de hacerla sentir mal, la excitaban. En un momento dado, Tomás salió de su interior, preguntándole si quería más de «eso»; si era así que se lo suplicase. «Fóllame, métela de nuevo, por lo que más quieras», pidió y él volvió a penetrarla con violencia mientras las palabras que le susurraba tomaban otro nivel, pues la instaba a que imaginase a otro hombre tocando sus pechos, pellizcando sus nalgas. Por primera vez desde que conoció a Tomás, fingió un orgasmo, esas palabras bloquearon todo aquello que estaba sintiendo hasta esos momentos,

sumiéndola en una realidad que, por un momento, al estar entre sus brazos, se había permitido olvidar.

Fueron pasando los meses, Dani crecía feliz, habían ido a ver a los abuelos en un par de ocasiones y pasaron el fin de semana en casa de los López que se veían muy desmejorados desde la última visita, los años no pasaban en balde. Cuando la esposa falleció, le dio el pésame por teléfono a su marido, prometiendo que en cuanto tuviera la oportunidad iría a verlo. Al cabo de unas semanas Tomás la llevó y pasaron la noche en otra de las casas, porque la de los López había sido vendida, al igual que la que tenía piscina y los dueños no iban nunca. Lo que no se atrevió a preguntar a Tomás era si los dueños eran conscientes de que esas propiedades ya no les pertenecían. Ella no quería pensar en cómo habrían conseguido la casa donde vivía ella con su hijo. Todos en el pueblo daban por sentado que la había alquilado y ella no lo desmentía, indagar sobre el asunto, daría pie a que la gente se hiciese preguntas y ella no podía permitírselo.

En Pascua, volvieron a la casa. Una vez más, Victoria compartió habitación con Tomás, pero esta vez fue diferente. A los pocos días de estar instalada, se presentó Alberto con una morena de pelo largo y rizado y de metro ochenta de estatura, vestida de manera muy provocativa. Todos los chicos de la casa salieron enseguida a saludarla, ella se sentía en su salsa con todas las atenciones que le dispensaban. No le hizo falta preguntar para tener la certeza de que se hallaba en presencia de Katy. Esa noche, acostada al lado de Tomás, pudo escuchar lo que Lucía le había dicho, las groserías, el golpeteo de los muebles contra la pared y pudo distinguir varias voces. Dani se despertó preguntando qué sucedía, por qué había tanto ruido y tantos gritos. Se puso a llorar, pues algún recuerdo despertó en su interior.

—Tomás, les puedes decir que paren o vamos a pasar la noche a la explanada.

—Vamos a la explanada, no puedo cortarles el rollo. No lo he hecho nunca y no voy a empezar ahora.

Victoria tenía claro que, si Tomás no estaba en esos momentos con Katy, era porque ella y su hijo, sobre todo este último, estaba en la casa, pero, ¿cuánto iba a aguantar? La respuesta le vino enseguida.

—Victoria, ¿estás despierta? —susurró Tomás.

—Sí. ¿Qué pasa? —preguntó levantando la mirada.

—Tú, nunca aceptarás eso, ¿verdad?



—No, Tomás. Nunca.

—Me hubiese gustado que fueses tú la que se encargase de satisfacer mis necesidades cuando me apetecen cosas más especiales y no ella, pero ya que eso no va a suceder, nos vemos mañana. Otra cosa Victoria, ella es solo sexo. Lo hace con el primero que se le pone por delante y cuantos más, mejor, pero eso me gusta, me gusta verla desenfrenada, oír sus peticiones y hacerle las mías. Lo siento, Victoria, aún estás a tiempo, puedo esperar hasta mañana si me prometes que al menos lo intentarás.

Victoria solo pudo hacer un movimiento negativo con la cabeza. Antes de levantarse, Tomás la besó como solo él sabía hacerlo. La dejó temblando y con lágrimas resbalando por su rostro, si bien, o no quiso verlas o le dio igual, pues se marchó sin mirar atrás.

## 12. Encontrarse a sí misma

Habían pasado tres años desde que Dani y Victoria llegaron al pueblo. Todos los días, tras dejar a los niños en el colegio, Gloria y ella se iban a dar largos paseos. Victoria había cambiado mucho, se la veía con mucha más confianza en sí misma. Desde que volvió de esas Pascuas y se derrumbó ante Gloria, esta no quiso oír quejas ni lamentaciones y, aún menos, sentimientos de culpabilidad por romper la unidad familiar. Gloria se ponía las manos a la cabeza al escucharla, odiaba a Tomás. ¿Cómo había podido destruir a esa chiquilla de esa manera?

Gloria, habló con la asistente social y enseguida programaron unas terapias a Victoria, a las que asistía dos veces por semana. A Dani también lo llevaron a un par de ellas, aunque se dieron cuenta de que no las necesitaba.

Al fin, Victoria pudo darse cuenta de que Tomás la manipuló desde el principio. La había alejado de todo aquello que le importaba, dejándola sola e indefensa a su merced.

En una de las consultas, la psicóloga le preguntó sobre su familia. Cuando Victoria le confesó que su madre estaba muerta y su padre la culpaba por ello, la experta se centró en ello y Victoria terminó confesando que no se había puesto en contacto con él desde que se fue con Tomás, a pesar de echarlo de menos. Quería pedirle perdón, ver cómo se encontraba y si podía ayudarlo en algo, pero le faltaban las fuerzas. La experta le dijo que nunca era tarde para aprender de los errores. Debía pensar en ella misma y hacer aquello que desease, que no se conformase con la respuesta e ideas que otros le inculcasen. Debía luchar por su futuro y la gente que quería que estuviese en él. Tras meditarlo, se dio cuenta de que quería a su padre en su vida, y estaba dispuesta a luchar para conseguirlo si aún había tiempo.

Al cabo de unos días decidió ir a verlo. Dejó a Dani en el colegio y le pidió a Gloria que lo recogiese a la salida, luego tomó el autobús. Estaba muy nerviosa, pues no sabía cómo reaccionaría su padre al verla ante la puerta de su casa después de estar más de diez años sin haber hecho el más mínimo intento por acercarse; sin, ni siquiera, haberse presentado al funeral o enviado algún tipo de condolencia. Su mente era un hervidero de

sentimientos y emociones. Su padre quedó confuso al verla frente a él. Por un momento pareció no reconocerla; luego, con pasos trémulos se acercó a ella y la abrazó. Victoria se sobrecogió al ver cómo había envejecido, tenía poco más de cincuenta años pero aparentaba muchos más, lloraba sobre su hombro, rodeando con fuerza su cuello, como si tuviese miedo de que volviese a desaparecer de nuevo.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Papá, lo siento.

—Fuimos a la televisión y enseñamos tu foto por si alguien te veía se pusiese en contacto con nosotros, recibimos montones de llamadas. Incluso llegamos a hablar con Tomás varias veces, pero él nos decía que estabas bien y no teníamos ningún derecho a volver a entrar en tu vida después de haberte echado de casa.

—¿Qué? Nunca me dijo nada.

—¿Tampoco que mamá se estaba muriendo? —fijó su mirada en la de su hija, destrozado. Apenas podía mantenerse en pie. Victoria, tras negar con la cabeza, lo cogió de la cintura y lo obligó a entrar en la casa. Tras dejarlo sentado frente a la mesa, se acercó a la cocina y preparó un par de cafés. Cuando volvió al comedor, su padre continuaba con los codos sobre la mesa y la cabeza baja, apoyada en sus manos. No había dejado de sollozar.

—Le rogamos que te lo dijese, incluso le dimos una carta explicándotelo todo.

—Cuando le dije que quería volver a casa, fue cuando me dijo que mamá había fallecido y que tú nunca me perdonarías, pues ella había muerto por no haber superado mi marcha.

—No. Ella enfermó, fue todo muy rápido. Siempre esperamos que un día llamas a la puerta y volviese a ser todo como antes. Cuando fuimos a la policía y le dimos todos los datos, nos dijeron que eras mayor de edad y no podían obligarte a volver, pero, dentro de lo malo, sabían de su manera de actuar. No era la primera vez que se encontraban con ese nombre, en dos o tres años se cansaría de ti y volverías a casa, siempre pasaba lo mismo. «Sus pequeñas» siempre volvían, deshechas mental y psicológicamente, pero era cuestión de tiempo que se recobraran con un poco de ayuda y todo volviese a la normalidad, pero los años pasaban y tú... no volvías. Victoria, ¿ha terminado todo? ¿Vuelves a casa?

—No puedo. No es tan fácil.

—¿Por qué? Cuéntamelo, te ayudaré. Ahora que has regresado, no permitiré que te alejes de nuevo.

—Papá, no lo hagas más difícil. No perderemos el contacto, pero tengo que pensar. Hay muchas cosas de mi vida que tú no sabes.

—Al menos, me darás un número de teléfono para poder hablar contigo.

—Sí, papá. Dame tu número y en cuanto pueda te paso el mío.

—¿Cuándo puedas? ¿Por qué no ahora? Victoria, ¿Qué está pasando? —exigió saber con fuerzas renovadas. El hombre sabía que había llegado el momento de volver a ejercer de padre; ella lo necesitaba.

—Papá, tengo miedo. —Se echó en sus brazos.

—Vamos, cuéntamelo. ¿Qué ocultas?

—Tengo miedo de que me quite a mi hijo.

—¿Qué? ¿Tienes un hijo? —Victoria asintió.

—Sí. Se llama Dani y tiene nueve años. Vivimos los dos solos en Alcobendas, pero Tomás, cuando le da la gana, se presenta en casa. No es muy a menudo, pero no podemos venirnos a vivir contigo ni creo que sea buena idea que Tomás te vea por casa. No quiero hacer nada que le ponga en mi contra y me aleje de mi hijo, lo es todo para mí.

—Y si cuando voy a verlos no le digo que soy su abuelo.

—Tengo miedo de que se lo cuente a Tomás.

—Todo esto ha sido muy inesperado. Ya pensaremos en algo.

—Gracias, papá.

Antes de irse, Victoria se compró un móvil muy sencillo y barato. Al fin y al cabo, solo iba a memorizar un número en él, cuando iba a guardarlo, Víctor le cogió la mano para impedirselo y le aconsejó poner también el de sus amigas de la infancia, pues, aunque ya no vivían en el pueblo, cuando iban a él, siempre preguntaban por ella y se acercaban a hacerle una visita. Así lo hizo y a continuación lo silenció.

Al cabo de unos días, Esteban y Dani conocieron a Víctor, un tío de Gloria de quién no habían oído hablar con anterioridad. Cuando este aparecía por el pueblo siempre les traía regalos a ambos y pasaba todo el tiempo posible con ellos. Victoria se cogía fiesta y se iban a dar largos paseos o a charlar sin que nadie les molestase. Víctor había rejuvenecido, se le veía feliz y con ganas de vivir. Su nieto y su hija eran su vida, al igual que Gloria y su familia, a quienes estaba sinceramente agradecido, porque sabía que sin ella, su hija nunca hubiese dado el paso de volver a tener el control de su vida.

Un nuevo curso comenzó. La relación entre Victoria y Tomás era cordial, solo se presentaba en casa para llevarse a Dani y nunca aparecía sin llamar. De esa manera en cuanto llegaba, Dani siempre tenía las maletas preparadas detrás de la puerta.

—Victoria —le dijo Gloria sonriendo—. El profesor de Dani me ha preguntado si había algún hombre en tu vida y le he dicho que no.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porqué he visto como os miráis y creo que haríais buena pareja. Además, te mereces ser feliz.

—No estoy yo como para complicarme la vida.

—Bueno, mañana por la tarde vamos a tomarnos un café con él. Necesitaba colaboración para montar unas actividades y somos voluntarias.

—Hubieses podido preguntarme primero.

—No habrías aceptado. Os he preparado una encerrona en toda regla.

—Prométeme que no nos dejarás solos.

—Te prometo que no os dejaré solos, a no ser que tú me lo pidas.

Victoria estaba nerviosa, llevaba años sin tener una cita, de hecho, eso tampoco lo era, si bien, tenía que ser sincera consigo misma, era la primera vez que se fijaba en alguien que no fuese Tomás. Se puso un poco de maquillaje y unos pendientes que combinaban con el vestido elegido para la ocasión. Cuando lo vio, sintió un cosquilleo extraño, habían hablado varias veces sobre Dani, aunque todo había sido antes de que se enterase que estaba interesado en ella.

—Estoy preparando unos juegos interactivos para la semana que viene y si estáis libres me encantaría que vinieseis un par de días, así puedo separar a los niños en tres grupos diferentes. Y como recompensa, como la siguiente semana tenemos una excursión a un centro de multiaventura, podréis venir. Si os tengo que ser sincero, el otro profesor me ha comentado que iba a traerse a su pareja y apenas los conozco; no me apetece pasar el día solo ni haciendo de farolillo.

—Por supuesto, cuenta con nosotras —dijo Gloria.

—Yo trabajo. —le recordó Victoria.

—Vamos, Victoria, si me dejas sola con él —Gloria señaló al profesor—, a José no le va a hacer ninguna gracia. Además, puedes recuperar las horas otro día.

—No quiero causaros problemas —comentó el profesor, incómodo.

—No lo haces, es más, nos vendrá bien salir a pasar el día por ahí.

Durante las actividades con los niños se lo pasaron genial. A Victoria siempre le habían gustado y disfrutó mucho al ver cómo Dani le sonreía cada vez que sus miradas se cruzaban. El profesor también le sonrió un par de veces y ella esquivó su mirada.

El día de la excursión, Gloria le dijo que José había cogido fiesta y también iba con ellos. Durante el trayecto en autobús ambas mujeres se sentaron juntas. En cuanto bajaron y los niños estuvieron con los respectivos monitores, se fueron a dar una vuelta los seis adultos.

—Javier, ¿Tú sabías que el marido de Gloria también vendría?

—Sí. Gloria me lo comentó por sí tenía que reservarle plaza en el autobús. Me sugirieron que no te lo dijese, si no, te echarías atrás.

Estaban andando por una estrecha carretera, por la cual apenas pasaban coches. Gloria y José decidieron sentarse a un lado a descansar. La otra pareja, ya hacía un buen rato que había dicho que ellos preferían ir monte a través, dejando claro que querían estar solos.

—Seguro que vosotros no estáis cansados, ¿Por qué no vais a explorar y a hacer fotos? El paisaje es muy bonito —remató Gloria.

—¿Vamos? —le preguntó Javier ofreciéndole la mano. Tras un momento de duda, ella la aceptó y se metieron por una senda. Victoria estaba emocionada, como si volviese a tener dieciocho años y estuviese a punto de cometer una locura, aunque fuese solo ir cogida de la mano del profesor de su hijo.

—Mira allá abajo. Hay un grupo de niños, pero están muy lejos, no distingo quiénes son.

—¿Dónde? Yo no veo nada.

Javier le soltó la mano para ponerse detrás y cogerla de la cintura, luego pasó el brazo por el lado de su cuello para señalar en la lejanía y ella pudo observar que era verdad, no había sido un truco para arrimarse a su cuerpo y se sintió decepcionada.

—¿Quieres que nos acerquemos un poco más? —le dijo al oído. Ella sintió un cosquilleo muy placentero, parecía que el tiempo se hubiera detenido. El brazo que anteriormente señalaba a lo lejos, ahora descansaba alrededor de su cuello, ella permanecía estática, esperando que él la besase, que le hiciese sentir que a sus treinta años seguía siendo una mujer apetecible. Pero Javier no lo hizo, volvió a coger su mano y siguió andando.

Victoria se sentía excitada, estaba sola con Javier y él la había mirado varias veces de reojo, como si tuviese algo en mente, pero no se decidiese a actuar, como si algo lo detuviese. Victoria empezaba a ponerse de los nervios; el tiempo pasaba y deseaba que la besase, perderse en su boca y sentir cómo se le aceleraba el corazón; hacía tanto que nada de eso pasaba.

—Detente, no nos acerquemos más, no quiero que nos vean —dijo Victoria. Ella sabía muy bien por qué lo decía. No quería que Dani la viese con Javier y le pudiese hacer algún comentario a su padre. Pero claro, eso era algo que el profesor no tenía por qué saber.

Él solo percibió que se habían alejado de todos, estaban solos en plena montaña y ella no quería que nadie los viese, había sentido cómo se pegaba a su cuerpo cuando él le señalaba donde estaban sus alumnos y ahora, seguía reteniendo su mano sin motivo aparente, lo que no se había atrevido a hacer un rato antes, lo hizo ahora. La miró a los ojos y se fue acercando lentamente hasta posar sus labios sobre los de ella.

Hacía tanto tiempo que nadie la hacía sentir así... Le rodeó el cuello con ambas manos abriendo la boca en una muda invitación que él aceptó enseguida, acoplando sus lenguas con anhelo y maestría, dando y recibiendo. Ambos iban despacio, explorándose con calma. Javier se había dado cuenta de que ella, desde un principio estaba reticente a quedarse a solas con él y quería averiguar por qué, qué era lo que ocultaba. Nunca se había sentido así con ninguna mujer y no estaba dispuesto a perderla sin saber a qué se debía ese recelo. La cogió por la cintura y ella suspiró. Eso le animó a ir desplazando las manos con calma hasta llegar a sus pechos que ahuecó con cariño y pasó la yema de uno de sus dedos por los pezones, ella comenzó a gemir y Javier se separó de su boca, dejando un reguero de besos hacia su garganta y posteriormente bajando a sus senos. Ella le apretó la cabeza contra ellos, fue como si le hubiesen dado camino libre, le subió el jersey y le sacó los pechos del sujetador para lamer las aureolas que se erguían desafiantes, luego succionó con glotonería, haciendo que ella se arquease gimiendo y apretando su cabeza contra ellos. Victoria se separó para subirle el jersey, ella también necesitaba tocarlo, recorrer su torso y arañar su espalda.

—Victoria, eres preciosa —susurró Javier. Enseguida se dio cuenta de que había metido la pata. El cuerpo femenino se tensó. Él, como un resorte se separó de ella temeroso ante su reacción. Habían sido esas simples palabras lo que la habían vuelto a la realidad, no le cabía la menor duda.

—Victoria, ¿estás bien? —preguntó con preocupación.

—Javier, abrázame.

Él la acogió entre sus brazos haciendo lo que ella le había pedido, pasaron así varios minutos; ella sollozando en el recodo de su cuello mientras él le acariciaba la espalda con ternura.

—Derribaré tus barreras, Victoria, lo haré. Y estoy seguro de que merecerá la pena.

Ella le besó la mejilla con una sonrisa lastimosa. Javier, volvió a ponerle los pechos dentro del sujetador y antes de bajarle el jersey, les dio un beso a cada uno, observando que de nuevo sus pezones se erguían; no obstante, temió volver a estropearlo. Besó con suavidad la boca de Victoria y le ofreció la mano. Ella aceptó sin pensarlo y volvieron a la carretera donde Gloria y José les esperaban.

El tiempo iba pasando, Victoria estaba radiante. Poco a poco, había recuperado su vida, su libertad y la ilusión por emprender nuevos proyectos. Cada día que pasaba se sentía más fuerte.

—Esteban me ha dicho que este puente Dani se va con su padre. ¿Cómo lo llevas? —quiso saber Gloria.

—Bien. Lo prefiero a que venga él. Ahora que al fin tengo la mente despejada, no creo que sea buena idea volver a verlo. ¿Cómo no vi que me estaba manipulando desde el principio? ¿Quieres saber lo peor? Aún hay momentos en los que pienso en que si hubiese aceptado sus reglas y cerrado los ojos a todo lo que pasaba a mi alrededor, hubiese podido ser feliz. ¡Es de locos! El ganar mi propio dinero, me viene muy bien. Fue muy duro caer en la cuenta de que me pagaba según lo complaciente que fuese durante su visita.

Gloria recordó esa conversación, Victoria llorando le contaba lo sucedido ese fin de semana. Como siempre que Tomás aparecía por el pueblo, ellos eran el centro del universo, todo era perfecto. Ella no preguntaba, pues en esos momentos la hacía sentir única y especial, como antaño.

Había sido el cumpleaños de Esteban. Dani, junto a otros niños, se quedó a pasar la noche en la casa de este. Así que ellos tuvieron una noche loca de desenfreno. Victoria estaba radiante. Desde que se habían trasladado, Tomás había cumplido su palabra; pues pagaba el alquiler, los gastos de la casa y



dejaba llena la nevera. A Dani no le faltaba nada: ropa, calzado, libros, juguetes... Antes de irse, le dejaba una suma de dinero para que ella tuviese efectivo para realizar sus compras. El dinero variaba de unas veces a otras. Ella creía que se debía a que le daba lo que llevase en metálico. Sin embargo, esa mañana, justo antes de marcharse, le susurró al oído:

—Sigue siendo igual de complaciente que este fin de semana y no te faltará nada.

Ella con un nudo en la garganta, se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón, donde él ponía siempre el dinero y vio más de lo esperado. Consiguió que se sintiera como una puta. Consciente de que, a partir de ese momento, le pagaría según lo complaciente que fuese, y Tomás no era de los que se conformaría con un simple polvo cuando fuese a casa, cada vez exigiría más. Con incertidumbre levantó la mirada con una pregunta silenciosa en el semblante. Una sonrisa sarcástica y un guiño fue respuesta más que suficiente. Luego, Tomás subió al coche y se fue.

Gloria, enseguida, le ofreció trabajo: lo que le vino en mente para que no tuviese dependencia económica de él. A los pocos días, además de su casa, limpiaba la de dos amigas más. Poco a poco, fue corriendo la voz y ahora tenía varias. Durante la siguiente visita que tuvo con la psicóloga, halló la solución ella sola a través de las preguntas que la diplomada le hacía. En vez de ir Tomás a su casa todos los puentes y vacaciones mientras que Dani y ella lo hacían todos los veranos a la comuna, propuso que Tomás se llevase solo al niño cuando fuesen pocos días y ambos irían juntos en verano. Cuando Dani volvía al cabo de unos días, Victoria junto a Gloria, la directora, profesora y los hijos de todas ellas hacían varias salidas todos juntos para hablar con Dani y hacerle reflexionar, pues Tomás era su ídolo: guapo, inteligente, rico y todo el mundo confiaba en él. Con el paso de los años, Victoria había conseguido una fuerza interior digna de la más valiente de las mujeres, ya no necesitaba la colaboración de sus amigas. Ella sola era capaz de tener largas conversaciones con su hijo.

—¿Vas a quedar con Javier este puente? —preguntó Gloria.

—No lo había pensado. Me gustaría, pero me da corte decírselo. — Desde el día de la excursión no habían vuelto a verse a solas. Cuando volvieron a la carretera, Gloria se dio cuenta de que algo había pasado, ya que les dedicó una sonrisa que les hizo enrojecer a ambos. Al día siguiente, cuando fueron a su rutinario paseo se lo contó todo con pelos y señales. En

otra ocasión fueron las dos parejas a tomar un helado mientras los niños estaban en clases de fútbol. Allí, antes de irse, Javier la acercó a su cuerpo y se fundieron en un apasionado beso.

—Victoria, me gustas muchísimo, pero no sé cómo actuar contigo. Dime al menos si hay alguna posibilidad de que lo nuestro tenga un futuro.

—Ten paciencia conmigo, ¿vale?

—La paciencia y el tiempo que necesites —le dijo volviendo a besarla con ansia.

Un momento después, en cuanto Gloria se dio cuenta de que no podían oírles le hizo un comentario:

—Él siempre da el primer paso; deberías hablar y explicarle las cosas. O, al menos, por qué quieres mantenerlo en secreto y que Dani no se entere. Dile que su padre es muy posesivo y que no se hace a la idea de dejarte ir, aunque haya rehecho su vida.

—Tienes razón.

Javier se alegró mucho cuando Victoria le propuso quedar para cenar. Sobre todo al enterarse de que sería en su casa y los dos solos. Poco a poco, Javier fue ganando terreno. En cuanto Dani salía de casa, él se metía en ella. Tras la primera metedura de pata, Victoria le había explicado que Tomás siempre le decía lo bonita y especial que era. Cuando, sin pensar, Javier le preguntó si también le decía cuánto la quería, ella se dio de bruces con la realidad: no, nunca se lo había dicho. Así que, a partir de ese momento, Javier le dejó claro que no lo decía por decir, era verdad, nunca se había sentido así; la quería de una manera que nunca había podido ni imaginar. En una de las ocasiones en la que Dani no estaba en casa, hicieron un viaje los dos juntos. En otra, la llevó a conocer a sus padres. La vida le volvía a sonreír, solo un matiz empañaba su felicidad, el no poder compartir esta con su hijo.

Tenía unos ahorros por si Tomás dejaba de pagar el alquiler y los gastos. Tras reflexionar, llegó a la conclusión de que si seguía haciéndolo era porque pasaba desapercibido entre todos los gastos de las demás posesiones que tenía en su poder.

Con sus visitas, también había terminado la remuneración en efectivo. En cuanto a su padre, lo veían mucho más a menudo, puesto que Tomás nunca aparecía sin avisar, ya que solo iba a recoger a Dani para llevárselo,

aunque el peligro seguía ahí. Víctor seguía siendo el tío de Esteban, y Dani, como era su mejor amigo, siempre estaba cerca. Nunca se percató de la cercanía, camaradería y cariño que había entre su madre y ese hombre que hacía unos años había aparecido de la nada, ¿por qué habría de sospechar?

## 13. Último viaje

Dani ya no era un niño, a sus catorce años ya se vislumbraba la clase de hombre que sería en un futuro, capaz de conseguir cualquier cosa que se propusiese, y eso a su madre la asustaba.

Victoria observó a sus amigas y sonrió con calma mientras un vacío se abría en su interior. Allí estaba Gloria y todo su grupo; directora, asistente social, psicóloga, hasta habían llamado a una abogada para ver qué posibilidades legales había para que Dani no visitase a su padre.

—No lo entendéis —les explicó—, Dani adora a su padre, no entendería que este verano no vaya a pasarlo con él, pero... si está deseando que termine el colegio para que nos vayamos.

—Victoria, por favor. Habla con Tomás y deja que Dani vaya solo. Luego te ayudaremos a reconducirlo. Soy asistente social, moveré todos los hilos que haga falta para que tenga toda clase de ayudas y terapias.

—Son tres meses —recapacitó Victoria—. Si no estoy con él, sé que Tomás le sugestionará para que vea solo lo que a él le interese. ¿Os imagináis lo que puede percibir en ese ambiente un niño de catorce años cuyo padre es el líder de una secta?

—¡Por eso mismo no podéis ir! —insistió Gloria.

—Si no se lo llevo, vendrá él y me lo arrebatará por la fuerza. Entonces sí que estoy segura de que no lo volveré a ver.

La abogada cogió la palabra. No conocía a la mujer que estaba sentada frente a ella; sin embargo, veía su desesperación. Le habían hablado de sus temores y por lo cargado del ambiente olía el miedo de las otras mujeres allí presentes.

—Legalmente, puedes denunciarlo por coacción y un montón de cosas más. Se abrirá una investigación y, mientras, podemos haceros desaparecer. Estarías custodiada y protegida en todo momento, no podría acercarse a vosotros.

—¡Shhh! No es para tanto, supongo que me habéis pillado de bajón y me he pasado contándoos mis miedos. Todo irá bien, solo es otro verano más. Yo me meto en mi habitación o ayudo en la cocina y Tomás y su gente me ignoran. Dani y yo, todos los días, vamos al bosque y nos sentamos bajo un árbol a charlar o dormir la siesta. Ese momento es para nosotros solos; allí

le pregunto qué tal va todo y me cuenta lo que ha hecho. Tengo una relación muy buena con mi hijo y no me oculta nada. Sé que el año pasado probó ciertas sustancias que le hacían evadirse de la realidad. Estuvimos hablando de lo peligroso que podía llegar a ser y estoy segura que no volvió a tomarlas. ¡Imaginad por un momento que yo no hubiese estado allí! Estos días hemos estado hablando de sexo, de lo sano y bonito que puede ser cuando se hace con amor y libertad por parte de los implicados. Tiene catorce años, aún es un niño, pero sé que allí su padre y las otras jóvenes se lo van a poner muy fácil y él tiene mucha curiosidad.

—¡Prométenos que si te sientes intranquila o notas que algo no va bien, nos llamarás! —comentó Gloria.

—No hay cobertura en la casa. Hay que andar casi dos kilómetros para tener señal.

—Bueno, no es que tengas nada mejor que hacer durante todo el día. Llama una vez a la semana —exigió Gloria.

—Una vez al mes para deciros que todo va bien. Si necesito desahogarme, te llamaré antes —finalizó con una pequeña sonrisa.

Cuando Tomás fue a recogerles, allí estaban todas las amigas de Victoria. Ella había insistido en que no fuesen; no obstante, nadie le hizo caso, supuso que querían que Tomás se percatase de que no estaba sola. Cuando empezaron los besos y abrazos de despedida, Tomás se unió, por lo que acabaron despidiéndose de los tres y constatando lo que Victoria había dicho: era un líder nato, capaz de conseguir cualquier cosa que se le antojase.

Unos días después, Gloria recibió una llamada de Victoria en la que esta le comentaba que todo iba bien, las cosas seguían igual que siempre. Ella y Dani compartían habitación, por lo que podía aislarse con sus libros y pasar en ella horas y horas, o bajar a la cocina y hacer la comida o algún postre para entretenerse. También le dijo que les hiciese saber a su padre y a Javier que les quería mucho y les echaba de menos, pues sus números los tenía en el otro teléfono, el que había dejado en casa por miedo a que Tomás lo descubriese.

Victoria era feliz, había vuelto a encauzar su vida y en casa tenía a dos hombres que la esperaban con los brazos abiertos.

Mientras limpiaba los utensilios que había utilizado para hacer una tarta de manzana, sintió unos pasos a su espalda.

—Hola, Victoria —le susurró Tomás al oído mientras le apartaba un mechón de pelo de la cara y se lo colocaba detrás de la oreja—. ¡Qué bien huele! Estas tartas solo las como en verano, cuando tú estás aquí. Y he de reconocer, que las echo de menos, igual que a ti. —Le dio un beso en la mejilla y se alejó. Victoria había contenido la respiración, pues era la primera vez que se acercaba a ella en los diez días que llevaba en la casa.

Cuando se dio la vuelta para guardar las cosas en su sitio se sobresaltó al verlo sentado en una de las sillas de la cocina.

—¡Menudo susto! —dijo Victoria, luego suavizó el gesto con una tímida sonrisa para quitarle importancia al suceso— Creía que te habías ido.

—Me he dado cuenta. A través del cristal se ve tu reflejo, este año estás realmente preciosa. Hacía mucho tiempo que no veía ese brillo en tu mirada y ya no recordaba tu fortaleza interior. Me recuerdas a la Victoria que conocí hace ya tantos años, esa que me volvía loco.

—Tomás, no pierdas el tiempo, que ya nos conocemos. Tienes a dos jovencitas peleando entre ellas para ver cuál acapara tu atención —le recordó Victoria cogiendo el trapo para secarse las manos.

Tomás se levantó y se acercó a ella con lentitud, de frente, pero sin darle la oportunidad de retroceder, pues a sus espaldas se encontraba el fregadero. Al llegar junto a ella, le acarició la mejilla con mucha suavidad, recorriendo su tersa piel hasta llegar a la mandíbula y luego subió hasta delinear su boca. Victoria se había quedado sin respiración, temerosa de lo que él hiciese a continuación. Javier inundaba sus pensamientos, se sentía mal porque su cuerpo respondía a ese acercamiento de manera inconsciente. Recordó a Javier diciéndole que podía acompañarla y pasar el verano en esa casa, solo debía decírselo a Tomás, pues él tenía pareja y no creía que fuese un inconveniente el ir los dos juntos. También podían dejar a Dani en la casa, alojarse ellos en un hotel e ir a verlo todos los días. Victoria no lo había visto viable, Tomás era un depredador y en cuanto viese peligrar su estatus de macho dominante, no sabía cómo podría actuar. Ahora se arrepentía de no haber dejado que Javier la acompañase.

—Estate quieto. —Al cogerle la mano para quitarla de su boca, él atrapó sus dedos y los besó sin apartar la mirada de la suya—. Es verdad que estás preciosa y he disfrutado mucho viéndote sonreír a través del cristal. ¿En qué pensabas?

—En Dani, ese chico... —Se detuvo en seco al ver que él movía un dedo de lado a lado delante de su cara con una sonrisa ladeada.

—Victoria, no mientas. ¿Era en ese hombre con el que te ves desde hace unos meses? El profesor de Dani; Javier me parece que se llama o, acaso, pensabas en tu padre; es raro que Dani no sepa que es su abuelo. Dime, Victoria, ¿en quién pensabas? —Victoria sintió un estremecimiento, esa mirada insondable siempre la había puesto nerviosa, era una mirada peligrosa con un propósito muy firme—. Eres mía, no consentiré que me reemplaces, ¿te queda claro? ¿Necesitas sexo? Yo te lo puedo dar. En estos momentos eres un desafío mucho mayor que cualquiera de esas dos que están ahí fuera. Piénsalo, sé que no eres inmune a mí, siento como te estremeces cuando te pongo un dedo encima.

—Tomás, por favor. Solo pretendo ser feliz. Javier me gusta mucho y tú puedes conseguir a todas las que te propongas, a mí, déjame tranquila. Te lo pido por favor.

—Vamos, Victoria, sabes cuál es la única solución para que te deje tranquila. ¡Deja a Dani conmigo! Ya tiene casi quince años y esto le gusta, ¿Hasta cuándo crees que podrás hacer de niñera?

Con esas palabras salió de la cocina. Al cabo de un momento, a través de la ventana, lo vio cogido de la mano de Begoña mientras se dirigían al bosque. Tomás se giró de repente y le hizo un guiño, Victoria se quedó sobrecogida por el impacto, él sabía que ella seguía observando.

Habían pasado un par de días desde ese suceso, Tomás no había vuelto a acercarse a ella; sin embargo, sí que le dedicaba continuas miradas que la ponían muy nerviosa y pensó que había llegado el momento de pedir ayuda.

Dani y Victoria se sentaron bajo su árbol como tenían por costumbre. Victoria no sabía si realmente se acordaba de cuándo lo plantaron o se lo había contado tantas veces que lo había asimilado como un recuerdo propio. El cartel ya no estaba, sí las piedras de colores que cada año repintaban para entretenerse y sentir que les pertenecía. Tras un rato de charla, Dani se la quedó mirando fijamente.

—Mamá, ¿qué te pasa? Llevas unos días muy rara. Cuando te pregunto, me dices que todo va bien, pero yo sé que no es así.

—No es nada. Echo de menos a Gloria y a Esteban. Me gustaría hablar con ellos. ¿Quieres que mañana vayamos andando hasta que encontremos cobertura y les llamamos?

—Sí. Yo también les echo de menos. Aunque sé que quieres contarle a Gloria eso que no te atreves a decirme.

—Dani, hay cosas que un niño no tiene por qué saber. Te prometo que cuando esté preparada, te lo contaré todo. Pero ahora no es el momento, no lo entenderías.

—Mamá, ya no soy un niño. Estoy a punto de cumplir quince años. Por cierto, ayer, la ex de papá intentó meterme mano.

Ante su franqueza, Victoria estuvo a punto de reír, si bien, se detuvo justo a tiempo, consciente de que tenía que mantener la calma y sonsacarle más información.

—¿Intentó? Entonces... ¿lo hizo o no?

—Al principio, sí. Nos besamos y eso, pero se me hizo raro, la última vez que vinimos era la novia de papá y me sentí incómodo, no quise seguir... y eso que tenía muchas ganas.

—Tenías muchas ganas —la comisura de sus labios se alargó formando una pequeña sonrisa que no llegó al resto de sus facciones—. A ella, ¿la viste cómoda? ¿Estaba papá delante?

—Papá estaba, y ella pareció enfadada cuando la rechacé.

Victoria sintió un escalofrío atravesando su espalda, sabedora de las intenciones de la chica. Sólo quería recuperar a Tomás, participar en sus juegos y no verse relegada a un segundo plano. Pensó que podría hablar con ella y explicarle que no era la solución, pues, aunque lo hiciese, su relación no duraría más de dos o tres años como mucho. Luego la cambiaría por otra, era algo que había presenciado en demasiadas ocasiones. Pero no lo haría, no se metería en la vida de Tomás, ya tenía bastantes problemas en esos momentos como para buscarse más.

—Dani, ya te dije que en la maleta tenías un paquete de preservativos. Y lo más importante de todo, los dos tenéis que sentirlos a gusto y actuar libremente. Nada de hacer las cosas sin pensar ni por lo que puedan decir los demás. Ya te llegará el momento cuando encuentres a la chica que realmente te guste. ¿Entendido?

—Por supuesto. Aquí todas son mayores. La más joven es la novia de papá, parece que tenga mi edad.

—Porque acabas de pegar el estirón y ella es más bajita que tú. Pero te aseguro que los dieciocho años los tiene cumplidos, en eso tiene mucho cuidado para que no lo puedan acusar por secuestro de menores. —Victoria se sobresaltó al darse cuenta de que había dicho sus pensamientos en voz alta.

—¿Secuestro? Si están súper enamorados, no se separan nunca.



—Tienes razón. Entonces, ¿mañana vamos a hablar con Esteban y Gloria?

—Me apetece un montón. Seguro que Esteban se sorprende cuando le diga que la ex de papá quería acostarse conmigo.

—Sí, seguro que sí.

## 14. Una bonita lluvia de estrellas

Aquella noche sería posible ver una lluvia de estrellas. Victoria se asomó por la ventana y divisó varios cuerpos tumbados en la explanada, a pesar de que la noche era clara, no distinguió la silueta de su hijo. Pensó en salir a buscarle, pues necesitaba que la reconfortase con su presencia.

Al escuchar un sonido a su espalda se giró esperando encontrarse con este. No fue así, ante ella se hallaba la última persona que esperaba ver en el interior de su habitación.

Entrecerró los ojos al observar que Alberto cerraba la puerta a su espalda y se quedaba apoyado en ella.

—Hola, Victoria —dijo con voz sedosa.

—Alberto, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no estás fuera con todos? —No le gustaba ese hombre, era incluso más cruel que Tomás, si eso era posible. Le vino a la cabeza Aurora y su confianza ciega en él.

—No me apetece, es lo mismo de todos los años. Prefiero estar aquí, contigo.

Victoria dio un paso hacia la ventana dispuesta a gritar pidiendo socorro; sin embargo, unos fuertes brazos la agarraron, tapándole la boca con una mano y rodeando su cintura con la otra.

—¡Quieta fiera! Hoy voy a terminar lo que dejamos a medias hace algunos años, desde entonces te tengo en el pensamiento a todas horas, eres como una droga. Incluso bajo los efectos de estupefacientes y sin ser consciente de lo que pasaba a tu alrededor, gritabas y pataleabas como si estuvieses poseída, eso me puso a cien. Nunca había sido tan complicado doblegar la voluntad de una mujer. Llegué a estar dentro de ti, ¿lo recuerdas?

Victoria se había quedado paralizada, sus ojos suplicantes no hallaban ningún receptor. Allá, a lo lejos, todos parecían tranquilos, disfrutando de la noche, ignorantes de lo que pasaba a unos metros de distancia en una de las habitaciones de la casa que todos compartían. Sintió como la amordazaba y la echaba sobre la cama sin ningún miramiento. Luego vio cómo cerraba la ventana. Ella se puso en pie y corrió hacia la puerta, consiguió abrirla y quitarse la mordaza, sus gritos se perdían en la noche. Trotó escaleras abajo en busca de la puerta sin dejar de gritar. No oía ningún sonido aparte de las

pisadas aceleradas que cada vez presentía más cercanas, hasta que se vio detenida antes de conseguir su objetivo.

—Tú te lo has buscado. —Con la cinta que había usado antes para amordazarla, esta vez, además de la boca, le ató las manos y los tobillos para, acto seguido, echársela al hombro como si de un saco de patatas se tratase y la llevó de nuevo a la alcoba.

—¿Ves? ¡Esto es lo que has conseguido por intentar escapar! —Victoria, con Alberto a horcajadas sobre ella, lo miraba con ojos desorbitados mientras se retorció para evitar que le atase las manos al cabecero de la cama—. Y ahora seguiré con los tobillos. ¿Sabes? Esta vez vas a ser mi muñeca de porcelana. Al fin y al cabo, no puedes moverte —le dijo, mientras con una pierna sobre el tobillo de ella, le ataba el otro a las patas del somier con cinta adhesiva.

Victoria se quedó sola en la habitación mientras Alberto la abandonaba a su suerte. Indefensa, observó a su alrededor, no había nada que pudiese hacer para llamar la atención de los que estaban fuera, no podía gritar, ni patalear, solo rezar para que aquel suplicio terminase pronto. Su rostro estaba empapado, se dio cuenta cuando Alberto tiró con fuerza de su jersey, desgarrándolo y con un trozo del tejido secó su cara repleta de lágrimas. No había sido consciente de cuándo estas habían comenzado a rodar libres por su rostro. Intentó pensar en su hijo, en Javier... en cualquier cosa que lograrse que se evadiera de la realidad, a pesar de ello, no lo consiguió. Notó sus mordiscos y arañazos, los comentarios hirientes, cuando inesperadamente le quitó la mordaza, ella se extrañó, hasta que oyó sus palabras:

—Así no tiene gracia, no me excito. Quiero que patalees y te defiendas. ¿A qué esperas? —preguntó mientras la palma de su mano se estrellaba en el rostro de Victoria. Ella ya no tenía fuerzas para defenderse, ni valor, ni orgullo. Por eso solo atinó a decir:

—Se lo contaré a Tomás —le advirtió. Él rio antes de dar donde más le dolía, una estocada directamente al poco resquicio de salvación que ella seguía esperando.

—¡Serás estúpida! —gritó— ¿Realmente crees que aquí se hace algo sin su consentimiento? ¿De quién crees que ha sido la idea?

Victoria se sobresaltó, aunque en su interior algo le dijo que siempre lo había intuido: allí no se hacía nada sin el consentimiento de Tomás, pero ¿había que llegar a esos extremos? En esos momentos, sentir las manos de

Tomás sobre su cuerpo ya hubiese sido castigo suficiente. Oyó un fuerte gruñido sobre ella y las embestidas se hicieron dolorosas, sentía golpes sobre su cuerpo; no obstante, era incapaz de evitarlos o intentar abrir los ojos. Sintió cómo se vaciaba dentro de ella y con un gruñido de satisfacción salía de su interior, dejándola sola sobre la cama medio desnuda y atada. Su falda estaba hecha jirones y el jersey y el sujetador habían sido rasgados. Ya no le quedaban más lágrimas, o eso pensó ella.

...

Tomás se acercó y se dejó caer al lado de su hijo con una sonrisa.

—Dani, ¿has visto alguna estrella fugaz?

—Sí, unas cuantas. Voy a decirle a mamá que salga. Cuando estamos en el pueblo, muchas veces observamos el cielo y me cuenta las leyendas de las constelaciones. —Intentó incorporarse, aunque su padre lo retuvo.

—No la molestes. Ya sabes que no le gusta mezclarse con nosotros.

La fuerza con la que lo cogió del brazo para impedir que se levantase le pilló desprevenido. Pensó en ir de todas formas y quedarse más rezagado con ella para que estuviese cómoda y disfrutar juntos del espectáculo. Tenía una extraña sensación, algo no iba bien desde hacía unos días. Se sentía tenso e inquieto, no era solo por su madre, era algo que se respiraba en el ambiente, en el comportamiento de su padre, el que el día anterior esa chica se echase en sus brazos sin previo aviso, era todo muy raro. Pensó que al día siguiente acompañaría a su madre para que hablase con Gloria, y escucharía la conversación a hurtadillas, aun sabiendo que no debía.

—Begoña, ven aquí —dijo Tomás, sonriendo a la joven que en esos momentos se acercaba a ellos.

Tomás separó las piernas para que la joven se sentase delante de él, luego le pasó los brazos alrededor de los hombros para que se apoyase en su pecho y acercó su boca al oído de esta. Hacían una extraña pareja, ella era una niña y él..., Dani se entretuvo echando cuentas; si cuando lo tuvo tenía treinta y cinco años, ahora rondaba los cincuenta y su madre los treinta y cuatro, lo que no entendía era qué hacían allí sus dos últimas exnovias. A él le resultaba incómodo cuando lo veía besar a Begoña delante de ellas. Al igual que no entendía por qué su madre le rehuía. Sí que se había dado cuenta de que a ella cada vez le hacía menos ilusión pasar allí los veranos. Nunca se lo había dicho, si bien, él lo intuía porque cuando se acercaba el

momento, se ponía nerviosa. Aunque estos últimos meses parecía otra, se le veía un brillo soñador en la mirada. Cuando volvió a la realidad, vio que su padre y Begoña se estaban besando y no quiso interrumpir, también le pareció de mala educación irse sin despedirse, así que se recostó con la vista puesta en el cielo y se dedicó a mirar las estrellas fugaces que pasaban cada pocos minutos.

Al cabo de un rato se acercó Alberto y se sentó junto a ellos. Dani interceptó unas sonrisas que le hicieron fruncir el entrecejo, a sus quince años muchas cosas se le escapaban. El recién llegado traía unas infusiones que repartió entre la gente dispuesta a pasar allí el resto de la noche. Tomás, tras beber un sorbo, indujo a su chica a que se la terminase. Dani bebía con calma, pues el sabor no terminaba de gustarle, después volvió a tumbarse y cerró los ojos.

...

Victoria oyó unos sonidos procedentes de la escalera. No sabía el tiempo que había pasado desde que Alberto abandonara su habitación. Al escuchar que la puerta se abría, apenas entornó los ojos; la luz la deslumbró durante unas milésimas de segundo, lo justo para detectar que no era su hijo quien estaba frente a ella y los volvió a cerrar. El colchón se hundió por el peso de un cuerpo al acostarse junto a ella.

—Tomás, ¿a qué has venido? —susurró.

—Lo siento, Victoria. No esperaba que se ensañase contigo de esta forma. De veras que lo siento.

—Tomás, tú lo sabías. ¿Por qué no se lo impediste?

—Te di la posibilidad de quedarte aquí con Dani. Desde que te dejé marchar te advertí que el día de mañana lo quería a mi lado, en esta casa. Sé que intentarás volverlo en mi contra y eso no puedo permitirlo. ¿Qué crees que puedes hacer? ¿Ir a la policía? Sabes que te encontraré y me lo terminaré llevando y otra cosa, sé que te sentirías muy mal si por tu culpa tu padre, Javier o Gloria tuviesen algún accidente. Imagina cargar con algo así para el resto de tu vida. Y ahora, permite que borre de tu cuerpo las huellas de Alberto. —Con una navaja cortó las ataduras de las muñecas y se las quitó, besando las marcas que se podían apreciar; los tobillos siguieron el mismo ritual.

—Por favor, Tomás, no lo hagas. Quiero darme una ducha, me siento sucia. No lo soporto.

—Yo borraré su recuerdo. Lo borraré cada vez que suceda.

Pequeños besos se esparcieron por todo el cuerpo de Victoria, quien, simplemente se dejó hacer, incapaz de defenderse ni pedir ayuda. Hacía tiempo que no había probado los besos de Tomás, ni sus caricias, aunque sí que se había dado cuenta de que sus sonrisas ya no le afectaban del mismo modo. Ahora comprobaba que sus manos tampoco tenían ningún efecto sobre ella. No le causaban la repulsión que sentía con Alberto, pero tampoco la sensación de placer que sentía al estar con Javier. Con este último compartía algo más que sexo, se sentía especial y querida. Intentó pensar en él para afrontar lo que se le venía encima al ser consciente de no poderlo evitar. Al menos ahora no era doloroso, tampoco la forzó a abrir los ojos.

...

Dani abrió los ojos sin saber dónde se encontraba. Notaba la mente pesada y los árboles desde lo alto parecían hablarle. Le dio la risa tonta y miró a las otras personas que estaban a su alrededor, ellos también se veían raros. Tomás, le dijo algo a Begoña y esta, sin pensar, se acercó a Dani y junto sus labios con los del chico, que enseguida le devolvió el beso.

—¡Te habías dormido! Estabas muy gracioso —constató Begoña tras apartarse de su boca.

—Sí, es muy tarde. Me voy a la cama, ¿vienes? —Se sobresaltó al ser consciente del comentario que le acababa de hacer a la novia de su padre, pero este, como si le causase gracia la salida de su hijo, unió sus manos y les animó a marcharse.

—Pasadlo bien y no tengáis prisa. Esta noche no volveré a la habitación. —Girándose comentó—: Menudo dúo. ¿Has visto, Alberto? Mi hijo esta noche se va a estrenar con mi novia y yo acabo de «cepillarme» a su madre, tiene gracia. —Y luego comenzó a reír.

Se quedó mirando las infusiones, porque si todo salía como presuponía, más le valía tener la mente despejada.

...

Victoria se incorporó al oír de nuevo la voz de Tomás y se frotó las muñecas, ¿Iba a tener que volver a pasar por lo mismo? ¿Tanto le satisfacía verla humillada e indefensa?

—Hace rato que he terminado. Creo que deberías ir a darte esa ducha que tanto anhelas. Cuando salgas, te estaré esperando. De todas formas, no puedo entrar ahora en mi habitación; mi hijo se está tirando a mi chica. La próxima vez sí que me uniré a ellos, pero hoy, si me ve aparecer Dani por ahí, del susto le puede dar algo —afirmó riendo, sin ser consciente de que a su lado, Victoria se estremecía.

Ella se levantó con pasos trémulos y se dirigió al baño, cuando se miró en el espejo, este le devolvió una imagen que la hizo dudar de que ese reflejo fuese el suyo; su ropa seguía desgarrada. Tomás ni siquiera había intentado quitársela para no tener que enfrentarse a lo que había hecho Alberto. Hubiera sido un detalle que tuviese esa consideración. Vio varias zonas más oscuras en su vientre, piernas, brazos y rostro. El llamativo y descorrido maquillaje le daba un aspecto maquiavélico, «muñeca de porcelana» había dicho Alberto. Ella veía a una puta barata poco agraciada a quién habían quitado algo más que su dignidad.

Se restregó con fuerza cada centímetro de piel, como poseída, magullando aún más su dolorido cuerpo. Al descorrer la cortina, unos ojos insondables la miraban como si la estuviesen diseccionando. Se apoyó en la pared y se fue deslizando hasta quedar sentada en el suelo. Con los brazos sobre las rodillas, dejó caer la cabeza sobre estos. El agua la golpeaba con dureza, mezclándose con salitre de sus lágrimas, los espasmos de cuerpo eran continuos y apenas lograba seguir respirando. Se sobresaltó al sentir cómo se abalanzaban sobre ella, obligándola a abrir la boca e ingerir alguna sustancia, no pudo evitar tragar la bebida, necesitaba respirar y le habían tapado la nariz.

Notó como el líquido resbalaba. Tenía la impresión de que le quemaba la garganta y que arrasaba todo al deslizarse por el interior de su organismo. Se abstraía hacia aquel mundo interior donde su hijo la reclamaba y ella sonreía a la oscuridad. Mientras siguiese escuchando su voz, sabía que no se perdería del todo; eso era lo único que lograría aferrarla a la realidad. Se puso el camisón que Tomás le tendía, no quería seguir desnuda frente a él, y, como si lo hubiese pronunciado en voz alta, lo vio desaparecer.

Salió del baño y se quedó mirando la puerta de la habitación de Tomás. Las risas jocosas que escuchó en su interior le indicaron que sí estaba sucediendo allí dentro lo que acababa de confesarle: su hijo estaba con la joven. Sus pasos, irregulares y temblorosos, la llevaron hasta las escaleras. Estas, parecían tener vida propia. Ella no quería bajar, aun así, una fuerza superior a ella parecía empujarla. Su mano se posó en la barandilla para darse seguridad, los escalones se movían; no obstante, esta situación no era graciosa, pues al final de estos escalones se encontraba un abismo del que intuía no escaparía jamás; no en las condiciones en que su mente parecía escapar de la realidad. Ella quería aferrarse a la visión de su hijo, pero esta empezaba a desdibujarse. Tenía miedo, mucho miedo de que el abismo se la tragase. Ya no lograba distinguir entre lo real o lo que formaba parte de una alucinación.

A duras penas consiguió levantarse y siguió andando hacia el bosque.

Como si fuese una tabla de salvación dejó que su cuerpo se deslizase hasta terminar sentada en la base de un árbol, cuyo tronco comenzó a ceder debido a la presión que Victoria ejercía con su cuerpo. Ya no era ese tronco recto y fuerte que prometió no dejar que nunca se doblase por influencias externas. Era un mal augurio; sin embargo, ella ya no era dueña de sus actos.

En sus manos apareció una cuchilla, no sabía de dónde había salido; si bien, tampoco le importó. Cuando quiso darse cuenta, la punta afilada desgarraba su carne mientras la hundía en su muñeca, justo por encima de la marca dejada por las ligaduras. Las gotas de sangre se deslizaron hasta el suelo mezclándose con la tierra, dándole el aspecto de barro. No daban aprensión, no eran gotas rojas y brillantes de sangre que pudiesen hacer asomar un atisbo de miedo al enfrentarse a lo que estaba sucediendo.

Con un suspiro entrecortado levantó la vista al cielo: «Dani, siéntate aquí, a mi lado. Disfrutemos juntos de este amanecer», susurró mientras entraba en un sopor del que no despertaría.

...

Dani abrió los ojos con desgana y se sobresaltó cuando su mirada se topó con Begoña, que seguía dormida a su lado; pero, sobre todo, al percatarse de que ambos estaban sin ropa. Miró a su alrededor intentando hacerse una idea de qué había sucedido la noche anterior. Los recuerdos eran retazos



inconexos, sabía con certeza que habían estado en la explanada observando la lluvia de estrellas y se había acostado tarde, hasta ahí estaba todo claro; era el final de la noche lo que le causaba confusión. Le vino a la cabeza su madre y su advertencia de que no debía jugar con las drogas. El año anterior había tenido una experiencia similar, y se preguntaba por qué esta vez había vuelto a tomarla. No, no era consciente de lo que estaban dándole cuando la probó, aunque eso no era excusa. Ahora, con la mente despejada, sí que sabía que nunca más volvería a hacerlo. Sentía la boca empalagosa, un regusto amargo y unos recuerdos que no parecían pertenecerle. Se sentó en la cama con cuidado para no despertar a la chica, pensando en cómo se lo iba a explicar a su padre. Entre las imágenes que guardaba en la retina, veía a este uniendo sus manos, o sea, que la bronca no sería muy grande, o eso esperaba. Decidió no darle más vueltas e ir a buscar a su madre para darle los buenos días, luego ya se enfrentaría a su padre.

Enseguida presintió que algo raro pasaba; se oían sonidos amortiguados, voces a medio tono. Se asomó a la ventana, donde pudo ver un coche de policía. Entrecerró los ojos sin entender qué estaba pasando. Al cabo de un momento escuchó sirenas y varios coches se detuvieron delante de la casa. En un lateral de uno de los coches pudo leer: «Departamento forense». A lo lejos, bajo su árbol, había un gran dispositivo de cintas acordonando la zona y gente de uniforme.

Por un momento se le cortó la respiración; el aire no quería entrar en sus pulmones ni la sangre correr por sus venas. Un intenso mareo lo hizo cogerse del marco de la ventana para no caer, pues el suelo parecía salirle al encuentro. «No, no es posible, ella no», pensó.

«¡Mamá, no me dejes!», quiso gritar. La puerta de la habitación se abrió, sabía que no sería su madre, ella descansaría bajo ese árbol que solo les pertenecía a ellos. Él no había estado a la altura cuando ella más lo necesitaba.

—¡Mamá! —gritó con todas sus fuerzas intentando sobrepasar a su padre, descargando golpes en su pecho porque le impedía ir a reunirse con ella. Finalmente lo abrazó con fuerza, como si de esa manera pudiese evitar escuchar la noticia que sabía que este le traía.

—Dani, lo siento —dijo Tomás entre lágrimas, abrazándole con mucha fuerza—. Es mejor que no la veas, que la recuerdes llena de vida. No sé qué se le habrá pasado por la cabeza. ¡Tranquilo, hijo, yo cuidaré de ti!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dani con voz trémula.

—Ella se ha cortado las venas. Está muerta, Dani.

—¡No! —gritó con todas sus fuerzas, golpeando de nuevo el pecho de su padre—. ¡Ella nunca haría algo así! Ella no...

Ya no había nada que hacer. Victoria yacía sin vida bajo el árbol, algo que nunca olvidaría. Ya nunca sabría qué pensamientos rondaban por su cabeza, ya nunca volvería a ver su sonrisa ni tendría esas charlas que tanto le gustaban y de las que tanto aprendía. Ella se había ido y no iba a volver nunca más.

## 15. Amoldarse a una nueva vida

Gloria, en los brazos de su marido, lloraba desconsolada. Hacía varios días que se sentía intranquila, el curso estaba a punto de empezar y Victoria y Dani, aún no habían regresado. El primer día de colegio, al no ver a Dani en la fila no pudo aguantar más la incertidumbre y fue a comisaría, donde se enteró del suicidio de Victoria dos meses atrás.

—¡Nunca debí dejarla ir, yo sabía que ella estaba asustada! —se maldecía a sí misma en brazos de su marido.

—Cariño, hiciste todo lo posible para convencerla de que no fuese y ella te dio sus razones para ir; nada hacía presagiar que las cosas terminarían así. Tú misma me contaste que te llamó y parecía tranquila.

—Le he fallado a Victoria, pero no podemos dejar a Dani allí, no puedo fallarle por segunda vez.

—No tengo muy claro si en comisaría nos pueden facilitar la dirección —comentó José.

—Por eso no te preocupes, la conseguiré. Si llegamos a él, Dani podrá quedarse con nosotros, como uno más de la familia, ¿verdad?

—Si es lo que quieres, por mí no hay problema, pero, ¿eres consciente de los problemas en los que nos podemos meter? No es huérfano, tiene un padre que no va a consentir que lo separemos de su lado. No hay denuncias, ni nada en su contra. Todo es circunstancial, chicas jóvenes que se iban voluntariamente y volvían a casa cuando la cosa dejaba de ir bien, no hay nada más. Victoria jamás se decidió a tomar medidas legales en su contra, será tu palabra afirmando que eso es una secta, contra la suya y un montón de testigos a su favor que dirán que están allí por propia voluntad. ¡Si hasta a Victoria después de tantos años y todo lo que vivió allí le costaba admitir la realidad!

—José, por favor. Tienes que apoyarme en esto; yo sola no puedo —sollozó.

—Por supuesto, quiero a Dani y soy el primero en querer sacarlo de allí. Solo espero que seas consciente de dónde vamos a meternos y que no va a ser fácil.

Tomás, desde la habitación que compartía con Begoña oyó detenerse un automóvil y bajó con rapidez abotonándose la camisa para interceptar a los visitantes antes de que lo hiciesen otros. Eran Esteban y sus padres, los recordaba de cuando visitaba a Victoria. Sabía que Dani y ese chico estaban muy unidos, al igual que también era consciente de que Gloria había tenido un papel fundamental en el carácter y confianza en sí misma que Victoria había ganado a lo largo de los últimos años, aunque solo un mes le había bastado para... Volvió a la realidad de súbito al verlos acercarse a la casa.

—Buenos días —les dijo con una sonrisa. Después le dio dos besos a Gloria y la mano a los dos hombres —¿Qué os trae por aquí?

—Hemos venido a ver a Dani. Al enterarnos de la muerte de Victoria, queríamos daros el pésame y ver si podemos hacer algo.

—Sí, es una lástima, era tan joven... Estaba deprimida, intenté ayudarla, pero siempre me decía que prefería estar sola. Pobre Dani. Ahora está mucho mejor, pero también lo pasó muy mal al principio, estaba muy unido a Victoria.

Gloria apretó con fuerza la mano de su marido consciente de que antes de ir a esa casa, ella no estaba en absoluto deprimida. José, con un nudo en la garganta, preguntó si podían ver a Dani.

—Por supuesto. Voy a buscarle.

Dani bajó las escaleras corriendo y se lanzó en brazos de Esteban. Observaron que en esos tres meses que no lo habían visto, había cambiado mucho. Siempre había sido musculoso; sin embargo, ahora sus abdominales se marcaban mucho más, y se le veía muy feliz y seguro de sí mismo.

—¿Cómo estás? —preguntó Esteban incómodo. Se alegraba mucho de verlo, aunque había algo raro en él, algo que le inquietaba.

—Bueno. —Sus hombros se alzaron mientras de su boca se escapaba una mueca—. Al principio lo pasé francamente mal, me pasaba el día llorando y buscando una explicación. No dejó ni una carta de despedida ni nada de nada.

—Dani, lo siento —dijo Esteban con un hilo de voz.

—Un día mi padre me dijo que las respuestas solo las tenía ella y que ya no estaba entre nosotros. Y que a mi madre no le gustaría verme en ese estado, pues ella querría que fuese feliz. Así que aquí estoy, intentando recuperarme. La vida sigue y tengo que adaptarme a los cambios.

—Se te ve muy bien —dijo Gloria acercándose a él para darle dos besos — ¿No vas a volver para ir al instituto?

—No. Eso era antes, las cosas han cambiado, mi futuro está aquí, junto a mi padre.

—Pero, si pensábamos ir al instituto y después a la universidad —admitió Esteban.

—Me gusta estar aquí. Es un buen sitio para vivir. Además, mi padre me necesita a su lado. Esteban, vendrás a verme, ¿verdad? Eres mi mejor amigo y no quiero perderte. ¿Por qué no te quedas este fin de semana y que tus padres vengan el domingo a recogerte?

—Tomas, si te parece bien este fin de semana se puede quedar Esteban aquí y el próximo, nosotros nos llevamos a Dani —dijo José antes de darle la posibilidad a Tomás de negarse.

—Por supuesto —respondió Tomás de inmediato—, pero son varias horas de viaje en coche; si es lo que queréis, por mí no hay problema.

—Pillaremos un hotel cerca y mañana volvemos a por él.

Gloria y José se marcharon al cabo de un rato con una sonrisa en los labios.

—¿Crees que ha sido buena idea? Acabamos de dejar a nuestro hijo en una secta —especuló Gloria mirando a José después de decirle adiós a su hijo y a Dani a través de la ventanilla del coche.

—Ya oíste a la policía, ella nunca quiso denunciarle y no hay pruebas de que eso sea una secta. Todo lo que sabemos es porque ella se descargaba en ti. Durante años vivió asustada con la idea de que Tomás se llevase a su hijo y cogiese el relevo de su padre como líder, solo tiene quince años, mira cómo ha cambiado en solo dos meses sin ella.

—Debí insistir más, pues sabía que ella estaba asustada, si no la hubiese dejado ir, seguiría viva.

José detuvo el coche en el arcén y abrazó a su mujer.

—El domingo, cuando recojamos a nuestro hijo, le sonsacaremos todo lo que podamos, y el próximo fin de semana nos llevaremos a Dani y ya veremos qué se puede hacer.

Gloria asintió sorbiendo por la nariz e incapaz de hablar. José puso el coche en marcha y se incorporó a la circulación.

El domingo fueron a recoger a su hijo y se despidieron de Dani con la promesa de que el próximo sábado irían a recogerlo. Esteban, sentado en la parte trasera del automóvil iba en silencio, mirando por la ventana. Eran

casi dos horas de camino, Tomas les dijo que no se preocupasen, él lo llevaría. Gloria respondió que no era ninguna molestia, presentía que, si era Tomas quien se encargaba, con toda probabilidad, no lo volverían a ver. Ellos estaban ansiosos por saber mientras que Esteban, no parecía tener nada que contar.

—¿Qué has hecho mientras estabas con Dani? —preguntó José.

—Me han enseñado a disparar con un arco.

—Eso parece divertido, ¿y qué más?

—Tienen varios huertos con un sistema de regadío y autoabastecimiento muy bien pensado. Hacen ellos mismos el abono y tienen un pozo.

—¿Cuánta gente vive en la casa? —En vez de observarlo a través del retrovisor, Gloria se giró para verle la cara, él no le sostuvo la mirada, ni le contestó. Sus padres cruzaron una mirada, Esteban no era muy dado a hablar, pero sí que era muy cordial, dejar a su madre con la palabra en la boca, no era propio de él, cuando ya no lo esperaban, respondió:

—No lo sé. Pero he visto a Begoña.

—¿Qué Begoña? —preguntó Gloria sin que ninguna mujer con ese nombre le viniese a la mente.

—Vi su foto el otro día en un programa de televisión. Su madre, llorando, explicaba que se había enamorado de un hombre mayor y se había ido de casa. Llevan meses sin saber nada de ella.

—¿Se lo has dicho? ¿Ella sabe que sus padres están deseando que vuelva?

—No. No he podido hablar con ella. Le he dicho a Dani que se lo dijese y se ha reído de mí. Me ha dicho que es muy feliz con su padre.

—¿Había más mujeres?

—Yo solo he visto a tres.

—Vamos a hacer una parada —informó José al ver la señal de desvío de un área de servicio. Al bajar del coche, se dirigió a una mesa alejada de la gente y pidieron unos refrescos.

—Esteban, ¿sabes qué es una secta? —preguntó Gloria con suavidad.

—Sí, claro. Mamá, ¿intentas decirme que eso es una? —preguntó a su vez dubitativo.

—Estamos convencidos de que sí. Y si te hemos dejado con ellos este fin de semana sabiendo el riesgo que suponía, ha sido porque queremos ayudar a Dani.

Esteban asintió. Ese fin de semana había sido muy diferente a lo que esperaba. Se guardó para sí muchas cosas que sabía que sus padres no iban a entender y no guardaba relación directa con su propósito de ayudar a Dani. No les habló de su primer contacto con las drogas ni de todo aquello que había visto y oído, aunque se negó a participar en esos encuentros. En aquella cafetería, tras un momento de duda, les dijo a sus padres una única palabra: “preguntad”. Ellos asintieron solemnes, dispuestos a llegar hasta el final, decididos a sacar a Dani de allí, costase lo que costase, incluso aunque fuese contrario a sus deseos.

La noche anterior les había llamado Tomás para decirles que Dani no se encontraba bien y que dejaban para más adelante la visita que tenían acordada.

Fingieron creerle; no obstante, siguieron adelante con su plan. Habían hablado con la asistente social y la policía; sin embargo, había un muro infranqueable: Dani no estaba solo, tenía un padre que no estaba dispuesto a dejarlo ir.

No había ninguna denuncia ni nada que avalase las sospechas de que tenían a mujeres retenidas en contra de su voluntad, porque realmente no lo estaban, no mientras no les dejaran pensar por ellas mismas. Victoria se lo hizo saber en infinidad de ocasiones; Tomás era muy persuasivo. Incluso ella, que lo vivió en sus propias carnes, tuvo que ir a terapia para quitarse esa sensación de culpabilidad por deshacer la familia.

Se prometió a sí misma no dejar que Dani cayese bajo el influjo de su padre, no se consideraba creyente, aun así, acudió a la iglesia, rezó y puso velas para que no fuese demasiado tarde. No consiguió salvar a Victoria, si bien, sí salvaría a Dani, lo intentaría con todas sus fuerzas.

El coche se detuvo en la misma entrada de la comuna. Todo estaba muy tranquilo, no se veía a nadie en las inmediaciones ni se oía una sola voz que alterase la tranquilidad que se respiraba en el ambiente. Eran más de las diez de la mañana, habían salido pronto, pues apenas habían podido dormir al imaginar que Tomás no les pondría las cosas fáciles. Al fin y al cabo, había intentado impedir ese encuentro. Fue Gloria quien llamó a la puerta, insistiendo al ver que nadie les abría. Al cabo de un momento, se encontraron frente a frente con un Dani exultante y emocionado con el pelo revuelto y el pecho descubierto.

—Hola, pensé que no veníais. Mi padre me dijo ayer que se habían complicado las cosas y lo dejabais para más adelante.

—Fue al revés. Él nos dijo que no te encontrabas bien y que no viniésemos —explicó Gloria—. Ya nos habíamos hecho a la idea y decidimos venir de todas formas. Si te encuentras bien, deberías poner cuatro cosas en una maleta e irnos cuanto antes, el camino a casa es largo.

—Buenos días. No os esperaba. Entrad y nos tomaremos algo. —Tomás llevaba medio pecho descubierto pues los tres primeros botones de la camisa se hallaban desabrochados y su pelo estaba desordenado, con solo un poco de agua sobre él, el efecto hubiese sido mucho más favorecedor.

—Gracias, pero nosotros hemos salido temprano para aprovechar el tiempo y hemos desayunado por el camino —argumentó José—. Al parecer, Dani se encuentra mucho mejor. Te lo devolvemos mañana por la tarde como quedamos la semana pasada.

—Me parece que no —sentenció Tomás—. No debisteis venir. No tiene sentido alargar esta amistad, ¿hasta cuándo? Aquí no hay cobertura, no pueden hablar por teléfono ni mandarse wasaps, la vida de Dani está aquí, conmigo.

—Tomás, eso debería decidirlo Dani, ya tiene quince años y no está tan lejos. Un par de visitas al año en puentes y vacaciones y dentro de nada ya tienen coche y ellos pueden elegir.

—Vamos, Gloria, que son amigos, no una pareja. Los amigos van y vienen. Dentro de nada ya ni se acordarán el uno del otro.

—Dani, ¿tú qué opinas? —Gloria intentó acercarse a él, pero Tomás se interpuso en su camino.

—Papá, ya que están aquí, me gustaría irme con ellos, ya me había hecho a la idea. Este año en octubre no hay puente, lo hablamos la semana pasada, pero en el de diciembre podría venir Esteban. Esto es genial y me gustaría que pasase más tiempo conmigo aquí, hay muchas cosas que quiero enseñarle. El fin de semana se me hizo muy corto y a Esteban para que haga algo nuevo y excitante, hay que insistirle mucho.

La sonrisa no llegó a sus labios, aunque se intuyó. Esteban enrojeció, pues sabía perfectamente a qué se refería y no le gustaba cómo se sintió la semana anterior, cómo lo miraron todos cuando se negó a irse con la chica que le pusieron delante; era mayor, tendría poco más de veinte años, muy guapa, mas no era eso, él siempre había pensado que debía estar enamorado o al menos conocer un poco a la que fuera su primera pareja sexual. La



soltura de esa chica lo había pillado desprevenido, tras los primeros besos y cuando ella lo cogió para llevarlo al interior de la casa, se desprendió de su mano, ante la carcajada de todos. Dani también estaba a punto de desaparecer con la suya; sin embargo, Tomás, muy serio, le sugirió que no lo hiciese, esa noche tenía un invitado.

A Gloria y a José se les puso la piel de gallina, ¿habían llegado tarde? Un escalofrío les recorrió desde muy adentro, le habían fallado a Victoria y estaban a punto de fallarle a su hijo, porque, desde luego, Esteban no volvía a pasar ni una sola noche en esa casa.

Una chica joven salió de la casa y se acercó a ellos. Gloria la reconoció al instante, de hecho, la semana anterior le hicieron saber a la policía dónde se encontraba, pero al ser mayor de edad e irse voluntariamente, poco se podía hacer.

—¿Begoña? Tus padres te están buscando. Han salido por la televisión un montón de veces pidiéndote que vuelvas a casa —le informó con rapidez.

—¡Begoña, vuelve a dentro! —bramó Tomás.

La chica se quedó quieta ante ellos, como si quisiese decir algo, pero no acababa de decidirse. El rostro de Tomás se crispó al ver que Begoña seguía allí, a la vista de todos y no retrocedía como acababa de exigirle.

Ante la intromisión, José se adelantó y cogió a Dani del brazo y arrastrándolo junto a él. Este parecía una peonza entre su padre y José, ambos le obligaban a que decidiese. El chico, con un nudo en la garganta, no salía de su asombro, ¿qué sucedía? ¿Cuál era el problema? ¿Por qué todo el mundo parecía tan nervioso? Su madre ya no estaba para poder preguntarle y que se lo explicase, lo había abandonado cuando más la necesitaba, dejándolo solo. Él no podía hacerle lo mismo a su padre. Era lo único que le quedaba, era un buen hombre, él le enseñaría a hacerse respetar, a tomar las riendas de esa casa y todos sus habitantes, porque sí, en un futuro, él sería el líder y todo le pertenecería.

Ante la consternación de todos, se desprendió con total seguridad del brazo de José y se puso junto a su padre. Este le cogió por el hombro y la sonrisa de júbilo que les mostró les heló la sangre.

—¡Por Dios, Dani, no puedes quedarte aquí! —bramó Esteban—. Mira a tu alrededor, todas esas mujeres entreteniendo a los hombres, la falta de comunicación con el exterior. ¡Nada de esto es normal! Vuelve con nosotros. —Entre lágrimas le tendió la mano.

—¡No entiendes nada! Aquí soy feliz, además, no tengo a nadie más.

—¡Claro que sí, me tienes a mí y a mi familia! Hemos venido a sacarte de aquí. Puedes venir con nosotros, quedarte en mi casa. Sé uno más, queremos que formes parte de nuestra familia —le suplicaba Esteban.

—Es mi hijo y no se va a ninguna parte. No sois su familia, yo soy su padre y quiero lo mejor para él, y es que se quede conmigo.

—Dani, de esto tenía miedo tu madre... —empezó a decir José.

—¡No metas a Victoria de por medio!

Cuando quisieron darse cuenta, el codo de Tomás se había estrellado contra la boca de José, que empezó a sangrar por el labio. Todos lo miraron con estupor, incluso su propio hijo. José cargó contra él, aunque poco pudo hacer, Tomas era más musculoso y no tenía ningún miedo de hacer daño. Esteban se interpuso para proteger a su padre de un nuevo golpe levantado el brazo para proteger a ambos, iba a clases de taekwondo desde hacía unos años, junto a Dani. Este por instinto le atacó, dándole a Esteban una patada en el costado. Gloria quedó consternada al ver la batalla que se estaba desarrollando a su alrededor, dándose cuenta de que así, no iban a conseguir nada y si salían los otros habitantes de la casa, estarían en una clara desventaja; cosa que no tardaría en suceder si seguían por ese camino.

—¡Basta, deteneos! —bramó Gloria, interponiéndose entre ellos con los brazos extendidos—. Dani, si te lo piensas mejor y decides venir a casa, siempre serás bien recibido. José, Esteban, nos vamos.

Gloria entre lágrimas se acercó a Dani para darle un beso de despedida, abrazándolo con fuerza. Este, confuso y aturdido miraba a su alrededor sin saber qué hacer. Mientras veía cómo sus visitantes se subían en el coche y tomaban la salida, desde el interior de la casa, Begoña les observaba.

—Papá, yo... me voy un rato a mi habitación.

—Espera hijo, estás aturdido por la escena que acabas de presenciar. Vayamos a desayunar y luego salimos a tirar unas dianas. Practicar la puntería siempre viene bien y relaja.

—Está bien.

## 16. Despertar a una dura realidad

Dani estaba inquieto, desde que aconteciese la pelea con la familia de Esteban un par de días atrás, no había vuelto a saber nada de ellos. Era consciente de que allí no había cobertura, por lo tanto era imposible saber si habían intentado comunicarse con él. Varias veces tuvo la intención de coger el móvil con la idea de llamar y disculparse por el arrebató; incluso había andado los dos kilómetros que lo mantenían incomunicado, aun así, en el último momento, un sinfín de dudas lo acechaban.

Cogió el porro que había liado un rato antes y se sentó bajo el árbol para fumar tranquilo y evadirse de todo. Ese árbol, seguía trasmitiéndole serenidad y sosiego. No debería ser así, bajo él su madre se había quitado la vida, pero... Dio una larga calada y luego empinó la botella de *whisky* que había cogido de la cocina, sin ser consciente de que esa actitud no era propia de un niño de apenas quince años; sin embargo, eso era lo bueno que tenía el vivir sin normas.

Sus oídos detectaron un sonido a su derecha y giró la cabeza para encontrarse con Begoña.

—Hola, ¿qué haces aquí? ¿y mi padre?

—Ha ido al pueblo con Alberto y Sofía para hacer unas compras.

Dani enrojeció al imaginar lo que su padre y Alberto estarían haciendo con la chica en esos momentos. Si no estuviese Begoña con él, se regodearía imaginando todas esas escenas. Pero se sentía incómodo al tenerla delante, mientras se preguntaba por qué su padre se había llevado a Alberto y no se lo había sugerido a él mismo, pues, desde hacía unas semanas, su vida sexual había evolucionado a gran escala.

Begoña lo miraba indecisa. Dani se apartó un poco para que se sentase junto a él.

—Dani, ¿quiénes eran esas personas que vinieron el otro día?

—Esteban y su familia. A él lo conoces, estuvo aquí hace unas semanas.

—Parece un buen chico.

—Lo es. No sé qué me pasó. Cuando vi que le estaban pegando a mi padre, salí en su ayuda sin pensar en nada y ahora no hago más que darle vueltas a lo sucedido.

—Debiste regresar con ellos. ¿Es verdad que mi familia me está buscando?

El rostro de Dani se giró hasta que fijó su mirada en la de ella. En un momento repasó toda la conversación que acababan de tener.

—Begoña, ¿qué intentas decirme? ¿No eres feliz aquí? Creí que estabas enamorada de mi padre.

—Y lo estoy, pero...

—¿Pero? —la animó a seguir hablando al ver que se detenía.

—¿Sabes por qué se ha ido Sofía con ellos?

—¿Tú lo sabes? —entrecerró los ojos Dani al preguntar.

Ella asintió mientras sus mejillas se humedecían por el fluir de las lágrimas que habían salido de la nada.

—Cuando lo hago contigo es diferente, me recuerdas a él, es como tener sexo con la misma persona, pero con edades diferentes. No sé si me explico, es como hacerlo con él de joven y de más mayor, no me da aprensión. Además, tú me caes bien, pero con Alberto... no puedo.

—¡Pues no lo hagas! —Un escalofrío lo recorrió al imaginar que la respuesta a la pregunta que estaba a punto de hacerle fuera positiva—. ¿Me estás diciendo que te acuestas conmigo porque mi padre te obliga a hacerlo?

—Dani, sácame de aquí, por favor. ¡Quiero volver a casa! —suplicó entre sollozos.

—Pues... díselo a mi padre y que te lleve.

—No es tan fácil huir. Tu madre nunca lo consiguió, ¿verdad?

—¿Qué significa eso?

—He oído cosas. Al principio del verano, cuando aparecisteis tú y tu madre, me sentí confusa, ya tenía bastante con lidiar con Sofía y de pronto aparecía la madre de su hijo, a quien parecía rondar creyendo que yo no me había dado cuenta de nada. Enseguida me di cuenta de que Victoria no suponía ningún problema para mí, pues ella no lo alentaba en absoluto. Tomás le prometió a Sofía que me dejaría a mí si ella conseguía seducirte, pero tú la rechazaste. Ella me echó en cara que tendría que acostarse con Alberto para no perderle, por eso me enteré. Y yo, tonta de mí, pensé que en mi caso se conformaría con que tú fueses esa tercera persona, pero hace unos días me exigió que debía ser Alberto el que formara parte de ese trío. No sé, no me fio de él. No me gusta, nos mira de una forma que me produce escalofríos.

—Pero si tiene a Sofía que lo complace, ¿para qué quiere tenerte cerca? No le supondrá ningún problema dejarte ir.

—Tú no lo entiendes. Sabe que antes o después aceptaré. No tenía a dónde ir hasta que la madre de Esteban dijo que mis padres querían que volviese. ¡Quiero volver a casa! Quiero recuperar mi vida.

—¿Y el resto de las mujeres que están aquí? ¿Lo están por voluntad propia?

—No lo sé. A mí me daba la impresión de que Sofía lo tenía superado, que no le importaba que él estuviese conmigo, pero, al parecer no es así y ahora me rehúye. No quiero entrar en la dinámica que imagino me espera para recuperarle, le quiero, pero...

—Hablaré con mi padre, le convenceré para que te deje ir.

—Gracias, eres un buen chico. Sal de aquí antes de que te vuelvas como él. —Dani observó cómo Begoña se levantaba e iba hacia la casa sin mirar atrás.

Al día siguiente, Tomás le pidió a su hijo que le acompañase, pues había llegado el momento de familiarizarse con los negocios que algún día serían suyos. Dispondría de un montón de propiedades y dinero en efectivo para vivir a lo grande.

Dani lo miraba sin entender nada. Él conocía la residencia de los ancianos, ya que alguna vez había ido con Tomás y Victoria allí. Los ancianos se alegraban mucho al verle y le contaban sucesos de cuando era pequeño y vivía con ellos. Sin embargo, estaba convencido de que ese negocio pertenecía a Alberto y su mujer.

Cuando llegaron, Aurora les saludó con afecto y les preparó el almuerzo. Los abuelos enseguida salieron a saludar; sin embargo, pronto Tomás dijo que tenían trabajo y lo instó a que se metiera en el despacho de Aurora. Allí, tras un cuadro, se escondía la caja fuerte. Le hizo memorizar la contraseña.

Dentro de la caja había un par de carnés, pasaportes, mucho efectivo y varias escrituras que no sacó de su interior. Dani cogió una de las carpetas en la que distinguió el nombre de Alcobendas, el pueblo dónde había vivido hasta hacía unos meses, y le echó una mirada, leía con rapidez y asimilaba todo a la primera; por eso enseguida dedujo un montón de cosas.

—La casa en la que vivíamos mamá y yo te pertenece desde hace dieciséis años, un año antes de trasladarnos, ¿no? —Cuando Tomás asintió

él continuó—. Siempre he pensado que vivíamos de alquiler.

—Tienes mucho que aprender.

Le habló de las diferentes posesiones y otros negocios mientras Dani preguntaba y absorbía toda aquella nueva información. Al cabo de un rato, abandonaron la residencia y se dirigieron a la casa.

—Papá, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, dispara.

—Es sobre Begoña. He estado hablando con ella y quiere volver a su casa.

—¡Joder, me cago en la hostia! Ya sabía yo que al escuchar que sus padres la estaban buscando querría irse. Pero aún no. He visto cómo la miras. ¿La quieres para ti?

—¿Qué? —preguntó alucinando—. Papá, ¿me estás pasando a tu novia?

—Dani, por favor, no te pongas así —dijo riendo con malicia—. Para mí ya no tiene aliciente. Me quedé desconcertado cuando después de la primera vez siguió acostándose con ambos. Esperaba que se hiciese más de rogar, entonces hubiese seguido siendo un desafío. Ahora, quiero que pase a la siguiente fase, Alberto.

—Papá, ¿alguna vez has querido realmente a —estuvo a punto de decir mamá, pero se contuvo— alguna de ellas?

—Claro que sí. Es excitante ver el poder que se ejerce con una mujer al decirles palabras bonitas. Luego, la vas tentando con pequeñas golosinas, promesas sacadas de debajo la manga; una vida maravillosa a tu lado, y, claro, son jóvenes, entonces ellas mismas llegan a la conclusión de que deben dejar los estudios. La familia intenta separarnos, entonces hay que alejarse de ella. Son inexpertas en el sexo; las enseñas a complacerte y, poco a poco, van innovando, siempre un poco más allá, hasta que llega Alberto y todo lo demás. Te sientes como si fueses un dios, pero, pasado un tiempo, te cansas y necesitas volver a embarcarte en un nuevo proyecto, ya sea con una nueva mujer o un nuevo negocio.

—Como el prostíbulo —afirmó Dani.

—Exacto, acabamos de empezar y está dejando un montón de dinero. Katy es la mejor zorra que hubiésemos podido pillar, y sus amigas son la bomba. Deberías probar —dijo riendo con estruendo— No, mejor no, que aún eres un crío... y le has echado el ojo a mi novia.

—¡Joder, papá! ¡Eres la hostia!

—Siempre lo he dicho. ¡Vas a ser un digno heredero de tu padre! —admitió regodeándose—. Algún día, todo esto te pertenecerá y vivirás como un rey.

—Di que sí, pero de momento te birlo a la novia. Es lo más joven que hay por aquí.

—Es toda tuya, pero cuando consiga que se acueste con Alberto, antes no. —Se quedó pensativo—. ¿Quieres que te consiga una chica para ti? Cuando vayamos al mercado, si ves alguna que te mola, me lo dices. Aunque tiene que tener dieciocho años como mínimo. —Dani asintió.

—Otra pregunta, ya que estamos metidos en faena. ¿Por qué cuándo ya no te sirven no las dejas marchar? Tienes a tres ex acumuladas. No creo que se sientan muy cómodas.

—Se terminan acostumbrando, es increíble el poder de persuasión que tengo. De todas formas, en un futuro tengo planes para ellas; son jóvenes, guapas y sexualmente están bien enseñadas —remarcó con decisión.

—¿El prostíbulo? —preguntó, imaginando la respuesta. Un asentimiento por parte de su padre, corroboró sus sospechas. El resto del camino, Dani, dejó que su padre llevase el peso de la conversación, él tenía mucho en lo que pensar.

Un par de días después, Dani entró en la cocina donde Tomás y Alberto estaban hablando en voz baja sentados delante de la mesa mientras machacaban una planta

—¿Qué hacéis?

—Dejando las cosas preparadas para esta noche. Ya que te interesa mi novia, he decidido acabar cuanto antes y pasártela.

—¿La vais a drogar?

—No soy partidario, prefiero que sean conscientes de que lo hacen por amor, para no ser reemplazadas, pero, ya que la quieres para ti, y Sofía está dando la talla... Pues eso. Esta noche quiero ver cómo se desenvuelve con los dos. Contigo ya sé que no tiene ningún problema, incluso creo que se alegrará de pasar a tu habitación. Y yo, de momento, volveré con Sofía. Mañana comenzaré una nueva búsqueda, en cuanto encuentre a la elegida y la moldee a mi gusto, Sofía ya pasará a la historia.

—¿No crees que Begoña verá raro que esta noche os la tiréis y a continuación la echéis de tu lado? —comentó Dani—. Creo que voy a

tirármela yo antes, así seré su paño de lágrimas y vendrá a mi habitación voluntariamente.

Dani subió a su cuarto. Cerró la puerta y se dejó caer en la cama cubriéndose los ojos con las manos. No quería irse de allí, no sin saber qué le había pasado a su madre, porque estaba seguro de que las respuestas estaban en esa casa, en esa misma gente que había estado allí tres meses atrás. Nadie se enfrentaría a su padre, aun así, esperaba tener tiempo para sonsacar información. Tras hablar con Tomás se dio cuenta por lo que debió pasar ella y la admiraba con todo su ser. Pero ella había sobrevivido a su hechizo, había conseguido huir de ese mundo y refugiarse en otro pueblo, en otra gente. Resurgir de las cenizas y hacerse fuerte. ¿Por qué de repente volvían recuerdos de su niñez que creía olvidados para siempre, con una madre triste y reservada que se desvivía por él? Recuerdos en los que se veía en brazos de una pareja a la que no conocía mientras los tres lloraban abrazados. Tenía sueños en los que oía gritos en la noche mientras él corría en la oscuridad hacia esa voz; sin embargo, la puerta estaba cerrada y no podía abrirla. ¿Dónde habían estado esos recuerdos hasta ahora? ¿Debía olvidarse de su objetivo y marcharse de allí? Recordaba cada segundo pasado con Victoria, cada charla, cada palabra. ¿Cómo había estado tan ciego? No pudo evitar cubrirse el rostro mientras sentía que sus ojos se llenaban de lágrimas y su respiración se volvía irregular. «¡Mamá!, ¿por qué no me pediste ayuda?», le gritó al cielo en silencio.

No sabía el tiempo que había pasado cuando volvió a abrir los ojos. Se levantó con rapidez y se pasó el dorso de la mano por el rostro, mientras un nuevo sollozo pugnaba por salir, aunque era consciente de que no podía perder más tiempo. Si dejaba que Begoña pasase la noche en esa casa, sabía que no se lo perdonaría nunca. Fue al baño y se lavó la cara. Apoyó las manos en la pared, viendo el reflejo de su rostro, perdiéndose en él. Era el mismo reflejo que el de su padre, pero más joven. En eso Begoña tenía razón, sabía cómo se vería dentro de unos años; sería realmente atractivo, carismático, podría conseguir a cualquier mujer, manejar a todos a su antojo. Su padre se lo había dicho infinidad de veces. Dani cerró los ojos, apoyó su frente en el espejo, junto a la imagen que este le devolvía y suspiró con resignación. Encontró a Begoña en el comedor y le hizo una seña para que lo siguiese de nuevo al piso de arriba.



—Begoña, nos vamos de aquí, ahora. Coge solo tu documentación, ni ropa ni nada de nada.

Ella asintió. Fue a la mesita y cogió el DNI. Se quedó mirando unos pendientes y un colgante y se los puso.

—Vámonos, no podemos perder tiempo. Ponte unas deportivas y haz lo que yo te diga.

Tomás y Alberto, a través de la ventana de la cocina, vieron cómo Dani y Begoña salían de la casa charlando con camaradería. Ambos les siguieron con la mirada.

—Tu hijo va a cumplir su palabra y se la va a tirar. Me da a mí que la vamos a pillar saciada —dijo Alberto con fastidio—. Míralos, si hasta hacen buena pareja, son dos críos. —Tomás se acercó a la ventana y observó cómo Dani cogía a Begoña por la cintura y le plantaba un beso en la boca.

—Este va a ser peor que tú. ¿Le has dicho lo de Sofía? ¿Ha aceptado? —preguntó Alberto.

—Sí. Me ha dicho que no le atrae, pero que se la puede llevar a la explanada y entretenerla mientras nosotros terminamos con lo de Begoña. La verdad es que mientras Sofía no se entere de lo que estamos haciendo, me da igual lo que haga con ella. No me apetece perder terreno con ella por echar un polvo con Begoña. Si no fuese por el subidón que me va a dar el verla al fin con los dos y tenerla a nuestra completa merced —en sus ojos se pudo apreciar ese destello que Victoria siempre temió—, se la pasaría directamente a mi hijo.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Begoña.

—He cogido dinero. El pueblo más cercano está a ocho kilómetros. Deberíamos coger un autobús desde allí que nos acerque a Madrid. En cuanto pille cobertura, llamaré a José para que nos recoja por el camino. Si no hay un autobús en esa dirección, cualquiera servirá; la cuestión es ganar tiempo e ir a la policía.

Cuando llegaron a la estación, cansados, sudorosos y con la respiración acelerada, Begoña apoyó las manos en las rodillas para recuperar el aliento mientras Dani seguía corriendo para comprar los billetes, pues el autobús estaba a punto de efectuar la salida y los pasajeros ya se estaban subiendo a

él. En cuanto estuvieron instalados en sus asientos, Begoña apoyó la cabeza en el hombro de Dani y este la rodeó con el brazo, luego le besó la coronilla mientras le susurraba: «Cierra los ojos y descansa, yo cuidaré de ti». Ninguno de los dos se paró a pensar que no era más que un niño de quince años quien hacía la promesa. Las personas que había a su alrededor los miraban y se sonreían entre ellos; eran dos criaturas que se habían escapado de casa para vivir su gran amor. Dani les devolvió la sonrisa y a continuación volvió a llamar a José, quien le dijo que ya estaban en camino y los interceptarían en alguno de los pueblos en los que el autobús tuviese parada.

Ya era de noche cuando llegaron al lugar acordado. Se apearon del autobús y cuando estaban a punto de tomar asiento en un banco destinado a ese fin, un coche les hizo una señal encendiendo y apagando las luces largas varias veces. Dani cogió la mano de Begoña y echaron a correr en esa dirección. Gloria les pasó una botella de agua, de la que dieron buena cuenta.

—Tranquilos, ya estáis a salvo.

—Lo siento —susurró Dani. Gloria desde el asiento del copiloto le apretó la mano con determinación.

—Dani, eres parte de nuestra familia. Sabes que Esteban te quiere como si fueras su propio hermano y a nosotros nos encantaría que te quedases en casa —admitió José.

—Gracias. Me comporté como un estúpido. Esteban, siento haberte pegado. Jamás debí hacerlo. —Ambos cruzaron la mirada y después se abrazaron entre lágrimas, pues ninguno de los dos pensó que sus caminos volverían a cruzarse— ¡Dime que ese no era yo! ¡Prométeme que nunca permitirás que me convierta en mi padre! No soy como él, ¿verdad?

—Tranquilo, ahora todo está bien —susurró Esteban sin romper el abrazo—. Te lo prometo, jamás permitiré que seas como él.

Dani se giró para ver cómo se encontraba Begoña.

—Gracias a todos. Os debo la vida. Dani, siento haberte hecho ver la realidad de una forma tan drástica. No sabía a quién acudir, y no, no eres como él. Te has arriesgado mucho al sacarme de ahí en contra de los deseos de tu padre. Ya te lo dije, eres un buen chico. No dejes que nadie te convenza de lo contrario. —Tras cogerse de la mano, ambos cerraron los ojos y se quedaron dormidos.

Gloria y José se arrepentirían toda su vida por haber esperado a dar la voz de alarma hasta llegar a su municipio, dejando que los jóvenes durmiesen y se recompusiesen antes de ir a la policía, ya que cuando estos se presentaron en la casa con la orden pertinente del juez, Tomás y Alberto habían desaparecido sin dejar rastro.

Dani les facilitó la dirección de la residencia con la condición de que lo dejaran ir con ellos. Al principio se negaron, mas, el poder de persuasión de Dani era mayor que sus argumentos en contra. Enseguida les hizo ver que los ancianos lo conocían desde siempre y hablarían con él con más soltura que si veían aparecer a un montón de policías uniformados con las sirenas encendidas. No tuvieron más remedio que aceptar que, sus argumentos eran válidos, además de que había sido quien les había pasado toda la información.

En cuanto se presentaron los dos coches de policía en la residencia, todos los internos salieron a ver qué pasaba; no era habitual tener visita y menos de ese tipo. Susurraban entre sí, expectantes, mirándose unos a otros y diciéndose entre ellos mediante gestos que ignoraban lo que estaba pasando. Aurora se abrió camino, mientras les instaba a volver a meterse en casa. Cuando vio a Dani bajar del vehículo corrió hacia él.

—Dani, cariño. ¿Qué sucede?

—Hola, Aurora —la saludó con dos besos—. Estos hombres han venido a haceros unas preguntas. ¿Has visto a mi padre últimamente?

—Él y Alberto estaban por aquí hasta hace un rato, parecían nerviosos, ¿qué ha pasado?

—Señora, ¿sabe dónde está su marido? —preguntó un joven policía.

—Con Tomás.

—Podría hacer el favor de llamarlo.

—Por supuesto. —Aurora, junto a Dani y dos de los policías, entró en el despacho en busca del móvil—. No contesta. Si están en la casa no hay cobertura —aclaró la mujer.

Los policías asintieron a la vez; luego, uno de ellos, le pidió que abriese la caja fuerte. Aurora se sentó en la silla junto al escritorio y de uno de los cajones sacó una llave, después abrió un falso compartimento por el que apareció la típica caja verde de metal con el hueco para meter la llave.

—Aurora, ¿en este despacho sólo hay esa caja fuerte? —preguntó Dani, recibiendo un arqueado de cejas de parte de los policías.

—Claro, cariño. ¿Cuántas quieres que tengamos? Esto es una residencia, tiene su categoría, eso no voy a negarlo, pero tampoco es que deje mucho dinero.

Los policías vieron cómo la mirada de Dani se desviaba hacia un gran cuadro situado en la pared, detrás del escritorio. El joven, sin pedir permiso a nadie, se dirigió hacia él y lo cogió de uno de los lados, estirando hacia fuera, dejando a la vista una enorme caja fuerte. Aurora se llevó las manos a la cara, cubriendo su boca, con los ojos desorbitados.

—¿La abro? —preguntó Dani tras girarse y encarar a los policías, ambos asintieron.

La caja estaba vacía, los carnés, pasaportes, dinero en efectivo y escrituras habían desaparecido. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, el joven policía recibió una llamada en esos momentos y se alejó de ellos para poder hablar. Dani miraba la caja con los ojos entristecidos, una honda pena se cernía sobre su persona. ¡Por eso no habían salido en su búsqueda al ver que tardaban en volver! Se habían preocupado más en borrar sus huellas porque sabían que habían sido traicionados por la persona que menos esperaban.

El policía volvió a acercarse. Su rostro no expresaba ninguna emoción.

—En la casa principal tampoco están.

—Por favor, ¿puede preguntar si está Sofía? —preguntó Dani con un nudo en la garganta pensando en el prostíbulo al que pensaban llevarla en unos meses y del cual no sabía la dirección.

El policía marcó de nuevo, en cuanto contestaron lanzó la pregunta a bocajarro sin apartar la vista de Dani. Al cabo de un momento asintió levantando el dedo pulgar y comenzó a tomar apuntes. Tras colgar, leyó los nombres allí apuntados de los habitantes de la casa. Solo Tomás, Alberto, Dani y Begoña estaban en paradero desconocido.

¿Irían a por él para obligarle a mantener la boca cerrada o se centrarían en huir y lo dejarían tranquilo?

## Segunda parte

## 17. Dani

*Año 2018*

Una moto negra de gran cilindrada cortó el silencio de la noche, deteniéndose delante de un pequeño y concurrido *pub*. El chico que la conducía vestía vaqueros desgastados, botas resistentes y cazadora acolchada. Aún no había terminado de apearse cuando se vio rodeado por un montón de jóvenes que le chocaban la mano con gran energía y se acercaban a saludar. En cuanto le dieron un respiro, bajó del vehículo con gran seguridad y, a continuación, se quitó el casco. Las rastas que adornaban su cabeza emergieron largas y desafiantes. Dani abrió la puerta del *pub* y tras franquearla se encontró con un montón de rostros conocidos. Varias chicas le saludaron con un beso en la boca. Él, como de costumbre, se dejó hacer. Soltero empedernido y sin tapujos, a sus veintinueve años seguía conservando ese aspecto juvenil y despreocupado que lo caracterizaba. Alto y musculoso, de mirada inteligente, sonrisa picarona y extremadamente extrovertido. Era un tipo que siempre se llevaba una segunda mirada, sobre todo por parte del sexo femenino, por ese aspecto morbosos y desinhibido.

Tras saludar a todos los que se cruzaban en su camino, Dani cogió el vaso de tubo con un líquido transparente que le había puesto el camarero nada más verlo entrar y se sentó en un alto taburete junto a Esteban.

—Hola, ¿qué tal va todo? —preguntó Dani tras chocar su vaso con el de Esteban.

—Bien. Creí que ya no vendrías.

—Y casi no lo hago. Esta tarde he estado en los juzgados.

Esteban no se inmutó ante el comentario, pues Dani conocía a todos los policías, jueces, asistentes sociales, psicólogos y todo aquel profesional que tuviera que ver con los jóvenes que tenían problemas de adaptación o judiciales. Todos ellos veían en él a un amigo, alguien en quien poder confiar y sabían que con él los jóvenes estaban en buenas manos, aunque a primera vista costase de creer.

—Me han llamado para ver si podía hacerme cargo de una muchacha de diecisiete años y la estaba ayudando a instalarse. He podido venir porque la

he dejado en manos de las otras chicas del albergue. He pensado que, en estos momentos, entre mujeres se sentiría más cómoda —dijo mientras sacaba el teléfono móvil y lo dejaba sobre la barra tras comprobar que no tenía ninguna llamada ni wasap.

—¿Puedo ayudar en algo? —se interesó Esteban.

—Sí. El sábado la tengo que llevar a ver a su hermano pequeño. Una pareja de policías jubilados lo tienen en acogida hasta que se resuelva todo. ¿Me acompañarás?

—Por supuesto.

La conversación quedó zanjada. Esteban era consciente de que Dani no entraría en detalles mientras que este sabía que su amigo terminaría enterándose de todo lo que tenía que ver con el pasado de la joven; sin embargo, a él nadie lo culparía por incumplir el secreto profesional. Esteban trabajaba en un gran periódico y a pesar de ser muy introvertido tenía un «algo» por el cual siempre conseguía que la gente terminase hablando.

—Joder, estoy que me subo por las paredes. A ver si pillo a alguna tía para desfogarme —comentó Dani.

Ambos miraron a su alrededor; Dani con una sonrisa especuladora y Esteban sopesando las posibilidades de su amigo según el tipo de chicas que en esos momentos había en el local.

—Dani, siempre que te lo propones pillas cacho.

—La verdad es que sí. Soy un tipo fácil y no demasiado selectivo. Tampoco tengo problemas a la hora de repetir —remató con un guiño.

Eso también lo sabía Esteban. Dani siempre iba con la verdad por delante, él ofrecía sexo sin ningún tipo de ataduras. Esteban era todo lo contrario, formal, extremadamente maduro y poco amante de las bromas. Era alguien en quien podías confiar y sabías que no te fallaría, lo había demostrado con creces. Eran inseparables a pesar de ser polos opuestos.

—Mirad a esos —observó Dani, señalando la puerta con un movimiento de cabeza—. Me parece que se han equivocado de garito, se les ve muy pijos y estirados, pero... ¡menuda rubia! Voy a ver si al final de la noche le he enseñado cuatro cosas —afirmó para luego alejarse con una sonrisa lasciva en busca de la chica de ojos claros y curvas pronunciadas.

—¡Hola, chicos! —les saludó Dani—. No os había visto nunca por aquí. Es agradable ver caras nuevas de vez en cuando. Acercaos a la barra y tomaos alguna cosa.

Dani, con una sonrisa que no dejaba lugar a dudas de cuál era su propósito, cogió a la rubia entrelazando sus dedos y obligándola a abandonar la puerta para entrar en el local. Ella lo observó intentando hacer una valoración; el chico estaba buenísimo, tenía algo que eclipsaba todo a su alrededor. A pesar de no ser su tipo ni ella mujer de una sola noche, por una vez, estaba dispuesta a hacer una excepción. Al fin y al cabo, no pensaba volver a poner los pies en ese sitio ni volver a verlo nunca más.

El camarero sonrió e hizo un movimiento afirmativo cuando Dani pidió cuatro chupitos y sin dejar el trapo con el que estaba limpiando la barra comentó:

—Hace un rato se ha acercado un hombre para proponerme pasar marihuana y hachís en el *pub*. Le he dicho que no iba a consentir que se trapicheara en mi puesto de trabajo y, con mucha educación, le he invitado a abandonar el local.

—Bien hecho. Además, si queremos trapichear tenemos a Dani y Esteban. ¡Aunque sean un desastre y los pillasen en el primer trabajillo! —dijo Héctor, un chaval delgaducho y moreno de dientes desparejos y risa escandalosa. El camarero y un par de chicos que se hallaban cerca se unieron a sus carcajadas.

—¡Joder! A buenas horas abrí la boca, con lo guapo que estoy calladito —masculló Esteban avergonzado.

—Si no fuiste tú —le aclaró Héctor disfrutando del momento al ser el centro de atención—. Dani puso la historia como ejemplo de que hasta los más legales pueden tener un tropiezo en un momento dado y todos tenemos derecho a que nos den una segunda oportunidad. Al ver la cara que ponías no pudo contener la risa y se os vio el plumero.

Ese episodio de su vida sucedió en el primer año de carrera, cuando se dejó convencer por Dani para ir a pillar marihuana para una fiesta y los detuvieron en una redada con todo encima. Años después aún se avergonzaba del suceso, mientras que para el otro protagonista no era más que una anécdota.

Dani, cerca de ellos, entrecerró los ojos sin dejar de observar a la rubia. En vez de esa sonrisa seductora que le dedicaba segundos antes y el brillo que había percibido en su mirada, ahora se daba cuenta de que no estaba pendiente de él, sino de la conversación que mantenían a su espalda. Al verla por primera vez, le había sonado su cara, sin saber dónde ubicarla,



estaba seguro de que no era la primera vez que la veía. Al cruzar su mirada con la de Esteban y ver la cara de fastidio que este ponía, le preguntó:

—¿Conoces a Esteban?

—No —respondió ella con rotundidad.

Dani le hizo una señal para que este se acercase, pues acababa de recordar dónde la había visto con anterioridad.

—Hola, Celeste —matizó Esteban poniendo mala cara—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Me estás espiando?

—Vamos, Esteban, ¿crees que me rebajaría a hacer algo así? —precisó esta.

—No lo creo, estoy seguro. Pareces un pez fuera del agua, tanto tú como tus amigos.

—Pues mira, a los cinco segundos de estar aquí, he descubierto que tienes antecedentes. Vaya casualidad.

—Rubia, ¿le estás amenazando? —preguntó Dani.

—No. Pero es un «as» que me guardo bajo la manga.

Esteban trabajaba en un periódico bajo las órdenes de Joseph, padre de Celeste y, por lo tanto, esta lo consideraba su subordinado y con derecho a mangonearlo, tanto en el trabajo como fuera de él.

La chica dejó entrever una sonrisa de superioridad. Dani estaba a punto de increparla cuando vio que el camarero se acercaba con una copa en la mano y una determinante mirada. Al llegar a su altura, el vaso que contenía un líquido morado se le escurrió de la mano empapando la blusa de Celeste, quién le devolvió una mirada cargada de odio y prepotencia, decidida a demostrar lo que valía su nombre y su estatus. Enfadada, achicó los ojos dispuesta a amonestarlo, no obstante, percibió algo a su alrededor que la obligó a detener el torrente de insultos que le venían a la mente: varios chicos la observaban atentamente, al acecho, listos para actuar si hacía falta.

—¡Lo has hecho a propósito! Vayámonos de aquí —ordenó a sus amigos con determinación—. No aguanto más ante la presencia de estos pobretones maleducados. —Celeste, con una mirada feroz, se dirigió hacia la puerta convencida de que sus amigos seguirían sus pasos. No se equivocó, antes de abrir la contrapuerta que aislaba el ruido, observaron cómo desdoblaba la cazadora que durante todo el rato había mantenido bien plegada bajo el brazo con el forro a la parte de arriba para evitar que se ensuciase y se la colocó alisándola antes de salir, disimulando así la mancha de la camisa. En cuanto se marchó, todos reanudaron la conversación.

Al día siguiente, Esteban entró en el albergue en el que Dani trabajaba y sin avisar a nadie se dirigió al comedor. Al abrir la puerta vio que cuatro de los chicos estaban afinando sus instrumentos para comenzar a ensayar. Las tardes se dedicaban a descubrir nuevas aficiones o perfeccionar las que ya poseían.

—Hola, Esteban. ¿Cuál es tu canción favorita?

—Cualquiera de Morat.

Ante su asombro, escuchó al cantante entonar *Yo contigo, tu conmigo*, y enseguida los instrumentos se unieron a la voz. Cuando terminaron, Esteban les sugirió varias canciones de diferentes estilos. Los había visto actuar varias veces en el *pub*, aunque siempre con un mismo repertorio.

Al cabo de un rato se presentó Dani ante él con un refresco en la mano.

—Hola. ¿Cómo lo lleva la chica nueva? —preguntó Dani con una sonrisa maliciosa y la idea de sonsacarle más información.

—Es un encanto —confesó, risueño, Esteban—. Tiene mucha iniciativa y es realmente preciosa. Estamos preparando una gala benéfica. ¿Crees que a tus chicos les gustaría tocar en ella?

—Juan y compañía, ¡venid! —exclamó Dani.

Les habló de la sugerencia de Esteban y estos aceptaron encantados, alegando que estaban de sobra preparados para enfrentarse a un público selecto y prometiendo que no le defraudarían. Esteban había puesto varios anuncios en el periódico para que se diesen a conocer, pero esa idea no había dado frutos. La gala era una magnífica oportunidad.

Cuando los Muchachos, así se llamaba el grupo, volvieron a su ensayo, Dani continuó con la charla que había interrumpido.

—Después de la amenaza al enterarse de que tenías antecedentes, ¿la Bruja —apodo que le habían dado a Celeste en el *pub*— te ha hecho algún comentario al respecto?

—No directamente. Pero hay miradas que lo dicen todo. Nunca nos hemos llevado bien, pero si quieres que te diga la verdad, la evito todo lo que puedo.

—¿Quieres que mañana me pase por el periódico y le diga cuatro cosas? Así también conoceré a «tu» Beth.

—Sí. Y no es mi Beth. Es muy joven y soy su jefe.

—Muy joven ¿Qué tiene? ¿Dieciocho? ¿Diecinueve años?

—No tan joven. Veintitrés.

—Bueno, mañana me paso por allí y le doy un escarmiento a la Bruja.

—Muy bien.

Dani dio un buen apretón de manos a Esteban cuando entró en su despacho, seguido de un gran abrazo, como si llevaran tiempo sin verse y no solo unas horas.

En vez de presentarle a Beth, como él esperaba, lo condujo a su mesa. Sin embargo, Dani, apartando una silla, la invitó a tomar asiento con ellos. Al principio, parecía indecisa y cohibida, pero, poco después, la vio coger soltura e implicarse en el proyecto que él les indicaba. Quedaron en pasarse el viernes por el albergue para ver ensayar a Los muchachos y decidir si era el grupo adecuado para la gala. Al levantarse de la silla, Dani le hizo un elocuente guiño a Esteban.

—¿Está la Bruja?

—Sí. Su despacho está en la otra punta de este mismo pasillo —señaló Esteban regocijándose al imaginar la escena que iba a producirse a continuación.

Celeste abrió los ojos desmesuradamente al ver al tipo que acababa de entrar en su despacho y tomaba asiento con toda tranquilidad delante de ella. Se lo veía muy seguro de sí mismo, y debía estarlo para presentarse «así» ante ella.

Dani vestía con unos vaqueros desgastados, a pesar de que no era eso lo que resaltaba de su indumentaria, era la camisa medio desabrochada por la que asomaba un gran colgante con una hoja de marihuana, además de los pendientes perfectamente alineados y pulseras que dejaban entrever las mangas arremangadas de su llamativa camisa, así como el tatuaje en forma de brazalete que adornaba su brazo. Con sus rastas y ese aspecto de chico malo que no se deja guiar por lo socialmente correcto, Dani se encontraba en su salsa. Celeste lo encaró antes de que este percibiera el miedo en su persona.

—¿Qué quieres? —le espetó con desagrado.

—Vamos, nena —dijo Dani con una sonrisa perversa colocando una pierna sobre la otra y las manos cruzadas sobre su abdomen—. Veo que te acuerdas de mí. Quería terminar lo que empezamos el otro día en el *pub*. — Un guiño acompañó sus palabras.

—¡Si te acercas, gritaré!

—¿Más amenazas? —sonrió Dani achicando los ojos.

Al ver que él se levantaba, ella también abandonó su silla, retrocediendo hacia la pared, intimidada por su fuerza y estatura. Dani sabía que poseía el control, y disfrutaba de la escena, recordando las palabras con las que abandonó el local: «pobretones maleducados», no lo eran, y ella no era nadie para faltarles el respeto de esa forma. Sus chicos se esforzaban mucho para ser admitidos en sociedad y él no podía permitir que jugasen así con sus sentimientos. Con las manos en las caderas y una sonrisa enigmática se acercó a ella.

—¿No ibas a gritar? ¿A qué estás esperando? —Al ver que ella no decía nada, continuó—: Ya te has formado una idea preconcebida de mí y de toda la gente que me rodea, ¿verdad? No sabes nada de nosotros, puede que no vistamos con ropa de marca ni que tengamos todos los caprichos que el dinero puede comprar, pero te voy a decir una cosa: ¡valemos tanto como tú o más!

—¿Seguro? Si grito vendrán todos mis subordinados a ayudarme y llamarán a la policía. Y tú, ¿qué harás? ¿Poner las manos a la espalda para que te esposen?

Cuando quiso darse cuenta, Dani se había colocado tras ella y con los brazos alrededor de su cuello le hablaba al oído.

—No es esa la forma correcta de hablar, no vendrán «tus subordinados», serán tus compañeros los que te defiendan y en cuanto a los policías que me van a esposar, te llevarías una sorpresa. Rubia, mantente lejos de nosotros; yo a los míos los defiendo con uñas y dientes. ¡Que no se te olvide! Nos veremos muy pronto, te lo aseguro. —Afirmó pensando en la gala en la que coincidirían en pocas semanas. Luego se dio la vuelta y se alejó en dirección al despacho de Esteban.

Celeste, aún con el miedo en el cuerpo, trastabilló hasta sentarse en su mesa y se cubrió los ojos con las manos respirando profundamente, luego se acercó a la puerta donde lo vio salir del despacho de Esteban con un aspecto mucho más normal.

Cuando cruzaron sus miradas, Dani le lanzó un beso. Ella entrecerró los ojos y lo siguió con la vista mientras todo su cuerpo se veía sacudido por un estremecimiento cuyo significado no supo definir.

## 18. Sí que es posible cambiar

Dani, desde la esquina donde se encontraba, observó a su alrededor. Había mucho caché en esa cena. Los cubiertos costaban un dineral, pero la mayor parte de los beneficios se destinarían a una ONG infantil. Esteban le dijo que en cuanto Beth terminase de presentar al grupo, le pediría que subiese para hablar. No estaba nervioso, se le daba bien eso de expresarse en público y nunca cambiaba su aspecto por ello. ¡Él era así! Ese atuendo formaba parte de su persona y se sentía orgulloso. La gente que de verdad le importaba, sabía ver más allá de la superficie. Intuía que más de uno iba a llevarse una sorpresa esa noche, sobre todo la Bruja, sentada en la mesa presidencial.

Cuando escuchó que Beth lo reclamaba, se separó de la pared en la que se hallaba apoyado y se acercó al estrado con pasos rápidos y seguros. Subió las escaleras y le dio un fuerte abrazo antes de que ella le pasase el micrófono y bajase del estrado, dejándole solo. Tras dedicarle una mirada de soslayo a la rubia, se presentó como el psicólogo juvenil y encargado del albergue ubicado a las afueras de la ciudad. Los que no enmudecieron con la presentación, lo hicieron con su discurso, pues los dejó a todos con la boca abierta, incluso a la Bruja, que lamentaba que esa primera noche terminase mal. Ahora veía sus músculos marcados bajo la ropa y esos ojos claros que la hipnotizaban, prometiendo pasión desenfrenada. Ese pobretón maleducado era un diamante en bruto, aunque no para ella.

Los Muchachos triunfaron, todos los invitados se marcharon con el teléfono del albergue y el e-mail de contacto por si deseaban contratarlos para algún evento. También observó que los cuadros expuestos en el pasillo se habían vendido en cuanto dijo que las pintoras eran un par de chicas afincadas en el albergue. No sabía el dinero que se habría recaudado en la gala; sin embargo, estaba seguro de que el albergue cogería popularidad debido a ese evento.

Unos días después, cuando Esteban le pidió oficialmente una entrevista para escribir un artículo debido al auge que estaba teniendo el albergue,

Dani rio mientras le decía que pasase de la entrevista e hiciese el artículo directamente, pues dudaba que pudiese darle alguna información que ignorase.

Todo tomó sentido cuando admitió que iba a hacerla con Beth. Además de ver cómo trabajaba, quería volver a verla fuera de la oficina, donde todo era más serio y meticuloso.

—La otra vez tuvimos que emborracharte para que te lanzases, ¿esta vez, también? —preguntó Héctor, sentándose con ellos y sonriendo con picardía al recordar cómo Esteban se le había insinuado a Beth.

—Joder, ¿aquí nunca hay intimidad para poder hablar con un amigo? —espetó Esteban molesto.

—Ya sabes que no, somos todos como una gran familia y sólo queremos ayudar; Beth, nos gusta mucho —insistió de nuevo Héctor.

—Yo me ocupo de Beth. Dejadme a mi aire, ¿vale?

—Vale, siempre que te comportes como un hombre. —Dani hurgó en la herida.

—¡Joder, Dani! ¿Tú también?

—Tú lánzate y yo me ocupo de que no te rellenen la copa sin que te des cuenta —corroboró Dani.

La entrevista fue un éxito, y la celebración en el *pub* aún mejor, pues esa noche se afianzó la relación entre Esteban y Beth. Pero la mejor noticia fue cuando Dani les hizo saber que el Ayuntamiento le daba permiso para utilizar el Aula de Cultura durante un fin de semana para hacer lo que quisieran y sacarse un dinero extra.

Sentados alrededor de la mesa, comenzaron a organizarse:

—¿Qué tipo de paradas creéis que podemos montar? —especuló Dani.

—Bisutería. Nosotras nos encargamos de hacer los diseños.

—A mí se me da bien la repostería; puedo hacer tartas para venderlas a porciones. Si hacemos cafés y llevamos refrescos, la gente se quedará a merendar allí.

—Estupendo, me gusta. ¡Venga chicos, más ideas! —les animó Dani.

—Mireia y yo pintaremos más cuadros, además de llevarnos todos los que están repartidos por el albergue —comentó Silvia.

—Nosotros tocaremos en directo, a ver si con un poco de suerte nos contrata alguien. Por cierto, por si alguien no lo sabe, este próximo sábado amenizaremos un cumpleaños. —Todos empezaron a mirarse unos a otros

con una sonrisa en el rostro. Sí, lo sabían, llevaban toda la mañana repitiéndolo como si aún no se lo creyesen.

—Necesitamos un nombre para el evento. ¿Alguna idea? —preguntó Dani.

—Feria Segundas Oportunidades —Héctor subió la mano por delante de los ojos abriendo la palma y moviéndola delante de él, como si lo estuviese viendo escrito pues la coletilla «Segundas Oportunidades» era el nombre extraoficial que le daban al albergue.

—Nosotros, en el periódico podemos hacer folletos publicitarios para atraer a la gente —especuló Esteban.

—Esteban, ¿no se podrían hacer pancartas grandes como las que se ponen en las paradas de autobuses?

—Sí. Héctor, ¿las haces tú y nosotros las imprimimos?

—¿Qué medidas?

—Mañana hablo con Joseph y ya te digo algo.

—¿Qué os parece si hacemos recetarios de repostería para vender? Así, a quienes les gusten las pastas, podrán comprarlos y hacerlas ellos mismos.

—¿Tú sabes cómo hacerlos? —le preguntó Esteban.

—No —contestó la joven enrojeciendo.

—No pasa nada, los hará Beth —afirmó Esteban—. Primero tengo que pedirle permiso a Joseph. Por cierto, todo esto habrá que hacerlo fuera del horario laboral —le especificó a Beth.

—Ningún problema —declaró esta con un brillo en los ojos, pues se le notaba que estaba disfrutando con el proyecto.

Al fin llegó el gran día. Ese fin de semana el local les pertenecía. Un gran ajetreo inundaba la sala. Dani, con una caja en la mano observó a su alrededor, todos estaban eufóricos. Mireia aguantaba un cuadro mientras Silvia le decía que bajase la mano izquierda para que quedase recto. Algunos lienzos más ya se exponían a su lado. Lorena, delante de su expositor de tartas, le pedía opinión a Beth, mientras los chicos colgaban las baldas o afinaban instrumentos. Todos estaban ocupados, todos excepto Celeste, que en una esquina lo observaba todo desde la distancia. Dani, con la sangre hirviendo, le espetó soltándole una caja entre los brazos:

—Puedes acercarte a nosotros, ¿sabes? No tenemos nada contagioso, como mucho se te pegará algo de empatía y humanidad, que no vas sobrada de eso, por cierto. —Se dio media vuelta y volvió a salir.

Celeste miró la caja y luego a su alrededor. Sin saber muy bien qué hacer y con pasos trémulos comenzó a andar hacia donde se encontraban las mujeres, esperando su rechazo y miradas cargadas de odio. Pero nada de eso sucedió, al verla, una de ellas le salió al encuentro.

—Chicas, acaban de llegar las cajitas para la bisutería —se emocionó María—. Hay tres tamaños, cuando vendáis algo, lo ponéis aquí dentro, en la parte de arriba está escrito el teléfono y *email* del albergue por si alguien quiere hacer algún pedido. Venid todas a ponerlos los complementos.

Un montón de manos comenzaron a hurgar en las diferentes cajas para ver qué combinaciones les iban mejor con la ropa que llevaban.

—A ver a ti que te ponemos —la chica, pensativa, escrutó a Celeste con la mirada—. Anda, quítate esas joyas, hoy toca promocionar lo que vendemos.

Celeste se las quitó y las metió en el bolso. Otra de las chicas se le acercó con una base de madera llena de pendientes, colgantes, anillos, lazos, tocados, cinturones. Cuando terminaron de arreglarse se hicieron una foto todas juntas.

Al ver la foto, Celeste no pudo refrenar el impulso y se acercó al espejo. Su rostro se veía mucho más juvenil, parecía una más, destacando de una manera diferente a la que su madre le había enseñado desde siempre. Le habían desabrochado otro botón de la camisa por el que asomaba un colgante blanco y azul semejante a un atrapasueños con unas plumas colgando a conjunto con los pendientes. Unos anillos azules adornaban sus dedos y en el brazo llevaba una gran pulsera compuesta por cuatro tiras de semillas engarzadas entre sí.

Se extrañó al ver que la esperaban para sacarse la foto. Cuando escuchó la petición de esa joven, ni se le pasó por la cabeza que contaran con ella. Por un momento, pensó en la posibilidad de darles su número de teléfono para que le pasasen las fotografías que acababan de hacerse: sin embargo, luego recapacitó: «¿Qué esa gente pudiese comunicarse con ella para otro fin que no fuese pasarle las fotos? ¡Ni de coña!».

Débora, la madre de Celeste, era la perfecta anfitriona. Dani, se preguntaba, qué demonios hacía ella recibiendo a la gente si él y sus chicos habían hecho todo el trabajo. Reconocía que el tirón mediático se debía al periódico, pero... Sus pensamientos se vieron interrumpidos al acercarse Beth y sus amigas a saludar. Todas ellas llevaban algún complemento que



acababan de comprar y le hicieron saber que iban a merendar. Dani, con una sincera sonrisa, les agradeció el gesto. También Cristian, el padre de Beth, le presentó a varios de sus compañeros de trabajo y alumnos que habían ido acompañados de sus padres.

El viernes solo estuvieron detrás de los mostradores los jóvenes que en esos momentos vivían en el albergue. El sábado hicieron turnos, ya que todo aquel que en algún momento tuvo algo que ver con el albergue o directamente con Dani se ofreció a ayudar. A media tarde del sábado y viendo que las expectativas estaban más que superadas y aún les quedaba el domingo, un par de chicas comentaron que se iban al albergue a hacer más complementos de bisutería, ya que se estaba vendiendo muy bien y había que aprovechar ese fin de semana para recaudar el máximo dinero posible. Beth lo oyó y les pidió permiso para que sus amigas fuesen a ayudar. Cuando quisieron darse cuenta, Celeste se había unido al grupo.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Dani.

—He oído que necesitabais ayuda y he venido.

—Vaya. ¿Te has separado de las faldas de tu madre para venir y ayudarnos o para mañana poder pasarle el informe de lo que hemos hecho y cómo vivimos? ¡Obsérvanos bien, igual hasta aprendes algo! —exclamó para después dar media vuelta y alejarse de ella.

Celeste, indecisa, miró a su alrededor. Dani no se había equivocado, pues esas eran las instrucciones de Débora. Se acercó a la chica que unas horas antes le eligió los complementos y le preguntó cómo podía ayudar.

—Siéntate a mi lado y te voy indicando.

Un rato después, Celeste levantó la cabeza y observó a su alrededor, habría unas treinta personas, todas jóvenes, hablando y riendo mientras hacían lo que les mandaban, sin quejarse, trasnochando, sabiendo que no iban a cobrar por ello, pero disfrutando de la mutua compañía. Unos chicos se sentaron en la mesa de detrás. Celeste bajó la cabeza y se dispuso a escuchar. Enseguida se dio cuenta de quiénes eran, pues, con lápiz y papel en mano, comenzaron a escribir el nombre de canciones para aumentar el repertorio. El resto de chavales también hizo sus aportaciones.

Cuando Celeste volvió a levantar la cabeza, se sobresaltó al ver a Dani sentado enfrente de ella.

—Hace unos días, nos reunimos todos para ver qué hacíamos con el dinero que sacásemos. ¿Te interesa saber qué vamos a comprar?

Ella asintió, percibiendo el escrutinio de Dani.

—Necesitamos renovar los ordenadores. Todo el *marketing* lo han hecho Esteban y Beth desde el periódico porque lo que tenemos aquí está obsoleto. Nos los dio tu padre cuando cambiasteis los vuestros, de eso hace ya unos años. Hemos decidido comprar al menos uno de sobremesa, otro portátil y una impresora. Luego, también queremos cambiar la televisión. —Elevando el entrecejo, la señaló—. Esta es pequeña y cuando hay un partido de fútbol importante siempre terminamos viéndolo en el *pub*. A veces no nos apetece salir porque es tarde o hace frío, pero no nos queda otra. Si sobra dinero, nos volveremos a reunir y entre todos decidiremos en qué lo gastamos, esas son nuestras prioridades, ¿Cuáles son las tuyas?

—Todo lo que acabas de decir lo tengo en mi habitación —afirmó Celeste condescendiente.

—Me lo imagino. Podrías hacer la buena acción del día y regalárnoslo para luego decirlo en una gran exclusiva, ¿no crees?

—¿Es una pregunta trampa?

—Celeste —dijo mirándola de arriba a abajo—, de ti no aceptaría ni una botella de agua. —Luego se levantó y elevando la voz anunció—. Chicos, muchas gracias por vuestra ayuda. Espero veros a todos por allí mañana, pero ahora, cada uno a su casa, que mañana nos espera un día movido y os quiero a todos descansados. Interactuad con la gente, hay que quitarse prejuicios de encima unos y otros. No os quedéis con la primera impresión y hurgad más allá de la superficie. Buenas noches a todos.

El fin de semana fue agotador. Todos estaban muy contentos pues se vendió la mayor parte de lo confeccionado. A Los Muchachos también les pidieron tarjetas para ponerse en contacto con ellos, ya que durante el verano se celebraban las fiestas patronales y querían contratarlos. Estaban todos eufóricos mientras desmontaban y limpiaban el local para dejarlo igual que antes del evento. Celeste se encontró con la mirada de Esteban; una sonrisa se dibujó en su cara y ante su asombro, Esteban se la devolvió. Mientras se quitaba todos los accesorios, pensó que sería capaz de renunciar a todo por sentirse como lo hacía en esos momentos, libre y feliz. Sin pensárselo demasiado, se acercó a María con el móvil en la mano y comenzó a teclear unos números. Cuando se alejó, Dani fue en busca de María, pues tenía curiosidad.

—Hola, preciosa. —Ambos se abrazaron con una sonrisa en el rostro—. ¿Qué te ha parecido toda esta movida?

—Genial. Se ha vendido todo y hemos recogido un montón de dinero. Y lo de los encargos para los detalles de la boda y el bautizo ha sido alucinante, pasaremos unas tardes muy entretenidas.

—¿Qué quería Celeste?

—Nos hemos pasado el número de teléfono. Me ha pedido que le pase las fotos que nos hicimos el viernes.

Dani la buscó entre la gente. Advirtió que solo se colocaba unos pequeños pendientes de oro, intuía que dentro del bolso llevaba todo su ajuar. Cuando quiso darse cuenta, se había detenido delante de una pequeña caja de madera y la comisura de sus labios se ensanchó mientras rebuscaba en su interior.

Celeste se puso en tensión al sentir un suave roce en el cabello.

—No te muevas —ordenó Dani mientras le apartaba el pelo y se lo echaba a uno de los lados. Celeste sintió un cosquilleo en la nuca y su piel se erizó ante el contacto mientras bajaba la mirada y observaba asombrada el colgante que había llevado hasta hacía un rato—. ¿Ves cómo no ha sido tan difícil? —le susurró al oído—. Gracias por ayudarnos. Te lo regalo, no es de oro ni de piedras preciosas, pero me gusta cómo te queda. —Volvió a cogerle el pelo y tras darle un suave beso en la mejilla lo dejó en su sitio. Luego se marchó. Celeste lo vio dirigirse a la mesa donde estaba el dinero y sacar su cartera, dejó un billete y apuntó algo en una libreta. Ella esperó a que volviese a mirarla en algún momento, no lo hizo. Al cabo de un momento lo vio hablando con Esteban y Beth.

—¿Cómo os conocisteis? —Preguntó Beth.

Esteban y Dani se sonrieron, sin palabras se lo dijeron todo y algo despertó en el corazón de Beth. Hacía poco que había empezado a salir con Esteban, y aunque sabía que no eran hermanos, ella lo consideraba su cuñado, parte de la familia.

—Hasta los seis años yo no empecé a ir al colegio —explicó Dani—. Vivía con más gente en una gran casa en medio de la nada y mi contacto con niños era más bien escaso. El curso ya estaba empezado, mis padres fueron el primer día a hablar con la directora. Cuando se marcharon, ella iba a llevarme a la clase, pero sonó el teléfono. En esos momentos, Esteban pasaba por allí, así que nos hizo cogernos de la mano y le pidió que me llevase a clase y cuidase de mí.

—Y veinte años después sigo haciéndolo —ante ese último comentario, Esteban se llevó un codazo en todo el estómago y Dani siguió con la explicación.

—Desde el principio nos hicimos amigos. Yo estaba empeñado en que me siguiese e hiciésemos alguna gamberrada, pero el muermo este casi siempre me detenía. ¡Es verdad! —exclamó cuando el codazo le fue devuelto—. Así que tenía que conformarme juntándome con malas influencias, como decía mi madre, y muchas veces terminaba en el despacho de la directora. Nuestras madres se hicieron amigas, así que, poco a poco, terminé alejándome de estas y uniéndome permanentemente al grupo de Esteban: «los empollones», más interesados en estudiar que en ir de fiesta y conocer a chicas. Así que siempre era yo el que ligaba y si veía que a alguno le hacía gracia alguna chica, pues me alejaba para no entorpecer aún más sus lentos avances.

Beth sonrió al ver que Esteban se tapaba la cara mientras movía la cabeza a ambos lados.

—¿Y tus padres? —en cuanto hizo la pregunta, Beth notó que algo no iba bien. No le cupo duda que había metido el dedo en la llaga.

—Mi madre murió cuando yo tenía quince años —extrajo una foto de la cartera y se la enseñó. En ella vio a una joven rubia de ojos claros que delante tenía a un niño precioso de unos diez años.

—¿Y tu padre? —se arriesgó a preguntar.

—No lo sé. Por ahí. Cuando murió mi madre, me quedé una temporada con él. Todo era fantástico. Nada de normas, el paraíso para un adolescente. Pero... no era todo tan perfecto como yo imaginaba. Los padres de Esteban removieron cielo y tierra para que me pudiese quedar con ellos. —Los dos hombres cruzaron una mirada llena de significado que sólo ellos entendieron.

Unos días después, vio a Celeste entrar en el *pub*, y recordó que María le había comentado que a esta le gustaba mucho el colgante; sin embargo, no tenía con qué combinarlo y le había encargado varias cosas más. Supuso que había quedado en dárselos y por eso estaba allí. Buscó a sus amigos, pensando que si la habían acompañado sería fácil dar con ellos, pero se equivocaba, aunque más lleno que de costumbre, no había nadie que destacase.

—Hola, Celeste —la saludó cuando la vio acercarse.

—Hola —le sonrió para luego acercar los labios a su mejilla.

—¿Qué te trae por aquí?

—Le encargué unas cosas a María y he venido a recogerlas. Nunca había usado este tipo de complementos y me gustan.

—Pásate cuando quieras por el albergue y que las chicas te aconsejen.

—Sí, eso haré. ¿Dónde están Esteban y Beth? Esperaba encontrarlos aquí.

—Vendrán de un momento a otro. —La vio asentir y luego mirar a su alrededor—. Celeste, si me cuentas en qué estás pensando te invito a una copa.

Ella entrecerró los ojos, ¿cómo sabía Dani que su mente estaba lejos de allí?

—El otro día, cuando el camarero me tiró la bebida encima, os insulté. Dije lo primero que me vino a la cabeza. En la feria... fue raro, me daba miedo acercarme a vosotros y de repente me vi integrada, fue un fin de semana muy interesante. —Le sonrió al pensar que el rapapolvo de Dani fue lo que la obligó a dar ese primer paso—. Hoy no estamos en público, esta es tu gente, no hay por qué aparentar. Venía con la idea de coger las cosas y salir corriendo. No me quedé con la cara de nadie, pero el camarero es el mismo y supongo que la mitad de esta gente también.

—En efecto, son los mismos, pero mientras no te metas con nadie, estás a salvo; si no, yo seré el primero en ponerte de patitas en la calle. A mis chicos siempre les digo que tienen derecho a una segunda oportunidad, no la desaproveches. ¡Estás en desventaja! —remató con un guiño.

—También se me ha pasado por la cabeza lo que pensaría mi madre si me viese con unos pobretones como vosotros. Y antes de que te enfades, recuerda que prometiste invitarme a una copa si te contaba en qué pensaba. Quiero un *gin-tonic* de esos que se sirven en copa ancha con trocitos de...

—¡Celeste! —la cortó Dani contrariado.

—¿Qué? —gritó al verse interrumpida.

—Este es un garito de pobretones, quieres un *gin-tonic* con un vaso de tubo limpio y un par de hielos.

—Sí, eso quería decir.

Un rato después se acercaron un par de chicas que se echaron encima de Dani sin previo aviso, manoseándolo con descaro; si bien, a este no pareció disgustarle la situación, mientras que ella tomó conciencia de que no

pintaba nada allí. Cuando Dani quiso darse cuenta, Celeste había desaparecido. Sonrió para sí mismo al imaginarla como Elsa, la princesa de la película *Frozen*, rubia y majestuosa, con el corazón frío como el hielo, pero muy necesitada de contacto humano y cariño; cosa que nunca se atrevería a reconocer.

Tanto Dani como sus chicos pasaban mucho tiempo en el *pub*, pues lo regentaban chicos que hasta hacía pocos meses habían vivido con ellos. Cuando Dani comenzó a trabajar en el albergue, enseguida se dio cuenta de por qué estaban todos tan alterados y qué era lo que él echaba en falta y era un desfogue nocturno. Cuando le contó la idea al director del centro, se vio metido de lleno en la mayor discusión que habían tenido hasta la fecha; no obstante, no dio su brazo a torcer y se los llevó de fiesta. La cosa terminó como ya esperaba, borrachos y con resaca. Eso no había vuelto a suceder y cuando los dueños decidieron alquilar el local, el primero en enterarse fue él.

La política de Dani con sus chicos era sencilla, cuando estaban preparados y habían decidido a qué querían dedicar su vida, les animaba y les facilitaba el trabajo dentro de sus posibilidades para que emprendieran su camino y lo hacía como un proyecto común. Entre todos pintaron y asearon ese local. Ahora, descargaban los pedidos y bebían gratis, dos dedos de bebida alcohólica y el resto de refresco, de forma que, aunque tuvieran un vaso en la mano toda la noche, el gasto no era grande, nadie volvía borracho al albergue y la afluencia de personas, animaba a que la gente, al verlo lleno, entrase. El ambiente era bueno, después de la feria Segundas Oportunidades, el albergue estaba siendo el centro de atención. Les seguían muchos jóvenes que querían conocerlos y sabían que frecuentaban ese local. Los jueves atraían clientela con promoción: iban tres consumiciones al precio de dos; y el próximo miércoles empezarían unas clases de baile, cuyo profesor, por supuesto, años atrás, vivió en el albergue.

Al ver a Celeste traspasar la puerta para unirse a las clases, no le sorprendió, pues Esteban lo había puesto al corriente. Inconscientemente, se emparejó con ella. Cuando el profesor les pidió a los hombres que pusiesen las manos en la cintura de su acompañante, él extendió la palma hasta abarcar todo lo que estaba a su alcance y la atrajo con posesión. Ella rio mientras rodeaba su cuello, permitiéndose acariciar su nuca con suavidad,

tentándolo. Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de Dani y la pegó a su cuerpo mientras se movía al compás de la música como el profesor indicaba. Celeste se separó de él para enfrentar su mirada mientras estiraba la comisura de los labios en una insinuante invitación. En esos momentos se oyó un comentario que hizo que ella hiciese una mueca y él se destornillase de risa.

—¡Cambio de pareja! Coged a la persona del sexo contrario que tengáis más cerca, hay que fomentar la unión del grupo.

Dani cogió a Beth, y después a unas cuantas chicas más. Cuando les pidieron que volviesen con la pareja original enseguida se dio cuenta de que algo le había sucedido. Al preguntarle qué le pasaba, Celeste desvió la mirada hacia Esteban mientras comentaba que nada que no se mereciese.

Al finalizar las clases Dani, la vio salir junto a Esteban y al cabo de un rato observó que Beth entrecerraba los ojos mientras su mirada escudriñaba cada rincón del local. Esteban le había comentado que ella era muy celosa, así que decidió interceptarla y salir juntos. Al ver a su amigo abrazando a Celeste, pensó que lo que pasase durante las clases habría sido solucionado y sonrió. En cambio, Beth se puso a gritar y maldecir a Esteban hasta que este la cogió y la arrinconó contra la pared, lanzándose contra su boca. Celeste abrió los ojos de forma desmesurada al verlos perder el control de esa forma en apenas unas milésimas de segundos. Su mente se evadió, imaginándose a sí misma con el tipo que en esos momentos la cogió con fuerza del brazo y le espetó:

—Tú, para adentro que ya has mirado bastante.

Ella entrecerró los ojos, retándolo con la mirada mientras le contestaba:

—No te hagas el listo que tú estabas haciendo lo mismo. —Con un movimiento brusco dejó su brazo en libertad y entró en el local. Dani la siguió con la mirada y una sonrisa se dibujó en su rostro.

Una vez dentro, se quedó hablando con los chicos, imaginando la misma escena que momentos antes tenía Celeste en la mente, y conjeturando el montón de problemas que surgirían después si la llevaba a cabo. Había varias chicas en el local que sabían su proceder y accederían gustosas. En cuanto a Celeste, aún no había catalogado a qué grupo pertenecía.

## 19. Siguen sin pruebas

Dani fue a su despacho para esperar en condiciones a la visita que estaba a punto de llegar. En ese cubículo tenía los informes de sus chicos y bastante papeleo de subvenciones y cosas por el estilo; aunque era raro que llevase a cabo las terapias en él. Le gustaba más que esos adolescentes no fuesen conscientes de que las estaba realizando, se hacía el contradicho y charlaban, o aprovechaba que estaban todos en el comedor para hacer puestas en común y que expresasen sus ideas. Solo si se metían en algún lío o cometían una estupidez eran atendidos en ese despacho, por lo tanto, que los citase allí, ya era una reprimenda. Pero esa visita que estaba esperando lo mantenía en ascuas. Sabía que era importante y esperaba que tuviese que ver con lo que tenía en mente, si no, se llevaría una gran decepción.

Se encontraba de espaldas cuando oyó su nombre y se giró con rapidez con la mano extendida, pero esta quedó en el aire al ver a una joven que retrocedía con ojos asustados y la respiración acelerada. Cuando el policía la cogió del brazo para retenerla, una gran sonrisa escapó del rostro de Dani al entender qué estaba pasando. Ella, al ver esa expresión en su cara, se tensó y con movimientos violentos se soltó de sus captores entre golpes y patadas y huyó despavorida. Los dos policías y el comisario salieron rápidamente en su búsqueda. La chica corría por el gran huerto en dirección a la salida cuando Dani vio a Héctor que entraba por ella.

—¡Héctor, no la dejes escapar! —rugió Dani.

El comisario se dio de cabezazos al entender lo que acababa de pasar. Dani lo había descubierto mucho antes. Todos los jóvenes salieron a ver qué era ese escándalo, por lo que aún se acrecentó más la inestabilidad de la chica, que se vio rodeada por jóvenes desconocidos.

—Violeta, tranquilízate. No es Tomás —le explicó el inspector. Ella se sentó en el suelo donde Héctor la había tumbado y se cubrió la cara mientras los espasmos la sacudían.

Dani se sentó de la misma manera en la que ella se encontraba y tomó la palabra:

—No levantes la cabeza y escúchame —dijo Dani a media voz.

—Espera —ordenó el inspector—. Por favor, entrad en casa. Esta conversación es privada. —Dani, sólo entonces, se dio cuenta de que sus



chicos habían estado observando la escena.

—Mi nombre es Dani y por la reacción que has tenido, imagino que sigo pareciéndome a mi padre. También el huerto, la instalación del goteo y todo lo que hay por aquí debe haberte sorprendido si sigue usando el mismo método que cuando yo logré escapar.

—¿Conseguiste escapar? —preguntó dubitativa levantando la cabeza.

—Sí y llevarme conmigo a la que en esos momentos era su novia; de eso hace ya quince años, luego le perdimos la pista —dijo observando al inspector—. ¿Quieres que sigamos hablando aquí o vamos al despacho? Allí estaremos más cómodos. —La chica se levantó mirando a su alrededor.

—¿Te sientes cómodo viviendo aquí? —preguntó.

—No vivo aquí. Soy el psicólogo de este albergue y tengo a todos estos chicos bajo mi responsabilidad. Mi padre será lo que será, pero los métodos que utilizaba para la agricultura eran buenos y los complementos de bisutería se vendían bien. Aquí pueden elegir diferentes *hobbies*, es una manera de tener a los chicos ocupados en lo que les gusta. ¿Vamos dentro?

Ella asintió. Al cabo de un rato, cuando se despidieron en la puerta del albergue, Violeta le dio dos besos antes de irse, mientras Dani, con una sonrisa en el rostro, le decía: «cuídate».

Dani le pegó un gran trago a su *whisky* antes de seguir hablando con Esteban:

—Tendrías que ver cómo ha reaccionado esa chica, con auténtico pavor. Hay fotos en la casa de cuando Tomás llevaba rastas. Ha comentado que al verme ha sido como retroceder en el tiempo. Se ha asustado, ha sido desconcertante, su vista volvía a mí una y otra vez.

—No entiendo por qué la han llevado al albergue. Teniendo una familia que la apoya, lo lógico sería que la interrogasen y la dejaran al cuidado de ellos. La policía, como algo extraoficial, te podría dar los detalles del caso.

—Esteban, llevo media vida buscando a mi padre. Esta es la primera pista que hay en años. La foto que poseen de él se la facilité yo y nuestro parecido sigue siendo asombroso, aunque ya no lleve rastas.

Esteban lo observó. Dani tenía un aspecto curioso, realmente era muy parecido a su padre, tanto en su rostro como en su personalidad y carácter. Ambos eran líderes natos, la gente los seguía con solo chasquear los dedos y eran capaces de conseguir a cualquier mujer que se propusiesen.

Dani estudió psicología juvenil con la esperanza de ayudar a jóvenes como él, como Begoña y su propia madre. Encontró trabajo en el albergue dónde aconsejaba desde su propia experiencia. Les hacía ver a esos chicos que todo el mundo tenía derecho a equivocarse y tener una segunda oportunidad, aun así, ese «todo el mundo» no incluía a su padre. Se había propuesto aprovechar esas cualidades que lo hacían perfecto como líder para serlo, aunque con un fin completamente diferente al de su progenitor

—¿Qué les ha contado? —preguntó Esteban.

—Es la última adquisición de la comuna, apenas tiene diecinueve años. Según ha comentado, conoció a un joven en un mercadillo y lo dejó todo para irse con él. Una vez en la comuna, conoció formalmente a Tomás, pues, aunque estaba en el mercadillo, no se dio a conocer hasta empezar a convivir con ellos. Han mantenido largas charlas y le ha cambiado la forma de ver las cosas. No ha querido entrar en detalles ni creo que esté preparada para hacerlo en estos momentos, se la veía muy incómoda y no creo que fuese solo por el parecido con mi padre. No sabe nada de ninguna otra casa ni de sus negocios, solo que se encarga de distribuir la faena a los chicos y chicas que viven con él.

—¿Cómo ha logrado escapar? —quiso saber Esteban para ir encajando las piezas y que no se quedase nada en el tintero, pues sabía la importancia de cada pequeño detalle.

—Empezó a ver cosas que no encajaban y tenía claro que el que mandaba allí era Tomás, así que aprovechó que mi padre no estaba para acercarse a su novia y hablar con ella. Al día siguiente vio que la joven la rehuía. La cogió de la muñeca para saber qué pasaba y observó que tenía pequeños hematomas en el brazo, le acabó confesando que mi padre le había aconsejado que no interfiriese en su vida. Violeta se sobresaltó, sobre todo porque vio cómo metían a la joven en un coche a la fuerza, tuvo miedo e ideó un plan para escapar. Su madre había tenido apendicitis y ella sabía los síntomas. Le hizo creer a mi padre que estaba mal y cuando la llevó al hospital se parapetó detrás del guardia de seguridad y lo delató. Tomás huyó. Cuando la policía ha ido a la dirección que les había facilitado la chica, pues imagínate, nadie sabía nada ni de Tomás ni de Alberto.

—Y de Aurora, ¿sabes algo?

—Nada nuevo. A ella la metieron en una residencia y los ancianos se tuvieron que trasladar a la casa de los padres de Aurora, que era la única

posesión a la que no le había metido mano, hasta que se solucionó todo y volvieron a sus antiguos hogares.

Quince años atrás, Aurora, cuando descubrió que su marido la había manipulado, se quedó trastocada y con un montón de deudas. Lo que pagaban los internos no era suficiente para mantener la residencia y pagar la hipoteca. Los ancianos se vieron en la calle, sin posesiones ni ningún sitio para vivir. Ella había sido acogida por la iglesia, pero nunca se repuso. Solo una pregunta rondaba por su mente día y noche: «¿qué había hecho mal para que Dios la castigase de esa forma?». Dani le había explicado que ella no tenía la culpa de nada, que era una víctima más; sin embargo, ella había dejado de escuchar, parte de su mente quedó relegada a algún lugar del cual no quiso volver.

—Lo siento. Dani, antes o después, darán con él. Ten paciencia y sigue ayudando a estos chicos, estás haciendo un gran trabajo.

—Lo sé, pero por un momento me creé tantas expectativas. Creí que ya lo teníamos. Me duele lo que está haciendo con esas chicas y no poder ayudarlas. Es muy duro. Imagino que en el prostíbulo hay una nueva adquisición y eso me carcome por dentro —especificó.

Dani esperó un par de días para acercarse de nuevo a la comisaría para preguntar por las novedades sobre el caso de su padre, pensando que la joven les habría dado algún tipo de información en la que apoyarse para iniciar una investigación. El inspector movió la cabeza hacia ambos lados con una mirada de pesar y le informó de que no habían encontrado nada relevante y, a continuación, lo puso al día sobre las últimas pesquisas.

—Hemos rastreado las cuentas y no hay movimientos. La casa pertenece a un par de ancianos que fallecieron sin tener hijos y los sobrinos no quisieron entrar en litigios legales, sobre todo al ser conscientes de que en la casa había okupas. Los forenses han encontrado varias huellas y ADN de diferentes personas en la casa, entre ellas las de dos chicas desaparecidas además de la que logró escapar. Hemos emitido una orden de busca y captura. Dani, lo encontraremos.

—Lo sé. Nunca he perdido la esperanza —afirmó con gran seguridad—, pero me fastidia que siga manipulando a la gente. Quiero verlo entre rejas, poder mirarlo a la cara para decirle que es un hijo de puta y... necesito saber, qué pasó para que mi madre terminase quitándose la vida. —Se le formó un nudo en la garganta, impidiéndole respirar y desvió la mirada mientras se

llevaba la yema del dedo a su ojo izquierdo—. Además de quitarles la libertad e inocencia a tantas otras. Violeta ha tenido suerte, hace años que ninguna vuelve a la casa de sus padres.

Tras un momento de duda, Dani, miró de frente al inspector y reconoció una verdad que, aunque sabía desde hacía quince años, solo lo había admitido ante Esteban y sus padres.

—¿Sabes qué es lo peor de toda esta historia?

—¿Qué? —preguntó el policía.

—Si no me hubiesen sacado a la fuerza de ese ambiente, ¿sabes quién sería el líder en estos momentos?

—No, Dani. No te mortifiques.

—Estoy seguro de ello. ¡Sería yo! —exclamó angustiado—. Me negué a ver lo que estaba sucediendo. ¿Crees que no tengo carácter como para liderar algo así? Heredé el don de liderazgo de mi padre, soy capaz de manipular a la gente y hacerles ver lo que me conviene en cada momento.

—No me cabe duda de que lo haces. Por eso eres tan bueno en tu trabajo, te sale de forma natural. Has ayudado a mucha gente, jóvenes que no veían ninguna salida y se habían dado por vencidos. Ahí tienes a Héctor, nadie daba nada por él y míralo. Viste la verdad siendo apenas un crío y huiste de allí sin pensarlo. Tanto yo como mis compañeros acudimos a ti cuando nos llegan adolescentes que sabemos que te necesitan, y tú los necesitas a ellos para hacer las paces con tu madre.

Dani se sobresaltó por el comentario; era algo que su subconsciente nunca se atrevió a admitir. La culpó por haberlo dejado solo, se comportó de una manera egoísta, echándole en cara que, si no quería ir a ese sitio, ¿por qué seguía acompañándole todos los veranos? Pasaron varias semanas antes de que viese la verdad. Su madre siempre tuvo miedo de eso, de que él cogiese el relevo. En pequeños puentes o Pascua, tras unos días con su padre, ella disponía del tiempo suficiente para volver a encauzarlo. Después de tres meses... hubiese sido imposible. Ahora entendía también, por qué, a veces, no podía sostenerle la mirada y la veía tragar con fuerza tras apartarla. Lo había entendido al ver huir a esa joven despavorida al ver su rostro. Su madre, conforme él crecía, iba viendo el gran parecido y no solo físico que compartía con su padre y la gran adoración que le profesaba. Sabía que no podía decirle la verdad, no a esa edad tan temprana porque Tomás lo descubriría y sería capaz de cualquier cosa para mantenerlo a su lado.

## 20. La reforma

Unos días después, Esteban le comentó a Dani que Beth y él estaban llevando una investigación por su cuenta, pues habían decidido buscar al padre biológico de ella. Nadie sospechaba, de quién se podría tratar, porque al morir su madre ocho años atrás en un accidente automovilístico, se había llevado el secreto a la tumba.

Durante la conversación, salió a relucir que Cristian y Beth poseían una propiedad en un pequeño pueblo llamado “Villarejo del Turia”. Una casa grande y antigua, la cual, como no se le hiciesen algunos arreglos, iba a caerse a pedazos; no obstante, los propietarios no estaban psicológicamente preparados para acercarse a ella, puesto que guardaba muchos recuerdos y planes de futuro que ya no podrían llevarse a cabo.

Dani pensó que era una pena tener desaprovechada esa propiedad. Teniendo en cuenta que les había sobrado material de cuando arreglaban el albergue y la mano de obra les salía gratis, les propuso a los dueños reformarla él y sus chicos. Así los tendría entretenidos haciendo algo útil, además de la gratificación personal que ello suponía, también tendrían otro lugar en el que empezar de cero. Algunos de esos jóvenes preferían la tranquilidad y familiaridad que les daban los lugares pequeños donde todo el mundo se conocía y se sentían como parte de un todo, pero, para ello, lo primero era sería integrar a todo el pueblo en el proyecto y hacerles ver a los propietarios que siempre serían bienvenidos.

Esteban organizó una nueva entrevista en el albergue, esta vez con las pintoras. A ella acudieron Celeste y Beth con un fotógrafo. Cuando terminaron, Dani les comunicó que los invitaba a comer en el albergue, pensando que sería gracioso observar cómo se desenvolvía la Pija entre pobretones y puso a sus chicos en conocimiento del nuevo proyecto en el que iban a embarcarse. Todos estaban eufóricos, incluso animaron al fotógrafo a sumarse al proyecto.

—Contad conmigo, se me da bastante bien la fontanería, puedo echaros una mano —observó Salva decidido.

—¡Yo también quiero ir! —exclamó Celeste ante el asombro de todos.

—¿Tú, Princesa? —se cachondeó Dani—. Podrías romperte una de esas preciosas uñas recién pintadas.

—¡Pero serás idiota! —inquirió Celeste enojada—. Quiero ir a echaros una mano, algo podré hacer, ¿no?

—Hombres —masculló Silvia—. Nosotras estuvimos colocando cosas en cajas, nos puedes ayudar.

—No te enfades, Celeste, era una broma. —Dani le pasó la mano por el cuello para acercarla y darle un beso en la mejilla—. Me encanta cuando te pones a la defensiva y echas veneno por esa boquita. —Le pasó un dedo por el labio inferior mientras hacía ese comentario. Si notó el escalofrío que recorrió a la mujer ante ese contacto tan íntimo, no dio señales de ello.

Después de comer, los habitantes de la casa tenían por costumbre llevar a la cocina el plato y los cubiertos que utilizaban y ponerlos en el lavavajillas. Cuando llegó Celeste, este ya estaba lleno, por lo que había que reubicar las cosas. Como era de esperar, ella no había visto un lavavajillas abierto en su vida.

—Princesa, ¿necesitas ayuda? —preguntó Dani apoyándose en la puerta.

—Ya has dejado claro que no se hacer nada, no hace falta que me mortifiques cada vez que abres la boca —protestó molesta.

Dani se apoyó en la pared con los brazos cruzados y una expresión divertida en el rostro.

—¿No te puedes largar un ratito y dejarme tranquila?

—Pues no. Resulta que hoy me toca a mí ponerlo en marcha y estoy esperando a que termines y me dejes sitio.

—¡Todo tuyo! —exclamó Celeste levantando las manos y alejándose tras conseguir hacer sitio.

—Gracias, Princesa —le hizo un guiño.

—¿Puedes dejar de llamarme «princesa»? Tengo un nombre, Celeste.

—No te quejes, hasta hace poco eras la Bruja, ¿no me digas que «Princesa de hielo» no suena mejor? ¡Encima que te he puesto un mote cariñoso!

—Viéndolo así, encima tendré que darte las gracias y todo —exclamó al tiempo que lo empujaba con fuerza para hacerse sitio y poder salir.

Dani sonrió al pensar que sería entretenido verla durmiendo en el suelo y duchándose con agua fría en un baño lleno de humedades. Lo que no tuvo tan claro era si le convenía tenerla tan cerca; le atraía demasiado, e intentar

mantenerla alejada a base de pullas tal vez no funcionase siempre, y no quería involucrarse con ella más de lo que ya estaba.

Ese sábado, después de almorzar, Dani les distribuyó según sus aptitudes; envió a Silvia y a Mireia a ayudar a Salva con los trabajos de fontanería, diciéndole que si necesitaba a más gente se lo hiciese saber; este asintió y junto a las chicas se fue a la cocina.

Un buen rato después, solo Celeste quedaba por allí, con los brazos cruzados y cara de «mala leche» aguardando estoica a que Dani le mandase faena. No le gustaba que la hiciesen esperar, más bien todo lo contrario, estaba acostumbrada a que todo el mundo girase a su alrededor. Eso Dani lo sabía y por ello se regocijaba.

—Celeste, tú quédate por aquí fuera, quiero que hagas de relaciones públicas, seguro que si te lo propones se te da bien, la primera impresión es muy importante, imita a tu madre y sé toda una hermosa fachada.

—¡Vete a la mierda! ¿Por qué sigues teniendo tan mala opinión de mí? ¿Qué puedo hacer para convencerte de que he cambiado?

—Demuéstramelo relacionándote con mi gente; no solo con Esteban, Beth y María. Dales la oportunidad a todos de creer que son lo suficientemente buenos como para codearse con cualquier tipo de gente.

—Eso está hecho. —Una gran sonrisa se mostró en su rostro. Dani sin darle importancia la acercó a su boca y le dio un rápido beso que concluyó antes de que Celeste fuese consciente de lo que estaba sucediendo.

—Oye, ¿no crees que te estás tomando muchas libertades conmigo? —preguntó sin borrar la sonrisa de su rostro.

—¿Por qué? ¿No te ha gustado? —Una sonrisa maliciosa adornó su rostro.

—Pues... no sé. Ha sido todo demasiado rápido. A ver, vuelve a probar —dijo rodeándole el cuello y acercándose a él.

Dani la cogió por la cintura antes de rozar sus labios con suavidad, siguió tentándola con suaves roces hasta que sintió su lengua abrirse camino entre sus labios. La acogió en el interior de su boca, succionando con suavidad; ella gimió apretándose contra su cuerpo y acariciando su nuca. El beso se intensificó mientras sus lenguas danzaban con apremio, impacientes y ansiosas. Dani la cogió del pelo obligándola a levantar la cabeza y, separándose de sus labios, se desplazó por su mandíbula, deslizándose hacia su cuello, mientras su boca implacable daba buena cuenta de la piel sobre la

que se posaba. Ella, entre jadeos, buscó sus labios de nuevo, le gustaba lo que le hacía sentir. Necesitaba besarle y no podía hacerlo si él tenía su boca en la base del cuello y ella la mirada perdida en el techo. Se miraron sintiendo el golpeteo del corazón en el pecho del otro, y se lanzaron en picado sobre la boca ajena. Sus lenguas danzaban frenéticas, mientras toda la piel se erizaba bajo el contacto de sus manos. Una risa ahogada les hizo volver a la realidad.

—Joder, no pretendía que esto sucediese —dijo Dani tras apartarse de ella.

—¿Vas a disculparte por darme un beso? —preguntó Celeste, alucinada—. ¡Por el amor de Dios, que acabas de besarme, no de pedirme matrimonio! —Se alejó de él, colorada y con la respiración entrecortada.

Esa noche fueron a dar una vuelta por las inmediaciones, antes de que Dani se diera cuenta, se habían formado dos grupos, uno de solteros, —que iban todos juntos y charlando— y otro, en el que pudo apreciar que se habían emparejado Salva y Mireia, Esteban y Beth y, junto a él mismo, se encontraba la Pija, charlando con tranquilidad y buenas maneras. No quiso darle más importancia de la que tenía, a pesar de seguir recordando ese beso. Se aseguró de no darle falsas esperanzas. No creía que fuese de las que echaban un polvo y seguían con su vida como si nada hubiese sucedido y eso era lo máximo que él estaba dispuesto a ofrecerle.



## 21. Acercamiento

—Vaya, menudo auge está teniendo el albergue. Es la primera vez que desde el Ayuntamiento nos invitan formalmente a una cena —dijo Dani al terminar de leer la carta que Óscar le acababa de entregar.

—Yo no voy, ya sabes que a mí esas cosas no me gustan. ¿Por qué no te llevas a Esteban?

Cuando lo llamó, este le comentó que él tenía otra invitación y que se la dijese a Celeste. Al fin y al cabo, era la hija de su jefe y así, él podría llevar a Beth sin que hubiese malos rollos entre ellas. Dani aceptó gustoso, le apetecía verla, aunque no quisiese reconocerlo abiertamente. Ella aceptó encantada.

Estaba siendo una velada muy amena. Tras subir al estrado y recoger un premio en nombre del albergue por su labor con los jóvenes, Dani se quedó hablando con la gente que había por allí junto a Esteban, mientras sus acompañantes bailaban en la pista con un grupo de chicas.

Se las quedó observando un buen rato, ajeno a las miradas que el resto de los hombres cruzaban entre ellos al verlo abstraído de esa manera. Físicamente eran totalmente diferentes, mientras Beth era delgada y de cabello claro y ondulado, Celeste tenía el pelo liso y muchas curvas, y él estaba deseando perderse en ellas, aprenderlas de memoria mientras las recorría una a una.

Al cabo de un momento, vio a Esteban coger a Beth por la cintura y a esta besarle como si no le importase quién pudiese estar delante. Dani sonrió pensando en lo feliz y juvenil que se le veía últimamente. Cuando lograron separarse, se acercaron a él para decirle que se iban. Celeste le sugirió quedarse un rato más, pues se estaba divirtiendo y le apetecía seguir bailando. Cuando él aceptó, ella le dio un rápido beso en la boca y se alejó.

Al cabo de un momento, sintió como lo cogían por la espalda y luego unos labios se posaban sobre su cuello dándole suaves besos a lo largo de la garganta y le pasaban la lengua con extrema sensualidad. Dani entrecerró los ojos disfrutando del momento, levantando la cabeza para darle mayor acceso. Al darse la vuelta para apoderarse de su boca, quedó consternado al ver el cabello moreno y corto de la chica en cuestión.

—Hola, guapa, no sabía que estabas por aquí. —No recordaba su nombre. Pensó que probablemente, la primera vez que lo llevó a su casa, ella tampoco sabía el suyo. Miró a Celeste ajena a lo que a sus espaldas sucedía en esos momentos.

—Ven a mi casa y en un rato volvemos, si la rubia con la que has venido pregunta, dile que has salido a buscar alguna cosa —le dijo al oído acariciando su entrepierna.

—La rubia con la que he venido, si se entera, te saca los ojos —aclaró Dani dando un paso atrás.

—Guapo, tú te lo pierdes. —Con una mueca lasciva acompañada de un guiño, se marchó en busca de otra presa.

Con una sonrisa bailando en su rostro Dani se acercó a Celeste en cuanto empezó a sonar una canción de Marc Anthony y cogiéndola por la cintura la acercó a su cuerpo mientras ella reía y se puso a cantar: *Ahora quién, si no soy yo, me miro y lloro...* Celeste elevó los brazos hasta rodear su cuello. Sus ojos se encontraron mientras sus cabezas se acercaban en busca de esa boca que estaban deseando saborear. Ella respondió al contacto abriendo los labios y exigiendo más, parecían no tener suficiente el uno del otro. Sus lenguas se buscaban ajenas a lo que sucedía a su alrededor, exigiendo más y más a cada minuto que pasaba. Los besos ya no eran suficiente, pues las manos también necesitaban explorar. Decidieron abandonar la fiesta antes de terminar de descontrolarse. Salieron con prisas y cogidos de la mano. Por un momento, Dani se detuvo mirando los baños; sin embargo, al final, se lo pensó mejor, se imaginaba los titulares: «Pareja de moda pillada *in fraganti* en el baño, mientras en el exterior la cola para entrar iba creciendo».

Se metieron en el primer portal que encontraron abierto y se acercaron al ascensor. En cuanto se abrió la puerta, Dani la metió dentro sin separarse de su boca y apretó el último botón para disponer del mayor tiempo posible. Comenzó a recorrer sus curvas con desesperación, ansioso como jamás lo había estado, acarició cada recodo de su cuerpo que le quedaba al alcance. Ella no se quedaba atrás, le obligó a levantar los brazos, quitándole el jersey y recorriendo con las yemas de los dedos el tórax y abdomen, suspirando de placer. Al detenerse el ascensor, salieron de este sin separarse y Dani, de un tirón se deshizo de su blusa.

—¡Serás bestia! Esta blusa vale un dineral.

—Por lo que más quieras, Princesa, ahora no. Tócame, ¡vamos, nena! No te detengas.

Ella le hizo caso, nunca lo había hecho de esa manera, tan a la vista, con el morbo que implicaba el que los pudiesen pillar en cualquier momento. Las manos de Dani volaban inquietas por su cuerpo, despertándole sensaciones que ella ignoraba que pudiesen existir. El cuerpo de Dani era duro y fibroso. Celeste deseaba besar, acariciar y lamer cada parte de él, perderse en esas sensaciones desconocidas hasta el momento y disfrutar como nunca antes lo había hecho, ya que ninguna de sus parejas anteriores la había llevado a ese estado de excitación. Estaba agitada y deseosa por experimentar cosas nuevas, quería rendirse entre sus brazos y sentirse deseada.

—Princesa, ¿tienes claro que esto es solo sexo? No hay nada entre nosotros, si mañana veo a una tía que me guste, soy libre de hacer lo que me venga en gana. Solo eres el polvo de una noche, ¿entendido?

No fue consciente de las palabras que acababa de pronunciar hasta que se dio cuenta de que Celeste se separaba de él, y percibió cómo su mano tomaba fuerza para estrellarse contra su rostro. Apenas había luz, solo sombras que se mantenían inmóviles, mejor así, porque intuyó cómo su mano subía hasta su cara y se restregaba el maquillaje.

—Dani, te has equivocado conmigo; no soy una de tus putas.

—Vamos, Celeste, no te pongas así. No lo decía en serio. Me gustas.

—Por supuesto que te gusto para echar un polvo. Me alegro de que me lo hayas hecho saber cuando aún había tiempo para detenernos. ¿Vienes o te quedas? —preguntó, abriendo la puerta del ascensor y bajando el rostro para abotonarse la ropa y que Dani no detectase la desilusión en su mirada.

—Voy. ¿Te llevo a casa? —preguntó tras un momento de duda.

—No, gracias. Puedo coger un taxi.

Dani se quedó solo en el rellano de la finca, mientras veía a Celeste detener un taxi y subirse en él. Se sentó en uno de los escalones y bajó la cabeza hasta apoyarla entre sus manos maldiciendo su imprudencia. ¿Se podía ser más bocazas? Lo que más le fastidiaba era que desde hacía algún tiempo solo le apetecía estar con una mujer y cuando al fin se le ponía a tiro se había asustado ante su respuesta. Admitió, confuso, sin saber muy bien qué era lo que quería, o sabiéndolo demasiado: no quería complicaciones y menos con ella.

El miércoles siguiente se vieron todos en las clases de baile. Todas las mujeres del albergue estaban decididas a hacer de alcahuetas para juntar a Salva y Mireia, el fotógrafo y la joven que hacía unos meses había llegado al albergue tras sufrir malos tratos. Incluso habían creado un grupo de wasap para planificar la estrategia. Dani se había enterado por Silvia, quien había prometido mantenerlo informado; de hecho, la idea de que asistieran a esas clases, había salido de él.

En cuanto vio a Celeste, decidió acercarse a saludarla y pedirle disculpas por sus palabras.

—Hola, Princesa. ¿A qué ha venido esa sonrisa? —le preguntó.

—Estoy contenta, hace un rato he visto que me han incluido en un grupo de *WhatsApp*.

—¡Vaya! Entre todas la vais a fastidiar. Esto parece una conspiración y Mireia necesita ir despacio.

—¡Lo sabemos! Pero de momento, míralos, ahí están hablando ajenos a todo.

—Oye, Celeste, nosotros también necesitamos hablar. Malinterpretaste mis palabras. Me gustas de verdad, pero de momento no quiero meterme en ninguna relación seria con nadie.

—Tranquilo, no pasa nada. Yo también reaccioné por instinto.

—¿Amigos?

—Por supuesto. Aunque se me acaba de ocurrir algo aún mejor —con una sonrisa coqueta y tras guiñarle el ojo, acercó la boca a su oreja, mordiendo el lóbulo de esta y estirando con los dientes. Dani la cogió de la cintura acercándola a él.

—¿Qué propones?

—¿Quieres que vayamos a algún lugar más tranquilo? —sugirió Celeste. A Dani el comentario lo cogió por sorpresa, no esperaba que resultase tan fácil y se sintió confuso. Algo no encajaba—. ¿No dices nada? Mira, tengo una idea aún mejor. ¡Llévate a una de esas que no exigen exclusividad! —Le espetó furiosa mordiéndole en el cuello y succionando con fuerza— ¡Ahí te dejo un «regalito» para que la afortunada de esta noche sepa que no fue tu primera elección!

Celeste se alejó furiosa. Al cabo de un rato la vio hablando con un chico que Dani no había visto con anterioridad. Era rubio de ojos claros, muy de su estilo, parecía salido de una revista para pijos, pensó molesto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Esteban acercándose.

—No la había vuelto a ver desde la cena. ¡Joder! Llevo unas semanas sin echar un polvo. Estoy que me subo por las paredes y para una que se me pone a tiro, le digo que no se haga ilusiones, que yo no me comprometo.

—¿Una que se te pone a tiro? Oye, qué estás hablando conmigo, se te ponen a tiro continuamente.

—Cuando estuve con la última, solo podía pensar en Celeste. Es a ella a la que me quiero tirar y la fastidié.

—Pero ¿a qué vino ese comentario? Debiste cerrar el pico y aprovechar la ocasión.

—Me asusté. Si hubiese mantenido el pico cerrado, habríamos llegado hasta el final, eso te lo digo yo.

—Pues haz el favor de decidirte, te tiras a otra o le prometes fidelidad. La última vez que coincidimos, le metiste mano a mi novia —dijo pensativo, recordando cómo Dani se había acercado a Beth más de la cuenta. Le gustaba ese acercamiento que Dani tenía con todo el mundo, pero con Beth prefería que se cortase un poco—. Y ahora quieres tirarte a mi jefa. ¡La hostia! Me voy que me estás poniendo nervioso. Como no tengo bastante con Beth, ahora también tengo que preocuparme por Celeste. ¡Esto es el colmo! —exclamó molesto.

Dani, divertido, lo siguió con la mirada. Esteban se lo tomaba todo como algo personal. Cuando empezaron las clases, Dani torció el gesto contrariado, Celeste se había emparejado con el tipo rubio. La vio reír y tontear con él, también rechazarlo cuando este intentó besarla.

Su relación con Celeste se había normalizado, tras pedirle disculpas y ser el centro de risas y comentarios durante toda la semana, debido a la escena que todos habían presenciado en el *pub* y llevar estoicamente la marca en el cuello, ella parecía haber aceptado la realidad. No le rehuía, sino que se mostraba amistosa e incluso sus saludos eran más efusivos de lo que cabía esperar.

La tarde anterior habían estado las dos parejas jugando al Pictionary en casa de Esteban. Aunque la idea había partido de él, fue Beth quien la llamó adjudicándose esta como propia.

*Unos días antes*

La investigación llevada a cabo por Esteban y Beth para encontrar a su padre biológico, había dado sus frutos. Ella era el resultado de una aventura que Joseph —el jefe de ambos— había tenido con una adolescente. Él, no fue consciente de que la había dejado embarazada ni de que ella había fallecido unos años después en un accidente de tráfico. Joseph, había quedado destrozado al enterarse de toda la historia y más al saber que ella no había tenido una vida nada fácil. Por lo tanto, Beth y Celeste resultaron ser hermanas.

Demasiadas novedades estaban instaurándose en la vida de Celeste: durante más de treinta años, sus padres habían sido el matrimonio ideal. Era de lo más normal que apareciesen en las revistas de *glamour* por su estilo de vida, en las del corazón por su relación y en las de sociedad porque estaban implicados en un montón de ONGs y galas benéficas. Y, ahora se enteraba de que su padre tuvo una aventura de la cual nació Beth y su madre llevaba media vida espiando a toda la gente de su alrededor.

Al enterarse de que Beth era su hermana, se lo tomó bastante mal; sin embargo, tras los primeros desencuentros, había tenido que asumir que Beth no tenía la culpa de nada y, a pesar de todo lo que les había hecho para fastidiar, tanto a su hermana como a Esteban, ella siempre la había tratado bien. Además de que, si se guiaban por las fotos encontradas, le cabía la duda de que Débora no estuviese relacionada con la muerte de la madre de Beth ocho años atrás y, para terminar de rematar todo este cúmulo de incidentes, ella se sentía atraída por un *hippy* con quien no tenía nada en común, aunque no podía dejar de pensar en él. Nada tenía sentido. Por eso había programado esa comida, quería que Joseph, Cristian y Beth se sintiesen cómodos de nuevo cuando coincidiesen, ya fuese un encuentro programado o por casualidad. Todos necesitaban serenarse.

La partida había quedado en empate y, como premio, Celeste había pedido quedar para comer los cuatro y los padres de Beth; el biológico y el que la había criado desde que era pequeña. Dani había sido más directo, solo había reclamado como premio un beso, y menudo beso, por un momento incluso llegó a olvidar que Esteban y Beth seguían allí. La había empujado contra la pared refregándose contra ella y metió la mano en el interior de su suéter. El carraspeo de Esteban lo hizo detenerse, devolviéndolo a la realidad, incómodo y avergonzado.

—La hostia, Celeste, ¡cómo me pones!

—¡Ya lo he notado! —Había contestado ella mordiéndole el dedo que delineaba sus labios y bajando la vista hasta sus caderas había añadido—. Me parece que en estos momentos no estás en condiciones de darte la vuelta. ¡Chao, *bambino*!

Dani se había dejado caer contra la pared, respirando aceleradamente y maldiciendo ese arrebató que lo había dejado en ridículo. Lo peor era que no conseguía quitarse esas imágenes de la cabeza, ese beso había sido toda una declaración de intenciones. ¡Joder con la Pija, cómo se las gastaba!

En esos momentos se encontraban en el restaurante, resarciendo el pago del juego. El restaurante era de los mejores de toda Valencia, un sitio caro y muy selecto. Se notaba quién iba a pagar y que no era la primera vez que iba por allí. El metre saludó a Joseph y a Celeste por el nombre, mientras que a Esteban le dedicaba una sonrisa de reconocimiento. Dani entrecerró los ojos, fijando su mirada en la mesa que tenía delante, pensando que a él le sobraban la mitad de cuchillos, tenedores y copas. Beth y su padre parecían pensar lo mismo a juzgar por cómo lo miraban todo.

—Princesa, ¿esto lo has reservado tú? Tienes un gusto muy caro. Yo soy más de *pizza* y platos combinados.

—Pues cuando quieras me invitas. Aunque sea una pija no le hago ascos a una buena *pizza*.

—El congelador de Esteban está siempre lleno —afirmó Dani. Aunque era una conversación entre los dos, toda la mesa estaba pendiente.

—¿A mí por qué me metes en medio si yo no he dicho nada? Además, no hace falta que lo jures, cada dos por tres te presentas en mi casa cargado de *pizzas* para jugar a la Play Station.

—¿Qué hay mejor que una *pizza* y una buena partida?

—Yo podría decirte unas cuantas cosas —afirmó Celeste.

—Entonces, si quedamos otra vez para jugar no te llamamos—afirmó Dani.

—Pues claro que sí, no seas memo.

—Pija, a ver si nos aclaramos.

Dani la miró de una forma que la hizo estremecer y la sonrisa pícaro que le dedicó le dijo sin lugar a dudas que sabía qué estaba pensando. Joseph, con la intención de desviar la conversación, que tenía tintes de complicarse en cualquier momento, comentó:

—Qué raro que este reservado estuviese vacío llamando con tan poca antelación.

—¡No lo estaba! Ya verás cuando te traigan la cuenta —corroboró ella.

Dani sonrió, no se equivocaba, a la Pija le gustaba gastar sin control; había tenido toda una vida para aprender. Cuando finalizó la comida, seguía pensando igual, pero al menos ella dio un motivo para el gasto extra, pues entre ella y Esteban habían fotocopiado unas fotos y documentos que había encontrado en la habitación de su madre y había que clasificarlos.

Beth y Esteban dijeron que se iban a pasear, dejando claro que no querían incluir a nadie más en sus planes. Así que los otros, sin más dilación, se fueron cada uno por su lado.

Cuando Esteban le preguntó a Dani si le apetecía ir a la playa a pasar el día, él aceptó sin ser consciente de que solo irían los cuatro.

Al llegar a la arena, ellos se metieron en el agua mientras ellas tomaban el sol.

—¿Qué pasa? —preguntó Dani al ver que Esteban fijaba la mirada en un punto exacto de la playa sin que él viese nada significativo.

—Aquel tipo está fotografiando a Celeste y a Beth —afirmó señalándolo con la cabeza—, debe de ser el informador de Débora.

—Voy a poner nerviosa a la madre de la Pija —afirmó Dani, saliendo del agua seguido por Esteban.

Miró a Celeste con detenimiento: no se había quitado la pamea de paja que conjuntaba con el bikini. La parte inferior era negra y alta con una franja ascendente simulando la piel de un leopardo y el sujetador estampado recogía su pecho alzándolo desafiante. Celeste levantó el rostro; sus ojos apenas se distinguían bajo los cristales polarizados. Dani se preguntó qué costaría todo ese atuendo. Con gran seguridad, más de lo que llevaban las otras tres personas juntas.

—Pija, estás muy guapa, anda déjame sitio.

—Tu toalla es aquella. —Señaló la que estaba en la otra punta, al lado de la de Esteban mientras se apartaba. Él se lanzó sobre ella quitándole la pamea y moviendo la cabeza con fuerza para salpicarla.

—¡Estate quieto! El agua está fría —afirmó riendo.

—Quiero decirte una cosa. —Le pasó el bote de bebida energética que acababa de sacar de la nevera.

Celeste bebió tras incorporarse un poco. Estaba buena y notaba cómo sus sentidos estaban alerta, o ¿sería la proximidad de Dani lo que la hacía estar en ese estado? Volvió a la realidad al sentir un roce sobre sus labios.



—Celeste, ¿dónde estabas? —preguntó el chico sonriendo sobre sus labios tras apartarse apenas unos centímetros.

Le quitó la bebida de la mano dejándola sobre la arena tras hacer un pequeño agujero con la base para que no se volcase. La tumbó sobre la toalla colocándose encima mientras susurraba en su oído:

—Hemos descubierto al investigador de tu madre. Está ahí detrás y he pensado en ponerla un poco nerviosa. ¿Qué dices? Dejas que te bese.

—He oído excusas mejores.

—Estoy deseando hacerlo, pero todo es verdad.

Tras deshacerse de sus gafas, bajó el rostro para apoderarse nuevamente de su boca. Celeste le rodeó el cuello con ambas manos para luego bajarlas por su espalda. Un suspiro escapó de su boca. Flexionó una de sus rodillas para que Dani se acoplase mejor a su cuerpo.

—¡Dani! Me parece que ya ha tomado bastantes fotos. Si queréis continuar con «eso», creo que deberíais meteros en el agua para pasar más desapercibidos. ¡Por Dios, qué os está mirando todo el mundo! —exclamó Esteban con vergüenza ajena ante el espectáculo que estaban dando.

—Dani, vale ya —dijo Celeste colocando ambas manos sobre sus hombros y empujándolo.

—¡Eh, mírame! Te ofrezco un trato —dijo Dani sosteniendo su mirada—. Te prometo fidelidad mientras estemos juntos. Eso significa que no «desaparezco» con ninguna mujer, pero esto que te quede muy claro: sabes que yo soy mucho de besos y abrazos con todo el mundo, voy a seguir igual y si incomodas a mi gente o veo una mala expresión por tu parte, te envío a tomar viento. ¿Queda claro? Y otra cosa, Princesa, eres muy pija para mí. No somos novios ni nada de eso, ¿entendido?

—Entendido —confirmó Celeste con una sonrisa.

—¿Estás segura? Luego no quiero malentendidos, te estoy ofreciendo sexo con exclusividad, no una relación.

—¡Que sí! Ya lo sé.

Cogidos de la mano se metieron juntos en el agua. Dani no las tenía todas consigo, el trato pensaba respetarlo, total, tampoco le apetecía estar con ninguna otra, desde hacía semanas solo la Pija invadía sus pensamientos. Imaginaba sus pechos bajo sus manos, porque verlos, no los había visto. Con ese pensamiento la atrajo, haciendo que le rodease las caderas con sus piernas. Buscó su boca para perderse en ella mientras

acariciaba su espalda, cuando dio con el cierre del bikini, lo soltó. El pecho se encontraba aplastado contra su tórax, así que la separó de él obligándola a dejarse caer sobre el agua, sus tetas sumergidas aparecieron esplendorosas, Dani las abarcó, amasando y estimulando los pezones para luego lanzarse en picado a por ellos. A Celeste le dio por reír. Dani, sacando la cabeza del agua, se la quedó mirando con ojos brillantes de excitación. Volvieron a besarse con más calma.

—Celeste, esto es solo sexo, lo tienes claro, ¿verdad?

—Ya te he dicho que sí —le respondió entre beso y beso.

—Y si tengo ganas, ¿qué hago? ¿Voy a buscarte? —le preguntó separándose de ella.

—¡Por Dios, Dani! ¿Es preciso tener esta conversación en estos momentos?

—Pues sí. Eres la primera a la que le prometo una cosa así, y quiero saber a qué me enfrento.

—¡Mierda! —exclamó. Sus pies tocaron la arena y se desplazó un poco para no tenerlo tan cerca y recuperar la sensatez. Ya que él estaba decidido a hablar en esos momentos, ¿qué podía hacer ella?—. Pues eso, seguimos como hasta ahora: vamos a las clases de baile juntos, quedamos alguna vez para comer, pasar el día por ahí.

—¡Espera! —exclamó alucinando con sus palabras—. Ese no es el trato. Eso es una relación de pareja y yo no quiero eso. Salgamos fuera y hablemos.

Celeste puso mala cara, si bien, le siguió. Esteban y Beth no estaban por allí. Se sentaron en las toallas. Dani, incómodo, no sabía por dónde empezar.

—Ya te había dicho que era solo sexo.

—Dani, no te estoy pidiendo nada que no estemos haciendo ya. Formamos pareja en las clases de baile y hemos comido juntos varias veces.

—Pero con más gente —especificó.

—Vale. Hoy estamos pasando el día en la playa con Esteban y Beth. No te pido más que eso, que continuemos como hasta ahora, si dentro de un tiempo vemos que la cosa no funciona entre nosotros, pues cada uno a lo suyo.

Dani vio que Esteban y Beth se acercaban y no pudo decir nada más. Pero en su mente siguió dándole vueltas al asunto. A ella fue a la primera que dejaron en casa. Si Beth no hubiese sido su hermana, le hubiese dicho a

Esteban que necesitaba hablar con él, mas no quería que se viese mezclado en ese asunto.

## 22. Volvemos a coincidir, una vez más

Esa misma noche, Esteban llamó a Dani para comentarle que estaban todos en el hospital, pues el padre de Celeste acababa de ingresar de urgencia, desorientado y con dificultades en el habla. Enseguida cogió la moto y se dirigió hacia allí. En cuanto abrió la puerta, Celeste se lanzó a sus brazos, sollozando y con los nervios a flor de piel. Él besó su mejilla para reconfortarla, devolviéndole el abrazo, pensando en el cariño que le tenía a su padre y esperando que saliese todo bien. Ante su asombro la oyó preguntarle a Esteban:

—Si Dani está aquí. ¿Quién está ahí dentro?

—Tu padre —respondió este.

Celeste volvió a abrazar a Dani mientras cerraba los ojos y con los brazos alrededor de su cuello, se dejaba caer sobre su cuerpo. Seguían abrazados cuando la doctora preguntó por un familiar directo de su paciente. Celeste dijo que era su hija y le pidió a Dani que la acompañara.

—Es mi pareja, no hay secretos entre nosotros. ¿Puede entrar conmigo?

Dani, sin soltar la mano de Celeste, siguió a la doctora. Había asimilado el comentario de Celeste como la cosa más normal del mundo, pues ella lo había dicho por miedo a entrar sola y enterarse allí de una mala noticia.

Al salir, explicaron que Joseph había sufrido una intoxicación. Dani, junto a Celeste y Beth fue a pasar la noche a casa de Esteban mientras, el dueño del piso, se quedaba en el hospital por si había alguna novedad.

Dani continuaba con la esperanza de que Celeste saliese en algún momento de la habitación en la que se había encerrado con Beth y continuar con la conversación que habían comenzado en la playa. Las horas iban pasando y los sonidos amortiguados del interior de la habitación le confirmaban que estaban despiertas, aunque, por más que lo intentó, no logró enterarse de qué hablaban las dos mujeres y se puso a wasapear con Esteban. Su corazón se aceleró al oír cómo se abría la puerta de la habitación y vio una cabellera rubia y lisa dirigirse hacia la cocina. Su subconsciente le mostró la imagen de las posaderas de ella sobre el banco de la cocina mientras él arremetía con fuerza. Al cabo de un momento, la luz se apagó y de nuevo la vio dirigirse a la habitación de Beth. Dentro de sus pantalones su miembro palpitaba deseoso de esas caricias que le habían

sido negadas. Dani estuvo a punto de llamarla, pero prefería que fuese ella quien diese ese primer paso en aceptar la relación que él le proponía, si no, sabía que las consecuencias de apresurar la situación, podrían volverse en su contra cuando se confirmase que lo suyo no iba a ninguna parte ya que ambos no tenían nada en común.

Las causas de la intoxicación de Joseph no estaban nada claras, pero tras un lavado de estómago y las pertinentes pesquisas llevadas a cabo por la policía le dieron el alta.

Al fin llegó el fin de semana tan esperado. Dani deseaba llegar al restaurante en el que había quedado con los padres de Esteban para comer, y, sobre todo, quería reencontrarse con su «hermano» pequeño, Álex, un chaval de once años que era su ojito derecho. Le encantaba tener largas conversaciones con él por teléfono, ya que vivían lejos y no podía verlo con la frecuencia que le gustaría.

El niño quería crecer demasiado rápido y tenía una «empanada mental» de cuidado. A Dani le resultaba divertido oírlo hablar con tanta soltura, veía su lado positivo en esa confianza que mostraba. Últimamente el sexo lo llevaba de cabeza. Sabía que esas conversaciones no las tenía con Esteban. Sonrió al imaginar a su amigo, colorado a través del teléfono. Iba pensando en sus cosas cuando al levantar la cabeza se encontró con los ojos de Celeste.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó sobresaltado.

—He venido a conocer a los suegros de mi hermana. ¿Tienes algún problema?

—Princesa, no te pongas a la defensiva, simplemente no esperaba verte y me he sorprendido.

Álex se levantó al momento y corrió hasta Dani para saltar sobre él y darle un beso.

—¿Sabes qué? Me he hecho un montón de fotos con Celeste y Beth. Me han dado permiso para subirlas a Instagram. ¡Mis amigos van a flipar! Voy a tener fotos con una famosa.

—¿Famosa? —preguntó Dani.

—Sí. El otro día, después de hablar con Esteban, mamá dijo: «Menuda sorpresa, su padre no es su padre y tiene una hermana que sale en las

revistas. Cariño, busca en Google a ver qué aspecto tiene, me suena el nombre pero no le pongo cara».

Dani rio a mandíbula abierta al ver la cara de consternación de Gloria. Tras dejar a Álex en el suelo y saludar al resto de la familia, incluidos Cristian y Beth, descubrió que el único sitio vacío estaba frente a Celeste, no pudo evitar pensar en el comentario de ella en la playa, cuando dijo que habían coincidido en varias ocasiones. Ella solo le pedía eso, que siguiesen igual. Le vino a la mente el acalorado recibimiento del día anterior en el hospital, cuando creyó que era él quien estaba ingresado y la naturalidad con la que le dijo al médico que era su pareja. Sintió miedo de la emoción que estaba apoderándose de su cuerpo con esos recuerdos. Al levantar la cabeza, observó alucinado cómo Esteban, colocando los dedos bajo la barbilla de Beth, le levantaba la cara y la besaba delante todos. Le hizo gracia esa muestra de cariño, era algo que él nunca había podido hacer con sus conquistas delante de esos adultos, el tipo de relaciones que él tenía, no daban lugar a eso.

Esteban tras soltar a Beth, informó de que tenía que ausentarse un rato.

—Te acompaño —dijo Dani levantándose.

—No hace falta. Puedo ir solo.

—¡Ni de coña! Yo quiero enterarme de lo que pasa.

—¡Joder! ¿Nunca te han dicho que eres un pelmazo?

—¡Pues sí! Pero no me gusta que me digan cosas negativas. —Vio a Celeste que lo observaba y no pudo contenerse—. Anda, Princesa, dime algo bonito.

—¡Vete a la mierda! —le espetó esta—. Busca a alguna de esas amigas que tienes por ahí y que te lo diga ella.

Dani imitó el gesto de Esteban, colocando los dedos bajo su barbilla obligándola a mirarle desde el otro lado de la mesa; se lo había puesto en bandeja.

—Princesa. Eso no es bonito, acabas de quedarte sin beso. —Observó un montón de ojos que seguían sus movimientos, supuso que pensando qué habría entre ellos. El problema era que ni siquiera él lo tenía muy claro; lo único que sabía cierto era que una relación en la que solo les unía el sexo quedaba descartada, demasiada gente implicada de por medio.

—¡A veces me entran unas ganas de matarte! —exclamó Celeste, mientras, apoyando los codos sobre la mesa, se cogía la cabeza con ambas manos y la sacudía.

Le pareció oír risas contenidas que estallaron en cuanto levantó la mirada. Lo miró enfadada sintiendo como sus mejillas ardían.

—¿A ti también te ha llevado al motel de la esquina a hacer estragos? —preguntó inocentemente Álex, pues había escuchado ese comentario a unas vecinas y tenía una vaga idea de a qué se referían y tenía curiosidad.

—¿Qué has dicho? —inquirió Celeste cuyo rostro se había contraído de repente.

—Nada, nada. Este niño tiene unas salidas —dijo Gloria abanicándose con la mano debido al sofoco que acababa de darle—. Cristian, Beth nos ha dicho que eres profesor...

Cristian enseguida desvió la conversación hacia su terreno, contando anécdotas de sus alumnos, con lo que se llevó una mirada agradecida de Gloria, que tras un buen rato aguantando la respiración al fin podía coger aire de nuevo.

Mientras, Dani, daba buena cuenta de los frutos secos que había en la ensalada, como si la cosa no fuese con él. Le resultaba muy gracioso que entre todos los adultos intentasen deshacer el entuerto. Levantó la mirada del plato mientras intentaba ocultar la sonrisa que amenazaba con dibujarse en su rostro cuando se encontró con la mirada furiosa de Celeste. Una sonrisa brotó de sus labios mientras le hacía un guiño y volvía a concentrarse en la ensalada, una patada en la pierna le hizo levantar la cabeza de nuevo. Celeste, con el tenedor en una mano y el cuchillo en la otra, estaba concentrada cortando la *pizza*. En cuanto tuvo la primera cuña y estaba a punto de hacer trozos más pequeños, vio una mano por delante de su plato que cogía la porción y, tras doblarla por la mitad, daba buena cuenta de ella para luego chuparse los dedos.

—Princesa, no pensabas terminártela, ¿verdad?

—Capullo, eso se pregunta antes de cogerla.

—¿Capullo? ¿Ya no soy un pobretón maleducado?

—Sigues siéndolo, pero, capullo es más corto.

El resto de la mesa los miraba alternativamente. Aquello parecía un partido de tenis en el que se pasaban la pelota de uno al otro. Al final, Dani le lanzó un beso y volvió a pegarle un bocado a la *pizza*. Celeste levantó la pierna con fuerza, pero él se la atrapó entre las suyas antes de que ella llegase a pegarle la patada. Se sobresaltó cuando, en vez de dejarla libre, Dani comenzó a acariciarle el empuje con suavidad.

—Yo también te quiero —le soltó Dani al terminar ella de insultarle.

—Ya, pero sigues tirándote a la primera que se te pone por delante. ¡Mierda! Dime que no acabo de decir eso en voz alta.

—Lo has hecho —le aclaró Dani para luego comenzar a reír. Hubiese podido decirle que no sabía el por qué con exactitud, pero seguía manteniendo firme su trato de fidelidad, aunque no se la estuviese tirando.

Tras la comida, dieron una vuelta por la playa todos juntos, y luego Dani y Álex se fueron al albergue, pues Dani quería ver cómo iba todo y Álex volver a ver a todos los chicos a los que conocía por pasar parte de las vacaciones de verano con Esteban y con él. Dejó a Álex con ellos y se metió en el despacho para revisar unos papeles; sin embargo, le resultaba difícil concentrarse.

Se encontró pensando en que ojalá encontrasen pistas sobre el paradero de su padre para así investigar sobre la muerte de su madre, se lo debía. Quince años después, seguía atormentándolo, no es que se sintiese culpable, si bien, se preguntaba una y otra vez si ella le habría contado sus miedos de haberle insistido más; si se hubiese podido evitar todo y Victoria aún seguiría con él. La echaba de menos, y también sus largas charlas y esa manera en la que ella sabía escuchar todo aquello que le contaba, la gran afinidad que había entre ellos. La manera en la que le falló era algo que jamás se perdonaría. También necesitaba hablarle sobre Celeste. Su mente era un hervidero, por primera vez en su vida, había una única mujer que le interesaba y estaba asustado porque temía hacerle daño cuando lo suyo terminase. Era una relación que no tenía futuro, como todas aquellas que mantenía su padre y eso le atemorizaba, no quería parecerse a él.

Cuando Dani y Álex regresaron al piso, se extrañaron al encontrarlo vacío; no obstante, al escuchar voces en el piso de arriba, Esteban sonrió para sus adentros. Joseph había comprado dos pisos para sus hijas pagando una gran cuota de entrada para que las mensualidades quedasen asequibles para ellas. El piso que pertenecía a Celeste estaba situado justo enfrente, se asomó a la ventana de la habitación de matrimonio y lo buscó. Tener a su suegro en el piso de arriba no le suponía ningún problema, le gustaba la idea, así su chica no perdería tiempo en viajes y Cristian tendría compañía; sin embargo, ¿a su cuñada en el piso de enfrente...?

—Álex, ponte el bañador y subimos un rato a la piscina.



—Guay, así veré tías en bikini —afirmó este con un levantamiento de cejas.

Dani sonrió, decidido a no retrasar mucho más la charla que le había prometido a él y sus amigos sobre sexualidad. Si todos estaban igual que su hermano, le esperaba una dura tarea, sería entretenido, pensó sonriendo cuando vio a Álex delante del espejo peinándose.

Fueron a pie al piso de arriba para saludar antes de subir a la azotea.

—¡Vaya! Había reunión familiar y os habéis olvidado de invitarnos. — Todos giraron la cabeza en busca del dueño de esa voz tan familiar—. Así que he decidido irme con mi hermanito a darme un chapuzón.

Mientras hablaba, iba dando la mano a los hombres y dos besos a las mujeres.

—¡Princesa! Según tengo entendido, vas a tener que pagar una hipoteca. ¿Tú sabes qué es eso?

—¡Serás idiota! —exclamó enfadada—. Por supuesto que lo sé. Llevo años viviendo de mi sueldo; pagaré la puñetera hipoteca. ¿Por qué te divierte tanto sacarme de mis casillas?

—¿Vives de tu sueldo? ¿Acaso ayudas en casa? ¿Qué pagas? ¿El recibo de la luz, el agua, el gas, el seguro de la vivienda...? Por tu cara imagino que nada. —Tras un breve silencio continuó—. Ya sé qué pagas de tu sueldo: la crema para ese cutis tan perfecto. —Intentó acariciarle la cara, pero Celeste se lo impidió con un manotazo—. La peluquería, el tío que te da masajes...

—¿Cómo sabes que es un hombre?

—Vamos, Princesa, conociéndote, seguro que es hombre, joven y cachas. Me juego lo que quieras a que todas las amigas vais al mismo y comentáis lo bueno que está. ¿Me equivoco?

—¡Dani! Me parece que por hoy ya te has metido bastante conmigo, ¿no crees? Ahora me dirás que tú sí que pagas hipoteca y todas esas facturas, ¿no?

—¡Pues no! Vivo de alquiler en un pequeño estudio de una habitación que sé que puedo permitirme sin ningún problema, yo sí que soy consciente de lo que me puedo gastar y de lo que no.

—¿Vives en un picadero? —Celeste entrecerró los ojos para darle más énfasis a la pregunta.

—Te equivocas. Mi casa es mi refugio, nunca llevo allí a ninguna chica. Sería muy desagradable que se presentase alguna sin avisar y me pillase con

otra. —Dani estaba disfrutando, sabía quién iba a ganar esa trifulca—. No necesito ningún picadero. Soy más de ir a sus casas. Si no, también me mola en coches, moteles, aire libre o donde se tercié. ¿Y tú? Tienes pinta de no conformarte con un hotel de menos de cuatro estrellas. ¿Me equivoco?

—¡Vete a la mierda! No creo que mi vida sexual sea de tu incumbencia.

—Yo una vez estuve en uno de cinco estrellas, pero no fui con una mujer, me llevó un hombre y pagó otro.

Observó la cara de estupefacción de Celeste. Entonces fue consciente de que la conversación se le había ido de las manos.

—¡La hostia! Celeste, lo siento. Pero la próxima vez no me tientes con ese tipo de comentarios, sabes que no me puedo callar y tú siempre das en la llaga. Es verdad que fui a un «cinco estrellas» con Esteban y pagó tu padre. Era en Madrid y aprovechamos para después de un curso hacer turismo y visitar a la familia. Anda, ven aquí.

—¿Se puede saber qué he hecho para que siempre te estés metiendo conmigo? —le espetó enfadada—. Me estoy cansando de tanta estupidez. —Se dio la vuelta y se alejó.

Dani la siguió con la mirada mientras se preguntaba a sí mismo si ella tenía razón. Últimamente siempre era la receptora de sus burlas.

—Dani. A ver, que yo me entere, ¿qué es un picadero? —preguntó Álex.

—Ahora te lo explico —afirmó tajante, saliendo de la casa y dirigiéndose al ascensor.

Ya llevaban un buen rato en la piscina cuando se abrió la puerta del recinto y vio entrar a Esteban, Beth y Celeste. En cuanto les vio meterse en el agua, decidió acercarse a Celeste para disculparse.

—¡Ay, Dani! ¡Menudo susto me has dado! —exclamó al sentir que le cogían la pierna por debajo del agua.

—Perdona si me he pasado un poco. No era mi intención hacerte sentir mal. No te enfades conmigo —le mostró su juvenil sonrisa, esa que la desarmaba por completo.

—¿Por qué nunca me tomas en serio? —replicó ella.

—Sí que lo hago. Pero por mucho que intentes disfrazarlo, eres una «hija de papá» y se te nota a la legua.

—Tal vez hace unos meses lo era, pero he cambiado y me gustaría que esos que se hacen llamar «mis amigos» me diesen la oportunidad de demostrárselo.

—Vale. Te voy a dar una oportunidad para que me demuestres que no eres una estirada y que sabes divertirte.

Aún no había terminado de hablar cuando la sujetó por los hombros y la sumergió. Celeste salió tosiendo y con el cabello empapado, luego, se lanzó sobre Dani, pero éste apenas se movió. De repente, sintió que la agarraba de la cintura y bajaba con ella hasta quedar ambos cubiertos por el agua. Cuando emergieron, Celeste volvió a cogerlo por los hombros pataleando con fuerza.

—¡Mierda, húndete de una puñetera vez! —exigió, pero Dani la cogió de la cintura acercándola de nuevo a su cuerpo.

—¿Te da igual si en vez de hundirme te doy un beso?

Ella no respondió, sino que se lanzó a por su boca, primero con urgencia, luego con ternura, cogiéndole la nuca y besándolo con suavidad, pequeños roces que a ambos les hicieron sentir bien.

—Celeste, me gustas de verdad. Y yo siempre cumplo mis promesas. El trato que te propuse el otro día sigue en pie. No me estoy tirando a la primera que se me pone por delante, no sé qué espero de esto que tenemos y como te dije: eres a la primera a quien se lo propongo, pero no quiero que te ilusiones...

Celeste no lo dejó terminar, bajó la cabeza para apoderarse de su boca mientras ambos pensaban: «¿Dónde me estoy metiendo?».

Apenas unos segundos después Dani le dijo: «ahora vuelvo» y fue a comentarle algo a Esteban, a quien vio asentir. Luego, simplemente, le ofreció la mano; Celeste entrelazó sus dedos y juntos abandonaron la piscina.

El corazón de Celeste martilleaba con fuerza mientras Dani, en el interior del ascensor, la besaba sin darle tregua. Tenía miedo de que este no tuviese suficiente, no hacía falta conocerlo mucho para darse cuenta de que en cuanto a experiencia sexual iba sobrado. La vez anterior habían estado a punto de hacerlo en la playa, y primeramente en un portal. Él no se equivocaba, ella siempre había sido muy tradicional, los primeros avances en el coche o lugares tranquilos y apartados.

—Celeste, ¿qué sucede?

Ese comentario la hizo volver a la realidad. El ascensor se había detenido y Dani, aún con las manos entrelazadas, la miraba con suspicacia; sabía en qué estaba pensando, lo había visto en sus ojos.

En cuanto abrió la puerta del piso la acorraló contra la pared, colocando las manos a ambos lados de la cabeza de Celeste

—A ver qué puede gustarte que te haga en estos momentos —dijo con una sonrisa traviesa—. Lo del otro día me parece que puede funcionar. — Cuando quiso darse cuenta, se vio suspendida en el aire, gritó riendo y anudó las piernas en su cintura—. Y ahora, ¿qué crees que me apetece? — Su traviesa mirada estaba fija en los pechos de Celeste, que se quitó el sujetador y se los ofreció. Dani les pasó la lengua por encima, estaban duros; el entrenador personal había realizado bien su trabajo. Los pezones le pedían a gritos que les prestase atención. La oyó suspirar, así que siguió con lo mismo, suaves roces de su lengua a esa pequeña protuberancia que se le entregaba dura y erguida.

Celeste le cogió la nuca con decisión acariciándola con movimientos rítmicos para luego subir los dedos por el cuero cabelludo. Las rastas tenían un toque diferente a lo esperado, hundió las manos en ellas y las entrelazó con sus dedos, luego tiró con fuerza mientras elevaba su pecho con desesperación. Cuando Dani quiso darse cuenta, ya no solo el pezón estaba entre sus labios, gran parte de la teta había desaparecido dentro de su boca. Un fuerte ramalazo intensificó su placer al ver que la Pija pedía más. No sabía cómo actuar con ella, una cosa era cogerla dispuesta de antemano, como las veces anteriores y otra sacarla de la piscina sin previo aviso porque ya no aguantaba más.

Sin separar su boca del pedazo de carne que lo estaba volviendo loco y tanteando la pared consiguió llegar hasta la habitación de Esteban dejándose caer sobre la cama. Sintió las manos de Celeste sobre su bañador, intentando bajarlo con brusquedad. Le facilitó las cosas levantando la cadera, y enseguida sintió como este desaparecía. Tanto el miembro como sus piernas quedaron libres. Se giró, dejándola pegada a la cama y comenzó a deleitarse con su cuerpo. Ella suspiraba diciendo su nombre. Eso debió asustarle; sin embargo, no lo hizo, le agradó saber que ella era consciente de con quién estaba. Se separó de su cuerpo para poder observarla, quería verla completamente desnuda, le pellizcó los pechos, y al oírla gemir una gran sonrisa se dibujó en su rostro. Cuando sus miradas se cruzaron, ella se sentó sobre la cama y, atrayéndole, se dejó caer de nuevo mientras atacaba su boca y le acariciaba la espalda.

Dani bajó sus manos hasta tropezar con la braguita del bañador y tiró con fuerza hacia abajo, sacándola con prisas. A continuación, Celeste sintió

como algo grueso y duro la invadía, lo condujo hasta su abertura y dejó que se hundiese en ella. Los suspiros de ambos se entrelazaron. Ella cerró los ojos para que Dani no viera en ellos sus sentimientos, que iban más allá de lo que hacían en esos momentos. Le hubiese gustado dejarse llevar cuando llegó al orgasmo, abrazarlo con fuerza, como si su vida dependiese de ello, tumbarse sobre su pecho y sentirse como en casa, sincerarse diciéndole lo feliz que era en esos instantes y cuánto deseaba que llegase ese momento. Cuando él se desplomó a su lado, apenas se atrevió a mirarlo temiendo ¿qué? No lo sabía. Solo pensó que no debía asustarlo y que debía armarse de valor y a partir de ese momento actuar como si nada de eso hubiese sucedido. No dejó que sus pensamientos más profundos se adueñasen de esa felicidad. Luego, a solas en su cama, se dejaría llevar por estos y tal vez se arrepintiese, a pesar de que en esos momentos estaba llena de dicha.

Los pensamientos de Dani, iban por el mismo camino. Había disfrutado mucho, la Pija en la cama no tenía nada de eso. Tampoco lo esperaba, los encuentros anteriores así se lo demostraron, era de las que se dejaban llevar y quería disfrutar. Estaba más que acostumbrado a las diferentes maneras de proceder de sus conquistas, había quien tras la relación quería abrazos, otras, desde su lado de la cama le sonreían diciéndole cualquier cosa, otras enseguida exigían más. Raras veces estaban tan distantes como Celeste. Esas eran las que le daban miedo. Nunca se había atrevido a preguntar si se avergonzaban, arrepentían o qué pasaba por su mente en esos momentos. Con esas nunca repetía la experiencia.

—Celeste, ¿estás bien? —preguntó tras un momento de duda.

—Sí, claro.

Ella le dio un pequeño beso en la boca y con rapidez se levantó para luego meterse en el baño y salir con la parte inferior del bikini puesto.

—Oye, ¿La parte de arriba...? Ah, sí, en la entrada.

Dani la vio salir de la habitación sin mirar atrás. Se puso el bañador y la siguió. Cogió las llaves del piso y, ya en el ascensor, la cogió de la mano y la besó con mucha suavidad, mirándola a los ojos.

—Celeste, tranquilízate.

—Dani, ¿puedo abrazarte?

—Por supuesto, me gusta el contacto físico. Puedes abrazarme cuando te apetezca.

Ella se acercó y le rodeó el cuello con sus brazos, luego tras un pequeño beso en la mejilla, apoyó la cabeza en el recodo de su cuello. Dani, tras

rodear su cintura cerró los ojos y sonrió.

Cuando entraron en la azotea y antes de volver a meterse en el agua, ambos se tumbaron un rato en la toalla, cara a cara, hablando tranquilamente. Luego, dentro del agua Dani la besó, y en el mismo momento en el que se separaron aún con las manos sobre sus hombros, la hundió. Ella salió del agua con el insulto ya en la boca y él nadando se dirigió hacia donde se encontraban el resto de la familia. Entre Álex, Beth y Celeste, consiguieron sumergir a Dani. Al cabo de un rato, este se despidió de todos y se fue. Los demás se quedaron un rato más. Celeste no consiguió aguantar el escrutinio de Beth y desvió la mirada.

## 23. Cena de parejas

Dani entró en el albergue. Se dirigía al despacho de Óscar cuando oyó la voz de Celeste y retrocedió. Después del encuentro en el piso de Esteban no conseguía quitársela de la cabeza y verla allí, en su puesto de trabajo, no le hizo ninguna gracia. Al asomarse, observó que estaba junto a Salva y Mireia. Llevaba una bolsa en la mano con el logotipo del albergue y le tranquilizó comprobar que no estaba allí por él.

En cuanto Salva lo vio, se acercó a saludar:

—Dani, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Qué te trae por aquí?

—Pues venía a ver si Mireia quería cenar conmigo esta noche. Siempre nos vemos en el *pub* y me apetecía salir a solas con ella, pero me ha dicho que no está preparada.

—Espera un minuto.

Dani se alejó de él, acercándose a donde se encontraban las dos mujeres.

—Hola, Princesa. ¿Tienes planes para esta noche? —le dijo de sopetón

—No. ¿Por qué?

—Mireia, Salva me acaba de decir lo de la cena. ¿Crees que te sentirías más cómoda si vamos los cuatro o simplemente no te apetece salir con él?

—Sí que me apetece, muchísimo, pero tengo miedo. Si vamos los cuatro sería genial.

—Salva, esta noche nos vamos de cena los cuatro —le informó alzando la voz.

—Me parece perfecto.

Dani era consciente de que, en realidad, a las clases de baile no asistían, al menos no completas, ya que Mireia se agobiaba enseguida y la idea de cambiar de pareja era inconcebible. Pero mientras ellos bailaban, los otros dos estaban junto a la barra tomándose algo, a veces les veía besarse con suavidad, pero nada de lo que escandalizarse. Dani estaba convencido de que necesitaban un pequeño empujón, pero, sobre todo, cambiar de ambiente, un sitio donde no se supiesen vigilados continuamente.

La cena fue muy amena y después Dani propuso ir a tomarse algo a un local cercano.

—Salva, ¿en qué piensas? —preguntó Celeste al ver que él la miraba.

—Cuando Dani dijo de ayudar en la reforma, no pensé que apareceríais Esteban y tú por allí. Si quieres que te diga la verdad, con toda seguridad no habría ido, pero no supe cómo echarme atrás, los dos dabais miedo. Me quedé alucinado cuando me enteré de que Esteban y Beth salían juntos, no tenía ni idea y hoy descubro que tú y Dani también.

—Dani y yo no estamos juntos —admitió ante el asombro de este.

—¿No? Perdona, creí que...

—Tranquilo, no pasa nada —continuó de una manera muy natural al ver el bochorno del chico—. Somos amigos, y si ves algún beso en los labios, no le des importancia. Ya te habrás dado cuenta de que en el albergue son muy efusivos en sus saludos.

—Sí, todos menos Mireia. —Esta le sonrió y se acercó para besar su mejilla.

—Salva, ojalá pudiese dejar que te acercases más, pero cuando te veo encima, me ahogo y no lo puedo soportar. Me vienen a la mente un montón de imágenes en las que prefiero no pensar.

—Me apetece beber algo. Chicas ¿qué queréis? —preguntó Dani. Cuando estas contestaron, Salva se levantó para acompañarlo.

Al cabo de un rato las copas estaban ya casi vacías. Dani, tras levantarse y tenderle la mano a Celeste, le comentó:

—Princesa, vamos a bailar. —Una sonrisa seguida de un guiño hicieron que Mireia y Salva se dieran cuenta de que había algo más detrás de la sugerencia. En cuanto estuvieron en la pista, Dani la cogió de la cintura y le dijo algo al oído, luego, desplazando los labios por su mejilla fue dejando un reguero de pequeños besos. Celeste le rodeó el cuello con los brazos, buscando su boca con lentitud, cuando él separó los labios, la vieron invadirla con su lengua. Era Celeste quién tenía todo el control de lo que estaban haciendo, Dani apenas movía la boca y la lengua; era ella la que le recorría el cuello y entrelazaba sus dedos con las rastas. Después, bajó la mano por la espalda hasta llegar a la cadera y volvió a subirla por el costado, tocando su pecho con mucha suavidad, y volvió a bajar hasta acoplar las palmas a las nalgas de Dani. Se puso a estrujarlas y apretujarse



contra su cuerpo, Dani se separó un momento de ella y le dijo algo que la hizo reír y volvió a manosearlo con mucha, mucha suavidad.

Mireia los observaba fascinada e incluso sonrió ante el rapapolvo que Dani le dio a Celeste cuando esta decidió actuar por su cuenta y aumentar la fricción. Tras una suave caricia en la mano, Salva se levantó llevándola con él hacia la pista.

—Tranquila, todo irá bien. Solo voy a ponerte las manos en la cintura. Haré lo mismo que han hecho ellos, ¿vale? Intentaré hablarte en todo momento para que sepas que soy yo quien está contigo. Si no te gusta, te echas un poco para atrás y me detengo.

Unos labios se posaron sobre su mejilla, tentándola con suaves roces. La piel de Mireia se vio sacudida por un escalofrío; sin embargo, enseguida una voz la trajo a la realidad. Se vio desde la distancia, como solía hacer siempre, si bien, esta vez el escalofrío era diferente; no sentía repulsión ni miedo. Quería volver a percibir esa sensación sobre su piel, pues no le disgustaba en absoluto. Cerró los ojos para concentrarse en su voz.

Cuando Dani y Celeste se separaron un rato después, los buscaron entre la multitud, sorprendiéndose al observar lo acaramelados que estaban. Ante sus ojos, vieron que Mireia subía las manos hasta enredarlas en su pelo. Salva, animado por el paso que había dado ella fue subiendo las manos a lo largo de la espalda.

—Dani, ¿cuánto lleva Mireia en el albergue? —le preguntó Celeste.

—Unos meses. Se escapó de casa con su hermano y estuvieron un par de días deambulando. Cuando la policía los encontró, me llamaron para ver si me podía quedar con ella. A su hermano lo llevaron a una casa de acogida. Este sábado vamos a ir a verlo. Su padre está en libertad condicional y hay peligro de que intente agredirla para que no testifique en su contra. Su hermano también está vigilado.

—¿Qué edad tiene el niño?

—Ocho años.

—¡Dios mío, menuda infancia!

—Celeste, cuando voy suelo llevarme a Esteban. ¿Quieres venir tú?

—Sí. —Cogió las manos de Dani y entrelazando sus dedos se apoyó en él, observando ambos a Salva y Mireia sin ningún disimulo y con una sonrisa, pues ella tenía la cabeza apoyada sobre su pecho y con los brazos le rodeaba el cuello. Ambos se movían muy despacio, al son de la música.

Como si fuese consciente del escrutinio al que estaba siendo sometido, Salva levantó la cabeza y al verlos vocalizó un «gracias».

—¿Y si nos vamos y les dejamos solos? —comentó Celeste con una sonrisa traviesa.

Dani la estrujó entre sus brazos mientras le susurraba:

—Princesa, no me tientes. No puedo dejarla sola hasta que compruebe por mí mismo que Salva es capaz de protegerla si la cosa se complica.

Llegó el sábado, cuando pasaron a recoger a Celeste, esta se sorprendió al ver a Salva en el interior del vehículo.

—Buenos días —saludó en general a los ocupantes—. Salva, no sabía que tú también venías.

—Ayer llamé a Mireia para charlar un rato y me dijo que hoy iba a ver a su hermano. Le pregunté si la podía acompañar y aquí estoy.

En cuanto el coche se detuvo, un niño salió corriendo de la casa seguido de una mujer mayor que se acercó a saludarles.

—Hola, Dani —se acercó a él y se dieron dos besos—. Mireia, te veo muy bien. Nunca te había visto sonreír de esta manera. ¿Puede que este chico tenga algo que ver?

—Puede —respondió Mireia para a continuación presentárselo.

—¿Algún contratiempo últimamente? —le preguntó Dani.

—Nada desde el intento de secuestro, pero id con cuidado —respondió esta.

Celeste se sobresaltó al escuchar el comentario. ¿Secuestro? ¿Qué tipo de gente tenía Dani en el albergue? Vio al chiquillo que, cogido de la mano de Mireia, reía por algo que ella le decía. Poco después, subieron al coche y se fueron de *picnic* a la montaña. En cuanto pudo, Dani se llevó a Salva y estuvieron un rato hablando, al ver que Celeste los observaba Mireia comenzó a hablar.

—Dani me ha preguntado qué era lo que sabía Salva de mi pasado, cuando le he dicho que «todo» ha comentado que le enseñaría unas técnicas de defensa por si algún día las necesita. Mi padre en cualquier momento puede venir a por nosotros, sobre todo a por Leo. —Su mirada se desvió hacia el niño que jugaba con un arco a darle a los árboles—. Sabe que haría cualquier cosa por él. Yo aguanté durante años las cosas que él y sus amigos me hacían. Cuando acababan me iba a la cama de mi hermano y le

abrazaba. El último día, al abrazarle, se tensó. Encendí la luz y vi que tenía varios moratones. Mi padre empezó igual conmigo y a la misma edad, lo cogí y salimos con lo puesto. La pareja que lo tiene de acogida, ambos son policías jubilados, cuando termine todo, podrá venir a vivir conmigo. Tanto Dani como ellos dicen que no hay prisa, que primero tengo que recuperarme. Dani y Esteban me traen a menudo para que lo vea.

Observó a Dani moviéndose con soltura mientras le enseñaba a Salva cómo actuar ante un ataque.

—Vaya, parece que Dani sabe lo que se hace —comentó Celeste.

—Pues claro, es profesor de taekwondo. ¿No lo sabías? —preguntó al ver la cara de estupefacción de Celeste.

—Pues no. Hace poco que nos conocemos, bueno en realidad casi un año, pero nos llevábamos fatal. Me llamaba «la Bruja».

—¿Tú eres la Bruja? —preguntó riendo— He oído un montón de historias sobre ti.

—¡Mierda! ¿Qué has oído? —preguntó con interés.

—Que amenazaste a Esteban y el camarero te echó la bebida encima por faltarles el respeto. Luego, entre María y las otras, le hicieron un disfraz para darte un escarmiento. Un día se durmió y Héctor le dibujó una escoba y unos labios sobre una marca que tenía en el cuello. Dani se enfadó y le hizo borrarlo.

—Ostras, yo creía que la gente se había olvidado de todas esas cosas.

—¡Qué va! Pero prefiere que te llamemos la Pija a la Bruja. Héctor te llama solo «Princesa», le dice que eso de «Princesa de hielo» ya no te pega, que te derrites en cuanto lo tienes cerca.

—¡Mierda! —estaban sentadas en el suelo, sobre una lona. Celeste se cubrió el rostro con ambas manos.

—Mireia, ¿qué le pasa a la Princesa? —preguntó Dani sentándose junto a ella.

—Nada, estábamos charlando. No sabía que eras profesor de artes marciales.

—Princesa, hay un montón de cosas sobre mí que no sabes —afirmó—. Chicas, Leo quiere jugar al escondite. Todos para arriba.

Ya llevaban un rato jugando cuando Dani tuvo que buscarles. Por el rabillo del ojo vio dónde se escondía Celeste y hacía allí se dirigió. El lugar elegido fueron unos arbustos, con una sonrisa endiablada Dani se dejó caer junto a ella.

—Vaya, estáis muy bien escondidos, no encuentro a nadie. —Subió la mano hasta abarcar sus pechos, cogiendo los pezones entre sus falanges. Entrecerró los ojos cuando la oyó suspirar. Ella enseguida guardó silencio. Luego tras levantarle el jersey los sacó del sujetador, cogiéndolos con suavidad antes de hacerlos desaparecer dentro de su boca. Celeste se mordía el labio para que ningún sonido saliese de su garganta. Tras un par de chupeteos más, Dani volvió a colocarle la ropa interior y bajarle el jersey de nuevo.

—Princesa, te he encontrado —dijo levantándose y tendiéndole la mano.

Siguió buscando al resto de la gente mientras Celeste, con ojos risueños, lo seguía con la mirada. ¡Profesor de artes marciales! Pensó deleitándose con la visión de sus músculos.

Después de comer, mientras los otros tres jugaban al dominó, Dani les dijo que él y Celeste se iban a dar una vuelta.

—¿Qué te parece si terminamos con lo que hemos empezado esta mañana? —le preguntó en cuanto los otros estuvieron lo bastante lejos.

Celeste, riendo nerviosa se le echó encima, apoderándose de su boca. Al cabo de un momento Dani desplazó sus labios a lo largo del cuello mientras hundía las manos en el interior del jersey y lo subía, dejando libres los pechos para poder cubrirlos con su boca. Succionó con fuerza varias veces para luego soplar con suavidad, los pezones estaban erectos, dolían por el tratamiento al que estaban siendo sometidos, pero era muy agradable luego sentir esa suave brisa en ellos que la calmaban. Dani sintió unas manos que se abrían paso sobre su pecho, bajando con precipitación para luego, con la prenda entre los dedos, exigir espacio para poder desprenderse de ella.

—Quiero tocarte —pidió Celeste poniendo las manos sobre su pecho y deslizándolas con prisas.

Cuando sintió sus manos sobre su erección, aspiró con fuerza. Ella se separó de él, fijando la mirada en sus ojos y, con una sonrisa lujuriosa, comenzó a desabrocharle el cinturón, despacio. El botón de los vaqueros siguió el mismo camino, luego la cremallera. Le gustaba sentirse poderosa, saber que él estaba disfrutando. Metió la mano dentro del pantalón, pensando que nunca lo había visto, la única vez que habían llegado tan lejos, fue todo muy rápido. Ahora quería aprenderse sus dimensiones de memoria antes de verlo en todo su esplendor, y para eso necesitaba tocarlo con suavidad, rodearlo con los dedos para ver su grosor, recorrerlo entero para ver cuán largo era, tocarlo por todas partes y acostumbrarse a su tacto.

Sin apartar la mirada de sus ojos, lo dejó en libertad, sacándolo del slip, el miembro saltó con fuerza, erecto y desafiante. Dani, cerró los ojos suspirando. Ella lo recorría con calma, pequeños movimientos de su mano que lo llevaban al placer más exquisito. Volvió a abrir los ojos observando una sonrisa maliciosa en el rostro de Celeste. Sí, era consciente de que lo estaba disfrutando de una manera asombrosa. Lo imaginó dentro de la boca de ella, fue como si le leyese el pensamiento cuando, sin previo aviso, se dejó caer entre sus piernas y arrodillada lo engulló. Un grito escapó de entre sus labios al sentir como ella succionaba, la dejó hacer, maravillado por su iniciativa y el placer que le estaba proporcionando. Cuando terminó, la hizo levantarse, le acarició el abdomen y cuando ella comenzó a suspirar se acercó a su oído para susurrarle: «Ahora te toca a ti».» Su mano bajó hasta perderse en el interior de su centro de placer.

Cuando volvieron junto a los otros, Salva les lanzó una mirada jocosa, que terminó apartando porque Dani se la aguantaba perfectamente y Celeste directamente había ido a la nevera para coger alguna bebida.

Por la noche llegaron a Valencia, y Celeste lo invitó a pasarse por su casa. Era la que compartía con su madre, aunque un gran cerrojo las dividía en dos viviendas diferentes desde que empezó el juicio por el homicidio de la madre de Beth. Celeste estaba ansiosa por salir de esa casa y trasladarse al nuevo piso; aun así, para ello, primero debía hacer muchas compras, tanto de muebles como de menaje en general, pues el apartamento se encontraba vacío. Cuando Dani le preguntó qué había arriba, ella se lo enseñó gustosa. Últimamente estaba muy nerviosa y le parecía oír ruidos continuamente; sin embargo, en cuanto abrió el primer armario Dani le espetó:

—Princesa, ya sé que tienes muchas cosas, no hace falta que me las enseñes todas.

Ella, incómoda por el comentario y sin que le viniese a la mente ninguna contestación plausible, lo cerró de nuevo.

Desde el otro lado del armario, Débora, dejó de respirar. Había tenido el tiempo justo para cerrar el doble fondo antes de que los otros dos entrasen en la habitación y lo abriesen. Su hija no sospechaba nada, no sabía que era espiada continuamente, e incluso esa foto de ella con el tipo de las rastas que guardaba impresa en su mesita de noche, había sido manipulada con un

fin no muy noble, pero Internet no siempre acierta en sus pronósticos. Débora seguía esperando esa racha de enfermedades y mala suerte, las predicciones del Tarot se hacían esperar.

La semana pasó sin contratiempos. Celeste estuvo ocupada visitando tiendas de muebles y complementos para el hogar con Beth. Algunas veces, Esteban y Dani aparecían sin previo aviso, aunque ayudaron poco en las decisiones; se dedicaban más a esperar en las cafeterías a que ellas terminasen.

—¿Cómo nos han encontrado? —se preguntó Celeste el primer día.

—Esteban me ha enviado un wasap preguntándome dónde estaba. Lo que no sabía era que venían de camino.

A lo que sí ayudaron fue a preparar la inauguración. Ella no tenía muy claro si quería montar una fiesta en su casa con todo recién comprado; ahora que vivía de su sueldo le costaba más decidirse a la hora de gastar. Se paraba a mirar los precios, cosa que hasta esos momentos jamás había hecho. Dani se la quedó mirando como si acabase de decir una estupidez y de nuevo empezaron a discutir. En plena trifulca, Dani le dio un beso para que parase de gritar y la discusión quedó zanjada.

—No te preocupes, Princesa, yo me ocupo.

Enseguida llamó a sus chicos para que cuando realizaran el próximo pedido aumentaran la cantidad, así se solucionaba el problema de las bebidas. Además, como ellos también estarían en la fiesta lo que les sobrase podrían llevárselo otra vez al local.

Celeste sonrió, ella de lo que realmente tenía miedo era de que no apareciese nadie; sin embargo, se dio cuenta de que eso no iba a suceder.

El día en cuestión, Cristian y Beth se presentaron a media tarde con las bandejas de variedades que recogieron de la panadería. Dani y Esteban aparecieron con cajas llenas de bebidas y vasos de plástico. Los Muchachos les habían dado una memoria USB lleno de canciones suyas por si querían ponerlas.

Cuando cerca de la hora prevista para la inauguración llamaron a la puerta, fue a abrir nerviosa y feliz; eran los chicos del albergue. Les dio dos besos a cada uno y un gran abrazo. Dani, que también se había acercado, sonrió al ver la bienvenida que les había dado. Al momento aparecieron los

vecinos. Celeste les había llamado esa misma tarde para sugerirles que se pasasen por su casa.

También Joseph había sido invitado. Cuando apareció, lo hizo con una botella de vino que Celeste abrió y dejó sobre la mesa. El hombre saludó a todos los presentes: a sus hijas, a Dani, a Cristian, también a varios adolescentes que recordaba de la feria. Los vecinos murmuraban entre sí, tener una celebridad entre ellos ya era un lujo, pero que apareciese su padre e incluso les dejase hacerse fotos con él, resultaba espectacular. Vio a varios de los antiguos amigos de Celeste; no obstante, estos pronto desaparecieron con una excusa banal. Aunque lo que más le sorprendió fue la manera de comportarse de su hija con toda esa gente y lo feliz que la veía.

Había mucha gente joven; bebiendo, charlando o bailando. Bandejas llenas de comida, que Esteban y Beth se encargaban de sacar mientras Celeste y Dani ejercían de perfectos anfitriones.

—¡Quién pudiese volver a tener esa edad! ¡Estoy cansado solo de ver el ajetreo que se traen entre manos! —afirmó Cristian situándose al lado de Joseph.

## 24. Ataque de ansiedad

Un par de noches después, Dani se sobresaltó al escuchar el móvil que descansaba sobre su mesita de noche. Antes de cogerlo miró la hora en el despertador, eran las tres de la madrugada.

—Esteban, ¿qué sucede? —preguntó tras ver el nombre que aparecía en pantalla.

—Siento haberte despertado. Beth y yo vamos a casa de Celeste. ¿Puedes venir?

—¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra bien? —preguntó activando el modo manos libres mientras empezaba a vestirse.

—No lo sé. Antes de acostarme la he visto desnudarse y meterse en el baño, acabo de despertarme y la luz sigue encendida, pero a ella no la veo.

—Esteban, ¿desde cuando eres un mirón?

—¡Vete a la mierda! Ha sido casualidad, en su piso no hay cortinas...

—Esteban, era una broma, relájate. Estoy de camino.

Esteban y Beth entraron en el baño donde apenas se veía nada, pues el vapor lo impregnaba todo y resultaba difícil respirar. El grifo continuaba abierto y Celeste permanecía inmóvil. Con un nudo en la garganta, Beth la zarandeó.

Celeste abrió los ojos muy despacio, sin llegar a ver nada; sin embargo, sí sentía cómo su piel ardía a causa de la potencia y la temperatura a la que salía el agua. De repente, esta dejó de martirizarla.

—Celeste —susurró Beth—. ¿Qué ha pasado?

—Llegué a casa de mi madre y estaba llena de periodistas. ¿Has oído lo que están diciendo? La echó de la carretera y esperó a que muriera. Ni siquiera intentó ayudarla. Tal vez tu madre seguiría viva... ¡Lo siento tanto!

—Celeste, no es culpa tuya.

—Pero me siento culpable, ¡es mi madre!

Se oyó un pequeño golpeteo en la puerta y la voz de Esteban.

—Salid cuando estéis en condiciones. ¿De acuerdo? Dani está de camino.

—Vístete y salimos —le indicó Beth.

—¿Dani? ¿Por qué ha llamado a Dani? No quiero que me vea así. Beth...



Beth le tendió la mano para ayudarla a salir. Tras ponerse el pijama, salieron al comedor, donde encontraron una bandeja con infusiones, cucharillas y azúcar. Celeste le sonrió a Esteban con afecto, nada de eso era suyo.

Diez minutos después se presentó Dani. Llevaba una bolsa de deporte que dejó encima de una de las sillas en cuanto entró.

—Princesa, ¿qué ha pasado?

—Nada. No sé para qué te han llamado, estoy bien.

—¿Estás bien y me recibes en pijama y con el pelo enrollado en una toalla? Pija, eso no es propio de ti, pero estás preciosa —le susurró al oído mientras la abrazaba. Luego, cogiéndola de la mano la acercó a la mesa y le tendió la infusión. Dani, por un momento dejó de respirar al revivir ese momento en su pasado, la visión de cualquier infusión, le producía cierto malestar.

Al cabo de un rato Esteban comentó que ellos se iban. Beth, indecisa, fue a hablar, aunque Dani se adelantó.

—Yo me quedo. Hasta he traído el kit de emergencias.

—¿Kit de emergencias? —preguntó Celeste.

—Sí. Trabajo en un albergue juvenil con adolescentes de todo tipo. No es inusual que me llamen a deshoras por un ataque de ansiedad, sobredosis o pelea.

—Mi pobretón maleducado, eres un gran tipo —le dijo rodeando su cuello. Los otros dos sonrieron mientras se dirigían a la puerta y abandonaban el piso.

Dani la cogió por debajo de las rodillas y sin que ella soltase su cuello la llevó a la habitación y la tumbó sobre la cama, luego se acostó junto a ella y la abrazó.

—Así que además de un pobretón maleducado soy un gran tipo. Mi Princesa de hielo, si al final hasta vas a tener un corazoncito lleno de buenos sentimientos y todo.

—Vete a la mierda.

—Esta es mi chica.

A la mañana siguiente la observó mientras dormía. Le gustó el sentimiento que experimentó al contemplarla, quería protegerla. Esa intensidad tan abrumadora lo asustó, luego recapacitó, él hubiese hecho lo

mismo por cualquiera de sus chicos; con ese pensamiento y tras cerciorarse de que se encontraba bien, se levantó y escribió una nota:

*Esteban dice que no hay prisa, que cuando estés en condiciones te levantes y vayas al despacho. Llámame cuando despiertes, tengo que irme al albergue. Nos vemos,*

*Dani*

A media mañana Dani decidió pasarse por el despacho de Esteban, pues había recibido un frío wasap en el cual Celeste le informaba que estaba bien y se iba a trabajar.

Al llegar, Esteban le informó que tenía cuatro invitaciones para una cena. Él y Beth iban a asistir, si bien, Joseph prefería no ir, argumentando que no se encontraba con fuerzas de enfrentarse al público con todo lo que le estaba cayendo encima por culpa de la investigación a la que estaba sometida su mujer. Le había pedido que se lo comentase a su hija y a Dani por si a ellos les apetecía. Después de la escena de la noche anterior, Dani pensó que sería conveniente para Celeste enfrentarse a todo y con él a su lado sería mucho más fácil, así que insistió en ir y al final ella acabó claudicando.

Decidieron pasar por la casa que Celeste compartía con su madre y que era donde tenía toda la ropa elegante y así Beth también podría coger alguna prenda.

Ante la presencia de los periodistas delante de su casa, Celeste se tensó y apretó con fuerza el cambio de marchas. Al ver como reaccionaba, inconscientemente Dani puso la mano encima de la suya y tras un pequeño apretón, se dirigió a los corresponsales:

—Buenas tardes a todos. Estoy seguro de que su intención no es importunar a mi amiga Celeste ni a nadie de su entorno. Ni ella, ni Joseph, ni ninguno de nosotros sabemos nada de lo que ha sucedido. Manejamos la misma información que poseen ustedes. Débora ha estado retenida durante setenta y dos horas y ha salido bajo fianza hasta que salga el juicio, del que aún no sabemos la fecha.

—¿Quién es usted? ¿Es la pareja de Celeste?

—No. Solo soy un buen amigo y no me gusta verla incómoda ante una situación en la que no tiene nada que ver. Ella no puede aportar ninguna

información que ustedes no conozcan ya. Así que les agradecería que no nos atosiguen, ni a nosotros ni a nadie que desee entrar o salir de esta casa. Solo Débora puede contestar a sus preguntas. Así que, por favor, déjenos pasar.

Como si hubieran sido unas palabras mágicas, los micrófonos y las cámaras se apartaron y dejaron libre un ancho pasillo por el que circular. Celeste lo agradeció con una sonrisa mientras susurraba: «Gracias».

Una vez dentro de la vivienda, los chicos se dieron cuenta de que no iban a dejarlos tranquilos, y prefirieron irse a ver el partido a una cafetería mientras ellas se probaban la ropa. Estaban concentrados mirando el televisor cuando las sirenas de la policía los alertaron y salieron como alma que lleva el diablo. Sus pies apenas tocaban el suelo, conscientes de que tanto policías como ambulancias se detenían frente a la casa de Celeste. No escucharon los gritos que les exigían que se detuviesen y no entrasen en la casa. Uno de los policías salió corriendo tras ellos, aunque ante una señal de su superior volvió sobre sus pasos para evitar que los periodistas también se colasen.

En el interior, Dani, en unas milésimas de segundo calibró la escena, esa era su especialidad. Esteban ya estaba junto a Beth, que no se movía. Un charco de sangre se había formado a su alrededor. Celeste gritaba histérica con el labio partido. No dejó que sus sentimientos se adueñaran de su mente, había visto demasiadas escenas de ese tipo a lo largo de los últimos años debido a su trabajo. Lo primero que debía hacer era deshacerse de la amenaza inminente y esta era Joseph, arrodillado encima de Débora con un cuchillo apuntando al pecho de esta.

Las palabras de su mujer pidiendo que la matase, ya que ella había acabado con la vida de Beth y su madre, sabía que terminarían por trastornar a Joseph más de lo que ya estaba. Así que, sin pérdida de tiempo, se plantó delante de este, hablando con voz pausada pero firme, consiguiendo devolverlo al presente.

...

Muy lejos de allí, una mujer con un embarazo muy avanzado se quedó mirando el televisor. Sus ojos se abrieron asombrados al ver el rostro que en esos momentos aparecía en pantalla. Al acercarse el objetivo y enfocar un

primer plano, la joven se volvió con rapidez para encontrarse, cara a cara, con el mismo rostro más envejecido.

—Tomás, ¿qué significa esto? —preguntó con incredulidad. Mientras observaba cómo Dani, a través del televisor, cogía la mano de la mujer que se hallaba al volante del lujoso coche.

—Que mi primogénito tiene unas expectativas muy altas. Siempre supe que ese chico llegaría muy lejos —concluyó Tomás con orgullo. La mujer no pudo evitar que su rostro se volviese hacia la habitación contigua, donde sus cuatro hijos jugaban tranquilamente.

La chica, de poco más de treinta años cerró los ojos y respiró en profundidad para controlarse, ya pocas veces sacaba a relucir su carácter. Llevaba casi trece años junto a él, le había dado cuatro hijos y un quinto estaba en camino. Esperaba que esta vez Tomás se diese por satisfecho. A sus sesenta años exigía un heredero digno de su legado. Ella, con la vista fija de nuevo en el televisor, enseguida se dio cuenta de qué era lo que buscaba, lo que aparecía en pantalla. Un ser hecho a su imagen y semejanza, él se consideraba un dios, y su predecesor debía ser un calco suyo.

Tomás salió de la habitación dando grandes zancadas y por un momento se detuvo delante de la habitación de los niños de esa casa. Los miró con desagrado, ninguno de ellos era como Dani. Al observar a Ana, sus ojos se cerraron con odio no disimulado. Sabía que ella le tenía miedo y hacía bien, a sus diez años era la única que había heredado el carácter de su madre y los instintos de supervivencia de su padre. Hubiese sido una digna heredera si fuese hombre y su simiente estuviese en ella.

## 25. El padre de Dani

Habían sido unos días muy movidos, desde que Dani salió en televisión pidiendo un poco de sentido común a los periodistas, su rostro y sus palabras atravesaron los continentes. Rezumaba tranquilidad y templanza por cada poro de su piel; sus rastas y su aspecto habían conseguido que el vídeo se hiciera viral en unos minutos. Su mano sobre la de Celeste y la mirada cómplice entre ellos estaba entre los más vistos de YouTube. En otro de los vídeos le pedía a Joseph que soltase el cuchillo, pues «ellas» estaban bien. En esos momentos no fue consciente de nada más que de salvar la situación, y apenas en unos segundos lo consiguió. Luego se acercó a Celeste y la abrazó murmurando palabras de consuelo en su oído. La foto también se hizo viral, ambos abrazados con una pregunta: «¿De verdad son solo amigos? Juzguen ustedes».

Beth, tras pasar la noche del ataque en el hospital a causa de la pérdida de sangre, había sido dada de alta y todo había vuelto a una aparente normalidad.

En el albergue todos se cachondeaban de él, a pesar de que estaban más que acostumbrados a verlo abrazar a todo el mundo y, aunque sospechaban que había «algo» entre ellos, tampoco le daban mayor importancia. Eludir a los *paparazzis* ya era otra historia; sin embargo, Dani una vez dejó claro que eran solo amigos, no volvió a hacer ninguna otra declaración. Celeste utilizó la misma táctica, tras decir que la había abrazado para reconfortarla y que se tranquilizase como haría cualquier buen amigo. Aparentemente la habían dejado tranquila, si bien, se sentía observada y de forma continua se cruzaba con regularidad con gente a la que anteriormente no había visto.

Después de que Beth le explicase a Celeste que habían sabido que algo no iba bien aquella noche, porque al no tener cortinas se veía todo, esta decidió que había llegado el momento de seguir con las compras. Una vez en los grandes almacenes, aprovecharon para comprar también más conjuntos de toallas, sábanas y accesorios para el baño. Celeste, con un juego de toallas en la mano se dio la vuelta convencida de que era Beth quien la reclamaba.

—Perdone, señorita —comentó un hombre tocándole el hombro— ¿Qué le parecen estas sábanas para unos recién casados? No sé qué comprar —dijo con desesperación—. Mi hijo se casa y me ha pedido que le compre la habitación de matrimonio y los complementos. Los muebles me han especificado el modelo y la tienda, pero con los complementos me ha dicho que me las apañe yo solo. Acabo de divorciarme y mi mujer y mi hijo se han propuesto complicarme la vida.

Beth, a sus espaldas, le sonrió a Celeste y le hizo un gesto de asentimiento.

—¿Quiere que le echemos una mano? Esas sábanas están bien, ¿Qué más necesita?

—Cortinas, una colcha, no sé, las mujeres saben más de estas cosas, yo no tengo ni idea, por cierto, el dinero no es problema.

Con ese último comentario Celeste sonrió abiertamente, comprar sin mirar precios, eso era lo suyo. Pasaron un par de horas muy entretenidas, cuando terminaron, el hombre insistió en invitarlas a un café como agradecimiento. Era muy agradable, les habló de su matrimonio fallido y de su hijo que se había desentendido de él, pues solo quería escuchar la versión de la madre. Ellas también le hablaron de Esteban y Dani, del trabajo y sus aficiones. Cuando se marchaba, observaron una fina cicatriz blanquecina que se extendía a lo largo de su cuello. Se dieron cuenta de que no les había hablado sobre ella, ni les había dicho su nombre, aunque tampoco le dieron mayor importancia.

Al cabo de unos días, Beth y Celeste estaban a punto de irse a casa cuando, a través del cristal de la cafetería de enfrente, vieron a Dani sentado en una mesa al fondo del local.

—¿Qué hace aquí Dani? ¿Ha quedado con Esteban? —preguntó Celeste.

—No me ha dicho nada. Se ha ido hace un rato con tu padre —dijo Beth sin pararse a pensar que era el padre de ambas y no de Celeste únicamente.

Entraron y tras saludar a la camarera y pedirle unos refrescos, fueron en su búsqueda. Sobre la mesa había un café y una copa de ron. A Beth le extrañó, pues era algo que Dani no acostumbraba a pedir, algo no encajaba. Cuando instintivamente fue a coger el brazo de Celeste para que retrocediese, vio una amplia sonrisa en el rostro del hombre y dedujo que ya era tarde, pues Celeste lo miraba boquiabierto.

—Buenas tardes. Me temo que acabas de confundirme con mi hijo.

Celeste, no entendía nada, ¿Dani tenía padre? Entonces... ¿Por qué consideraba a la familia de Esteban como propia? ¿Tenía relación con este? Había un montón de preguntas que le martilleaban el cerebro, y un hombre expectante señalando la silla frente y dispuesto a hablar.

—Tú debes de ser Celeste, la chica de Dani. Os he visto en la televisión, mi hijo es igual que yo en lo que a relaciones con mujeres se refiere, es de los que les cuesta comprometerse. Dale tiempo para que se haga a la idea y verás como todo sale bien.

—Celeste, tenemos que irnos —urgió Beth. Dani y Esteban no habían entrado en detalles, pero ella sabía que no había contacto entre ambos, e imaginaba que el motivo para ese distanciamiento sería muy fuerte, y más conociendo a Dani y su propensión a implicarse en todo.

—Y tú debes de ser Beth, la novia de Esteban. ¿Ves, Celeste? —argumentó atrayendo su atención—. Al contrario que Dani, Esteban es de los que se compromete. Desde siempre ha sido el mejor amigo de mi hijo, aunque nunca he entendido el porqué, pues son completamente diferentes. Por cierto, mi nombre es Tomás. —Les tendió la mano para presentarse de una manera más correcta. Al acercarse la camarera y poner los refrescos sobre la mesa, ellas se sentaron.

—Dani nunca me ha hablado de ti. De hecho, creía que no tenía familia y la de Esteban había asumido esa responsabilidad —especuló Celeste.

—Cuando murió su madre, los padres de Esteban me lo arrebataron. Creí que con ellos tendría más estabilidad y no quise entrometerme. Pero mi primogénito se ha convertido en todo un hombre. No podía creerlo cuando lo vi por la televisión. Y he pensado en pasar a saludar. Bueno, he de irme. Ha sido un placer conoceros.

Celeste y Beth se miraron asombradas. Tomás parecía tener todo el tiempo del mundo y ganas de hablar cuando, de repente y sin previo aviso, se había marchado con rapidez e incómodo.

—Hola, chicas —dijo Esteban tras darle un beso a Beth y sentarse en una de las sillas.

—¿Adivina a quién acabamos de conocer? —Celeste lo preguntó con una sonrisa en la boca. Deseaba conocer más a Dani y este parecía un libro cerrado en cuanto a su familia se refería, pues siempre terminaba hablando de la de Esteban.

—¿A quién? —preguntó sin darle mayor importancia.

—Al padre de Dani. —Esteban se levantó con rapidez y observó a su alrededor.

—¿A Tomás? —preguntó asombrado al no ver ni rastro y maldiciéndose porque desde fuera sí que lo había interceptado, por eso había entrado directamente sin pasar antes por el despacho, sin embargo, en ningún momento se le pasó por la cabeza que Tomás aparecería por allí. Cogió el teléfono y se alejó un poco de ellas para poder hablar. Al volver, tenía el ceño fruncido y parecía concentrado.

—Dani nos espera en su casa.

Celeste entrecruzó una mirada con Beth y le sonrió. Dani decía que no llevaría a ninguna chica allí, pues era su santuario. Y ella, el mismo día, conocía a su padre e iba a su casa, menuda suerte.

—¡Por el amor de Dios! —les gritó Dani— ¡Pensad! Sois periodistas, algo ha tenido que llamaros la atención. Alguna información se le tiene que haber escapado.

Ambas mujeres se miraron entre ellas y negaron en un movimiento decidido. No habían sacado nada en claro, Tomás no había dado ninguna información útil, solo pudieron destacar que mientras hablaba, jugueteaba con una tarjeta del albergue entre sus manos.

—¿Crees que se presentará allí? —preguntó Esteban.

—Nada de esto tiene sentido. Lleva años desaparecido. En cuanto alguien logra escapar, él cambia de casa sin dejar rastro.

—Te ha visto por televisión —corroboró Esteban—. Se siente orgulloso. Tal vez quiera restablecer contacto contigo.

—¿Después de todo lo que hizo y estar desaparecido durante años? No lo creo. Además, está lo que le sucedió a mi madre...

Dani respiró hondo, su rostro siempre pícaro y con la sonrisa en los labios, se volvió sombrío. Bajó la cabeza cubriéndose la cara con ambas manos y vieron como sus hombros se movían por espasmos. Esteban se levantó y ambos se abrazaron con fuerza.

—¿Qué le pasó a su madre? —le preguntó Celeste a Beth en voz baja, aunque no lo suficiente para que ambos hombres la oyesen.

Dani la miró furioso, pues se estaba entrometiendo en una parte de su vida que aún no tenía superada.



—Celeste, no todos hemos tenido una infancia entre nubes de algodón, ¿Quieres saber qué estaba haciendo yo mientras mi madre se cortaba las venas y moría desangrada? —espetó con la cara desencajada por un dolor y unos remordimientos de los que aún no se había sobrepuesto.

—¡Dani, no sigas! —lo cortó Esteban alzando la voz y dejándolos a todos asombrados ante el arrebató—. Por favor, tranquilízate. Salgamos de aquí y que nos dé un poco el aire. ¿Qué prefieres: salimos a correr un rato o vamos a tomar algo?

—Correr.

—Perfecto, te cojo un chándal y deportivas —le informó Esteban mientras se encerraba en la habitación para cambiarse. Luego, en absoluto silencio, bajaron las escaleras. Esteban dio un suave beso a Beth; después, ambos hombres comenzaron a trotar en dirección contraria a la que habían cogido ellas.

Los días pasaban y Tomás seguía sin dar señales de vida. Dani, recuperado del *shock* volvió a implicarse en su trabajo. Una mañana, Esteban le llamó para decirle que acababa de hablar con sus padres y los esperaban para el puente de diciembre. Dani aceptó enseguida, pues necesitaba sentirlos cerca.

## 26. Visita familiar

Por la tarde, cuando Dani entró en la cafetería donde sabía que le esperaban Esteban y Beth, no le sorprendió encontrarse también a Celeste, pues le habían advertido que estaba con ellos.

—Hola, Princesa —la saludó con una sonrisa.

—Hola. —Desde que fue a su piso, no se habían vuelto a ver. Celeste estaba incómoda, no sabía cómo actuar frente a él.

Cuando sonó el teléfono, una gran sonrisa se dibujó en el rostro de Dani.

—Hola, Álex. ¿Cómo estás? [...] Pues claro que voy a ir [...] ¿Celeste? Sí, está aquí ¿Quieres hablar con ella?

Dani le tendió el teléfono y ella le sonrió.

—Hola, Álex, ¿Cómo estás? [...] Me gustaría ir, pero no puedo. [...] ¡Ah! Que tus amigos quieren conocerme.

Celeste levantó la mirada, Dani la observaba divertido al ver que ella no sabía cómo eludir la invitación, ante su sorpresa la escuchó decir:

—Oye, Álex, ¿tus padres saben que me ibas a invitar? [...] Pues sí, también voy.

Tras colgar, Dani continuaba con la sonrisa bailando en su rostro.

—Princesa, ¿dónde piensas pasar la noche? Por si no lo sabes, solo está mi habitación, la de Esteban y la de Álex. Ya sabes que en mi cama siempre eres bienvenida —le aclaró, lanzándole un beso.

—¡La pasaré en el puñetero motel, ese que tanto te gusta, si hace falta! —espetó Celeste.

—Por Dios, no empecéis otra vez —exigió Beth—. Llevamos las maletas y las mujeres las descargamos en la habitación de Esteban y vosotros en la de Dani, luego ya veremos qué hacemos.

—¿Ves, Dani?, todo solucionado —le aclaró Celeste.

Cuando llegaron a Alcobendas, Gloria pudo constatar que la Princesa, como se refería Dani a ella, se mostraba mucho más natural y accesible que la última vez que habían coincidido. Debía admitir que cuando Álex le preguntó, tapando el auricular del teléfono, que si Celeste podía ir, se había quedado sin habla y terminado asintiendo, preguntándose qué tipo de comida debía hacer. Si le gustaría la casa o los vería como unos perdedores.

Esa chica la ponía nerviosa, al contrario que Beth, con ella sí que se veía haciendo cualquier cosa o charlando debajo de la sombra en el patio mientras los hombres hacían deporte o jugaban a la *Play*. Con Celeste, era diferente.

Su maleta era de marca, con candado y contraseña. Al verla, Dani se había reído de ella diciéndole que no iban a robarle nada, aunque no llegaban a su nivel eran honrados. Ella le había dicho que era la única que tenía en casa y no pensaba comprarse otra, que hiciese el favor de callarse, que no le apetecía discutir. Él, sin darle importancia, se había acercado a sus labios y depositado un suave, simple e inofensivo beso. El único que se habían dado en los últimos días.

—Princesa, yo tampoco quiero discutir.

Durante la tarde, estuvieron haciéndose fotos con los amigos de Álex. A Beth se la veía de lo más entretenida charlando con todos y haciéndose selfis mientras que Celeste parecía su sombra. Al cabo de un rato, Dani le había rodeado el cuello y susurrado sobre su oído: «Princesa, relájate y disfruta. Estos chicos quieren presumir de conocerte. Así que pon tu mejor sonrisa y luego cuando las suban a las redes, les das un “me gusta”». Luego, sacando su propio móvil y rodeando su cintura con el brazo, había hecho un selfi de ambos en el cual le daba un suave beso en el cuello antes de soltarla.

Por la noche se fueron los cuatro a tomarse algo al *pub*. Celeste se puso de espaldas a la puerta, pues Dani se había separado de ellos para hacer caso a unos amigos que acababan de entrar y no había vuelto. Cuando vio entrar a una mujer y saludarlo con un beso en la boca, contuvo la respiración mientras se le formaba un nudo en la garganta. Si bien, la otra, tras hablar un momento con él, había seguido su camino. A esa le siguieron varias más, de hecho, la mayoría de las mujeres lo saludaban de esa forma, más o menos efusivas y con más o menos toqueteos, y a él no parecía molestarle en absoluto.

Celeste, mirando hacia la barra y en lo más profundo de su mente, se alegró de que no hubiese un espejo que le permitiese ver lo que hacía Dani en esos momentos. Él le había prometido que no habría ninguna otra mientras existiese ese «algo» entre ellos; no obstante, le había advertido que él era mucho de besos y abrazos, y que como viese una mala cara por su parte o comentario fuera de lugar, la enviaba a tomar viento; esas habían

sido sus palabras. En Valencia también lo había visto saludar así a algunas mujeres, aun así, estas eran conocidas y sabía que de ahí no pasaba, al menos desde que ella había aparecido en escena. En esos momentos, le gustaría poder pensar lo mismo. Sintió una mano sobre su hombro, pertenecía a Beth. Apenas podía contener las lágrimas, esas que amenazaban con escurrirse de sus ojos y deslizarse por sus mejillas. Le cortó el paso a la primera de ellas con el torso de la mano.

—Yo... creo que me voy a casa. Vosotros quedaos y disfrutad.

—¡Por el amor de Dios! Acércate a él y métele la lengua hasta la garganta, o lo que sea que le guste y tráelo hacia aquí —sentenció Esteban contrariado. La vio seguir sus instrucciones, pero en el último momento la cogió del brazo— No olvides poner tu sonrisa más lasciva.

Ella le sonrió y luego le besó en la mejilla mientras le abrazaba pensando que Dani tenía razón. El contacto físico era importante y te hacía sentir bien; sin embargo, insinuarse de la forma como había estado observando toda la noche no era normal, por mucho que a él se lo pareciese.

—Deséame suerte —le murmuró a Beth.

Dani la vio acercarse. Por un momento, había olvidado que ella estaba allí. No, no podía mentirse a sí mismo, había intentado hacerlo, pero no lo había conseguido. Llevaba toda la noche saludando a todas esas «amigas», y ninguna le hacía sentir lo que Celeste. Había esperado que ella estallase para hacerle ver que lo suyo no era posible. En vez de ello, se acercaba con una sonrisa que lo ponía a cien.

—Hola, Princesa. ¿Has venido a por tu ración de besos?

«¡Y una mierda!», pensó Celeste, ir de sumisa no era lo suyo. Ella tenía carácter y si lo suyo estaba predestinado a ir adelante, ambos debían saber a qué atenerse, no solo ella. Se acercó sin borrar esa sonrisa, luego le rodeó el cuello con los brazos sin llegar a pegarse a su cuerpo y lo miró de frente.

—Estoy dispuesta a compartir esto con las otras —le dijo mientras le acariciaba la nuca con suavidad. Luego una de sus manos se deslizó a lo largo de la clavícula hasta llegar a su boca y delinear sus labios antes de seguir hablando—, incluso tu boca si es con «tu gente» como tú las llamas, pero —sus ojos se entrecerraron con una expresión de rabia contenida— no estoy dispuesta a que ninguna de esas que están deseando llevarte al motel tenga acceso a «esto». —Esta vez sí que su cuerpo se pegó al de Dani mientras cogía su miembro con decisión y apretaba con fuerza ante el sobresalto de este, que no podía apartar la mirada de su bruja particular. Esa

sonrisa en su rostro lo ponía a cien, mientras también lo ponía en su sitio, se dio cuenta que ella no había sido tan indiferente a sus flirteos—. Esto es solo mío y me las veré con uñas y dientes con aquella que sea capaz de invadir mi espacio. En cuanto a ti, si vas a desaparecer con alguna de ellas, ten cojones para decírmelo a la cara y luego lárgate.

Celeste seguía apretando con fuerza. Dani la observaba muy de cerca, tan solo unos milímetros separaban sus bocas. Ella se abalanzó sobre él, quitando la mano de su miembro y rodeando su cuello con decisión, él respondió con la misma intensidad. Su boca mordía los labios de ella y se restregaba contra su cuerpo, ansioso por sentirla, por poseerla. Sus manos se movían frenéticas ajustando las palmas a sus nalgas y apretándolas con determinación. Separando una mano del trasero de ella la entrelazó con la suya para bajarla hacia su miembro. Celeste comenzó a recorrerlo mientras, desesperados, se comían la boca cuando, de repente, se sintió sola y desamparada. Su cuerpo reclamaba más caricias, su boca necesitaba que la martirizasen de nuevo. Quería que Dani la volviese a llevar a ese lugar donde se encontraba hasta hacía escasos segundos, justo antes de que él la soltase súbitamente.

—¡Joder, menudo susto! Ya me parecía a mí que había demasiadas manos.

Celeste enrojeció al percatarse de lo que estaba sucediendo. La chica besó a Dani en los labios y después lo intentó con ella, que confusa giró la cara, por lo que esta depositó el beso sobre su mejilla con una risa juguetona.

—Estabais tan... ensimismados que he pensado que no os molestaría que me uniese al juego.

—Preciosa, estaba... ensimismado con mi chica, y a ella no le gusta compartir.

—¡Te han cazado! —exclamó la otra con una risa jocosa—. No me lo puedo creer. De veras, nunca creí que sentarías cabeza. ¡Con los buenos ratos que hemos pasado!

—¡Ya es suficiente! Me ha parecido ver a «tu otra mitad» por ahí dentro. Seguro que enseguida encontráis a alguien para vuestros juegos.

En cuanto la otra se fue, Celeste cogió la mano de Dani y lo llevó a la barra junto a Esteban y Beth.

—Princesa, ¿va todo bien? —preguntó Dani besando sus labios con suavidad.

—Sí, tranquilo. No he descubierto nada que no imaginase, pero se me ha hecho muy raro. ¿No esperarás que yo haga «eso»?

Dani le sonrió con malicia antes de lanzarse sobre su boca. Mordió su labio, estirando con los dientes abriéndose paso con su lengua, no le daba tregua. Celeste, ansiosa, le acercaba la cabeza, sin percatarse de que no era posible tenerlo más cerca y él no tenía ninguna intención de separarse de ella. La cogió por las nalgas friccionando sobre su cuerpo para que notase en qué condiciones se encontraba en esos momentos. Un gemido escapó de sus bocas anhelantes mientras Celeste bajaba la mano para apoderarse de su miembro y tocarlo con desesperación. Cuando ella intentó meter la mano dentro del pantalón, Dani le cogió ambas y se las inmovilizó en la base de la columna. Luego con una sonrisa endiablada se separó de sus labios. Ella intentó acercarse de nuevo, pero él controlaba la situación, alejándola de su boca cuando sus labios estaban a punto de tocarse con un seco movimiento. Celeste, desesperada, volvió a intentarlo.

—Princesa, ¿de veras crees que necesito más gente cuando estoy contigo? Con lo que me cuesta controlarme y no dejar que te aproveches de mí delante de todos y montes un espectáculo pornográfico.

Con una risa nerviosa se acercó al pecho de Dani y cerró los ojos mientras murmuraba.

—Mierda, qué vergüenza.

Cuando al fin fue capaz de observar a su alrededor, varios pares de ojos se desviaron ante su mirada, mientras en otros detectaba envidia. Respiró aliviada al comprobar que su hermana y su pareja no se habían dado cuenta de nada, pues ambos estaban muy entretenidos mientras se comían la boca.

—Princesa, salgamos de aquí —le dijo Dani cogiendo su mano y tirando con fuerza. Varios ojos femeninos los siguieron con la mirada mientras sus mentes intentaban adaptarse a la nueva situación, su compañero de juegos, interesante, guapo y sin tapujos, acababa de ser cazado por una chica de capital, rica, ambiciosa, y no sabían hasta qué punto lasciva al ver como se había comportado momentos antes. En la misma puerta se tropezaron con un chico joven con aspecto despreocupado que miró a Dani con una sonrisa socarrona.

—No podía creerlo cuando mi hermana me ha dicho que tenías novia, pero veo que es verdad. En el motel te van a echar de menos.

—Joder, menuda nochecita. Parece que os hayáis puesto de acuerdo en sacar a la luz todos mis devaneos amorosos. Celeste, este es Jesús, otro de

los que hace estragos cuando viene al pueblo.

Celeste vio el pique que había entre ellos dos. Se imaginó que Dani anteriormente no se había preocupado de esconder sus gustos y aficiones sexuales, y ese joven parecía seguirle de cerca,

—Encantada. —Al saludarle le dio un beso en los labios.

—Bueno, Jesús, nos vamos.

—Pasadlo bien. —Le siguió con la mirada mientras desaparecían de su vista y una sonrisa se dibujaba en su rostro, al parecer, a la chica de Dani también le iba el juego a juzgar por el beso que acababa de darle. Lo que no se explicaba era por qué Dani se había ido con tanta rapidez.

—¿A qué ha venido eso, Princesa? —preguntó desconcertado ante la reacción de ella con su amigo.

—¿A qué te refieres?

—Al beso que acabas de darle a Jesús. Si quieres volvemos a por él y que se venga con nosotros.

—No ha sido una buena idea, ¿verdad? —Siguió andando sin apartar la mirada del frente— Quería ver si yo era capaz de meterme en algo así. —Se detuvo bruscamente, indecisa y cohibida, sin ser capaz de levantar la mirada—. Dani, tenemos que hablar en serio. Necesito saber qué tipo de juegos te gustan para ver hasta dónde estoy dispuesta a involucrarme.

—¿Has visto la película de *Cincuenta sombras*? —Al ver que ella asentía, siguió hablando—. ¿Recuerdas la escena donde Anastasia está totalmente indefensa suspendida entre cuerdas y cadenas con las manos y los pies atados, los ojos vendados y totalmente expuesta a los caprichos de Christian? —Dani observó unos ojos desorbitados que lo miraban con estupor y no pudo contener la risa—. Pues eso no me gusta. Celeste, tranquilízate, cuando estoy contigo no necesito nada más. En cuanto a los juegos de cama, ya los iremos descubriendo juntos, juegos en los que ambos nos sintamos cómodos.

—Oye, lo de los ojos vendados me ha gustado. ¿Me dejarás ponerte un antifaz?

—Princesa, ¿y qué me harás cuando lo lleve puesto?

—Tendrás que esperar para averiguarlo.

Cuando quiso darse cuenta, se hallaban delante del motel. Celeste mudó el semblante, pues no pudo evitar imaginarlo con otras mujeres en ese mismo sitio, en la misma habitación que les darían, y en esa misma cama. La imaginación de él volaría en pos de esos recuerdos morbosos e ilícitos

con una o más mujeres, mujeres dispuestas a todo para complacerle y complacerse a sí mismas, mientras que ella no sabía ni por dónde empezar, ni tan siquiera si estaba dispuesta a hacerlo y dejarse llevar sin pensar en nada más.

—Celeste. ¿Qué sucede?

—¿No podemos pasar la noche en casa de tus padres?

—Princesa. —Dani apenas se lo pensó un segundo antes de aclararle las cosas—. Me gustas y ya te he prometido que mientras dure esto que tenemos no habrá ninguna otra. Pero quiero que tengas claro que no somos pareja. Si esta noche he dicho en el *pub* que eras mi chica y he dejado que todo el mundo pensase que somos novios, ha sido simplemente porque reconozco que me he pasado pegándome el lote con todas; quería poner distancia y no estar toda la noche rechazando a unas y otras. He pensado que decir que somos pareja era lo más conveniente en esos momentos.

—Queda claro, pero prefiero dormir en la casa.

—Está bien, pero nada de armar escándalo, las paredes son muy finas. Esteban y yo teníamos controlado cada vez que José y Gloria mantenían relaciones. Quedé descolocado cuando Esteban me contó que se había tirado a Beth en la casa en pleno día y con Álex por allí fuera. Princesa, esa será una de mis fantasías para próximas visitas si te invita Álex, sexo a pleno día y con la casa llena.

—Dani, ¿te has dado cuenta de qué cuando pasamos la noche juntos nunca tenemos sexo?

—¿Qué?

—Ni la noche en la que ingresaron a mi padre, ni la que me dio el ataque de ansiedad, ni esta noche.

—¡Serás capaz de dejarme a dos velas! —La miró contrariado—. Sí, mejor nos acostamos quietecitos que si no a ti te da por gemir a lo bestia y despertarás a media casa.

—¡Serás imbécil! Pues anda que tú muy discreto no eres.

—Pero yo sé controlarme cuando hace falta. Ya hemos constatado que tú te lanzas en picado y pasas de todo —le dijo cogiendo su mano y comenzando a andar.

Cuando volvieron a entrar al *pub*, Dani se detuvo para hablar con unos chicos y Celeste se aproximó a la barra. Se extrañó al no ver a Esteban ni a Beth y pidió dos *gin-tonics*, uno para ella y otro para Dani, con la idea de tener las manos ocupadas e ir pegando pequeños sorbos. Observó a su



alrededor aun sabiendo que no iba a encontrar a ningún conocido. Su mirada buscó entre las sombras un rostro que le había parecido reconocer, se preguntó si estaría equivocada y esa cicatriz entre la mejilla y el cuello era causado por el reflejo de las luces del pub.

—Princesa, ¿Dónde están Esteban y Beth? —preguntó Dani deteniéndose a su lado.

—No lo sé. Cuando hemos entrado ya no estaban.

—Perdona, si hubiese sabido que estabas sola no me hubiese entretenido tanto. Estaba seguro de que estabas con ellos.

—Tranquilo, no pasa nada. Dani, hace un momento he tenido la impresión de que me observaban. Ha sido una sensación rara y me ha parecido ver a un hombre que Beth y yo conocimos en unos grandes almacenes. Tiene una cicatriz que le atraviesa la mejilla hasta desaparecer en el cuello.

—Ni idea. Aquí en el pueblo no me suena que nadie tenga una cicatriz como la que describes.

—Es igual, habrán sido imaginaciones mías.

En cuanto se terminaron las bebidas, decidieron volver a casa.

A la mañana siguiente estaban todos sentados alrededor de la mesa desayunando cuando Esteban sacó su móvil que acababa de vibrar en el interior de su bolsillo y miró el wasap que le acababa de mandar su jefe. Conforme arrastraba el dedo sobre este, su rostro iba adquiriendo una tonalidad más rojiza, hasta que levantó la mirada para centrarla en Celeste, cuyos ojos abiertos desmesuradamente y el intenso color de su cara le dio la pista que necesitaba confirmar.

—Supongo que tu padre acaba de mandarnos las mismas fotos. Dani, mira esto.

Cuando le pasó el móvil, este sonrió.

—Menudo *collage* ha hecho con las chicas que besé anoche. A ver qué dice el reportaje.

—¡Dani! Ayer, ¿besaste a muchas chicas? —preguntó Álex emocionado, levantándose para situarse tras él y poder ver esas fotos— ¡Vaya! Celeste, tú también sales besando a Dani. ¡Y es de tamaño gigante!

—Gracias por la aclaración, Álex —espetó molesta—. Joder, Dani, no quiero fotos nuestras besándonos por las redes sociales ni las revistas. A nadie le importa lo que haga con mi vida.

—Después del beso, ¿te llevó al motel para hacer estragos? —preguntó Álex con inocencia.

—No, Álex, no me llevó al motel —remató enojada.

—Es verdad, que habéis dormido en casa —siguió hurgando— ¿En la misma cama?

—¡Álex, ya es suficiente! —le advirtió Dani.

Celeste dejó el móvil sobre la mesa y se cubrió el rostro mientras sus hombros comenzaban a temblar. Dani, frunciendo el ceño lo cogió para ver lo que a ella le había impresionado tanto. Quedó petrificado por lo que se podía leer al pie de la foto. «A la Princesa (como cariñosamente se refiere Dani a ella) le va el morbo, pues sigue de cerca los pasos de su chico». En la foto se podía ver a Celeste besando a Jesús mientras Dani permanecía impasible a su lado.

—Pues aún no habéis visto el vídeo de YouTube, ya os vale, debisteis ir al motel—comentó Beth con el rostro colorado— ¡Ostras! Esteban, nosotros también salimos en segundo plano.

Ante la palabra vídeo, Celeste rompió a llorar.

—Celeste. ¡Princesa! —En cuanto tuvo toda su atención continuó—¿No quieres vivir del cuento el resto de tu vida? Si esas fotos, metiendo un poco de cuento, ya nos podían sacar de pobres, ¡imagina lo que puede dar de sí el vídeo de cómo me metes mano a lo bestia! —se carcajeó Dani—. La mayoría de las celebridades del momento viven de eso. De dar la nota y que los vean con unos y con otros. Estoy seguro de que se me daría bien y si te enseño cómo actuar, a ti también.

—Dani, no digas tonterías. ¡Serás cretino! —observó Celeste con voz lastimosa—. Solo quiero que esas fotos desaparezcan de las redes.

—Tranquilízate, que es broma. Centrémonos. ¿Cuál es el problema? Siempre hemos negado que mantuviésemos una relación, así que, lo que hagamos o dejemos de hacer es asunto nuestro. Ayer nos apetecía enrollarnos y lo hicimos, fin de la historia.

Álex alternaba la mirada de uno a otro, sopesando la información que acababan de dar sin que las cosas le quedasen demasiado claras.

—A ver, que yo me entere. Dani, ¿Celeste es o no es tu novia?

—No es mi novia. Tú mismo has visto que ayer besé a muchas chicas.

—Sí, pero Celeste ha pasado la noche en casa.

—Álex, fuiste tú quien la invitó a venir. No fue idea mía y a una invitada no la puedes mandar al motel a pasar la noche. Por cierto, era tu invitada, lo

normal hubiese sido que le cedieses tu habitación y tú fueses a dormir al sofá —constató.

—No lo pensé. Pero mi cama es grande, cuando viene algún amigo dormimos juntos y cabemos perfectamente. Celeste, la próxima vez que vengas puedes dormir en mi habitación. —Álex iba pasando la mirada de unos a otros preguntándose qué les había hecho tanta gracia. Sobre todo a Dani que, con las manos se aguantaba el estómago, mientras se carcajeaba con el torso de la mano se limpiaba las lágrimas.

—¡Eso le digo yo siempre a la Princesa, que en mi cama siempre es bienvenida! —dijo sin dejar de reír. Luego respiró profundamente para serenarse y cambiar de tema antes de que Celeste lo enviase a la mierda—. ¿Qué os parece si después de desayunar salimos a dar una vuelta?

—Buena idea —constató Gloria sin dudarlo mientras se levantaba para recoger la mesa.

## 27. El hombre de la cicatriz

Celeste y Beth habían vuelto a salir de compras y se encontraron nuevamente con el hombre de la cicatriz, quien insistió en invitarlas a otro café, pues estaba harto de tanta compra y le apetecía charlar un rato.

Al finalizar las compras, ambas mujeres decidieron pasarse por el *pub*, sabían que Esteban y Dani tardarían en llegar, sin embargo, no les importaba, formaban parte de ese ambiente y estaban integradas. Sonrieron al ver acercarse a un hombre que, aunque no desentonaba en el local, era evidente que su edad era muy superior a la media.

—Hola, vaya sorpresa. ¿Qué haces tú por aquí? —comentó Celeste saludando al hombre con quién habían coincidido esa misma tarde.

—Pues he visto los videos y las fotos en Internet donde salías tú con tu chico y no me lo podía creer. Soy un viejo amigo de Dani, nunca mejor dicho —remató con una sonrisa ladeada consciente de la diferencia de edad que había entre ellos—. Comentasteis que solíais venir a este local y he probado suerte.

El hombre sacó el móvil y le echó una mirada, dejándolo en su mano en vez de volverlo a guardar.

—Pues hoy tardará en venir.

—No hay problema, ¿Estos son los chicos que están bajo su responsabilidad?

—La mayoría sí.

—A ver si acierto. Las chicas... aquella morenita con cara de niña.

—Pues no. Esa no tiene nada que ver con nosotros —sentenció Celeste.

—Déjame volver a probar. Ese chico moreno que no para de reír y está intentando ligar con la morenita.

—Sí. Ese es Héctor.

—Parece muy alocado, ¿No? Y apostaría a que le gustan todas las tías.

—Sí, ahí le has dado. Por cierto, ¿Cómo te llamas? —preguntó Celeste.

—Alberto. ¿No me digáis que aún no me había presentado? —Ellas negaron con la cabeza riendo—. ¡Vaya!

—Quería preguntarte una cosa: hace un par de semanas, ¿estabas por Alcobendas? Me pareció verte en el *pub* en el que estábamos.

—No. No he estado nunca en ese pueblo.

Celeste entrecerró los ojos, de repente Alberto parecía nervioso. Algo lo había alterado.

—Hola, cariño —dijo Esteban cogiendo a Beth por la cintura y juntando sus labios en un rápido beso.

—Hola, no sé si te habrán hablado de mí. Estas dos señoritas me ayudaron con las compras el otro día en el centro comercial —dijo Alberto sin dar tiempo a las presentaciones.

—Sí. Algo me han contado.

Alberto se acercó para hablar con Celeste y Beth volvió a besar a Esteban, ajenos a la conversación que a su lado se estaba desarrollando.

—Vaya, Dani está tardando mucho, he de irme. Dale recuerdos, me gustaría quedarme un rato más, pero estoy seguro de que en cuanto me vea no me dejará escapar. Dile que me ha gustado saber de él después de tantos años y que me pondré en contacto dentro de poco. ¿Te acordarás?

—Sí, por supuesto.

—Buenas noches. Que no se te olvide, su viejo amigo Alberto le pasa recuerdos.

—Alberto, tengo curiosidad ¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

—Fue un accidente de lo más tonto del cual prefiero no hablar —respondió delineando la cicatriz, incómodo—. Bueno, tengo que irme, buenas noches.

### *Cinco años antes*

Ana ya contaba con cinco años de edad, era el ojito derecho de Tomás. De sus otros hijos, ninguno había salido como su primogénito. Su descendencia era notable, en sus diferentes casas tenía una «esposa» que sabía que lo compartía con otras mujeres más jóvenes; no obstante, pensaban que esas otras solo estaban para satisfacerlo sexualmente por un tiempo y luego desaparecían, por lo que no eran ningún peligro para ellas, que eran las encargadas de darle estabilidad y un hogar con muchos hijos. Por supuesto, ignoraban la existencia de esas otras familias. La pequeña Ana comenzó a rascarse con urgencia.

—¡Joder, cómo pica! Anda, Alberto, ráscame detrás del hombro.

Tomás sonrió al ver la decisión con la que pedía las cosas, nadie le negaba nada, lástima que fuese mujer.

De repente su rostro se contrajo al ver la pequeña protuberancia que asomaba detrás del hombro, lanzó con fuerza la silla en la que estaba sentado y sin decir nada se alejó. Alberto y Ana lo siguieron con la mirada, luego, con un levantamiento de hombros, continuaron con lo suyo.

Una semana después, Tomás les dijo a Alberto y a la madre de la pequeña que le acompañasen a dar una vuelta por las inmediaciones. Ellos no le dieron mayor importancia, cuando le pidió a Alberto que se quitase el jersey, este obedeció con gusto, era pleno día y Tomás pudo advertir que a la mujer no le hacía tanta gracia y eso que no tenía ni idea de lo que venía a continuación.

—Alberto, date la vuelta, y tú, observa.

Ella quedó conmocionada al ver el cuchillo que sacaba de su cinto. Lo acercó a la espalda y subió hasta llegar cerca del hombro.

—Alberto, ¿esto es una marca de nacimiento? —preguntó en voz sedosa.

—Sí, ¿Por qué lo dices?

—¡Porque Ana tiene la misma! —el cuchillo se detuvo junto a su garganta, el filo ya se hundía en la carne y brotaba un hilo de sangre. Tomás podía sentir el pulso junto a su muñeca, lo oyó suplicar por su vida y eso lo engrandeció, aunque sabía que eso no cambiaría su suerte.

—Por favor, nunca he hecho nada a tus espaldas, debió suceder en alguno de los encuentros en los que hemos participado ambos, siempre he hecho lo que me has pedido.

Ese «siempre he hecho lo que me has pedido» lo transportó en el tiempo. Sí, en eso tenía razón, era su lacayo, aquel que se creía su mano derecha cuando no era más que un segundón, pero siempre obedecía, sin hacer preguntas y por ello se merecía otra oportunidad.

—Que no vuelva a suceder. —exigió lanzando llamaradas por sus ojos dementes al tiempo que deslizaba el cuchillo dejando una fina línea que comenzaba en la garganta y subía por la mejilla donde la sangre manaba sin ningún impedimento—, En cuanto a ti —el puñal se acercó peligrosamente a la clavícula femenina—, me has dado tres preciosos niños y espero una familia muy, muy grande. Deseo que seas la madre de mi futuro heredero. —De un fuerte empujón tiró a Alberto al suelo, que lloraba como un niño sin ser consciente todavía de que acababan de perdonarle la vida.

...

Celeste lo siguió con la mirada hasta verlo desaparecer. Le había causado una extraña sensación, había algo en ese encuentro que le decía que ahí había un doble fondo en el mensaje. Mentalmente repasó la conversación.

—¿Esteban? ¡Esteban! —volvió a interrumpir Celeste.

—Joder, que inoportuna eres —dijo este separándose de la boca de su chica.

—¿El nombre de Alberto te dice algo? —preguntó Celeste.

—Pues no. ¿Por qué lo dices?

—Por nada, podéis seguir por donde lo habíais dejado.

—Eso está hecho —dijo lanzándose sobre Beth de nuevo.

—Mira, por ahí viene Dani —dijo Celeste—. Voy a acercarme, tengo que hablar con él y si espero a que llegue... —Cuando miró a Esteban, se dio cuenta de que estaba hablando sola y se marchó.

—Hola, Hippy. ¿El nombre de Alberto te dice algo?

—Hola, Pija. ¿De qué Alberto me hablas?

—Me ha dicho que te diga que es un viejo amigo tuyo y que pronto tendrás noticias tuyas. No sé, lo he visto varias veces y hemos estado tomando café y eso, pero la conversación de hoy ha sido rara.

Dani escudriñó cada recodo del local, inquieto, con un mal presentimiento.

—Alberto, un viejo amigo mío —repitió Dani—. ¿Cómo era?

—Mayor. ¿Recuerdas en Alcobendas, cuando te dije que me había parecido ver a alguien conocido? Lo ha negado, no lo puedo asegurar con certeza, pero creo que estaba allí.

—No es mi amigo. Más bien, la mano derecha de mi padre y si lo vuelves a ver, no dejes que se te acerque. No es un buen tipo... y mi padre tampoco.

Celeste no se atrevió a preguntar una vez que Dani dio el tema por zanjado. En cuanto se reunieron con la otra pareja, Dani le hizo una señal a Esteban y ambos salieron del local sin dar explicaciones.

Volvieron a casa todos juntos, Celeste no se sorprendió cuando Dani dio por hecho que pasaba la noche en su piso. Cuando este le sugirió que durmiesen un rato, pues el domingo tenía cosas que hacer y necesitaba descansar, a ella le dio un vuelco el corazón. Después del encuentro sexual, iban a pasar el resto de la noche juntos, abrazados, como una pareja normal

y no como una relación en las que solo les unía el sexo, recapacitó emocionada. Ese fue su último pensamiento antes de quedar dormida.

Lo que no se esperaba era, a la mañana siguiente, despertar sola y sin rastro de Dani en toda la casa, ni una simple nota encontró. Se quedó esperando a que volviese con el desayuno, creyendo que había salido a comprar algo, no fue así. A mediodía, seguía sin aparecer.

Celeste intentó hacerse a la idea de que ese había sido el trato desde el primer momento. Creer que había algo más que una simple atracción por parte de Dani, había sido un espejismo. Aun así, se sintió dolida.



## 28. ¡Vaya con la Pija!

Dani entró en comisaría el domingo por la mañana y preguntó por el inspector Morales.

—Dani, ¿qué te trae por aquí tan temprano?

—Ayer recibí un recado de Alberto —explicó Dani.

—¿Alberto? —El inspector arqueó una ceja sin saber a quién se refería. Era domingo y su mente funcionaba lenta, había trasnochado—. Perdona, estás hablando del caso de tu madre. ¿Has visto a Alberto? —le preguntó el inspector haciendo una señal para que lo siguiese al despacho.

—Habló con Celeste y Beth, y no es la primera vez. Tanto mi padre como él, se han puesto en contacto con ellas. Pero lo de ayer fue más directo, estuvo en el *pub* a la vista de todos, incluso Esteban llegó a verlo.

—¿Tenéis una foto actual? —Dani hizo un movimiento negativo ante la pregunta del inspector, la única foto que poseían era la de la boda de Alberto con Aurora.

Cuando terminó de explicar todo lo que sabía, el hombre le prometió que tendrían a Beth y Celeste bajo vigilancia por si Tomás o Alberto volvían a acercarse.

La semana pasó sin ningún contratiempo. El fin de semana Dani cogió la moto para ir a ver a los padres de Esteban. Con la vuelta a escena de aquellos que estuvieron implicados en los sucesos de su infancia, Dani necesitaba tener cerca a la familia, no solo a Esteban, quién se había vuelto alguien irremplazable y a quien veía a diario. A pesar de ello, ahora necesitaba tener cerca a Gloria, que tanto se había desvivido por él; a su hermano pequeño, porque sí, aunque no corriese la misma sangre por sus venas, era su hermano; lo había visto nacer, le había dado biberones y cambiado los pañales. Se sentía responsable de él y lo quería más de lo que nunca creyó posible. Ese chico se hacía querer y Dani tenía mucho amor para ofrecer. En cuanto detuvo la moto, el chiquillo salió corriendo gritándole a su madre que se iba a dar una vuelta con Dani. Este esperó a recibir su beso después de quitarse el casco, luego le alcanzó el otro a Álex. Tras estar los dos protegidos, aceleró haciendo mucho ruido, algo que los vecinos aguantaban sin quejarse porque esto ocurría cada mucho tiempo y

era la señal de que el hijo pródigo había vuelto, y a Álex le encantaba quemar rueda.

Dani entró en el pub y miró a su alrededor,

—Hola, guapo —le saludó una chica besando su boca y luego siguió su camino.

—Bueno, bueno. ¡Mira a quién tenemos aquí! —le dijo otra rodeándole el cuello—. Ya sabía yo que lo tuyo con la rubia no duraría.

Cuando quiso darse cuenta habían invadido su boca y sintió una lengua que buscaba refugio dentro de su cavidad. Tras un momento, la apartó cogiendo sus manos y separándolas de su cuello.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal va todo?

—Pues la noche acaba de mejorar de repente —le respondió con una gran sonrisa.

—Esta noche no cuentes conmigo.

Dani intentó ir hacia la barra, después de un par de tropiezos más, lo consiguió.

—¿Qué tal va todo por aquí? —le preguntó al camarero.

—Pues después de tu último viaje se hicieron apuestas a ver cuánto durabas con la rubia y con quién desaparecerías primero.

—¡Mierda!

—O sea, que esta noche vas a estar muy solicitado.

—¿Y cómo van las pujas? —preguntó con una mueca.

—No te lo puedo decir. Pero las que iban en cabeza, aún no han aparecido. Espera a que se enteren de que estás aquí y ya verás.

—Deja, deja. Casi prefiero no verlo.

—¿No me digas que sigues con ella? —preguntó alzando una ceja.

Dani levantó los hombros sin dar ningún tipo de pista y se dirigió a la mesa de billar. Allí, enseguida encontró con quien jugar. Pero se fijó en que había varias chicas que no le quitaban la vista de encima, con miradas insinuantes, guiños coquetos y acercamientos que lo dejaban excitado sin que él diese pie a ello. La cosa se estaba complicando por momentos y su miembro y su consciencia no parecían ponerse de acuerdo.

Tras meter una bola en el agujero correspondiente se vio rodeado por dos chicas. Cuando quiso darse cuenta se encontraba en medio de ellas sin ninguna posible escapatoria, mientras bailaban refregándose contra su

cuerpo en una directa invitación a probar lo que le tenían reservado en cuanto estuviesen solos.

—Chicas, por favor. Que me toca. —Las apartó para poder seguir jugando. En cuanto realizó la jugada se acercó a su compañero de equipo y sacó el móvil. Una sonrisa se dibujó en su rostro al ver que la persona a la que buscaba estaba «en línea».

—Hola, Pija.

—Hola, Hippy. ¡No sabía que tenías mi número de teléfono! —Una sonrisa iluminó el rostro de Celeste y giró la cabeza hasta observar el reloj de la mesita que marcaba la una y cuarenta y siete de la madrugada—. ¿Dónde estás?

—Celeste, no digas tonterías. Sabes que yo tengo tu teléfono igual que yo sé que tú tienes el mío. Si no... ¡A ver cómo te llamo si tengo ganas de echar un polvo! Ja, ja, ja.

—Muy gracioso. Me parto. Ja, ja. ¿Me llamas para eso?

—Más o menos. He venido a ver a mis padres. Estoy en el *pub*.

Dani levantó la mirada al escuchar su nombre de nuevo y que su compañero hacía una mueca de desesperación; así que se concentró en la partida. Cuando al fin pudo volver a sacar el móvil del bolsillo vio que tenía varios wasaps de Celeste.

«Pues si te pones en contacto conmigo para eso... me pillas un poco lejos»

«¿Dani?»

«¡Eh, Hippy! ¿Qué haces?»

«*Mensaje eliminado*»

«*Mensaje eliminado*»

«¡¡¡So capullo, como estés tirándote a alguna mientras yo estoy aquí histérica perdida, te mato!!!»

«*Mensaje eliminado*»

«¡¡Eres un cretino!! Tú y yo teníamos un trato. Hubieses podido ir con la verdad por delante o mantener la boca cerrada hasta haber vuelto y no amargarme la noche»

—Pija... estaba jugando una partida de billar y me he entretenido. Lo siento —escribió.

—¿Ahora se le llama así? Vete a la mierda.

—Voy a casa. Dame diez minutos y te lo demuestro.

Dani salió del *pub* con el móvil en la oreja como si estuviese hablando con alguien, consciente de su cobardía, pero no quería tener que lidiar con nadie del sexo femenino en esos momentos, hasta que no se vio solo no se despegó el móvil del oído.

—¿Sigues ahí? —preguntó una vez estuvo en la cama.

—Sí. A ver, ilumíname. ¿Cómo cojones piensas demostrarme que no acabas de follarte a otra?

Dani sonrió al imaginarse la cara de estupefacción de la Pija al recibir la prueba de que no había estado con nadie. La espera a la que la había sometido no había sido premeditada; simplemente, al verla en línea quiso asegurarse de que no se durmiese sin antes hacer algo que se la había pasado por la cabeza y no tuvo en cuenta que se hallaba inmerso en plena partida.

Celeste observó que se estaba descargando una foto. Sus labios se estiraron en una gran sonrisa cuando al fin pudo ver la imagen completa. En la foto se podía observar un *slip* de color verde aceituna con la goma superior de color negro, pero no solo eso llamó su atención, lo que provocó que su estado de enfado y decepción fuese olvidado por completo, fue la gran erección que asomaba en su interior. El calzoncillo estaba tenso, una enorme tienda de campaña cuya tela parecía que iba a romperse en cualquier momento.

—Pija, te llamo ahora. ¿De acuerdo?

—Vale.

Al primer timbrado Celeste cogió el teléfono. Estaba emocionada al ver que él, incluso en las condiciones en las que se encontraba, no había caído en la tentación, tampoco se imaginó la finalidad de esa llamada.

—Hola, Princesa.

—Hola, siento lo que te he dicho.

—Bueno, bueno. Yo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para huir de la tentación, y tú... A ver cómo me lo agradeces. Princesa, ¿qué llevas puesto? —le dijo con voz insinuante.

—Pues... un pijama blanco con lunares rojos que arriba tiene bordada la cabeza de un conejo.

—Vamos, Princesa, estoy seguro de que puedes hacerlo mucho mejor.

—Dani, ¿no esperarás que tengamos por teléfono una conversación de esas guarras?

—Pues sí. Es justo lo que estaba pensando. Ya has visto cómo me he puesto y me he venido a casa solo y empalmado.

—Dani, qué no sé por dónde empezar. Yo nunca he hecho ese tipo de cosas. —La voz lastimosa de Celeste lo hizo sonreír.

—Pues con lo malito que me he puesto, me vendría de lo más bien que me visitase una enfermera *sexy*.

—Vale, espera. —Dani oyó cómo aporreaba las teclas de lo que le pareció un ordenador y se cubrió los ojos con una mano mientras negaba con la cabeza.

—¿Se puede saber qué haces?

—He puesto en la *tablet*: «disfraz de enfermera *sexy*», pero... en este la cofia es muy cutre. A ver este, ¡por Dios, qué hortera!

—A ver, Princesa... cuando me lo imagine, ¡la puñetera cofia va a ser lo de menos! ¿La falda es corta, lleva medias, ligero y es provocador?

—Eso sí. Desde luego.

—¿Y a qué esperas?

—Me da corte.

Dani colgó el teléfono ante el sobresalto de Celeste, aunque enseguida se calmó al ver que le estaba haciendo una videollamada.

—Hola de nuevo, Princesa —saludó cuando su rostro apareció en pantalla.

—Hola.

—Mira cómo estoy. —Dani cambió el modo de la cámara y enfocó su entrepierna. Luego se puso a tocarlo por encima de la tela—. Princesa, dejémonos de enfermeras *sexis*, cofias y faldas cortas. Dime lo que ves y, si te gusta, ayúdame a llegar al final escuchando tu voz.

—Me gustaría estar contigo en estos momentos, ser yo quien te estuviese tocando.

—Y ¿lo harías así o por debajo de la tela?

—Por debajo. —Dani metió la mano y comenzó a acariciarse—. De hecho, lo dejaría en libertad, te bajaría con suavidad el *slip* para que tu miembro quedase duro y erguido. —Cuando él lo hizo, Celeste se mordió el labio sin ser consciente de que Dani la estaba viendo a través de la cámara—. Luego te acariciaría los testículos con delicadeza, así —inspiró con fuerza al ver que Dani seguía sus órdenes— y los apretaría con fuerza estirando apenas hacía atrás. —Dani se alegró de que la cámara solo enfocase su erección, disfrutando con libertad al ver los cambios de

expresión en el rostro de Celeste sin delatarse, pues ella se mordía el labio. Veía como era incapaz de tomar aire y hablar al mismo tiempo o como cerraba los ojos inconscientemente y volvía a abrirlos, pero, sobre todo, había una expectación en ella que lo estaba volviendo loco—. Me chuparía los dedos para humedecer tu piel y volvería a dedicarme a estimularlos. Cogería tu miembro y lo recorrería con mis manos de arriba a abajo y viceversa. El glande... —Dani vio que se acercaba a la pantalla y aproximó la cámara. Unas gotas de líquido preseminal brillaban en esa zona—. Cogería esa humedad y la esparciría. —Dani la vio cerrar los ojos y se imaginó que su mano estaba buscando en el interior de sus bragas la satisfacción personal. El jadeo de ella y el balanceo al que su cuerpo se vio sometido lo dejaron cachondo perdido—. Apretaría la base de tu polla para que imaginases que es mi boca la que te atrapa, succionando con fuerza. Ahora, me dejaría caer sobre ti para atraparte entre mis muslos y que me envistieses con fuerza. Que empujases con vigor, con mucho ímpetu, Más, más, más fuerte.

Las caderas de Dani tenían vida propia, al igual que su mano. Aguantaba el móvil con fuerza, para que Celeste no se perdiese el momento cumbre, cuando a través de su glande emergiesen esos chorretones blancos y espesos. Al ver que ella se pasaba la lengua por los labios cuando eso sucedió, se sintió desfallecer. Celeste había cogido el ritmo frenético de la mano de Dani. Al terminar, cerró los ojos y se quedó estática en la cama, respirando aceleradamente con una sonrisa en el rostro y dejó caer la mano que llevaba el móvil sobre la cama.

—Princesa, ¿sigues ahí?

—Sí —dijo mientras volvía a acercarse el móvil, ambos se quedaron mirándose y sonrieron.

—Llevaba años sin hacer algo así. Ha sido fantástico.

—Yo no lo había hecho nunca.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó Dani.

—¿Por teléfono?

—No. Mañana vuelvo a Valencia.

—Muy bien.

—Hasta mañana. Buenas noches, Princesa.

—Buenas noches, Dani.

Al día siguiente, cuando Dani bajó a desayunar, ya estaban todos en la mesa.

—Buenos días. —Tras los pertinentes saludos preguntó—: José, ¿has terminado con la sección de deportes?

—Sí, toma.

—Gracias. —Dani llenó su vaso de café con leche y se parapetó detrás del periódico.

—Mamá —dijo Álex—, ¿cómo es el uniforme de las enfermeras?

—De color blanco, son las chicas que vemos cuando vamos al médico o al hospital.

—Ah, vale. ¿Y el de las enfermeras sexis?

Por un momento Dani dejó de respirar a la espera de ver por dónde saldría el chiquillo, temeroso de lo que hubiese podido escuchar.

—Es un uniforme, Álex. Todas van igual —le aclaró Gloria, dubitativa.

—Dani. —Se giró para encararlo con los ojos entrecerrados y pensativo—. A ver, que yo me entere. ¿Quiénes llevan cofia, liguero y faldas cortas? ¿Las enfermeras sexis o las princesas?

Dani, con el rostro colorado, maldijo en silencio. ¿Qué coño hacía ese crío despierto a las dos de la madrugada escuchando una conversación privada? «La hostia», pensó. «Ya podría haber sido más discreto y preguntármelo a solas como hace siempre con estos temas». Respiró hondo antes de bajar el periódico y encontrarse con tres pares de ojos que lo miraban inquisidores.

—Que yo sepa, las princesas llevan tiaras y vestidos largos y vaporosos, por lo menos en los cuentos. Gloria, por favor pásame la mantequilla —dijo, dando por zanjada la conversación.

Cuando estaba ayudando a quitar la mesa, Gloria le comentó:

—Así que lo tuyo con Celeste va en serio.

—Y eso, ¿lo has deducido por una conversación erótica?

—Más o menos. Dani, la trajiste a casa. —Cuando intentó interrumpirla, levantó la mano pidiendo silencio—. Y esta noche... Tú has dormido aquí, llevabas años sin hacerlo y la Princesa... te hizo un trabajito desde la distancia. Nunca me la hubiese imaginado haciendo algo así, se la ve tan...

—¿Pija? ¿Princesa? —terminó Dani por ella—. Gloria, ¿crees que lo nuestro podría funcionar?

—¿Lo crees tú?

—No lo sé. Cuando intento convencerme de que esto no tiene futuro y la pongo a prueba, me sorprende. Sale con mis amigos y se la ve muy a gusto, sé que no le hace ninguna gracia que vaya por ahí besando a unas y otras, pero no se queja o me pone en mi sitio si me paso, y lo de ayer me dejó descolocado. Sé que lo hizo para asegurarse de que no me fuese con otra, pero, ella... también disfrutó.

—Vaya —dijo aguantando la risa.

—¿Me estoy pasando? —preguntó con media sonrisa— Estas conversaciones suelo tenerlas con Esteban. —Se cubrió los ojos con las manos cuando un pensamiento le sobrevino de repente—. Y eran las que estoy seguro que hubiese podido tener con mamá. La echo tanto de menos, sigo sin entender por qué se quitó la vida.

—Yo tampoco lo entiendo. Hemos hablado muchas veces del tema. Tenía miedo de Tomás, pero tú, ¡tú eras su vida! Ella era feliz en esos momentos contigo. También estaban Víctor, Javier, sus amigas de la infancia, mi familia. ¡Tenía muchas cosas por las que luchar! No sé qué le pasó por la cabeza para tomar una decisión tan drástica. —Se abrazó a Dani con fuerza.

Álex llegó con un par de vasos que habían quedado en el comedor, miró a su madre y a Dani. Estaban serios y abrazados, le pareció ver que una lágrima se descolgaba del ojo de su hermano y llegó a una conclusión:

—Dani, ¿No me digas que Celeste se ha enterado de que te gusta una enfermera *sexy* y se ha enfadado contigo? —dijo convencido.

—Álex, voy a hacer de hermano mayor. —Le dio un beso en la mejilla a Gloria antes de separarse de ella y encararse al niño—. Vamos al patio y te lo explico.

Gloria les siguió con la mirada. «Victoria, estoy segura de que estarías muy orgullosa de él. Es un gran tipo y se nos ha enamorado. ¡Quién lo iba a decir!».



## 29. Cara a cara

El domingo por la tarde, Dani salió del albergue con una gran sonrisa, acababa de llamar a Celeste para preguntarle si estaba en casa. Ella enseguida le contestó diciéndole que sí y que le tenía preparada una sorpresa, también había intentado decirle algo con voz insinuante, aunque había terminado colgando el teléfono con un ataque de risa. Dani solo había podido descifrar la palabra «malito» y «enfermera».

Estaba deseando llegar a su casa, porque sí, se estaba poniendo muy, pero que muy «malito». No quería que ninguna imagen asomase a su imaginación; no obstante, no podía evitarlo, veía a su Princesa quitándose las medias con mucho morbo, mordiendo el labio y sosteniendo su mirada, mientras luchaba por que esta no se desviase a su erección. No la dejaría quitarse toda la ropa, se la pondría a horcajadas mientras...

—Hola, Dani —oyó que le saludaban. Esa voz, salida del pasado, lo devolvió a su infancia. Un sudor frío comenzó a subirle por la espalda, Celeste y todo lo que tenía que ver con ella había desaparecido de su mente. Esa voz, aunque anunciada, le pillaba por sorpresa y no se atrevía a girarse para enfrentarlo, aún no. Debía recuperar el control de su cerebro y su cuerpo antes de que el otro hombre se percatara de cuánto le afectaba su presencia.

—Papá —dijo Dani dándose la vuelta.

—Qué recibimiento más frío después de quince años sin verte —comentó Tomás.

—¿Qué esperabas? ¿Qué me echase en tus brazos? —preguntó Dani con una falsa calma.

—No, supongo que no. Te has convertido en todo un hombre, no podía creerlo cuando te vi en la televisión.

—¿Por eso estás aquí?

—Dani, no debiste irte de la manera en que lo hiciste. Debiste hablar conmigo y juntos lo hubiésemos solucionado. Por lo que veo, ya no estás con... —Tomás arrugó el entrecejo sin que el nombre le viniese a la cabeza.

—Begoña, papá. Se llamaba Begoña. Y nunca estuve con ella. Simplemente la saqué de allí para que esa noche no la violaseis.

—No seas tan dramático.

—¿Vas a negarlo? ¿Vas a decirme que no la habríais forzado?

—Bueno, si hubiésemos tenido más tiempo por delante, no habría hecho falta, pero la querías para ti.

—Te equivocas, solo quería protegerla, a ella y a las otras.

—Vamos, Dani, no puedes mentirte a ti mismo. Eres mi hijo y has heredado mi «don». ¡Lo llevas en la sangre! Eres carismático, puedes lograr que cualquiera caiga rendido a tus pies, sea hombre o mujer. La gente creerá lo que tú les digas, tienes el poder de manipular la verdad y retorcerla a tu antojo. Siempre has sido y serás mi heredero. ¡Ambos somos líderes natos!

—Te equivocas. No nos parecemos en nada. Yo tengo dignidad y honor, tú no.

—Estás confundido, somos iguales. ¿Quieres que te lo demuestre? — Tomás no le dio tiempo a negarse y continuó con su disertación— Mira a Celeste, por ejemplo. ¿Queda algo de la mujer que conociste o la has manipulado hasta amoldarla a tu gusto? ¿Vas a negarme que la has puesto a prueba para ver hasta dónde era capaz de llegar? He visto fotos de ella besando a otro estando tú delante. ¿Te has preguntado por qué lo hizo? Voy a contestarte yo... para no perderte ¿Nunca le has propuesto algo en plan sexual que ella no estuviese convencida y con una simple sonrisa la has persuadido para que lo hiciese? Deberías aprender a ocultar tus emociones, hijo, te estás poniendo blanco.

—Aléjate de mí —ordenó retrocediendo al tiempo que abría el albergue y entraba, dejando a Tomás en la puerta con una sonrisa cínica dibujada en el rostro.

Solo en su despacho, Dani se dejó caer en la butaca. Respiraba aceleradamente. Su corazón parecía querer salirse de la caja torácica, todo se nubló a su alrededor mientras intentaba negar una realidad que le acababa de caer encima como una losa. Siempre había temido lo que acababa de suceder, verse reflejado en su padre. Sí, era el mejor manipulando, hasta la Princesa había caído, incluso Esteban; que lo conocía de toda la vida, no lo había visto venir. Mireia, en cuatro días, le había dado una oportunidad al sexo masculino porque él le había hecho ver que era muy capaz de dar ese paso. Héctor había salido del dominio de todos los vicios porque él decidió que, en vez de un reformatorio, ese chico lo que necesitaba era sentirse aceptado y querido en un ambiente libre donde le dejasen tomar sus propias decisiones. ¡Todos habían caído bajo su hechizo!

Al igual que en el pasado, su madre, Begoña y tantas otras cayeron bajo el embrujo de su padre.

Echó en falta no tener una botella de *whisky* escondida por algún cajón, porque sí, necesitaba un trago con desesperación.

Salió del despacho sin despedirse de nadie, de la misma forma en la que entró un rato antes. Ni siquiera se le pasó por la cabeza la idea de que su padre podría estar esperándole, estaba seguro de que no sería así. Con un grito que se formó en lo más profundo de su alma, se encaminó hacia el vacío. Quería ser tragado por la oscuridad en la que se estaba sumiendo, siguió andando hacia ninguna parte, lejos de todo aquello que le era conocido. No era consciente de la dirección que tomaba, ni el tiempo que había pasado, solo sabía que estaba muy cansado, apenas podía sostenerse en pie.

Al pasar por delante de un local, unas risas y un comentario soez le llamaron la atención. Un cartel colorido con un rótulo fluorescente le daba la bienvenida. Cuando entró, una joven ataviada con poca ropa se le acercó con movimientos insinuantes. La apartó sin dedicarle ni una sola mirada y se sentó en la barra. El móvil sonó, una vez más, no quiso mirar quién era, lo sabía demasiado bien, y tenía que admitir que persistente era. Su Pprincesa, no era de las que se daban por vencidas con facilidad. Pidió un *whisky* y se lo bebió de un solo trago, antes de pedir una nueva ronda y otra más. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos, insistentes se deslizaban por su rostro al tiempo que dejaba caer la cabeza entre sus brazos y estos sobre la barra. A, al cabo de un rato, notó que le zarandeaban.

—Amigo, debería llamar a alguien para que viniese a por usted, vamos a cerrar.

Dani, sin despegar la cabeza de la barra, la movió a ambos lados sin dar más señales de vida. Al cabo de un momento, dos individuos uniformados lo cogieron uno de cada brazo y sin saber cómo, se vio metido en un coche patrulla. Al llegar a la comisaría donde lo habían llevado a dormir la borrachera, uno de los superiores del departamento se dirigió a la gaveta en la cual Dani acababa de vaciar todo lo que llevaba en los bolsillos. Sin pedirle permiso, cogió su móvil y buscó entre los contactos un nombre que sabía acudiría de inmediato sin hacer preguntas ni correr la voz.

Esteban cogió el teléfono con rapidez tras el primer pitido, su vista se desvió hacia el reloj de pared que tenía delante, marcaba las 03:45. Llevaba

horas intentando contactar con Dani, desde que Celeste le había llamado para indicarle que lo estaba esperando y parecía que había desaparecido de la faz de la tierra. Esteban enseguida llamó al albergue, si bien, allí le informaron de que había salido hacía ya un buen rato. Cuando llamó a Óscar, el director del albergue, este le informó de que la moto seguía en la entrada; sin embargo, ninguno de los chicos lo había visto desde hacía horas. Beth, a su lado, le cogió la mano esperando oír la peor de las noticias.

—¿Dani? —preguntó Esteban esperanzado.

—¿Eres Esteban? —preguntó desde el otro lado de la línea una voz desconocida.

—Sí. ¿Quién eres? ¿Dani está bien?

—Soy el inspector Morales. Dani está aquí, en la comisaría. Deberías venir a por él.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Esteban preocupado.

—No está en condiciones de ir solo a ningún sitio. Debería dejarlo aquí hasta que se le pase la borrachera, pero no es propio de él que se encuentre en este estado. Prefiero que duerma en casa tranquilo, y cuando esté en condiciones que se pase por aquí y me cuente qué es lo que ha pasado.

—Voy enseguida —dijo antes de colgar.

—¿Qué sucede? ¿Dani está bien? —preguntó Beth.

—Sí. Llama a Celeste y dile que ya ha aparecido, que está bien y que no sabes nada más. Mañana ya la llamará él para explicarse.

—Está bien —susurró Beth.

—Beth, cariño. Está borracho en comisaría, pero prefiero que no se entere nadie. Algo grave ha tenido que suceder para que perdiese los papeles de esa forma. Él no se descontrola. No soy adivino, pero imagino que su padre o Alberto se habrán puesto en contacto con él. Pasaré la noche en su estudio, nos vemos mañana —se despidió con un beso y salió de la casa.

Cuando Dani vio a Esteban, su rostro se transfiguró; no lo quería cerca, no quería a nadie que le recordase su pasado, no quería ver a nadie en su futuro, temeroso de lo que pudiese suceder.

—Hola, Dani. ¿Qué ha pasado? —preguntó Esteban, sin que este diese señales de haberlo escuchado. El inspector Morales, que se encontraba a su lado, abrió la celda, invitándolo a entrar. Esteban se sentó a su lado.

—¿Quién ha sido? ¿Alberto o tu padre? —le preguntó de nuevo—. Dani, no puedes dejar que te confunda: eres un buen tipo, el mejor que conozco.

—No lo soy —dijo en un suspiro.

—En estos momentos, no. Estás borracho y hueles fatal. Voy a llevarte a casa a que te des una ducha y duermas. Mañana ya hablaremos con tranquilidad. —Esteban se levantó y cogiéndole del brazo le obligó a hacer lo mismo.

Al pasar por delante del inspector, este le devolvió sus cosas y los dejó marchar tras la promesa de que, al día siguiente, Dani se presentaría voluntariamente en la comisaría. Al ver que este no decía nada, Esteban dio su palabra de que así sería.

Una vez dentro del coche, ninguno de los dos dijo nada; en completo silencio llegaron al estudio. Esteban le acercó la ropa y lo encaminó hacia la ducha. Al salir del baño, Dani vio a Esteban acostado en el sofá, quien, al escuchar los pasos, se levantó.

—Por favor, Esteban, ahora no.

—Dani, no estás tan borracho como quieres aparentar, y dormir tampoco creo que puedas. —Se levantó y lo rodeó con sus brazos— ¿Te acuerdas cuando te prometí que nunca dejaría que te convirtieras en tu padre? He cumplido mi palabra, eres un tipo genial con un montón de buenas cualidades.

—Soy un manipulador, lo llevo en la sangre.

—Desde luego, eso es verdad. Nunca lo he negado, pero con eso siempre acabas sacando lo mejor de la gente.

—¿Lo dices en serio?

—Ven, voy a hacer un par de cafés y charlamos un rato. ¿A quién viste? —le preguntó, aparentando más tranquilidad de la que en realidad sentía.

—A mi padre. Yo quería mantener la calma, pero fue todo muy raro, intentó hacerme ver que yo era como él, que era su heredero. No sé, fue como si me quisiese de nuevo a su lado para continuar con el legado. Me atemorice y hui de él.

—Dani, debiste llamarme, te prometí que siempre estaría a tu lado. No tenías que pasar por esto tú solo.

—Esteban, tengo que pensar. Esto me sobrepasa, hay cosas que me dijo Tomás que son verdad.

—¿Qué cosas? —preguntó con suspicacia, dispuesto a rebatirlas todas.

—Todo lo que me dijo de Celeste, por ejemplo. Ya no queda nada de la chica que conocí, la he moldeado a mi gusto.

—Eso sí que es verdad. Ahora, cuando la veo, ya no me dan ganas de matarla.

—Esteban, hablo en serio.

—Y yo también. Ha sido ella la que me ha llamado porque estaba esperándote y no llegabas. —Esteban bostezó, era ya de madrugada y en nada se tenía que ir a trabajar.

—Gracias, Esteban. Mañana te lo cuento todo con pelos y señales. Necesito estar preparado para cuando me lo vuelva a encontrar. Estoy seguro de que será así, mi padre quiere algo de mí y no va a parar hasta que lo consiga. Ahora, a dormir un rato, que a los dos nos hace falta.

—Eh, mañana te pasas por comisaría que he dado mi palabra y no quiero problemas.

—Tranquilo, será lo primero que haga.

—Dani, he pensado que podría hablar con Joseph y decirle que quiero hacer un reportaje sobre tu padre. La historia daría mucho de sí por todo lo que la rodea: apropiación indebida, coacción a la libertad, el prostíbulo... Saldría a la luz toda tu vida, pero si conseguimos atrapar a tu padre, todo habrá merecido la pena. Así tengo carta blanca para contratar a fotógrafos, hacer seguimientos y empezar una investigación en toda regla. Echaría mano de los mejores. Piénsalo.

—Hablamos mañana, ¿vale?

—Por supuesto. Me voy al sofá, buenas noches.

A la mañana siguiente fue a comisaría, donde se disculpó por las molestias causadas. El inspector le quitó importancia, a pesar de ello le pidió que le contase todo lo que había sucedido. Después, en vez de dejarlo marchar, le sugirió, sin la posibilidad de negarse, que pasase a ver al psicólogo que había hecho llamar. Dani rio al comentar que no necesitaba ningún psicólogo, pues él ya lo era. «Dani, siempre has estado ahí para todos, déjame al menos hacer esto para que me quede tranquilo. Necesito asegurarme de que si vuelves a encontrarte con él, estarás preparado», le dijo. Dani tuvo que aceptar, pues sabía que toda ayuda sería bienvenida para no flaquear y conseguir saber, al fin, qué había hecho Tomás para que su madre terminase quitándose la vida.

Llegó al albergue a media mañana, cosa rara en él. Su horario desde siempre había sido muy flexible, pues dependía de lo susceptibles que estuviesen los chicos y de la ayuda psicológica que necesitasen, no tenía por qué ser entre semana ni horario laboral. Muchas veces terminaba durmiendo en el albergue o en los pisos donde sus chicos se habían independizado; otras, le tocaba estar hasta las tantas en el *pub* porque no quería irse hasta constatar que todos estaban bien; a veces, realmente se quedaba porque le apetecía; otras, porque no quería arriesgarse a que la noche se torciese, sobre todo desde que el local se llenaba de desconocidos. Algunos de sus chicos tenían poco aguante y no soportaban «que les tocasen las pelotas», como solían decir demasiado a menudo. Pero siempre estaba para el desayuno, pues la orden era que, aunque no durmiesen en el albergue porque habían ligado o cualquier otra cosa, para el desayuno los quería a todos alrededor de la mesa. Esa mañana, el que había fallado, había sido él mismo y tampoco quiso darle más importancia al asunto, pues él era el encargado y no uno de los internos.

Cuando vio que Celeste le estaba llamando, se encontraba inmerso en la lectura de unos papeles y le colgó. Pensando que después le devolvería la llamada; no obstante, la mañana se fue complicando. Había que entregar unos formularios en correos, así que cogió la moto y se marchó. Cuando llegó a su destino, Celeste había vuelto a llamar y también Héctor.

«Princesa, estoy muy liado y ahora no puedo hablar. Te llamo luego.» Le escribió en un wasap.

## 30. ¿Quién tiene más dotes de liderazgo?

Al llegar al albergue, vio a Celeste estaba hablando con una de las chicas y tras saludar a todos los adolescentes, le hizo un gesto con la cabeza para que le acompañase al despacho. Inconscientemente aminoró el paso para escuchar el comentario gracioso por parte de Héctor, que siempre acompañaba a ese momento, aunque esta vez no hubo ninguno.

—Chicos, ¿dónde está Héctor? —les preguntó Dani. Se miraron unos a otros de reojo, incómodos, sin atreverse a levantar la mirada y enfrentarse a Dani, pues eso significaba tener que delatar a un amigo—. Por favor, no estoy de humor para juegos. ¿Esta mañana estaba para el desayuno?

—Ayer, en el *pub* lo vimos salir con una chica y aún no ha vuelto —le explicó Silvia.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó Dani sacando su móvil y comprobando que tenía un par de llamadas perdidas. A continuación, hizo esa llamada que debía haber hecho horas antes. El móvil de Héctor se encontraba apagado o fuera de cobertura.

—Celeste, vamos a mi despacho —ordenó con voz apagada.

Dani se sentó sobre la mesa y se cruzó de brazos a la espera de que Celeste dijese algo. Esta miraba a su alrededor sin saber por dónde empezar.

—Dani, ayer me quedé esperándote. Hubieses podido llamar.

—Sí, perdona. Tienes razón.

—Eh, Hippy, mírame. —Celeste se puso delante de él y le levantó la barbilla para que no bajase la mirada—. Ya sé que no tenemos nada serio, pero si quedas conmigo y no vas a aparecer, me llamas. Así sé que puedo hacer lo que me apetezca en vez de perder toda la tarde colgada al teléfono y tú, evitándome. ¡Y no me sonrías! —Lo señaló con el dedo cuando este comenzó a estirar la comisura de los labios sin poder evitarlo.

—¡Tú no estás bajo mi hechizo! —alegó Dani ensanchando la sonrisa.

—¡Hechizo! Lo que tengo es un cabreo de mil demonios, me dejas colgada sin explicación, y tengo que venir a buscarte al trabajo para comprobar que estás bien, porque sigues sin contestar a mis llamadas. Ibas a venir a mi casa a echar un polvo y, ¿se te olvidó por el camino o qué? Y para rematar, en vez de llamarme «princesa» o «pija», me llamas Celeste, que solo lo utilizas cuando te saco de quicio o te enfadas conmigo.



—Ven aquí, Princesa —dijo, cogiéndola de la cintura y acercándola para besarla.

—¡Y una mierda! —Exclamó ella alejándose— ¡Quiero que me cuentes qué te pasa! Déjame ayudarte, Dani. Tú proteges a todos los que están a tu alrededor. Necesito saber qué está pasando; no me alejes de tu lado ahora. —Cuando terminó de hablar, se acercó, juntando los labios con los de Dani.

—Princesa, te lo contaré cuando todo esto acabe. Ahora estoy muy nervioso y tengo un mal presentimiento. Si me pongo en la piel de mi padre, sé a por quién iría y lo que le mostraría.

—¿Qué quieres decir?

—De todos mis chicos, Héctor es el más influenciable y el más fácil de manejar. Nadie lo ha visto desde anoche y... —Se quedó callado durante un momento, antes de seguir hablando y confesar la verdad—: Mi padre estuvo aquí. Estoy seguro de que se lo ha llevado, no contesta al teléfono y a estas alturas, Héctor debe creerse el dueño de todo.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, en esos momentos sonó el teléfono. Sin pérdida de tiempo, Dani se sentó en la silla y lo cogió.

—¿Héctor? —preguntó dubitativo. Al escuchar su voz, habló muy deprisa, consciente de que el tiempo corría en su contra—. Héctor, por favor, escúchame. No hagas caso de lo que te diga, las cosas no son como parecen a simple vista. [...] Papá, ¿qué quieres de Héctor? —preguntó al escuchar su voz—. Me lo acaba de decir, que no sabía que tenía un padre tan guay. ¿Dónde te lo has llevado? [...] Espera, por favor, no cuelgues. ¿Qué quieres? [...] Está bien. —Dani, con el teléfono aún en el oído tapó el auricular, dejando caer la cabeza entre las manos.

—¡Hijo de puta! —Luego, levantando la cabeza, encaró a Celeste—. Debí imaginarlo. Tú y Beth tenéis protección desde que me contaste lo de Alberto y mi padre. En cuanto a Gloria y el resto de la familia —levantó los hombros especulando—, en el pueblo la policía está al tanto de todo lo que sucedió. Si viesen algo raro, enseguida les protegerían. Creí que irían a por ti, no a por mis chicos. No les pueden tener vigilados a todos.

—¿Dónde está? —preguntó Celeste.

—No lo sé. Apenas he podido hablar con Héctor, pero se notaba que estaba entusiasmado. Mi padre ha dicho que se pondrá en contacto conmigo en un par de días y que no llame a la policía.

—¿Y qué vas a hacer?

—Esperar. Conozco al inspector Morales desde hace muchos años. Se lo comentaré por si consiguen localizar la llamada. Teniendo en cuenta que desapareció ayer por la noche, puede estar muy lejos. Pero no quiero que hagan nada más hasta que vuelva a ponerse en contacto conmigo. Si sospecha algo, desaparecerá. A Héctor lo ha cogido para darme una lección. Cuanto más tiempo pase con él, más complicado será hacerle ver las cosas. —Y en un susurro añadió: —Yo no las vi. —Se dio cuenta de que Celeste iba a hablar y la cortó antes de que empezase, pues no quería que profundizase en su pasado, y menos en esos momentos— Princesa, acércate y dame un beso, necesito cariñitos —espetó Dani recuperando la compostura con una gran sonrisa, aunque esa alegría no se reflejaba en sus ojos.

Vio cómo Celeste tiraba de la silla para sacarla de debajo del escritorio y se sentaba sobre sus rodillas, acercando la cabeza de Dani a su pecho.

—Todo saldrá bien —afirmó esta.

—No se lo digas a los chicos, no quiero que se preocupen y, de todas formas, no pueden hacer nada.

—Prométeme que tendrás cuidado —le pidió Celeste levantándole la cara y buscando sus labios. El beso duró más de lo que ambos pretendían, pequeños roces y acercamientos a sus labios que les demostraban que seguían estando ahí, juntos, a pesar de todo.

—Eso siempre. ¿Princesa? —suspiró, buscando su mirada, consciente del momento mágico que se había creado.

—¿Sí?

—Me gusta tenerte sobre mis rodillas, pero levántate, que tengo que ir a comisaría.

—Idiota.

—¿Qué creías que iba a decirte? —le preguntó enarcando una ceja.

—Eso mismo. Al menos ese Dani que adoro y me dan ganas de estrangular a partes iguales, ha vuelto —recalcó levantándose y dirigiéndose hacia la salida seguida de este.

Ya en la misma puerta del albergue, se dio la vuelta y rodeó el cuello de Dani con una sonrisa provocativa. Tomando la iniciativa, se acercó a su boca metiendo la lengua en el interior en busca de su respuesta, que, por supuesto, no se hizo esperar. A sus espaldas se oyeron silbidos y gritos.

—Así les damos tema de conversación para esta tarde y que no echen a Héctor en falta. —Con esas palabras partió, dejando a Dani con una sonrisa en la boca.

Cumpliendo su palabra, Héctor llamó un par de días después para decirle que se quedaba unos días más con su padre. Dani, consciente de que Tomás estaba escuchando, no pudo meter mucha baza, solo aconsejarle que tuviese cuidado con las infusiones, pues todo el trabajo realizado para su desintoxicación sería en vano. De las mujeres, no intentó decirle nada. ¿Cómo iba Héctor a rechazar a una chica que se le ofrecía en bandeja de plata? ¿Cómo no iba a sucumbir a todas las fantasías sexuales que tenía en mente si le animaban a realizarlas? Sabía la forma de proceder de su padre, la finalidad de este no era herir a Héctor, era demostrarle a él quién tenía más poder, y Dani, sin poder evitarlo, estaba a punto de entrar en su juego. «Te lo llevaré el miércoles por la tarde, no sé si para quedarse contigo o recoger las cosas que sigue teniendo ahí y venirse conmigo, esto le gusta. Se parece a ti, le mola mi chica, y a ella, bueno, es un chaval joven, extrovertido y muy muy divertido. Tal vez la compartamos. Héctor, ¿Tú qué opinas? ¿Has participado alguna vez en un trío? A Dani también le gustaba mi chica, de hecho, se largó con ella. Hijo... Ya veremos quién gana», le dijo antes de colgar.

El lunes por la tarde, Dani miró a su alrededor, se sentía incómodo al verse obligado a sacar a la luz parte de su pasado del que no se sentía nada orgulloso. Allí estaban todas las personas de su círculo más cercano y que, por lo tanto, podían salir heridas si su padre pretendía vengarse: los chicos del albergue, Celeste, Beth, Esteban, Salva, Óscar, incluso había llamado al Inspector Morales, a quien varios de los chicos miraban de reojo sin saber qué pintaba allí. Dani le había invitado por si podía aportar pautas de conducta o hacer alguna observación interesante que fuera de ayuda.

Dani se preguntaba una y otra vez: «¿Por qué ahora? ¿Por qué después de tanto tiempo ha decidido irrumpir de nuevo en mi vida? Y lo más importante: ¿Con qué finalidad? ¿Qué pretende conseguir?».

Se dio cuenta de que no podía obviar la necesidad de poner a aquellas personas en antecedentes de su vida. No podía ponerlas en peligro; necesitaba saber que cuando su padre apareciese, ellos fuesen inmunes a sus

palabras. Necesitaba prevenirles sobre el mensaje que les inculcaría su progenitor. Sin más dilación, comenzó:

—La mayoría de vosotros sabéis que Héctor se ha ido a pasar unos días con mi padre —explicó—. Van a venir ambos este miércoles y estoy convencido de que intentará llevarse a Héctor de nuevo, y eso no lo puedo consentir. Si os he hecho venir a todos es porque imagino que si no lo consigue, lo intentará con cualquiera de vosotros. Es el líder de una secta...

—¡No fastidies! —se oyó que murmuraba alguien.

—Si lo veis, enseguida sabréis quién es, ya que nos parecemos un montón. Es peligroso y no quiero que os acerquéis a él. ¿Está claro?

Todos asintieron, Dani, a pesar de ser muy extrovertido y dicharachero, nunca había hablado de esa parte de su vida; sí que sabían que al morir su madre, la familia de Esteban lo había acogido y los veteranos del albergue deseaban que llegase el verano para volver a ver a Álex, a quien todos tenían como a su hermano, pues se comportaba como tal y lo presentaba de igual forma. Que tuviera padre era algo que les venía de nuevo.

Llegó el miércoles y Dani recibió la esperada llamada. Héctor le comunicó que estaban a punto de llegar al albergue. Nadie había querido abandonar el lugar esa tarde debido a una mezcla de curiosidad, intriga, desasosiego, aunque, sobre todo, por ofrecer su apoyo a Dani. Todos eran conscientes de que detrás de esa fachada de despreocupación que había adoptado hacía tantos años, se ocultaba un gran corazón y muchas cicatrices.

La puerta se abrió y Héctor la atravesó. El chico tenía muy buen aspecto y lucía una amplia sonrisa. Llevaba una camisa estampada, una mochila de tela negra con una calavera y varios colgantes y pulseras que les explicó que había hecho él mismo con una chica. La sonrisa que acompañó a ese simple comentario dejó las cosas tan claras como él había pretendido. Se había puesto un *piercing* en la ceja que mostraba presuntuoso. Tenía muchas novedades que contar y se sentía orgulloso de ver la expectación que su regreso había provocado. Él mismo les presentó a Tomás, quien se adelantó a dar la mano a los hombres y dos besos a las mujeres.

—Hola, hijo —dijo cuando consiguió colocarse frente a Dani.

—Papá —dijo este con una mueca. Luego se acercó a Héctor, a quien dio un fuerte abrazo. Tomás aprovechó el gesto para abrazarlo a su vez.

—Así que es aquí donde trabajas. Alberto ha hablado con varios de estos chicos, todos dicen cosas maravillosas sobre ti. Esto no es tan diferente al sitio donde vivíamos.

—Sí que lo es. Aquí cada uno, sea hombre o mujer, lucha por labrarse un futuro y darse una segunda oportunidad. Papá, yo arreglo todas esas mentes que tú y otros como tú, destrozáis.

—Vamos, Dani, ¿Por qué te pones tan dramático en cuanto me ves? Veo que esta vez te has rodeado de gente para recibirme —dijo, dando alusión al último encuentro en el que era consciente había dejado al chico deshecho psicológicamente—. ¿Y si me enseñas este sitio mientras Héctor termina de hacer las maletas?

—Héctor no se va contigo a ningún sitio —sentenció Dani.

—El chico es mayor para decidir por él mismo. Hay una preciosa joven esperando su regreso, ¿verdad, Héctor? No querrás decepcionar a Gema.

—Hola, Tomás —saludó Esteban que acababa de entrar en esos momentos—. Debería decir que me alegro de volver a verte, pero no es verdad.

—Hola, Esteban. —Tomás hizo una mueca de descontento—. Sigues siendo tan divertido y arrogante como siempre. —Ninguno de los dos hizo el intento de acercarse al otro—. Por lo visto no voy a poder convencer a Dani de que se vuelva conmigo a casa; así que, Héctor, recoge tus cosas y nos vamos.

—No, Tomás —rebatía Esteban—. Héctor se queda aquí —espetó cogiendo al chico por el brazo. Provocando la carcajada de Tomás.

—¿Dónde he vivido yo esta escena con anterioridad? ¡Ya lo recuerdo! Y ni tú ni tu padre salisteis muy bien parados ¿Lo recuerdas, Dani? ¿Recuerdas cómo te abalanzaste sobre ellos cuando vinieron a separarte de mi lado?

—Claro que lo recuerdo, pero Héctor se queda —afirmó colocándose al otro lado del chico. Tomás dio un paso para acercarse.

—El chico se queda —afirmó el inspector, a quién Tomás no conocía.

—Héctor, eres tú quién debe decidir —lo animó Tomás con una gran sonrisa—. Recuerda que le has prometido a Gema que regresarías esta noche.

Dani exhaló un suspiro al ver que al chico se le iluminaba la mirada y se desprendía del agarre para dirigirse a Tomás. Impotente, y sin ser

consciente de lo que hacía, su mirada buscó a Celeste con un silencioso: «Te lo dije, es un líder nato».

—Héctor —Celeste se sorprendió al percatarse de que era ella quién lo había llamado y no sabía qué preguntarle, solo había intentado que detuviese el avance y no se acercase a Tomás. Sin saber por qué, se encontró pensando en Álex y sus salidas, en sus «a ver, que yo me entere...», y sonrió para darse ánimos a sí misma— La tal Gema, ¿es la chica con la que desapareciste el último día que fuiste al *pub*?

—No, esa se llamaba Iriana.

—Gema es la novia de mi padre, ¿verdad, Héctor? —corroboró Dani. Acto seguido, Héctor asintió desconcertado, sin entender dónde estaba el problema y, sobre todo, ante la avalancha de comentarios. Observó a su alrededor sin tener las cosas ya tan claras como hacía un momento.

—A ver, que yo me entere —siguió Celeste—. ¿Vas a largarte de aquí para poder follarte a la novia de Tomás? ¡Por Dios, pero si en el *pub* eres el que más liga! Seguro que, si te lo propones, enseguida te echas novia.

—Claro que sí. Eres el que más chicas conoce cuando salimos de fiesta —afirmó Salva acercándose al grupo sin soltar la mano de su chica.

Beth, sin decir nada, se acercó a Héctor y lo cogió de la mano, acercándolo al grupo.

—Héctor, tu sitio está con todos nosotros. Esto no sería lo mismo sin ti.

Tomás observó a su alrededor, tenía claro que estaba en desventaja, entre todos esos desgraciados habían rodeado a Héctor, quien, de repente, se sentía importante, el centro de todo, uno más de la familia.

—Esto no ha acabado —dijo Tomás furioso dándose la vuelta.

—Papá, ¿por qué no me dices de una vez que es lo que quieres? —le preguntó Dani, consciente de que no quería vivir con miedo a verlo aparecer de nuevo en el momento menos indicado y quedarse paralizado.

—Nada, solo quería verte y charlar un rato. Si hubieses seguido conmigo, te habría enseñado cómo ser un magnífico líder. Habrías conseguido todo lo que te hubieses propuesto: mujeres, posesiones, dinero, estatus social, todo.

—Tengo todo lo que necesito. Sí lo que querías era hablar conmigo, ¿por qué, en vez de venir directamente, tanto tú como Alberto lleváis tiempo haciéndoos los contradizos con Celeste y Beth? ¿Por qué te has llevado a Héctor? Solo hay una cosa que quiero de ti: necesito que me expliques qué fue lo que pasó con mamá.

—Victoria se suicidó, ya lo sabes. Yo no tuve nada que ver.

—¿Qué le dijiste para que se suicidase? —explotó Dani perdiendo la paciencia—. Ella era feliz, me tenía a mí, a Javier, a su padre. Yo hubiese dado la vida por ella si me lo hubiese pedido. ¡Algo tuvo que pasar! ¿Qué ideas le metiste en la cabeza para que renunciase a la vida y me dejase en tus manos?

—¿Ves? Tú mismo admites que soy capaz de conseguir lo que me propongo, incluso de conseguir que tu madre se quitase la vida.

—Sí, papá. Lo creo. ¿Es eso lo que pretendes, que te diga que eres mejor que yo? Pues lo eres. Ya está, ahí tienes tu confirmación, pero deja en paz a mis chicos.

—Solo quería comprobar que no has perdido tu destreza, de niño ya apuntabas maneras. Creímos ver en ti un auténtico líder, capaz de todo, y cuando al fin doy contigo, no eres más que un «don nadie» cuidando de cuatro críos. Esperaba más de ti. Te creía en una gran mansión con Celeste, viviendo a todo lujo, teniendo todos los caprichos que se te antojasen. Pero no, aquí estás, cobrando un sueldo miserable. Estoy tan decepcionado...

—Acaso, ¿crees que me importa?

—No. Supongo que no. Bueno, ya he visto bastante, si prefieres seguir siendo un «don nadie» a venir conmigo. ¡Tú te lo pierdes! Te han echado a perder —remarcó con desprecio—. Me voy, no creo que volvamos a vernos. A no ser que quieras recuperar el liderazgo que te corresponde.

—No, gracias.

Tomás asintió y tras echar un último vistazo a su alrededor, abandonó el albergue. En cuanto desapareció, Dani fijó la mirada en Esteban, quien apenas inclinó la cabeza en un movimiento afirmativo.

## 31. Atando cabos

Habían pasado un par de semanas desde que Tomás abandonó el albergue. La paz había vuelto a instaurarse en él. Dani presentía que no volvería a acercarse, pues le había quedado bastante claro que había ido a recuperar a un heredero para su legado, y lo que había encontrado no se ajustaba a sus requisitos. Se hallaba charlando con Héctor para sonsacarle cómo le había afectado todo lo que había vivido en la secta cuando sintió la vibración del móvil. Era un mensaje de voz y un wasap de Celeste en el que pudo leer: «El audio es privado. Escúchalo cuando estés a solas».

La incertidumbre de ese mensaje lo tenía en ascuas, en cuanto terminó con la terapia se metió en su despacho y pulsó el *play*, la voz titubeante de Celeste llenó la estancia:

*Hola, Hippy:*

*A ver, por dónde empiezo, esto... mañana es el día de los enamorados. Sé perfectamente el tipo de relación que llevamos y no tiene sentido celebrar nada, pero Beth y yo hemos estado de compras, y cuando ella ha cogido unas velas, no he podido resistirme, esas cursiladas me encantan, aunque imagino que a ti te deben parecer una horterada. Bueno, la cuestión es que me apetece ponerme sexy, preparar el ambiente con velas, música, pero me falta la parte más importante para poder celebrar este evento, un hombre. He pensado que me podrías conceder el capricho de cenar conmigo. ¿Qué me dices? Si no te apetece, no pasa nada. Y como ya te he dicho al principio, soy consciente de que no mantenemos ningún tipo de relación más allá de echar un polvo cuando nos apetece. Pero me haría mucha ilusión. Piénsatelo y ya me dices algo.*

«Joder. Esto no me puede estar pasando, menuda encerrona me está haciendo la Pija», pensó Dani ofuscado. Un nuevo wasap apareció en el celular.

—Iba a borrarlo pero he visto que ya lo has escuchado. Olvídalo.

—Espera —dijo, mientras una vocecita interior le pedía que no dijese nada y lo dejase correr—. Si te hace tanta ilusión, lo podemos arreglar, pero, quiero que te quede una cosa clara: nuestra relación no va a cambiar



por culpa de una cena. Posdata: ¡Ya hubieses podido elegir un día menos señalado! Te doy el capricho, cenamos juntos, nos echamos el revolcón del siglo y después, cada uno a lo suyo, ¿entendido?

—Ok. Mañana a las nueve en mi casa. Adiós y gracias.

En cuanto colgó, Dani se cubrió los ojos, respirando profundamente. «¿Qué coño acabo de hacer?», se preguntó a sí mismo.

En cuanto Celeste abrió la puerta de su piso, Dani la saludó con un simple «hola» y le tendió una botella de vino que llevaba en la mano.

—Gracias, no tenías que haberte molestado —dijo Celeste, aceptando la ofrenda con una sonrisa y dándose la vuelta para que Dani la siguiese al interior de la vivienda.

—Espera, Celeste, te he traído una cosa —argumentó, cogiendo su mano para que se detuviese al mismo tiempo que dejaba entre sus dedos una rosa roja envuelta en papel de celofán—. Las cosas o se hacen bien o no se hacen. Yo, cuando me comprometo, intento hacerlo lo mejor que sé. Y a estas alturas, me parece que los dos sabemos a qué atenernos.

En cuanto terminó de hablar, cogió a Celeste por la nuca y la acercó a sus labios. Cuando el beso terminó, cogidos de la mano se acercaron al comedor.

—Qué bien huele, ¿lo has hecho tú? —preguntó Dani tras abrir la tapa del recipiente que había sobre la mesa. Esta, estaba decorada con un bonito mantel de hilo y sobre el cual había varias velas colocadas en unos soportes de plata, que dejaban entrever una luz tenue con la que apreciar los platos, copas y cubiertos enfrentados. También se podía escuchar música de fondo.

—Sí. He sacado la receta de internet, espero que te guste.

—Seguro que sí.

—¿Qué te apetece beber? ¿Empezamos por el vino blanco o tinto?

—Primero el blanco. Princesa, la preparación de la mesa, la música, la cena... Todo es impresionante. Te lo has currado un montón.

—Me encantan estas cosas y Dani, está todo claro, ¿vale? No tienes de qué preocuparte.

—Celeste, sí que me preocupo. Sé desde el principio que esta relación, no la enfocamos igual, y no quiero hacerte daño...

—Shhh. —Le hizo detener el torrente de palabras que intuía iba a pronunciar poniendo un dedo sobre los labios masculinos—. Me estás haciendo un favor, eso es todo, no lo estropees.

—Vamos a por esa copa —sentenció Dani entrelazando sus dedos y encaminándose a la cocina.

La cena transcurrió con calidez, entre comentarios jocosos por parte de Dani y revelaciones más personales por parte de ambos.

Después, Celeste se levantó para retirar la mesa y hacer el café. Cuando quiso darse cuenta, tenía a Dani pegado a su trasero mientras ella, delante del fregadero, intentaba terminar de enjuagar los platos. Cuando él le apartó el pelo con suavidad y comenzó a darle pequeños besos en la nuca, ella ladeó la cabeza, cerrando los ojos.

—No te detengas, termina de fregar, yo te mantengo... entretenida.

—Ya está —afirmó ella dándose la vuelta, excitada y deseosa de que Dani la hiciese suya allí mismo. Cuando se sentó sobre el banco de mármol y rodeó a Dani con sus piernas este comentó:

—Princesa, ¿de veras quieres que una noche como la de hoy comencemos con un asalto sobre la encimera? Vamos a tu cuarto y déjame seducirte. Me apetece tumbarte en la cama, atarte las manos, vendarte los ojos y darte un buen repaso. —La vio contener el aliento—. Vamos a darle a estas medias un uso excitante y morboso. —Le hizo un guiño al tiempo que acariciaba su pierna—. Necesitamos un pañuelo, estoy seguro de que alguno tienes por ahí.

Tras besarle la pantorrilla, le bajó las medias con suavidad. Después la pegó a su cuerpo para que se deslizase hasta tocar el suelo y, luego, ella, cogiéndole de la mano, lo llevó a la habitación donde le tendió un pañuelo. Dani, con una mirada traviesa, lo ignoró, cogió a Celeste en brazos y la tumbó sobre la cama. Se arrodilló sobre ella y le cogió la mano izquierda, levantándola por encima de la cabeza hasta sujetarla con una de las medias al cabecero de la cama. Después, la otra mano siguió el mismo camino. Celeste, con los brazos en cruz se mordía el labio, nerviosa al verse inmovilizada y excitada al imaginar lo que Dani podía tener en mente. Lo observó darle vueltas al pañuelo entre sus manos para que quedase más estrecho, un guiño fue lo último que Celeste vio antes de que todo quedase a oscuras. Por los movimientos de Dani sobre su cintura, intuyó que se estaba quitando el suéter. Enseguida sintió sus manos sobre los senos y a continuación cómo Dani le desabrochaba la camisa, haciendo que uno de sus dedos le rozase la piel. Pudo percibir con esa suave caricia que sus sentidos estaban agudizados. Lo sintió descender entre sus piernas y

deslizar la falda hasta sacarla por los pies. El sonido del roce de la tela le indicó que Dani estaba de pie, al lado de la cama quitándose el resto de la ropa.

—Ahora vuelvo.

—¿Qué? ¿Qué significa eso? —se asustó Celeste al verse desnuda e inmovilizada— ¿No irás a traer a nadie más? Dani, por favor, desátame —ordenó, pataleando histérica.

—Shhh, tranquilízate —susurró en su oreja mientras el corazón de ambos de aceleraba. No, Dani no quería que el posible recuerdo de otras mujeres en esa misma situación con su padre y Alberto enturbiase su placer, el de ambos—. Todo está bien. Voy a la nevera a ver si encuentro algo que me sirva.

—¿Para qué?

—Ya lo descubrirás. Confía en mí, ¿de acuerdo? —Cuando ella asintió, Dani salió de la habitación confuso por la reacción femenina y temeroso de hacer alguna cosa que a ella le disgustase, a pesar de que intuía que estaba más dispuesta y excitada de lo que quería admitir.

Celeste estaba a la expectativa, sin entender por qué había reaccionado así. Se sentía indefensa; sin embargo, la excitación aumentaba por momentos.

Dani puso música, por si ella quería concentrarse en ese sonido para aferrarse a la realidad y volvió a arrodillarse sobre sus caderas. Metió la cuchara en el envase y removió lo que había en el interior, la chupó para limpiarla y humedecerla y con ella delineó los labios de Celeste, esta, los separó para facilitarle la tarea. Cuando Dani se dio cuenta de que Celeste estaba a punto de sacar la lengua, retiró la cuchara, rellenándola y volviendo a acercarla a su boca, metiéndola en su interior. La vio sonreír al reconocer el sabor del yogur de frutas que tenía en la nevera y relamerse los labios. Dani, volvió a rellenarla, si bien, antes de darle tiempo a repetir el mismo gesto, fue él quien con la lengua rebañó la cuchara y la introdujo en la boca de Celeste. Ella, enseguida, la enredó con la suya mientras saboreaba la fruta en la lengua de Dani. El beso se intensificó. Dani refregaba su erección sobre el pubis de Celeste mientras esta levantaba las caderas para acercarlo.

Cuando Dani se separó de ella y volvió a arrodillarse, sonrió al oírla gemir mientras estiraba las manos y soltaba una palabra malsonante al verse incapacitada para realizar ese movimiento. Con una sonrisa que Celeste no

pudo apreciar, Dani se dedicó a delinear el contorno de sus pechos y aureolas con la fría cuchara sin perderse detalle de los movimientos de Celeste, quién arqueaba la espalda para acercárselos; se mordía el labio en una expresión de placer o giraba la cabeza de lado a lado gimiendo con intensidad. Dani volcó el yogur sobre los pechos para después lanzarse en picado a saborearlos. Celeste, era incapaz de estarse quieta, sacudía los brazos para intentar tocarlo y se retorció, flexionando las piernas y volviendo a estirarlas al verse incapaz de tocar nada.

«Bésame», suplicaba. Dani, rebaño con la lengua el yogur y accedió a sus súplicas, lamiendo sus labios y tanteando con sutiles acercamientos el interior de su boca. Por último, hincó sus rodillas junto al cuello de Celeste y la apremió a lamer su miembro, esos lametazos los estaban volviendo locos a ambos. Él era quién marcaba el ritmo, pues Celeste maniatada y con las manos de Dani cogiendo su pelo, poco margen de espacio tenía. Cuando advirtió que estaban a punto de estallar, se retiró de su boca y la penetró con fuerza, embistiéndola con rápidos y frenéticos movimientos de su pelvis hasta que ambos llegaron a la culminación. Dani se dejó caer sobre ella, incorporándose un poco para quitarle la venda de los ojos.

—¿Todo bien, Princesa? —la sonrisa de ella fue más que suficiente respuesta. Luego deslizó las manos dentro de la media para ensancharla y liberarla del amarre. Celeste, al verse libre, le rodeó el cuello con los brazos.

—A la próxima, te ató yo.

—Te tomo la palabra, Princesa.

La chica, liberada de las ataduras, apoyó la cabeza en el pecho de Dani y al cabo de un rato, ambos dormían plácidamente.

Varias horas después, Celeste despertó al sentir un suave roce sobre su mejilla.

—Buenos días, Princesa. He traído el desayuno a la cama. Zumo de naranja y tostadas con mantequilla y mermelada, no he encontrado nada más. Iba a hacer café, pero he pensado que se enfriaría.

—Gracias —Celeste se echó a un lado para hacerle sitio.

—Después de desayunar tengo que marcharme. Me esperan en el albergue.

—Gracias, Dani. Creí que cuando despertase por la mañana, ya te habrías ido. Me alegro de que sigas aquí.

—Celeste. Si me hubiese ido, habría sido un final desastroso para una celebración de san Valentín.

Cuando terminaron de desayunar, Dani se acercó a ella.

—Ahora sí, Princesa. Como en los cuentos, tras un beso, el príncipe desaparece.

Celeste lo siguió con la mirada, al cabo de un momento, un portazo le indicó que estaba sola en la casa.

## 32. La verdad sale a la luz

La puerta de su estudio se abrió y Esteban entró con su propia llave.

—Hola, ¿qué habéis descubierto? —preguntó Dani a bocajarro, pues Esteban le había llamado para decirle que quería comentarle las novedades.

—Hola —le devolvió el saludo sacudiendo la cabeza por la brusquedad de la pregunta—. Bastantes cosas. ¿Quieres un café? —Esteban se dirigió hacia la cafetera y la encendió. Tras abrir el armario correspondiente sacó dos cápsulas al ver que Dani asentía—. El localizador que puse en el coche de Tomás cuando fue al albergue ha dado como resultado que haya varias direcciones que se repiten. Dos de ellas, según Google Maps, son dos casas apartadas del núcleo urbano. Pero lo más significativo es que el coche ha hecho varias paradas en un burdel, no sabemos si se ha detenido allí a echar un polvo antes de seguir camino, o es el suyo. Tenemos fotos de las chicas —concluyó esparciéndolas sobre la mesa.

—¡A esta la conozco, es Katy! No ha envejecido bien, pero estoy seguro de que es ella. Mi padre decía que era una magnífica zorra, tanto ella como sus amigas, que deben ser esas dos mujeres más mayores. Las otras son jóvenes, tienen muy buena presencia, son guapas y se ven sanas. El negocio debe ir bien —recapituló con una mueca.

—Sí. El periodista que tengo allí destinado, ha entrado y dice que se ve un local con clase. Todo muy limpio, incluso las habitaciones son acogedoras. Me comentó que la chica que eligió... se la veía muy dispuesta. Le hizo algunas preguntas, pero ella no parecía muy dispuesta a cooperar.

—¿Por qué no vas tú? —le sugirió Dani.

—Lo había pensado, pero Alberto y Tomás me pueden reconocer.

—Yo no puedo ir por el parecido que tengo con mi padre, enseguida darían la voz de alarma, pero tú podrías acercarte a investigar, le comentas al que esté vigilando que, si ve entrar a alguno de los dos, que te llame al móvil y entre para avisarte cuando puedas salir sin ser visto. ¿Dónde está el burdel? ¿Está lejos?

—No. A una media hora en el coche.

—Estaba pensando; si el sitio está vigilado, nos podrían avisar cuando aparezca Alberto. Lo podemos poner entre la espada y la pared, tenemos

mucha información que lo podría enviar a la cárcel. Con un poco de suerte, le haremos hablar.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres? Le podemos pasar la información al inspector y que dismantelen el prostíbulo.

—No. Estoy convencido de que puedo conseguir que Alberto hable.

—Está bien, nos pondremos en marcha en cuanto me informen de su presencia.

—Gracias, Esteban. De todas formas, ¿podrías ir tú antes? Así tendríamos más información con la que extorsionarle.

—Por supuesto. Iré mañana. Sabes que yo también quería mucho a Victoria. Esta vez, llegaremos hasta el final. Conseguiremos llevar a Tomás a juicio por el prostíbulo, malversación de fondos, coacción a la libertad y apropiación indebida de bienes.

—Y mi madre por fin tendrá justicia. Ese hijo de puta la destruyó... y yo no me di cuenta de nada —admitió.

Al fin, se produjo la esperada llamada en la que les comunicaban que Alberto acababa de entrar en el prostíbulo. El encargado de vigilar las idas y venidas que se producían en el local lo había reconocido por las fotos. Esteban había estado en él la semana anterior e hizo varias averiguaciones que enseguida compartió con su amigo. En cuanto colgó el teléfono, Dani y él se pusieron en camino sin pérdida de tiempo.

Un murmullo se alzó en cuanto atravesaron la entrada y muchas miradas, tanto masculinas como femeninas, les acompañaron en su avance. Ambos se movían con gran soltura y falsa seguridad. Al escuchar de hurtadillas los comentarios, llegaron a la conclusión de que, aunque en un principio les había parecido que el que entraba era Tomás, enseguida habían salido de su error al percatarse de que esa nueva presencia era mucho más joven que el dueño del local. Con una gran sonrisa, los nuevos visitantes se acercaron a la barra.

—Por favor, ¿Nos puedes poner un par de *whiskies*? Así haremos tiempo hasta que Alberto termine. Porque, mi padre, me parece que hoy no ha venido, ¿me equivoco?

—No, no está. Yo... no sabía que Tomás tenía un hijo tan mayor.

—Por los comentarios que estoy oyendo desde que he entrado, me parece que no eres el único. —Una sonrisa iluminó el rostro de Dani al ver

una cara conocida—. Hazme un favor, ponle alguna bebida a Katy y dile que es de parte del tipo de las rastas.

Dani observó la gran sonrisa que se vislumbró en el rostro de Katy al reconocerlo y sin borrar el gesto ni coger la copa, lanzó un grito pronunciando su nombre antes de echarse en sus brazos.

—Pero bueno, sí que has crecido. La última vez que te vi, no eras más que un crío ansioso por experimentar cosas nuevas. Tomás no me ha comentado nada de tu visita.

—No sabe que estoy aquí, he venido a echar un vistazo. Mi padre quiere que en un futuro me quede con el negocio y he venido a ver qué tal va esto. ¿Qué me puedes contar? Según él, se saca mucho dinero.

—Yo de eso no entiendo, pero clientes no nos faltan. Si no en el local, Tomás los lleva a la casa grande y se acuestan con sus novias.

—¿Novias, en plural? —preguntó arqueando una ceja—. Creía que estaba con Gema. —Se alegró de haberle pedido a Héctor que le hablase de la chica; sin embargo, no se le había ocurrido que hubiese ya una sustituta.

—Oye, ¿y si nos vamos a la habitación a rememorar viejos tiempos y te pongo al día? —La sonrisa lujuriosa fue acompañada de un fuerte apretón en los testículos—. El primer polvo corre a cuenta de la casa.

—Katy, eso que estás tocando tiene dueña y se va a enfadar como se entere de que están invadiendo su terreno —dijo bajando la mirada hasta posarse en la mano—. Bueno, preciosa, ya hablamos en otro momento, por ahí viene Alberto y tenemos asuntos pendientes.

Con un gesto le indicó a Esteban que le siguiese para interceptar a Alberto al final de la escalera. Este, en cuanto los vio, se detuvo por unos segundos, sopesando la posibilidad de retroceder; aun así, Dani sabía que no había una salida trasera ni una terraza por la cual escapar, ni azotea por la que correr para despistarlos. No había escapatoria y todo el personal del local seguía sus movimientos, pues se notaba que algo se estaba cociendo y no sabían de qué se trataba.

—Hola, Alberto. Me alegro de verte —dijo para que la gente de alrededor lo oyese y constataran que eran viejos amigos—. Pareces sorprendido, supongo que mi padre no te habrá avisado de mi visita. Después del tiempo que llevas acercándote a las personas de mi entorno, no debería sorprenderte verme aquí.



Observó a la gente sin ningún tipo de disimulo, algunos le sostenían la mirada, otros la agachaban al encontrarse con la suya. Los cuchicheos habían terminado hacía un buen rato, ahora todo era un silencio expectante.

—¿Quieres que hablemos aquí o mejor salimos fuera? —preguntó Dani con inocencia.

—Venid conmigo —ordenó con resignación. Salieron del local y se dirigieron al final del callejón que, al no tener salida, estaba muy poco transitado; solo había un par de contenedores de basura y algunos gatos

—Alberto, tengo curiosidad; durante casi quince años, no he sabido nada de vosotros, ¿por qué habéis vuelto a aparecer ahora? ¿Qué queréis de mí?

—Ya le dije a tu padre que no era buena idea contactar contigo, pero él se empeñó después de verte en la televisión. Luego saliste en YouTube y en los periódicos. Tu padre estaba orgulloso de ver que habías continuado sacando partido a las dotes de líder que él te enseñó. Tiene varios hijos, aunque ninguno es como tú.

—Entonces, ¿es verdad que queréis que siga con el negocio? ¿Qué me haga cargo del prostíbulo y de todo lo que tenéis?

—Yo no. He intentado hacerle ver que nos traicionaste. Pero nunca superó que te fueses. Quiere dejar un heredero a su altura, y ninguno de sus otros hijos le convence para el cargo, y, a esta edad, dice que se ha cansado de perder el tiempo. Considera que tiene un primogénito que se ajusta perfectamente; el único problema es que tienes principios, y eso no quiere verlo.

—Estuve hablando con él, sabe que no me interesa.

—Me lo dijo. Por eso me ha sorprendido verte aquí. Veros —se corrigió a sí mismo mientras observaba a Esteban.

—Alberto, la policía va detrás de vosotros. Saben lo de la residencia donde teníais a los ancianos después de quitarles las posesiones. Todas esas que estaban a tu nombre y al de Aurora. Los ancianos ya las han recuperado con la ayuda de los abogados y de Aurora, que en ningún momento se negó a firmar nada y salió limpia de toda la investigación. Begoña, Violeta y Sofía, entre otras, están dispuestas a declarar en vuestra contra. Yo también lo haré. Sabes que mi padre saldrá de rositas y tú vas a cargar con las culpas. Él es un experto manipulador y sabes perfectamente que no es de fiar. Por cierto, ¿cómo te hiciste esa cicatriz? —Alberto se tocó el cuello delineando la marca, pero no respondió. Esa información se la había sacado Esteban a la chica con la que estuvo hablando la semana anterior—. Hará

cualquier cosa por salir indemne y que otro cargue con todas las culpas. Esta vez, no os dará tiempo a desaparecer y volver a empezar de cero, os están vigilando.

Alberto observó a su alrededor, como si no acabase de creer en sus palabras. Por lo que Esteban cogió su móvil y escribió un wasap. Enseguida, las luces de un coche parpadearon, alumbrando el callejón por unas milésimas de segundo.

—Quiero hacer un trato con la policía. No hablaré con vosotros, lo haré con ellos.

—Voy a ver si el inspector Morales está de guardia —dijo Dani sacando el móvil.

—¿Ahora? —preguntó Alberto con un hilo de voz—. Déjalo para mañana por la mañana.

Dani no le hizo caso y marcó el número de teléfono de la comisaría, donde le indicaron que el inspector estaría preparado para recibirles en cuanto llegasen.

Dani conducía mientras que Esteban y Alberto iban en el asiento trasero. Enseguida se dieron cuenta de que Alberto se retraía cuando le hacían alguna pregunta comprometida; así que Dani se limitó a contarle cómo había sido la vida de Aurora tras su marcha para ver si sacaba su parte más sensible, si conseguía llegar a ese corazón y arrancarle un poco de empatía.

—Era una buena mujer. Nunca estuve enamorado de ella. —A Dani estuvo a punto de escapársele un «no me digas»; no obstante, se contuvo, apretando los labios con fuerza—. Pero, a mi manera, la quería. Me dolió tener que dejarla en la estacada.

—¿Sabes que estuvo a punto de ir a la cárcel? —le informó Esteban.

—No. No he sabido nada de ella desde que nos vimos obligados a desaparecer.

Habían llegado a la comisaría donde estaba todo muy tranquilo, pues, aunque apenas eran las doce de la noche, como era entre semana, no se apreciaba ningún tipo de movimiento. El funcionario que les recibió les indicó que el inspector los esperaba en su despacho. Dani llamó con los nudillos antes de terminar de abrir la puerta que se hallaba entornada. El inspector Morales daba sorbos a un vaso de cuyo interior salía humo y un delicioso aroma a café, mientras ojeaba unos papeles que había sobre la

mesa. Tras los pertinentes saludos, invitó a Alberto a seguirlo hasta la sala de interrogatorios. Dio las gracias a Dani y Esteban y les indicó que se fuesen a casa, pues él se encargaría de todo.

Dani los siguió con la mirada. Hasta verlos desaparecer por una esquina.

—Dani, ¿qué haces? —preguntó Esteban al ver que este, en vez de encaminarse hacia la salida, cogía la dirección contraria—. Por Dios, esto es ilegal. Nos vamos a meter en un lío —espetó Esteban, imaginando sus intenciones.

—Esteban. Vete a casa. Nos vemos mañana.

—No. Me quedo contigo. Sé que no voy a convencerte de que te vengas conmigo y no voy a dejarte solo.

Entraron en una pequeña sala con un gran cristal a través del cual observaron al inspector y a Alberto sentados uno frente al otro. Todo estaba en silencio. Dani se acercó a la pantalla dándose la vuelta, a la vez que empezaba a escuchar el interrogatorio, pues Esteban acababa de manipular una clavija. Ninguno de los dos hizo intención de buscar el interruptor de la luz. En silencio y a oscuras, se dispusieron a escuchar. Al cabo de un rato, llegó lo que Dani estaba ansiando escuchar.

—Lo estás haciendo muy bien. Con toda la información que nos estás facilitando, podremos acortar tu condena —lo animaba el inspector—. Ahora, hablemos de Victoria. He estado revisando el informe forense y hay varias cosas que no acaban de encajar. Por ejemplo, se encontró más concentración de ayahuasca, alrededor de la boca y nariz que dentro del organismo, lo cual da a entender que intentó escupirla y se resistió a ingerirla. ¿Qué me puedes decir de eso?

—Yo no la obligué a tomar nada. Fue Tomás.

—Está bien. En el informe consta que había un montón de contusiones y hematomas y tu ADN se encuentra en la mayoría de ellas. También se encontraron restos biológicos en su interior, tanto tuyos como de Tomás. ¿La violasteis entre ambos y la golpeasteis hasta que perdió la consciencia?

—Espera. Yo llevaba años queriendo tirármela. Yo también tomé drogas y apenas recuerdo nada de aquella noche. Tomás me pasó una infusión y me la tomé. No recuerdo si ella se negó a beber o no, solo tengo pequeñas visiones de nosotros manteniendo relaciones, puede que se me fuese la mano y que Tomás también participase en el encuentro; la verdad es que no lo recuerdo.

—¿Qué hiciste después de mantener relaciones con ella?

—No recuerdo nada.

—¿Quieres que te cuente lo que creo que pasó? No queráis testigos de lo que ibais a hacer, así que obligasteis a todo el mundo a tomar la infusión. De esta manera lo ocurrido se achacaría al poder alucinógeno de la planta. Como Victoria no quería consumirla porque intuía lo que la esperaba, os ensañasteis con ella; la atasteis para inmovilizarla, amordazasteis para que no gritase, la golpeasteis y la sometisteis a toda clase de vejaciones. Cuando las cosas se os fueron de las manos y ella murió... Entonces, tú y Tomás tomasteis drogas para estar todos en igualdad de condiciones. Hasta Dani, que solo tenía quince años, dio positivo en el test de drogas. O sea, que de la violación y homicidio involuntario no vas a librarte.

—¿Homicidio? —En los ojos de Alberto se reflejaba el miedo. Era consciente de que no iba a librarse de ir a prisión, pero ¿un homicidio? — Ella se suicidó, yo no la maté.

—Yo no estaría tan seguro. El corte en su muñeca era profundo y sin ningún tipo de vacilación o titubeo. No es propio de una mujer que sabe que va a dejar a su hijo en manos de... vosotros. No, ella lucharía con todo lo que estuviese a su alcance para sacarlo de ese ambiente, como había hecho hasta esos momentos. Por eso la matasteis, ¿verdad? ¡Habla! Cuéntame qué pasó y veré qué puedo hacer.

—Está bien. Tomás quería que Dani se trasladase a vivir con él. Sabía que Victoria no estaría dispuesta a separarse de su hijo. A pesar de que no estaba muy convencido, estaba dispuesto a permitir que ella se quedase en la casa y ver cómo se desarrollaba la convivencia. Quedamos en que yo le daría una lección para bajarle los humos y demostrarle quien mandaba. Cuando yo terminé con ella y salí fue el turno de Tomás. Yo la dejé viva en la habitación, no volví a verla hasta que Tomás dijo que se la había encontrado muerta e iba a llamar a la policía.

—Entonces, ¿cuándo os tomasteis las infusiones para evitar testigos?

—Mientras manteníamos relaciones con ella nos aseguramos de que no hubiese nadie cerca. Esa noche en cuestión había lluvia de estrellas y sabíamos que todos estarían en la explanada. Entre Tomás y yo nos aseguraríamos de que nadie se acercase a la casa. Cuando terminé de someterla, fui a la cocina donde la infusión ya estaba preparada y la calenté. Fui yo quien se la dio a todos, pero Tomás no la tomó y se la dio prácticamente toda a Begoña. Durante la violación estaban todos en la

explanada. El problema vendría si Victoria pedía ayuda cuando oyese voces en la casa, por eso nos aseguramos de que nadie estuviese en condiciones de percibir lo que había pasado.

—¿Qué diferencia había entre que se corriese la voz esa noche o al día siguiente? —preguntó el inspector enarcando una ceja.

—Usted no conoce a Tomás, de lo que es capaz —involuntariamente su mano delineó la cicatriz; movimiento que al inspector no le pasó desapercibido—. Habría hallado la manera de que Victoria no hablase, se lo aseguro. ¿Matarla? No creo, no le hacía falta. Le gustan los desafíos, y tenerla allí, viendo cómo iba perdiendo a su hijo, hubiese hecho que se sintiese en su salsa.

El inspector asintió, era un comentario que había oído un montón de veces de boca de Dani.

—De momento es suficiente. ¿Quieres que te pongamos protección? Podemos hacerte desaparecer hasta el juicio.

—No. Prefiero seguir con mi vida, pero, por favor, no pongan a Tomás sobre aviso.

—Por supuesto que no. De todas formas, te tendremos vigilado por tu seguridad. —«Y para que no le vayas con el cuento a Tomás y volváis a esfumaros», añadió para sí mismo.

En la otra habitación, Dani lloraba con amargura, mientras espasmos sacudían su cuerpo y no dejaba de lamentarse.

—Murió por mi culpa. Ella nunca me hubiese dejado allí y mi padre lo sabía.

—Dani, eso siempre lo hemos intuido. Igual que lo de la violación, solo lo hemos confirmado. Y los datos del análisis forense te los suavizaron para que no sufieras más de lo que ya lo hacías. Si primero la violó Alberto y luego le pasó el turno a Tomás...

—La ataron y la golpearon, ¿por qué? Ella no podía defenderse, ellos eran mucho más fuertes. ¿Qué necesidad había de...?

—Dani. —Esteban lo sacudió para que se centrase—. Tenemos que salir de aquí, nos van a pillar y podemos ir a la cárcel. Esta vez llegarán hasta el final, cogerán a Tomás y pagará por todo lo que ha hecho. Hazlo por ella. Tú sabes desvincularte de todo sentimiento y centrarte en lo importante, y en estos momentos son el inspector y Alberto, que están a punto de salir de esa sala. ¡Vamos, puedes hacerlo!

Cuando el inspector pasó por delante de su despacho, se sorprendió al verlos sentados y charlando en voz baja.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó con suspicacia—. Os había dicho que volviéseis a casa.

—Pensábamos que teníamos que llevarnos a Alberto de vuelta —matizó Esteban—. De todas formas, nos hemos puesto a charlar y se nos ha pasado el tiempo volando. ¿Ya habéis terminado?

—De momento, sí —admitió el inspector.

—¿Qué tal ha ido todo? —Se metió Dani en la conversación.

—Bien, pásate mañana, tengo que contarte algunas cosas.

—Pero... todo lo que le he contado es privado, ¿verdad? No puede contarle nada. —Alberto, asustado, se encaró al inspector.

—Es confidencial, puede estar usted tranquilo. Dani y yo tenemos otros asuntos en común de los que tratar.

Alberto asintió, mas el vello de su nuca se erizó y un mal presentimiento lo embargó mientras los acompañaba hasta el coche y les informaba de que lo dejaran nuevamente en el prostíbulo.

El camino de regreso estuvo plagado de incómodos silencios, pues Esteban, que era el único que no estaba implicado directamente en lo sucedido, no era muy hablador y los otros iban sumidos en sus pensamientos.

—¿Dónde vamos? —preguntó Esteban al verse cerca de su urbanización.

—Tú eres el que vive más cerca. Además, Alberto y yo tenemos una conversación pendiente —le comunicó Dani en un tono que no daba lugar a réplicas. Nadie dijo nada más hasta que Esteban bajó del vehículo y se despidió.

—Dani, nos vemos mañana. Y... no hagas ninguna tontería.

—Espera. Esteban, ¿qué significa eso? Vuelve aquí —exigió Alberto. Abriendo la puerta, aunque el coche arrancó antes de que le diese tiempo a bajar y tomó una velocidad cada vez mayor.

—Dani, ¿qué coño haces? ¡Nos vamos a matar! —exclamó Alberto, asustado, cruzando los brazos por delante de su rostro en plan defensivo

—No voy a tener tanta suerte —rebatía Dani con los dientes apretados. Durante todo el camino había estado dándole vueltas a lo que el inspector le había sonsacado a Alberto. Sí, Dani sabía lo de los restos biológicos en el interior de Victoria, que había drogas en su organismo —igual que en el de

todos los allí presentes— y que tenía varias contusiones. A parte de eso, no le habían facilitado más información. Tras su muerte y al escuchar que había mantenido relaciones sexuales, llegó a pensar que el malestar se debía a que había sucumbido y se había acostado con Tomás. Se arrepentía y necesitaba desahogarse con una mujer, por eso quería hablar con Gloria y no con él mismo. Sin embargo, cuando se enteró de que su madre mantenía una relación con su profesor, nada encajó hasta este momento. Necesitaba saber más, necesitaba saber la implicación de su padre en todo ese asunto—. ¿Qué le pasó a mi madre? Te voy a dar una sola oportunidad para resarcirte de tus errores. Quiero saber qué tuvo que ver mi padre con la violación.

—¿Estabas escuchando? —se alteró Alberto—. Eso es ilegal, ¿Quién te has creído que eres? ¿Acaso piensas que estás por encima de la ley? Mañana mismo denunciaré los hechos.

—Por Dios, Alberto —explotó Dani—. ¿Solo se te ocurre eso? Acabas de confesar que ataste, amordazaste y violaste a mi madre. La drogasteis y le disteis una paliza hasta dejarla inconsciente. ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque esa estúpida zorra siempre se creyó mejor que todos nosotros —escupió colérico golpeando el respaldo del asiento—. No le bastó con irse de la casa y llevarte consigo. Solo tenía que aceptar que tenía la vida resuelta porque nosotros así lo habíamos decidido. Le pagábamos el alquiler, los gastos, todo lo que se le antojase. Pero no, ella quiso ser independiente, trabajar y no tener que acatar los caprichos de Tomás. Solo tenía que haber aceptado acostarse conmigo de buen grado y todo hubiese ido bien. Al fin y al cabo, se acostaba con Tomás y con ese maldito profesor.

—Ella no mantenía relaciones con Tomás. Y Javier le dio la posibilidad de volver a ser feliz y disfrutar del sexo. ¿Sabes que yo no supe nada de Javier ni de mi abuelo hasta después de la muerte de mi madre? Ella guardó el secreto para que no le arrebataseis la ilusión, pero en vez de ello, le arrancasteis la vida.

—Dani, ¿a qué esperas? —grito colérico para que se percibiese el enfado y no el miedo en su voz— ¡Termina conmigo de una puta vez! ¿Crees que no sé lo que pretendes? Lo he visto en tu mirada, es igual a la de Tomás cuando toma una decisión.

—¿Me estás pidiendo que te mate? —preguntó apretando los dientes—. ¿Eso es lo que quieres? Pues te voy a dar el gusto.

Dani detuvo el coche en el arcén. La carretera secundaria que había cogido estaba muy poco transitada. No le dio tiempo a reaccionar, su boca se abrió enérgica en busca del aire que no llegaba a sus pulmones. Al intentar deshacerse de lo que le comprimía la garganta, pudo verificar por el tacto que se trataba de un trozo de tela. Cerró los ojos y se concentró en seguir respirando, mientras impulsando los brazos para atrás, cogió la cabeza de Alberto y la estrelló contra el respaldo del asiento. De súbito, sus pulmones se llenaron de aire. Bajó del vehículo dispuesto a pelear, el primer golpe se estrelló en la mandíbula de Alberto, que continuaba sentado en su asiento y cogiéndolo de la camisa lo sacó al exterior. Alberto aún no se había recuperado del golpe cuando recibió una patada en el abdomen. Enseguida se hizo patente quién jugaba con ventaja.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó Dani—. Ya no soy ese niño indefenso que manipulasteis como os dio la gana. He mejorado bastante, ¿no te parece?

Dani golpeaba a su adversario con saña. Alberto se defendía como podía. Las peleas callejeras le habían enseñado lo suficiente como para hacerle frente, pero la juventud y fortaleza de su contrincante eran visibles. Aun así, no se dio por vencido, los golpes de ambos eran continuos y los estertores de sus respiraciones también. Ambos eran conscientes de que estaban peleando por una meta crucial: ¡seguir con vida! Alberto, no quería ir a la cárcel, quería volver a desaparecer como lo había hecho con anterioridad. No había sido difícil, al fin y al cabo, solo dejaba atrás bienes materiales que sabía podía volver a recuperar o conseguir otros. Dani peleaba por venganza al tener delante al causante de su pérdida y no ver en este el más mínimo sentimiento de arrepentimiento. Ese último golpe derribó a Alberto al suelo que, suplicando por su vida, pidió clemencia cubriéndose el rostro. Dani, fuera de sí, contrajo el puño. Desde muy adentro de su mente, una voz surgía con fuerza, una voz de su pasado, esa cálida y añorada voz que hacía tanto que no escuchaba. Sabía que no era real, su yo racional le indicaba que estaba a punto de perder la cabeza, aunque ya le daba igual; su madre, después de tanto tiempo, iba a tener la justicia que tanto se merecía.



### 33. Suceso inesperado

Dani se levantó de la cama y a duras penas consiguió llegar al comedor con pasos lentos y desiguales, apretándose el costado con una mano para paliar el dolor.

—Buenos días, Esteban.

—Buenos días. Menudo aspecto tienes y no creo que Alberto haya quedado mucho mejor que tú.

Esteban, en cuanto vio partir a Dani en el coche a toda velocidad, le llamó al móvil; sin embargo, este no respondió, así que decidió ir a su estudio para esperarle. Al ver el estado en el que regresó, insistió en llevarlo al hospital, aunque este se negó, aduciendo que no tenía nada roto; si bien, le dolía horrores y se tomó un calmante antes de acostarse.

—¿Vas a ir a trabajar? —indagó Esteban, acercándole un vaso de café con leche y una pastilla.

—Sí. Más tarde. ¿Me llevarás tú? Así no puedo conducir.

—Sí, claro. No te preocupes, ya le he dicho a Joseph que llegaría tarde.

Dani asintió y sin sentarse en la silla, de pie, al lado de la mesa, se tomó el desayuno mientras, a través del espejo de la entrada, estudiaba su rostro con detenimiento. Parte de su mejilla estaba amoratada; si bien, el resto de los hematomas los podría cubrir con la ropa. El único problema era que no podía moverse con soltura.

—¿Nos vamos? —preguntó Esteban.

—Sí.

Su entrada en el albergue pasó desapercibida y no había sido casual, pues sabía que a esa hora, todos estarían pendientes de sus tareas y nadie repararía en él. Esteban lo acompañó hasta el despacho. Sacó del archivador unos papeles que Dani le dijo que tenía que revisar y se marchó tras dejarlo instalado.

A la hora de comer, Dani al fin se aventuró a salir del despacho. Los analgésicos le habían hecho efecto y se movía con más facilidad.

—Hola, chicos —saludó en general.

—¡Menudo aspecto tienes! —soltó Héctor—. ¿Le propusiste alguna guarrada a la Pija y se le fue la mano?

—Eso será —respondió escueto, mientras todos los chicos a su alrededor se carcajeaban. Solo María entrecerró los ojos, dejándole claro que sabía que ocultaba algo. Dani, no le hizo caso y ocultó la mueca que estuvo a punto de escapar de su rostro al tomar asiento. Estaban terminando de almorzar cuando Óscar entró en el comedor seguido del inspector Morales y varios policías.

—Buenas tardes, Dani —saludó el inspector—. Esta mañana me he quedado esperando que aparecieses por la comisaria como quedamos ayer que harías.

—Sí, tienes razón. He tenido una mañana muy complicada —explicó con recelo al advertir que los policías tomaban posiciones defensivas al lado de la puerta, la única salida de la estancia.

—¿Podemos hablar en tu despacho? —preguntó el inspector—. Así estaremos más tranquilos.

—Por supuesto —repuso Dani sin atreverse a levantarse. Era consciente de que en cuanto lo hiciese, se abalanzarían sobre él. Según parecía, Alberto lo había denunciado por escuchar el interrogatorio a hurtadillas y suponía que también por la pelea, porque sí, reconocía que se habían dado de lo lindo, si él apenas conseguía moverse, Alberto estaría aún peor. Se le escapó una mueca al imaginarse pasando otra noche en el calabozo por participar en una pelea y a Esteban pagando su fianza, advirtiéndole que si eso iba a convertirse en una costumbre que se olvidase de él. Pero en el ambiente se respiraba algo raro. Cuando al fin apoyó las manos en la mesa para levantarse, no pudo evitar contener el aliento. Se dio cuenta del cambio de expresión en el rostro del inspector apenas unas milésimas de segundo antes de que un par de policías se abalanzasen sobre él y le pusieran las manos a la espalda. Dani soltó un alarido sin poder evitarlo, pues con el tirón se le había resentido el hombro.

—Por Dios, Dani, ¿qué has hecho? —se lamentó el inspector con el rostro desencajado.

Los ojos de Dani se abrieron horrorizados, sin saber qué estaba pasando. Sintió en sus muñecas el frío del metal antes de que el policía le esposase y le leyese sus derechos.

—Queda usted detenido por el asesinato de Alberto Vázquez, cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en un tribunal, tiene derecho a un abogado, si no puede permitírselo, se le asignará uno de oficio...

—Estaba vivo cuando yo me fui, yo no he matado a nadie. —Lágrimas de impotencia surcaban su rostro sin poder hacer nada por evitar que ello sucediese, aunque no hubiese estado esposado, el dolor al subir la mano al rostro habría sido infernal.

—Tranquilo agente, yo me ocupo —ordenó el inspector, acercándose a Dani—. Voy a quitarte las esposas para que estés más cómodo. No hagas ninguna tontería. ¿Puedo confiar en ti?

—Sí, claro. Inspector, hablo en serio, Alberto estaba vivo cuando yo me fui.

—Agentes —se volvió el inspector para encarar a sus hombres—. Me llevo al detenido en mi coche. Sígannos hasta el hospital para que le echen un vistazo. Uno de ustedes tendrá que hacer guardia esta noche delante de la puerta, es el protocolo —terminó su disertación para que todo quedase claro para todos los implicados.

El inspector le sujetó la puerta del auto a Dani mientras este se acomodaba en el asiento del copiloto. Luego, la cerró y se fue a ocupar su propio emplazamiento delante del volante. En cuanto puso el coche en marcha, lo escrutó con la mirada antes de concentrarse en la calle y salir del estacionamiento.

—Ayer, en cuanto salí de la sala de interrogatorios, tuve la certeza de que habíais estado escuchando, esperaba estar equivocado.

—No pude evitarlo. Nunca superé la muerte de mi madre porque nada encajaba, ¿drogarse ella? Ni en sueños. ¿Tener sexo con Tomás? En un principio pensé que se trataba de eso, pero cuando apareció Javier llorando y abrazándome, enseguida supe que quería a mi madre y esta sería incapaz de engañarle. El abuelo tampoco lo ha superado. Muchas veces me dice que no estaba preparado para perderla por segunda vez, y menos cuando se la veía tan feliz y había encontrado un buen hombre con quien compartir su vida. Ayer, cuando salimos de comisaría, solo quería que Alberto me dijese por qué se habían ensañado con ella. Me lo dijo, fue porque ella quería recuperar su vida plenamente y no depender de ellos para nada. Creo que nunca creyeron que lo conseguiría. Le tenían mucha rabia, y yo... nunca me di cuenta de nada.

—Eso no se lo saqué yo en el interrogatorio —manifestó el inspector.

—No. Tú tenías que abarcar muchos campos diferentes; yo solo quería saber lo referente a mi madre. Me fastidia que exploten a mujeres, eso por

supuesto, pero... ¿Sabes que estaba haciendo yo mientras ella moría desangrada?

—Sí, he leído el informe.

—Estaba follándome a la novia de mi padre —siguió, sin hacer caso de la interrupción—. Estoy seguro de que ella lo sabía, por eso no me pidió ayuda, se sentiría asqueada. El árbol bajo el que la encontrasteis, lo plantamos juntos cuando yo era apenas un niño. Ese era nuestro rincón, el que eligió para morir.

—Dani, necesito que me cuentes qué pasó entre tú y Alberto antes de que lleguemos al hospital —le dijo para que se centrara—. Consigue un buen abogado, aún no nos han facilitado las pruebas del análisis forense, pero hay un montón de testigos que os vieron salir juntos del prostíbulo. Yo mismo tendré que testificar que lo dejé en vuestras manos, y como se sepa que estabais escuchando el interrogatorio os puede caer una buena; además, a simple vista se notaba que había participado en una pelea; tiene que haber restos de tu ADN en todo su cuerpo. Dani, ¿me estás escuchando?

—Sí, por supuesto que te estoy escuchando. Lo tengo complicado, ¿verdad? Estaba vivo cuando yo me fui. Soy profesor de artes marciales, si hubiese querido matarlo lo hubiese conseguido en el primer golpe; mi intención no era esa. Quería que supiese en sus propias carnes cómo se sintió mi madre; saber de antemano que están jugando contigo, que no tienes nada que hacer. Quería que experimentase ese sentimiento de pánico, frustración, impotencia. Su vida estaba en mis manos, y él lo sabía. Y ahora, ¿qué pasará conmigo? —preguntó Dani.

—Hemos llegado. —Le comunicó el inspector—. Dani, eres un gran hombre e intentaré ayudarte en todo lo que esté en mis manos. Probablemente, le rompíes algún órgano y muriese por una hemorragia interna, es algo que ha sugerido la forense.

—Joder —susurró Dani cerrando los ojos abatido—. Por favor, ¿puedes llamar a Esteban?

—Por supuesto.

Esteban, llegó apenas media hora después. Llamó a la puerta de la habitación con contundencia, abriéndola a continuación sin esperar respuesta alguna.

—¿Cómo estás? —le preguntó con preocupación acercándose a él.

—Joder, Esteban, ¡Qué he hecho! Voy a ir a la cárcel —asumió abatido.

—No debí dejarte a solas con él —sentenció su amigo—. Imaginé que te desquitarías. Yo... también deseaba hacerlo. Fui un cobarde, decidí huir de los problemas y dejarte a ti el marrón.

—Menudo dúo estamos hechos. No te culpes, sabía lo que me hacía. Le di con fuerza, pero no para matarle.

—No le he dicho nada a nadie. Estaba en el despacho de Joseph cuando has llamado y al salir de este, le he comentado que tenía cosas que hacer y ya volvería.

—Pues, prefiero que seas tú quien lo cuente, incluida a la Pija. Yo estoy muy confuso y prefiero que se enteren por ti antes de que la noticia empiece a correr como la pólvora. Joder, cuando no es por una cosa es por la otra, pero, últimamente, siempre estoy dando la nota en las redes sociales o reportajes de prensa. No estoy preparado para enfrentarme a todo lo que se me viene encima... y a la Pija la van a pillar en medio.

Al cabo de un rato, Esteban se despidió de él, prometiéndole que volvería a pasarse por la tarde. Al quedarse solo, cerró los ojos e intentó recrear toda la escena de la pelea, intentando recordar algún golpe especialmente violento o en algún lugar letal; sin embargo, solo oía la voz de su madre pidiéndole que no lo hiciese, sonrió sin poderlo evitar. En ese momento de locos en el que se veía sumergido, ella volvía a sus recuerdos para darle esa paz y tranquilidad que tanto necesitaba.

Así lo encontró Celeste cuando sin previo aviso entró en la habitación; recostado en la cama con los ojos cerrados y una gran sonrisa en el rostro.

—Hola, Hippy —lo saludó mientras se acercaba a la cama—. Menudo aspecto tienes, ¿te duele? —le preguntó tocándole la cara con suavidad.

—Hola, Pija. Un poco. Me han dado unos calmantes bastante fuertes. Solo me apetece dormir y evadirme de todo.

—Pues cierra los ojos y descansa, estaré aquí cuando despiertes —le comunicó besando su mejilla.

—Celeste, ¿te ha dicho Esteban que he matado a Alberto?

—Sí. Dani, estoy segura de que fue un accidente. Estaré a tu lado, pase lo que pase.

—De eso nada, Princesa. Tú y yo teníamos claro que lo nuestro era solo sexo y en algún momento tenía que terminar. Vamos, Pija, no tenemos nada en común. Fue bonito mientras duró.

—Dani, te quiero —afirmó nerviosa mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. No quiero apartarme de tu lado, te necesito. Sabes que si acepté la relación de solo sexo, como tú dices, es porque no quería que estuvieses con otra. Dani, ¡por favor, mírame! —Él levantó la mirada para encararla—. ¿Tú no sientes lo mismo? ¿No vas a decir que me quieres?

—No, Princesa, te lo dejé claro desde el principio: solo sexo. Pero me importas lo suficiente como para pedirte que no me esperes, lo nuestro no va a funcionar y quiero que rehagas tu vida y encuentres a ese hombre que llegue a tu corazoncito y lo haga vibrar.

—Dani, por favor. No me hagas esto. Sé por qué me alejas de tu lado y no lo voy a consentir.

—Celeste, por favor, ahora no. Se me cierran los ojos y no quiero discutir.

—Está bien. —Celeste le acarició la sien, con mucha suavidad mientras escuchaba como la respiración de Dani se iba ralentizando y se quedaba sumido en un profundo sueño del que, estaba segura, tardaría varias horas en despertar.

A la mañana siguiente, el inspector entró en la habitación llevando una carpeta oscura bajo el brazo que dejó sobre la cama, aunque ni la abrió ni sacó ningún documento de su interior. A continuación, le pidió a Dani que le relatase la pelea paso a paso, sin obviar ningún detalle. Cuando terminó de hablar, Dani llamó a Esteban para preguntarle si podía salir del trabajo y acercarse al hospital. Al cabo de un rato, este entró en la habitación sin llamar, inquieto por el requerimiento de su presencia.

## 34. Los medios de comunicación

Las redes sociales se estaban aprovechando de la situación. Había comentarios de todo tipo: unos desacreditando a Dani y la labor que hasta esos momentos había hecho con los jóvenes, argumentando que todo había sido para tenerlos bajo control —como su padre había hecho con anterioridad—; otros lamentando el desafortunado arrebato, que estaban seguros lo llevaría a la cárcel. Publicaron fotos suyas con Celeste donde lo tachaban de aprovechado y mezquino.

Desde el Ayuntamiento habían tenido que mandar un escrito pidiendo prudencia y que dejaran actuar a la policía. Solo el artículo de Esteban había conseguido que la opinión pública se replantease las ideas. Todos y cada uno de los que conocían a Dani, habían demostrado su apoyo públicamente, contando cómo había influido en sus vidas. Un nuevo artículo de Esteban sobre las andanzas de Tomás y Alberto adornaban la primera página, había datos de cómo entre ambos se hicieron con los inmuebles de varios ancianos; nombraba a algunas mujeres que estaban dispuestas a declarar en su contra, entre ellas Begoña, que salió en defensa de Dani, contando cómo la había sacado de esa casa poniéndose en peligro. Hasta había salido el nombre del inspector Morales y la relación de amistad que los unía, por lo que estuvo a punto abandonar el caso.

Cuando le dieron el alta a Dani, lo trasladaron a prisión, que se convertiría en su alojamiento durante las próximas setenta y dos horas. Observó a su alrededor con curiosidad, había estado allí en otras ocasiones, pero nunca en esa área que se consideraba de paso y menos en calidad de detenido. Cuando el inspector se lo había requerido, se había presentado en condición de experto para hablar con algún detenido u ofrecido charlas de autoestima e inclusión, entre otras.

Dejó sus cosas y luego se tumbó en la cama. Pensó en dirigirse a la sala de juegos a la espera de que comenzara la partida de ajedrez, como ponía en la hoja de actividades, pero las contusiones aún le molestaban y no se encontraba de humor para relacionarse con nadie.

Al cabo de un rato, un par de policías, con las esposas y la porra bien visible, le pidieron que les acompañase, sin que en sus rostros se mostrase el más mínimo gesto de reconocimiento hacia su persona, a pesar de haber hablado con ellos en varias ocasiones. Todo el cometido se realizaba de manera muy formal. Cuando traspasó la puerta, se encontró con el rostro sonriente del inspector Morales.

—Hola, Dani. Estaba pensando... ¿recuerdas cómo nos conocimos?

—Sí, claro. Óscar me comentó que debía ir con él a comisaría para familiarizarme contigo y con el resto de los policías para cuando tuviese que recoger a alguno de los chicos.

—Exacto. Recuerdo que cuando te vi, pensé que eras una de las últimas adquisiciones para el albergue. Me quedé pasmado cuando dijo que eras el nuevo psicólogo. Acabábamos de detener a Héctor, una vez más, por hurto. Estaba colocado y no había manera de hacerle ver que estaba a punto de cumplir los dieciocho años y no podía seguir así. No recuerdo haberte visto mirándole ni una sola vez, pero me llamó Óscar al cabo de un rato para decirme qué pensaba hacer con ese chico, que tú le habías sugerido llevarlo al albergue. ¿Lo recuerdas?

—Sí, por supuesto —admitió sonriendo—. También recuerdo cómo me miraste cuando te pedí que me dejases utilizar la sala de interrogatorios.

—Te estuve observando a través del cristal. Estabais tú y Héctor frente a frente. Él ya no sabía hacia dónde mirar mientras que tú lo escrutabas en silencio. Luego le dijiste que se le iba a dar una última oportunidad para formar parte de una gran familia, convivir en plena libertad con otros jóvenes, dejarse querer y ser uno más, pero, para ello, debía participar voluntariamente en un programa de desintoxicación y nada de meterse en follones ni robar. No le diste opción de negarse, le dijiste que cogiese sus cosas y se fuese contigo. De eso hace seis años. Ahora, trabaja en un taller, hace grafitis, y, sobre todo, es feliz y está limpio. Adora a los otros chicos y ellos a él. Eres una gran persona, espero que todo se solucione.

—Yo también.

—Tienes visita. —Tras una pequeña pausa, continuó—: ¿Estás preparado?

—No. Pero, de todas formas, nunca lo estaré para enfrentarme a él. Deséame suerte.

—Estaré escuchando, si veo que flaqueas, entraré.

—De acuerdo.



Dani lo observó sin que lo advirtiera. De lo primero que se percató fue de que su visita se había sentado en una mesa apartada y estaba de espaldas a la puerta, como si con eso pudiese ocultar su identidad hasta el último momento. Respiró profundamente y puso su mente a trabajar. Debía mostrarse sereno, ser él mismo y no dejarse avasallar por los sentimientos de culpa ni resentimiento —que sabía su visita le inculcaría—. Su propósito, esta vez, era decisivo. Necesitaba que hablase y para ello no podía permitirse venirse abajo, quedar a merced de las palabras de su progenitor.

—Papá. Nunca creí que nos veríamos así. Siempre pensé que serías tú quien estuviese en este lado, entre rejas.

—Hola, hijo. Tu amigo, el inspector, debe pensar lo mismo. En cuanto me ha visto, me ha pedido muy amablemente que le entregara el pasaporte hasta nuevo aviso. Me temo que cree que estoy a punto de abandonar el país.

—¿Sabías que Alberto iba a delatarte?

—Eso no es posible. Tenía mucho que perder, éramos socios en todo.

—Por eso mismo, sabía que la policía estaba tras vuestros pasos. Las viviendas de los ancianos estaban a su nombre, y el prostíbulo a nombre de una sociedad que están investigando. Iba a hacer un trato con la Fiscalía a cambio de una rebaja de la condena. Por cierto, antes de morir me contó cómo violasteis a mamá.

—Nunca me hizo falta llegar a esos extremos; Victoria seguía deseándome; con solo ponerle una mano encima, se derretía.

—Excepto ese último verano, ¿no es así? Había encontrado a alguien que la hacía feliz. No te necesitaba para nada, ya no se derretía, como tú has dicho. Le dabas asco porque ella era consciente de todo, ¿verdad?

—Es una lástima que ya no esté para preguntárselo.

—Sí, lo es. ¿Para qué has venido?

—No podía pasar por alto el reportaje de Esteban. Era una invitación directa a pasarme por aquí y dar la cara. Sabíais que era un desafío que no podría rechazar. En el reportaje, a ti te ponía por las nubes, mientras que a mí me tachabais de secuestrador, manipulador, violador y proxeneta, entre otras cosas. Y bueno, ¿qué tienes que decir de todo eso?

—¿He dicho alguna mentira?

—No. Pero te olvidas de otra acusación muy importante.

—Me olvido de unas cuantas, ¿a cuál de todas te refieres exactamente?

—¿Qué sucedió con Alberto? —preguntó con una sonrisa ladeada.

—Lo sabes perfectamente. Me peleé con él y lo maté en defensa propia.

—¿Qué dicen las pruebas forenses?

—Le reventé el bazo y tuvo una hemorragia, se ahogó con su propia sangre.

—Ven, acércate —le pidió Tomás moviendo los dedos de la mano derecha en un gesto insistente. Cuando tuvo a Dani justo donde quería, le susurró muy muy bajito—: Murió porque era débil. Me llamó pidiéndome ayuda, quería que volviésemos a desaparecer. Sabía que terminaría hablando y le di la patada final. —Luego, alzando la voz, dijo: —Inspector, ¿ha oído eso?

Dani se había quedado mudo por el impacto de la noticia. Era algo que sabía de antemano, el inspector le había hablado de esa patada que había puesto fin a la vida de Alberto y que la suela del zapato era diferente a las otras. Lo del bazo era mentira, solo lo había sacado a relucir para darle más credibilidad. Dani era consciente de la respuesta a la última pregunta de su padre, no, el inspector no había oído la declaración de culpabilidad, él apenas había logrado entenderla.

—Como ya te dije la última vez, no creo que volvamos a vernos a no ser que te rebajes a hacerme una invitación como la de ahora.

—Haré lo que haga falta para verte entre rejas.

—¡Este es mi chico! Saca todo lo que llevas dentro, sé un digno heredero de tu padre.

—Soy como mamá: buena persona con un gran corazón e intento ayudar a los demás. De ti solo he heredado el cabello. He pensado muchas veces en cambiar de aspecto y cortarme las rastas, pero me gustan, son mi sello de identidad.

—No te las cortes, te quedan bien, como a mí cuando era joven. Adiós, hijo.

Dani lo siguió con la mirada, abatido, con un gran vacío en el corazón y un sentimiento de derrota. Esa visita no había servido de nada. Había puesto tantas esperanzas en ella. Todo lo relatado por Tomás sobre los últimos momentos de vida de Alberto lo sabía gracias al inspector. El móvil había desaparecido, y con él la prueba de la llamada a Tomás.

Ese mismo día, salió de la cárcel. De hecho, solo había entrado en ella para preparar la farsa, pero su padre era demasiado listo como para caer en

ella.

En cuanto llegó al piso de Esteban, se los encontró a todos allí: Víctor, Gloria, José, Álex, Beth y Celeste. Gloria le abrazó, apoyando la cabeza en su pecho.

—Dani, me alegro de que estés aquí. De que todo haya pasado.

—Gloria, esto no ha terminado. Tengo que limpiar mi nombre, quiero volver a andar con la cabeza bien alta.

—Lo harás, te ayudaremos en lo que haga falta.

Cuando se separó de él, fue el turno de Esteban. Ambos se fundieron en un fuerte abrazo.

Álex fue quitando a todos de en medio para poder saltar sobre su hermano y abrazarlo.

—Dani, ¿has estado en la cárcel? ¿Cómo es? ¿Has conocido a algún asesino?

—Por Dios, Álex. Te lo hemos explicado un montón de veces —se exaltó su madre, apartándolo de Dani.

—Tranquila, Gloria. Álex, espera un poco y luego te contesto, ¿de acuerdo? Aún no he saludado al abuelo ni a las chicas —dijo mientras abrazaba al hombre mayor.

—Está bien —refunfuñó.

Beth se acercó y lo abrazó, diciéndole cuánto se alegraba de que estuviese con ellos. Luego le tocó el turno a Celeste.

—Hola, Dani. ¿Todo bien? —le preguntó acercándose para darle un suave beso en los labios, que él no alentó.

—Princesa, lo que te dije el otro día sigue en pie. Lo siento. No quiero complicaciones en estos momentos.

—Vamos, Dani. Nunca te he exigido nada. Solo, que no «eso» con ninguna otra —remató incómoda, consciente de que había muchos ojos y oídos puestos en ellos.

—Princesa, «eso», en estos momentos, es lo último que tengo en mente —remató antes de darse la vuelta y acercarse a Álex. Le cogió de la mano y, junto a él, se acomodó en el sofá.

Esa noche cenaron todos en La pizzería de Carlos, incluso el padre de Beth se presentó en cuanto su hija le informó de dónde estaban. Después de la cena fueron a dar una vuelta. Luego, Dani y Álex se fueron a pasar la noche en el estudio de este mientras que el resto se marchaban cada uno a sus respectivos domicilios.

## 35. Estamos contigo

Cada vez que levantaba la cabeza, su mirada se centraba en una foto en la que su madre, con una gran sonrisa y ojos que expresaban felicidad, lo tenía cogido por la cintura y con el dedo señalaba hacia adelante, instándole a que mirase a la cámara. Ambos estaban sonrientes. Esa foto le gustaba, le recordaba una etapa de su vida muy feliz y dichosa, de cuando se trasladó al pueblo donde hizo amigos de su edad y conoció a Esteban y a su familia. Esa foto la tomó Gloria y se la había regalado a Victoria, quien enseguida la puso en un sitio bien visible; ahora, Dani también la tenía en el mejor sitio de la casa, donde, con solo levantar la vista, se la encontraba. Aunque, en estos momentos, ya no era capaz de sonreírle, solo le prometía que haría justicia, que Tomás pagaría por todo el daño que les había hecho a ambos, porque él continuaba necesiéndola. La echaba de menos, a pesar de tener a Esteban, con quien tenía una confianza absoluta. Le habría gustado poder hablarle a su madre de «su Pija», y pedirle consejo. Estaba confuso, llevaba un par de semanas sin verla y era consciente de que la echaba de menos, más de lo que había supuesto en un principio. Desde hacía un par de días ya no recibía ninguna llamada ni wasap por parte de ella y debería sentirse liberado. Ella había insistido hasta la saciedad, diciéndole que quería estar a su lado como amiga, pues él necesitaba distraerse; podrían ir a cenar, a pasar la tarde a su piso o al piso de Esteban si no quería estar con ella a solas; le había dado un sinfín de alternativas en las que le dejaba claro que si lo suyo había terminado, lo aceptaba.

Llamaron a la puerta y Dani, con desgana, se levantó del sofá para ir a abrir. No le apetecía hablar con nadie. Su nombre había quedado limpio al demostrar las pruebas forenses que hubo una tercera persona en el escenario del crimen. Abrió la puerta al ver que seguían insistiendo y, por lo tanto, molestando a toda la finca. Imaginó quién era antes de verla. Como había descubierto hacía tiempo, «su Pija», era de armas tomar y, a pesar de sus vestidos de diseño y su porte señorial, cuando se empecinaba con algo podía llegar a ser muy choni.

—Celeste, ¿qué haces aquí? —preguntó, intentando que no se le escapase una sonrisa.

—Pues... sé que no debo venir a tu casa por si estás con otra mujer, ya que lo nuestro ha terminado y eres completamente libre de hacer lo que te dé la gana.

—Ah, veo que la teoría la sabes a la perfección. —No pudo evitar que se le escapase la sonrisa que intentaba mantener oculta desde que había abierto la puerta.

—El sábado me voy a Villarejo del Turia con Beth, Esteban, Cristian y mi padre. Mierda, nuestro padre —se corrigió—, el de Beth y mío —matizó, como si Dani necesitase esa aclaración.

—Yo, también voy. No sé qué le sucede a Esteban, hay algo que le inquieta, pero no hay manera de que me lo cuente. Me preocupa. ¿Tú sabes algo?

—No. Pero, desde hace unos días, Beth no se encuentra bien y Esteban está muy pendiente de ella. Sé que tenían turno para el médico. No me atrevo a preguntar, esperaba que ella me lo contase.

Dani decidió que la próxima vez que viese a Esteban insistiría para que hablase, pues si Beth estaba enferma, en manos de médicos, y ambos estaban preocupados, estaba decidido a sonsacarle qué ocurría. Entendía que en esos momentos Esteban prefiriese que se centrase en su caso y no agobiarle con sus problemas; sin embargo, los amigos están para apoyarse y Esteban era mucho más que eso. Así que decidió que lo mejor en esos momentos era cambiar de tema y que Celeste se explicase.

—Celeste, te lo vuelvo a preguntar. ¿A qué has venido?

—Por lo de la acampada.

—¿Qué acampada? —preguntó entornando los ojos.

—Pues, esta mañana, en la oficina, ha salido el tema, y yo... nunca he ido de acampada y me apetece mucho. Necesito que vengas conmigo para que revises la tienda antes de entrar, por si hay alguna araña o algún animal escondido y tienes que deshacerte de él.

—Pija, ¿estás hablando en serio? —preguntó alucinando. ¿La Pija durmiendo en el suelo? ¿Aseándose en una fuente en medio del monte?

—Pues claro, y tienes que limpiar los cacharros que utilizemos para hacer la comida en el río.

—¿En el río? Y ¿no puedo hacerlo en la fuente? —Sabía con exactitud el lugar donde pensaban acampar, pues estando en él, Esteban le comentó que era el lugar favorito de Beth y su madre para estos menesteres. Recordaba perfectamente que había una fuente.

—No sé. Beth ha comentado que cuando era niña limpiaban los cacharros en el río.

—¿Y los tengo que limpiar yo? ¿Por qué no puedes hacerlo tú? —le preguntó, arqueando una ceja mientras se apartaba de la puerta y se dirigía a la nevera de donde sacó dos refrescos. Celeste, con una sonrisa, lo siguió.

—Porque yo... llevaré mis deportivas de marca y se pueden estropear si se salpican y a ti, con un poco de suerte, se te mojará la camiseta y yo disfrutaré mirando cómo se te marcan los músculos —remarcó con un guiño.

—Si tengo que limpiar yo —admitió, observando a su alrededor, donde reinaba el desorden—, mejor llevamos bocadillos.

—O nosotros cocinamos y Esteban y Beth que enjuaguen los cacharros. Podemos hacer macarrones.

—Princesa, además de pasta, ¿sabes cocinar algo?

—Tortilla y arroz hervido —admitió cogiendo el vaso que Dani tenía en la mano. Lo dejó sobre la mesa y se sentó a horcajadas sobre sus piernas—. Pero en internet hay mogollón de recetas, puedo... podemos aprender —rectificó. Luego se acercó a su rostro y empezó a besarlo con suavidad, pequeños besos por toda la cara, como sabía que a él le gustaba.

Dani, cerró los ojos y se apoyó en el respaldo del sofá, con una sonrisa en el rostro, dejándola hacer.

—Celeste...

—Shhh! —lo cortó poniendo un dedo sobre sus labios—. Solo es sexo, ya lo sé.

—No, no lo es —susurró Dani antes de lanzarse a por su boca. Esperando que Celeste no hubiese escuchado ese último comentario, pues, aunque sabía que era cierto, no estaba preparado para admitirlo ante ella... Ni ante él mismo.

Como no cabían todos en un solo coche para ir al pueblo, Dani, le preguntó a Celeste si alguna vez había subido en una moto de gran cilindrada, esta negó con la cabeza y sus labios se abrieron en una gran sonrisa de anticipación.

Al escuchar el motor del coche detenerse junto a la puerta, Dani y Celeste salieron a ayudar a descargar y entraron en la casa que habían reformado hacía unos meses y donde Cristián y Joseph habían accedido a pasar la noche. Luego, todos juntos se dirigieron a la salida del pueblo.

Tomaron la senda que se adentraba en el bosque. Celeste y Dani compartieron una mirada cargada de significado que Esteban interceptó y enrojeció, conteniendo la respiración cuando Beth le cogió de la mano y con la cabeza le señaló el árbol culpable de que casi se partiese la crisma en un arrebató de pasión.

Al llegar al merendero, Dani hurgó dentro de la cesta para el pícnic.

—Princesa, la idea de pasar por un local de comida para llevar, ¿ha sido tuya? —preguntó con un recipiente en la mano dónde se podía leer el tipo de comida que había en el interior.

—No. Escuché cómo mi padre y Esteban comentaban esa posibilidad, pero a mí nadie me ha preguntado qué quería. Esteban y Beth nos están llamando, acerquémonos.

—¡Tenemos que daros una gran noticia! —exclamó Beth, paseando la mirada por todos ellos.

Esteban se situó detrás de ella y puso las manos sobre su abdomen para acariciarlo con movimientos lentos y circulares. Dani intuyó la noticia antes de que saliese por la boca de Beth.

—¡Estoy embarazada! —exclamó emocionada cogiendo la mano que acariciaba su vientre mientras levantaba la cabeza para recibir un beso del padre de su futuro hijo. No obstante, la mirada inquisidora de Christian no dejaba a Esteban disfrutar del momento

—Cristian, me amenazaste con cortarme los huevos si pasaba esto. Espero que no lo hagas, sería una lástima no poder darte más nietos.

—Pero, habrá boda, ¿no? —preguntó Cristian con seriedad.

—Sí, cuando el peque pueda llevar los anillos —sentenció Esteban. Dani interceptó una sonrisa de Celeste, quien no apartaba la vista de la mano de Esteban sobre el abdomen de Beth. ¿La Pija quería hijos? Menuda sorpresa. Y boda, eso seguro.

—Si algún día me caso —se le ocurrió a Dani de repente—, quiero una boda ibicenca; todos vestidos de blanco en la playa, con todos mis chicos haciendo una gran barbacoa y bebiendo cerveza.

—¿Estás de coña verdad? —se exaltó Celeste, mirándolo con cara de espanto.

—Pija, estoy hablando de «mi» boda, cuando «tú» te cases, puedes hacer lo que te dé la gana en la tuya.

—Vete a la mierda —le soltó Celeste.

Dani se levantó con rapidez y le dio un fuerte abrazo a Esteban y luego repitió la acción con Beth.

—Enhorabuena a los dos. Estoy deseando que nazca el renacuajo y poder ejercer de tío.

—¡Voy a ser tía! No me lo puedo creer —se emocionó Celeste al abrazar a Beth.

—Mi niña va a hacerme abuelo —afirmó Cristian con una sonrisa nostálgica. Mientras, ambos abrazados, lloraban de dicha.

Un rato después Esteban se acercó a Dani, quien se encontraba solo delante del río con la mirada perdida.

—¿En qué piensas? Te veo abstraído —comentó Esteban.

—Cuando has dicho que ibas a ser padre, lo primero que se me ha pasado por la cabeza es que la madre de Beth no conocería a su nieto, y el día de mañana, la mía tampoco verá a los suyos. Pero... no nos pongamos melodramáticos, me alegro un montón por vosotros. Seréis unos padres estupendos.

—Dani, yo he estado pensando en tu padre. Hay algo que no encaja.

—¿A qué te refieres? Porque de él hay muchas cosas que no hay por dónde cogerlas. Tengo claro que nunca quiso a ninguna de sus mujeres, pero... ¿a mí me quiso en algún momento? ¿Por qué vino a la cárcel? Él tenía que saber lo de las pruebas forenses que me exculpaban. ¿Por qué se arriesgó? ¿Por orgullo? ¿Por qué ha vuelto ahora?

—Eso es lo que no veo nada claro. Cuando te sacamos de la secta, sabes que mis padres avisaron a la policía. Era un sin vivir el esperar a que apareciese en cualquier momento, esa incertidumbre era horrorosa hasta que, con el paso de los meses, nos fuimos relajando, pero... ¿por qué no vino a buscarte?

—Esteban, esta conversación la hemos tenido muchas veces, y nunca hemos hallado una respuesta.

—La violó, la drogó. —Esteban se dio cuenta de cómo esas palabras estaban afectando a su amigo—. Dani, tranquilo, déjame terminar —le suplicó con la mirada mientras le cogía del brazo—. Consiguió que se quitase la vida con la finalidad de que no te separase de él y después ¿qué? ¿Nos dejó el camino libre a mi familia y a mí?

—No lo sé.



—¿Y no quieres averiguarlo? —le sugirió Esteban—. Tenemos su dirección de cuando le pusimos el localizador en el coche. Tengo un montón de preguntas que me gustaría que me respondiera, pero no haré nada si tú no quieres.

—¿Qué me estás pidiendo? ¿Que vayamos a su casa a buscarle? —preguntó Dani dubitativo.

—Sí. Iremos juntos. No me separaré de tu lado, pero prométeme que mantendrás la calma oigas lo que oigas.

—Esteban, ¿qué ronda por tu mente?

—Solo son sospechas sin fundamento. No quiero meter la pata y contarte mis conclusiones sin pruebas.

—Siempre has sido muy intuitivo, cuéntamelo.

—No —respondió tajante—. ¿Vamos la semana que viene? Me organizo y te digo que días estoy disponible.

—Tu jefe está ahí arriba —señaló con un levantamiento de cejas hacia el merendero—. Pídele fiesta para el lunes.

—Es muy precipitado, ya te digo algo. Mira tú qué día te viene mejor.

—Por mí, no te preocupes. Me adapto a los tuyos.

Ambos se giraron al escuchar voces que se aproximaban.

—Os estábamos buscando —reconoció Beth rodeando con sus brazos la cintura de su chico y dándole un suave beso en los labios. Dani sonrió al contemplar la escena. Esteban había cambiado mucho desde que estaba con Beth. Se le notaba mucho más distendido y accesible.

Esa noche durmieron en las tiendas, donde no se coló ninguna araña ni bicho. Desayunaron en mesas y sillas plegables de *camping* y fueron al río a sacar los zumos que habían dejado la noche anterior dentro de este para que se enfriasen, truco que solo Celeste desconocía.

—Princesa, no te acerques mucho al río, se te pueden salpicar las deportivas de marca —le dijo Dani recordando la conversación de su piso al ver que Celeste, con un pie, estaba empujando pequeñas piedras al interior del cauce.

—Vengo preparada, me he traído ropa y zapatillas de recambio... por lo que pueda pasar.

—¿Por lo que pueda pasar? —repitió Dani con una sonrisa maliciosa. En cuanto Celeste la vio, corrió para alejarse de él, pero no llegó muy lejos, pues Dani la atrapó enseguida y se la echó al hombro para, a continuación, acercarse de nuevo al río mientras ella no dejaba de patalear y gritar—.

Ahora toca pegarse una ducha, ¿verdad, Princesa? Es parte de lo imprescindible en una acampada, como lo de lavar los cacharros en el río.

—¡No! Ni se te ocurra —siguió gritando mientras cambiaba de posición, amarrando a Dani a su cuerpo con los brazos alrededor de su cuello y las piernas rodeando su cintura para que en caso de que la tirase al agua, cayesen los dos.

—¡Dani! Si vas a tirar a mi hermana al río, yo iría unos metros más hacia abajo, que cubre bastante más y es más probable que no resultéis magullados. Pero mejor déjalo para después, tengo hambre —explicó Beth.

—Princesa, acabas de salvarte —le dijo al dejarla en el suelo.

—Dani, nunca me he bañado en un río, pero no he traído bañador. La próxima vez que vengamos, ¿nos bañaremos en él?

—Claro, Princesa. Y entraré delante de ti para apartar las culebras.

—¿Culebras?

—Serpientes de río.

—Ah —se le escapó una mueca—. Casi mejor, cuando volvamos a Valencia, nos metemos en la piscina de la urbanización.

—Cobarde —rebatía Dani—. Esteban, ¿nos metemos después tú y yo?

—Ni de coña. Yo voto también por la piscina.

—Dani, si lo dices en serio, a mí sí que me gustaría —dijo Beth llena de nostalgia—. Cristian, mamá y yo, solíamos venir a bañarnos aquí en verano, lo echo de menos.

—Claro que sí. Vamos a desayunar, que tienes que comer por dos y a media mañana volvemos.

Dani soltó a Celeste y se acercó a Beth, cogiéndola del hombro mientras hablaban y echaron a andar, dejando a Celeste y a Esteban rezagados.

—¡Vaya! Empiezo a acostumbrarme a ver a Dani cogiendo a otras mujeres y quedando con ellas. Ya no me afecta —dijo Celeste.

—No fastidies —espetó Esteban—. Qué son Dani y mi novia, ¡tu hermana! —recalcó.

—Esteban, que es una broma. —Celeste guiñó el ojo, aunque Esteban no le vio la gracia.

—Al final voy a tener que acostumbrarme a tenerte cerca. —Cuando ella lo miró enojada continuó—: También es una broma, no me mires con esa cara de fastidio.

Celeste estaba intentando ponerse el casco para subir a la moto y volver a Valencia cuando Dani se lo quitó de las manos y le dio un pequeño beso en los labios.

—Gracias, Pija. Necesitaba despejarme y lo de la acampada me ha venido muy bien.

—De nada, Hippy. Ha sido una experiencia fantástica. ¿Sabes qué? Estoy dándome cuenta de todo lo que me he perdido a lo largo de todos estos años. Soy yo quién debería darte las gracias a ti.

—Toma, ponte el casco —dijo Dani con una sonrisa. Cuando lo hizo, se subió detrás de él y le rodeó la cintura con sus brazos—. El martes he quedado con Esteban, vamos a ir a ver a mi padre. —Se encontró confesando a Celeste sin tener claro de por qué le daba esa información.

## 36. El enfrentamiento

Dani aparcó el coche en una gran explanada, donde observó que ya había un par más de vehículos muy elegantes, además de una furgoneta. Pudo apreciar que su padre continuaba teniendo los mismos gustos que antaño, casas grandes y apartadas con mucho terreno.

—No esperaba que hubiese niños en la casa —afirmó Esteban bajando del coche—. Desde aquí puedo contar cuatro; tres chicos y una chica.

—Deben ser los hijos de los que habló Alberto —comentó Dani. Ambos se fijaron en que la chiquilla, de unos diez años, se levantaba sobresaltada al verlos. Los otros niños los miraban con curiosidad.

—Acerquémonos para hablar con ellos antes de que avisen a tu padre. A ver si podemos averiguar más cosas. —Aceleró el paso. No se veía ningún adulto a su alrededor y eso les vendría muy bien.

—Hola, chicos. ¿Sois los hijos de Tomás? —preguntó Dani a bocajarro.

—Ella no. Es una bastarda y su padre está muerto. Ahora ya no podrá protegerla —soltó el chico más mayor con pesar.

—¿Cómo? —preguntó Dani—. Protegerla, ¿de qué?

—Niños, venid conmigo —dijo una mujer de unos treinta y pico años. Cuando el mayor se acercó a ella le susurró algo al oído. El niño salió corriendo en busca de su padre, supuso Dani. No se equivocó, pues Tomás apareció segundos después.

—Vaya sorpresa. ¿Qué os trae por aquí?

—¿No nos vas a invitar a entrar? —preguntó Dani.

—Por supuesto. Pero, como comprenderás, no me fio de vosotros. ¿Dónde tenéis los micros y las grabadoras? ¿Me tomáis por estúpido? Sé a qué habéis venido.

—No. No tienes ni idea. Saben que fuiste tú quien mató a Alberto. Encontrarán las pruebas e irás a la cárcel. Pero no estamos aquí por eso —afirmó Dani.

—Lo que tú digas, hijo. Dejad aquí fuera los móviles, relojes... —Tomás los cacheó a conciencia—. Esteban, deja el bolígrafo también y pasad —pidió, dejándoles sitio—. Isabel, llévate fuera a los niños. Tengo que hablar con mi hijo.

—Y conmigo —puntualizó Esteban.

Una vez dentro de la casa, observaron que los muebles eran muy elegantes, aunque se veían pequeños desperfectos en las esquinas y zonas que habían perdido parte del color original. A través de una puerta entreabierta, pudieron observar lo que parecía un despacho, pues era presidido por una mesa con un ordenador y detrás una gran librería, pero, lo que más les llamó la atención, fue el gran televisor de plasma que estaba colgado en la pared, era más grande que el que presidía el salón.

Tomás se había repuesto del revés sufrido quince años atrás. Con una sola orden, mandó bajar a la gente que estaba en el piso superior. Enseguida, se oyeron varias pisadas bajando las escaleras con gran estrépito. Todos se detuvieron al ver a los forasteros. Tras unos momentos de observarse, una chica se adelantó:

—Hola. Tú debes de ser Dani. Héctor me habló del parecido que tienes con tu padre. No mentía, os parecéis un montón. Soy Gema.

—Hola, guapa. En efecto, soy Dani —se acercó y le dio dos besos—. Este es mi amigo Esteban —lo presentó.

Después de todas las presentaciones, Tomás, con mucha amabilidad, les pidió que les dejasen solos. Cuando todos salieron, Esteban habló:

—Vaya, pues sí que tienes ganas de que terminemos lo antes posible y desaparezcamos.

—¿Qué queréis? —Había desaparecido toda la amabilidad y don de gentes de Tomás, pues sabía que esa visita no era por cortesía y lo habían pillado desprevenido.

—Vayamos directos al grano, ¿te parece? —Dani siguió hablando sin darle opción a responder—. Drogaste, violaste y dejaste a mamá hecha una mierda solo para que se quitase de en medio. Lo conseguiste —le gritó enfurecido, muy afectado por las palabras que él mismo estaba pronunciando. Esteban lo cogió del brazo y lo obligó a mirarlo.

—Tranquilízate. Así, no conseguiremos respuestas —le exigió Esteban en voz baja. Aunque también le costaba mantener la calma, era consciente de que no tendrían una segunda oportunidad—. Lo que Dani intenta entender, es, ¿por qué unos meses después dejaste que se alejase de tu lado y nunca volviste a por él?

—Yo no lo alejé, él se fue —matizó Tomás.

—Eres un perfecto manipulador, aunque él escapase, hubieses podido venir y recuperarlo, darle la vuelta a la realidad y hacerle entender tu punto

de vista. Eres un amante de los retos, ¿qué mayor reto que doblegar a tu hijo?

—Eso es lo que esperabais, ¿verdad? ¿Encontrarme de frente al girar una esquina? ¿Os preguntabais si aparecería en mitad de la noche y me llevaría a Dani conmigo y a ti también, a los dos juntos? —remarcó con una sonrisa maliciosa—. Tus padres seguro que avisaron a la policía de que eso podría pasar y Dani —apenas movió la cabeza para mirarlo, pues estaban los dos juntos y frente a él—, sé que le hablaste a la policía de la casa, la residencia y el prostíbulo. Menos mal que no te di la dirección, gracias a lo cual sobrevivimos los primeros meses, hasta que conocimos a gente... interesante y pudimos volver a empezar. Pobres chicas, recién iniciadas en el negocio y tuvieron que hacer horas extras para sacar adelante a todos los del garito; incluidos a Alberto y a mí. Te recuerdo que tengo gustos caros.

—Papá, sé lo que intentas, no vas a conseguir que me sienta culpable. En cuanto vi lo que estaba sucediendo, salí de allí. Solo pude llevarme conmigo a Begoña, no era más que un niño que intentaba sobrevivir. Muchas veces pienso en mamá, me preguntó qué pudiste decirle para que terminase suicidándose, pero ¿sabes qué? Ya no importa, ella había rehecho su vida, estaba enamorada, se había reencontrado con mi abuelo, con sus amigas, tenía un trabajo que le daba independencia y eso no podías consentirlo, ¿verdad? No podías permitir que fuese feliz sin ti. Hace muchos años, Begoña me dijo que no era fácil escapar de allí, que Victoria nunca lo consiguió. En esos momentos no entendí lo que quería decir, lo hice días después, cuando al fin, conseguí ver la realidad. Cada verano la humillabas y le quitabas la seguridad en sí misma que ella lograba reunir con mucho esfuerzo, pero ese último año fue diferente...

—Dani, se te olvida un pequeño detalle. Yo y Victoria hicimos un trato: cuando crecieses volverías a mí. Ya tenías quince años, debías quedarte conmigo y decidió que prefería quitarse de en medio antes que vivir allí. Tú eras feliz a mi lado, y seguirías conmigo de no haberte enamorado de Begoña y si no los hubieses tenido a él y su familia, que te acogieron con los brazos abiertos —remató señalando con la vista a Esteban.

—No. Nunca estuve enamorado de ella, ni tampoco la utilicé como hiciste tú. Solo me abrió los ojos y decidí ayudarla. Hubiese terminado por ver la verdad tarde o temprano.

—No lo creo. ¿Te recuerdo lo que estabas haciendo mientras tu madre se cortaba las venas?

—No hace falta, me acuerdo perfectamente.

—Eso pensaba. Imagina cómo debió sentirse cuando la seduje —decidió no seguir por ese camino cuando vio la mirada de Dani—. A Alberto, ya sabes, se le fue la mano. No hace falta que entre en detalles y la única persona a la que podía recurrir estaba tirándose a mi novia.

—Vuelvo a mi pregunta de antes. —Metió baza Esteban al comprender el propósito de Tomás, hundir a su hijo y hacerle sentir más culpable de lo que ya se sentía—. ¿Por qué no volviste a por él por aquel entonces y lo haces ahora? No tiene sentido.

—En un principio, me sentí defraudado; no lo vi venir y eso que Alberto me dijo en varias ocasiones que tú tenías principios. Eras muy joven y acababas de perder a tu madre. Me pidió que esperase antes de ponerte al día de los negocios que nos llevábamos entre manos. Cuando me delataste, pensé que el fracaso en tu educación era debido a la influencia que Victoria había tenido en ti durante todos esos años. Años en los que te tuvo lejos de mí. Imagina formar un gran remanente de herederos, cuyas madres no saliesen de las fincas en las que estaban viviendo ni se juntasen con otra gente que les llenasen la cabeza de tonterías. Niños igualitos a mí, como lo eras tú. Que vieses en su padre al héroe que tú veías. Pero no supe elegir bien a las madres de esos vástagos, ninguno es como tú.

—Papá, nuestro parecido es solo físico, no te equivoques. Y doy gracias de que no vaya más allá. Eres cruel y desaprensivo, incluso has sido capaz de matar a tu mano derecha.

—Alberto me pidió que huyésemos de nuevo. Por su aspecto, deduje que ya había hablado. —El menosprecio con el que hablaba de su antiguo amigo, recién fallecido, les impactó, más aún cuando siguió hablando exaltado—: ¿Tenía que empezar de nuevo por su culpa? ¡Se había planteado delatarme el muy cretino! ¡A mí!

—Tomás, he tenido acceso al informe forense de Victoria —explicó Esteban al darse cuenta de que Tomás perdía los estribos. Al estar en ese estado de excitación, pensó que podría hablar más de la cuenta sin ser consciente de ello. Aunque no le aclaró que el acceso al informe había sido al escuchar a hurtadillas y sin permiso—. Hay varias cosas que no encajan. En su boca y nariz había una gran concentración de estupefacientes, más aún que en el interior de su organismo, pero también había marcas de que había sido amordazada anteriormente. ¿Para qué drogarla una vez que ya habíais abusado de ella?

—Para que se evadiera de la realidad. Reconozco que se nos fue de las manos. Solo quería que dejase de llorar y se relajase —siguió hablando con el mismo tono que había utilizado anteriormente. Como si no le importase lo más mínimo el final que había tenido la madre de su hijo.

—¿Y qué excusa pensabas dar al día siguiente? Cuando ella se despertase y se lo contase a Dani, porque a pesar de su corta edad, estoy seguro de que hubiese recurrido a él y hubiesen escapado, como lo hizo junto a Begoña meses después. ¿Por qué la drogaste? Solo ganabas unas horas, a no ser que...

Esteban se detuvo. Toda la atención de los dos hombres que le acompañaban estaba puesta en sus palabras. Dani entrecerró los ojos, sabía que Esteban sospechaba algo de lo que no había querido hacerle partícipe. Ahora parecía dudar antes de sacar a relucir sus sospechas. Cuando iba a cogerlo del brazo para darle ánimos, ya que sabía por experiencia que este era muy intuitivo y pocas veces se equivocaba, se encontró con una mirada suplicante por parte de su amigo. Esteban le había hecho prometer que mantendría la calma, oyese lo que oyese, imaginaba que había llegado el momento de cumplir esa promesa.

—Todo fue premeditado, ¿verdad? Sabías que Victoria moriría esa noche, pero no por voluntad propia, y ella lo sospechaba también, por eso luchó con todas sus fuerzas para no tomar drogas y mantenerse lúcida, para poder defenderse y huir con Dani.

—Por Dios, Esteban. Menuda película te estás montando —sentenció Tomás, pero ya era tarde, habían visto cómo las facciones de su rostro se contraían y sus ojos entraban en alerta, desviando casi imperceptiblemente la mirada detrás de ellos, en busca de una posible salida o escapatoria. Ese desapego y pasotismo habían desaparecido completamente.

—Defenderse, ¿de qué? —preguntó Dani, sin saber por dónde iban las conclusiones de su amigo.

—No creo que ni ella misma lo supiese hasta el final. Las heridas de las muñecas eran uniformes y profundas, sin ningún rastro de titubeo, duda o indecisión. ¡Eso ponía en el informe! —Esteban se acercó amenazante, su rostro quedó muy cerca del de Tomás, cuyo aliento enrarecido y el sudor que se empezaba a formarse en sus sienes delataban la guerra interna que mantenía su cuerpo, que clamaba por no demostrar ningún tipo de respuesta a la vez que deseaba echar a correr. Sabía que las palabras finales estaban cerca y que no iban a ser erradas.



—No fueron las manos de Victoria las que cortaron sus venas, ¿verdad, Tomás? Ella aguantaba la cuchilla, sí, sus huellas estaban en ella, al igual que las tuyas, porque era la que habías utilizado para afeitarte, buena coartada, pero, ¿los hematomas de sus dedos? Eran debidos a que tus manos estaban sobre ellos, ¿verdad? Tú ejercías la presión necesaria, sin titubeos ni indecisión. ¿Dime Tomás? ¿Te quedaste a su lado hasta el final? ¿O le cortaste las venas y la dejaste morir sola mientras se desangraba?

Tomás se giró con rapidez y cogió una barra de madera que había en el suelo. Sabía de antemano que estaría allí, pues formaba parte de la estructura de uno de los estantes que los niños habían roto el día anterior. Apenas le dio tiempo a levantarlo antes de que Dani le lanzase una patada certera y lo dejase aturdido. Sin darle tiempo a reaccionar, se lanzó sobre Tomás, que ya estaba inmóvil en el suelo. El rostro de Dani estaba congestionado por el dolor y la rabia, por una pérdida irremplazable. ¿Cómo no lo había visto venir? Las pruebas siempre estuvieron ahí. Ahora, todo tenía sentido, las cosas habían encajado de repente; su madre no se había quitado la vida, se la había arrebatado Tomás a sangre fría y había sido todo premeditado. ¿Cómo se podía ser tan canalla? Todos esos pensamientos se agolpaban en la cabeza de Dani mientras sus puños arremetían una y otra vez contra el asesino de su madre, quien ya apenas se encogía por las ráfagas de dolor.

Algo tiraba de él en otra dirección, una fuerza, tan palpable como la suya, pero Dani no controlaba el impulso. Otra vez, una voz surgida del más allá le recordó su promesa, hecha muchos años atrás. «Sería un hombre recto y con honor, cuidaría de los demás y respetaría a las mujeres». Fue como si Victoria estuviese junto a él, pidiéndole que se tranquilizase, que recuperase la cordura y la calma, que no hiciese ninguna tontería. Varias manos lo redujeron, y cuando consiguieron levantarlo y alejarlo de Tomás lo lanzaron sobre la mesa. Mientras sentía el frío metal rodear sus muñecas. Sintió cómo le cogían de ambos lados de la mandíbula y lo obligaban a centrar la mirada en un punto fijo.

—Dani, Dani, mírame. Ya ha pasado todo. El inspector y sus hombres están aquí. Tomás está detenido.

Dani respiró profundamente, buscando al inspector para constatar la verdad en las palabras de Esteban. No lo veía por ningún lado. Apoyó las manos en el borde de la mesa para coger impulso y levantarse. Entonces se

giró, pues recordaba el frío del metal en sus muñecas; no obstante, estas estaban libres.

—Estoy aquí —afirmó el inspector Morales, guardándose en el cinto las esposas que le acababa de quitar.

—Y, ¿qué haces aquí? ¿Quién te ha avisado de lo que estaba sucediendo?

—Después de escuchar la confesión de Alberto —explicó Esteban—, hablé con el inspector y le expuse mis sospechas. Él pensaba lo mismo, pero necesitaba una confesión. Hace quince años no pudieron sacar nada en claro. Pensamos que solo tú eras capaz de hacerlo flaquear, de sacarlo de su egocentrismo

—¿Por qué no me contasteis nada? —preguntó Dani escéptico.

—Tomás lo hubiese notado.

Dani se quedó mirando cómo los policías se llevaban esposado a su padre y asintió. Sí, al fin se había hecho justicia.

# Epílogo

*Unos meses después*

Dani observó tras de sí, tanto Begoña como Sofía, Gema y otras chicas a las que Dani no conocía se hallaban todas juntas y abrazándose unas a otras. Todas portaban una camiseta con la foto de su madre en la que se podía leer un rótulo: «Todas nosotras pudimos ser Victoria».

Begoña le sonrió desde la distancia. Ella había colaborado cuando se había precisado su ayuda, saliendo a declarar y pidiéndoles a las otras chicas que la ayudasen a desenmascarar a Tomás. Una de ellas era publicista y había hecho las camisetas para demostrarle a Tomás que estaban unidas y no le temían. El forense había manifestado con toda clase de pruebas que era imposible que Victoria hubiese podido infringirse ella sola las heridas debido al ángulo que presentaba la cuchilla y un sinfín de pruebas más. Habían querido tenerlo todo bien atado.

En el juicio anterior por el asesinato de Alberto, el letrado había llamado a declarar a Dani. Allí, salió a relucir su falta de autocontrol y cómo horas antes se había enzarzado en una pelea. La finalidad era quitarle credibilidad, y no lo había conseguido.

En ambos casos, el fallo del tribunal había sido de culpabilidad. A pesar de la cantidad de años que le habían caído de prisión, Dani era consciente de que, utilizando sus tretas, intentaría salir mucho antes y eso era algo que no estaba dispuesto a permitir; haría todo lo que fuese necesario para que ese ser despreciable terminase sus días entre rejas.

Volvió a observar a su padre, que, resignado, colocaba las manos a la espalda para que el funcionario pudiese realizar su trabajo y ponerle las esposas.

—¿Y ahora qué? —le preguntó a Dani con una sonrisa calculada—. Ella no va a volver, y yo soy lo único que te queda. Cuento con tus visitas hasta que salga de prisión en unos pocos años —argumentó con retintín—. Estar aquí dentro puede resultar un tanto aburrido —concluyó con sorna.

—No cuentes con ello. ¿Quieres que te diga quién ha ganado en este juicio? Mi madre, Victoria. Ella ha conseguido reunir a todas estas chicas de las que abusasteis. Ella hubiese hecho cualquier cosa para alejarme de ti,

y lo ha conseguido. Sé que está orgullosa de mí. En cuanto salga de esta sala, no te voy a dedicar ni uno solo de mis pensamientos.

Al darse la vuelta observó que Esteban estaba muy cerca de él, sabía que lo había escuchado todo y estaba a su lado para ofrecerle su apoyo en caso necesario. La sonrisa que compartieron en esos momentos lo dijo todo sin la necesidad de palabras. También Víctor, Gloria y José se encontraban allí junto a Beth y Celeste.

—Enhorabuena, Hippy.

—Gracias, Pija. Ven conmigo, que quiero comentarle una cosa al inspector Morales. —La cogió de la mano y juntos se acercaron.

—Inspector. Solo hay un supuesto, sobre Tomás, por el que puede ponerse en contacto conmigo, si algún día sale en libertad condicional, solo ese, ¿entendido?

—Sin problemas. Haré que te borren como persona de contacto, yo me encargo.

—Gracias por todo, inspector.

Se despidió de todos dando las gracias a aquellos que le habían apoyado para luego fundirse en un emotivo abrazo con Gloria y después hizo otro tanto con José y Esteban. Volvió a coger la mano de Celeste y juntos salieron del Tribunal.

—Pija, necesito tranquilidad. ¿Qué te parece si vemos una película en tu casa?

—¿Por qué no vamos a la tuya para variar?

—La mía ya no es mi refugio de soltero, entre otras cosas porque te presentas en ella cuando te da la gana.

—Si no quieres que vaya, ¿para qué me hiciste un juego de llaves? —preguntó Celeste, molesta.

—Si quieres vamos a mi casa, pero te advierto que el sofá está lleno de ropa y la última vez que estuve allí, no recuerdo si fregué los platos. —Dani sonrió para sí mientras hablaba. En esos momentos tenía tanta ropa suya en casa Celeste como en su propio piso. Todo empezó con un cepillo de dientes y ropa interior para salir del paso por si algún sábado se quedaba a pasar la noche; ahora, tenía un armario para él solo.

—¿Desde cuándo están los platos por fregar?

—Vamos, Pija. He estado muy liado con el juicio, pero si quieres vamos a mi piso y le echamos un vistazo.

—Ni de coña. Tú lo que pretendes es que friegue yo.

—Pija, ¿desde cuándo me lees la mente?

—Vete a la mierda. No sé para qué pagas el alquiler de un piso en el que ya no vives.

—¿Me estás pidiendo que nos vayamos a vivir juntos?

—No. Por Dios, ¡qué cosas se te ocurren! —dijo Celeste poniendo cara de espanto—. Eso sería crear un compromiso.

Dani entrecerró los ojos al percatarse de que sí, la Pija le leía la mente.

Al abrir la puerta exterior, un joven se echó en sus brazos. En esos meses, Álex había cambiado mucho, ya se podía vislumbrar el adolescente en el que se convertiría dentro de poco tiempo. Cuando al fin lo dejó en libertad, pudieron ver a Cristian con un carrito de bebé.

—Enhorabuena, Dani. Me alegro de que todo haya salido bien —le dijo emocionado mientras le abrazaba.

—Muchas gracias, Cristian.

—Oye, Dani. —Álex le tiró de la manga de la camisa para que lo mirase—. ¿Esta noche me puedo quedar a dormir en vuestra casa? La pequeña Sara se pasa la noche llorando; además, Esteban me ha dicho que la *play* la tienes en tu casa.

—Sí, claro que puedes quedarte, pero la *play* está en el piso de Celeste.

—Pues eso. Lo que acabo de decir.

Por un momento Dani estuvo a punto de rebatirle, pues la consola estaba en el piso Celeste y no en el suyo. Sí, hacía varios meses que la *play* estaba en casa de la Pija y en estas últimas semanas él no se había acercado a su piso para nada. Dani era de los de calibrar la situación en milésimas de segundo para hacerse una idea de lo que en realidad sucedía y dónde estaba el peligro inminente. Así había evitado peleas entre sus chicos, incluso un apuñalamiento entre los padres de la Pija. Era experto en dejar sus sentimientos a un lado para que estos no interfirieran en lo que debía hacer. Un escalofrío lo recorrió al darse cuenta de que todos habían visto algo que él había decidido ignorar deliberadamente, tal vez había llegado el momento de hablar con su casera y dejar el piso libre, incluso parecía que la palabra compromiso no sonaba tan mal si era con la Pija.

**FIN**

# Agradecimientos

Al igual que en mi anterior novela, he de hacer una mención especial a **Emi Negre** por su apoyo incondicional y su inestimable ayuda. Es un magnífico escritor, amigo y como mentor sabe cómo sacar todo lo que llevo dentro. Sus consejos y comentarios siempre son de gran ayuda. ¡Muchísimas gracias por todo Emi!

También quiero agradecer su dedicación y aportaciones a mis lectores cero, en especial a Sonia, Belén, Cristina, Silvia, Natalia, Marisa y Lilith.

A mi familia, por apoyarme en todo momento. A mi marido y a mi hijo por todas esas veces en las que me sumergía escribiendo y se me pasaban las horas sin darme cuenta, por todos esos «un segundo que termino esto y voy».

También quiero agradecer a Maite su asesoramiento en temas legales.

A mi correctora Klara Delgado por su paciencia y ayuda siempre que la he necesitado y a Marien por esta maravillosa portada.

Una amiga me ha comentado que esta novela ayudaría a muchas chicas a prevenir este tipo de relaciones tóxicas y a darse cuenta de que los tiempos cambian, pero algunas conductas se quedan; que las decisiones marcan no solo el presente, sino también el futuro; que antes de amar a otra persona, hay que aprender a quererse y valorarse a una misma. Ojalá sea verdad y esta novela les haga abrir los ojos.

Por último y muy especialmente, quiero daros mi agradecimiento a todos vosotros, lectores, que habéis confiado en mí. Sin vosotros nada de todo esto sería posible. Desde que publiqué mi primera novela, me he sentido muy arropada. ¡Muchísimas gracias por hacerme vivir este sueño!

Espero que disfrutéis con la lectura de esta nueva novela y me digáis qué os ha parecido.

Podéis contactar conmigo a través de las redes sociales:

-Mi página de Facebook es: **Karen Wells**

-Instagram: **@karenwellsunsinfinessecretos**

-Twitter: **@KarenWe1974**

- o enviando un correo a: [karenwellsunsinfinessecretos@gmail.com](mailto:karenwellsunsinfinessecretos@gmail.com)

# Biografía

**Karen Wells** es el seudónimo que utilizo para escribir. Soy española, nací en Gandía (Valencia) hace cuarenta y pico años. De mí os puedo decir que estoy casada y soy madre de un niño pre adolescente. Desde siempre me ha gustado escribir, pero pequeños relatos, nunca creí que acabaría escribiendo una novela y esta es ya la segunda.

Mi primera incursión en el mundo literario fue con *Un sinfín de secretos inconfesables*, que tuvo muy buena acogida y muchos lectores me comentaron que se habían quedado con ganas de más; así que en esta nueva novela se repiten muchos de los personajes y, aunque comparten situaciones, trama y personajes, se pueden leer de forma independiente.

Espero que disfrutéis de este libro y me hagáis saber qué os ha parecido.